



Stone es investigador privado.

Le quedan, como mucho, dos años de vida.

...Y murió hace dos...

J.E. ÁLAMO

**TOM Z
STONE**

Lectulandia

Tom Z. Stone es un investigador privado al que una espectacular mujer contrata para que solucione un turbio asunto de chantaje. Stone ha de enfrentarse a criminales, asesinos, chantajistas y al mismísimo marido de su clienta, uno de los delincuentes más peligrosos de la ciudad...

... Pero el investigador es un tipo duro y con experiencia, tan eficaz como hay que serlo en un mundo que acaba de sufrir un cambio brutal: el llamado FR, el día que los muertos volvieron a caminar... Y Stone es uno de ellos: un reanimado, un "Zeta" como les llaman los políticamente incorrectos, y sabe que como a cualquier reanimado, le quedan 4 años de vida; sabe también, que antes de morir sufrirá una brutal degradación que le transformará en un terminal o «desgastado».

Lectulandia

José E. Álamo

Tom Z. Stone

Tom Z. Stone - 1

ePub r1.0

turolero 16.07.15

Título original: *Tom Z. Stone*
José E. Álamo, 2011

Editor digital: turolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

**TOM Z
STONE
J.E. ÁLAMO**

Dedicado a Silvia y a Sarah.

*Y una mención muy especial para Fer
por sus consejos, valoraciones y,
sobre todo, amistad incondicional.*

*A Sergio Vera Valencia
por el entusiasmo, el apoyo y la amistad.*

*A Juan de Dios Garduño
por las indicaciones, consejos y esfuerzos.*

*Dios me odia tanto como yo a
él, y así nos va bien a los dos.*

Thomas Z. Stone
1963-2012

Prólogo

Historias del día FR (1)

| Testimonios |

(Informe redactado por T. Tamarit y Vic. sobre el encuentro mantenido con el padre José María Villar, párroco de Nuestra Señora de la Virgen de la Esperanza de Getafe, Madrid) Fotos de Fernando Martínez.

—Y dígame, padre, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Estábamos celebrando la misa por el alma de la difunta, cuando la mujer se incorporó en el féretro. Nos miró a todos y luego le preguntó a su pobre marido si esa era su idea de una fiesta sorpresa.

—Era una reanimada, claro.

—Sí, eso lo sabemos ahora, pero ese día todos los presentes sufrimos una fuerte impresión.

—¿Cómo está el marido?

—Recuperándose de un infarto. El hombre se lo tomó bastante mal.

—Comprendo. ¿Qué fue de la mujer?

—Enterrada, ya le digo que el marido se lo tomó bastante mal y le arreó con un reclinatorio en la cabeza. Cayó fulminada. Luego se desplomó él también; un infarto, como le dije antes.

—¡Joder! Perdón, padre... ¿Hubo juicio?

—Sí, pero el caso fue sobreesido; su abogado adujo que la mujer ya estaba muerta y que, por lo tanto, no se podía acusar a nadie de crimen alguno. Eso por no mencionar el tema emocional, me refiero a ver cómo un muerto se incorpora en su ataúd... El juez le dio la razón y no han vuelto sobre el tema. Ya sabe, nadie quiere hurgar demasiado en cuestiones de los Días del Olvido... «Ahora es distinto, han cambiado las leyes y vamos recuperando la normalidad... Más o menos».

—¿El tipo se libró? No puedo creerlo.

—Sí, bueno... Hay que ser comprensivos y la verdad es que esa mujer... esa mujer era... En fin, que descanse en paz que es justo lo que ha dejado por aquí.

—Ya. ¿Algo más, padre?

—No, eso es todo. Espero que averigüen qué provocó el Fenómeno Reanimación. Vaya con Dios.

—Gracias, padre, le deseo lo mismo.

Prólogo II

Mi nombre es Thomas Z. Stone, soy natural de Cardiff, capital de Gales, Reino Unido. Ahora vivo —y no es una ironía— en una ciudad de la costa mediterránea española. Trabajo como investigador privado y colaboro ocasionalmente con las fuerzas del orden. Me gusta el café, no le hago ascos al tabaco y suelo pegar algún que otro trago. Vivo en un piso antiguo, bien construido, en un vecindario que, antes de ser absorbido por la ciudad, era un pueblo y todavía conserva ese aire familiar en el que todos se conocen entre sí. Hay un gato conmigo que no tiene nombre, al menos no uno que le haya puesto yo. Le llamo Gato y, bien pensado, eso quizás sea un nombre.

Nací el ocho de diciembre de un invierno cabrón de los sesenta. Pasé la infancia envuelto en los acordes de la música que amaban mis padres: The Shadows, Leonard Cohen, Bob Dylan, Hank Williams, Jerry Lee Lewis, Aretha Franklin... Yo personalmente tampoco le hacía ascos a los Stones, cosa que mis padres respetaban aunque con el ceño fruncido. Los *hippies* y el *flower power* inundaban la prensa y se respiraba un clima de renovación, de cambio a mejor.

Cuando falleció mi padre, yo tenía doce años. Mi madre le lloró durante un par de años y luego se volvió a casar. El tipo se llamaba Alfredo, era argentino y vivía en España. Viajaba mucho por temas de negocios y, entre otras actividades, comerciaba con acero. Gracias a eso, aterrizó en Cardiff donde conoció a mi madre que trabajaba para la Steele Corporation.

Alfredo no era un mal tipo, no intentó que olvidara a mi padre ni tonterías por el estilo, y al final nos toleramos como dos perros obligados a vivir juntos. Aún vivimos un año más en Cardiff, pero, después de hablarlo en familia, decidimos venirnos a vivir a España y no nos fue mal. Yo tuve una adolescencia normal con mis rebeldías, acné, amores secretos y revistas porno. Para entonces los *hippies* habían ahogado en drogas y desorganización todo el movimiento, los Shadow se habían separado y Queen y Dire Straits concentraban mis gustos musicales.

Con el tiempo, mi madre y Alfredo decidieron irse a vivir a Buenos Aires, pero yo me quedé en Valencia. Me he preguntado muchas veces cuáles serían mis motivos, no es que hubiera echado raíces, ni mucho menos. Pero me quedé y ya sólo veía a mi madre y Alfredo de tanto en cuanto.

Desde el FR, no los he vuelto a ver. Apenas un par de llamadas, la primera para ver si era cierto (¿has vuelto?), y la segunda para anunciarme la muerte de mamá (no hubo FR para ella) y arreglar la herencia (sí, tengo pasta para no pegar ni palo al agua). Fueron llamadas distorsionadas por la distancia, el dolor y... otras cosas. Comencé a ir a la facultad el año en que ellos se marcharon a Argentina, ya entonces me pasaban una buena paga, así que el dinero no fue nunca un problema. Conseguí la

licenciatura de derecho en siete cursos (las fiestas de facultad se llevaron dos años como por arte de magia), saqué una oposición en tan sólo un año (comenzaba a asentar la cabeza) y me puse a trabajar en los juzgados como tramitador procesal. Más adelante, el tiempo comenzó a volar; me casé con una buena chica que trabajaba de enfermera para un dentista y tuve dos hijos. Viajé, me compré un apartamento en la playa y un coche grande y otro pequeño y una moto que vendí enseguida y una *mountain bike* y otra bici de carreras y me hice socio de un gimnasio e intenté escribir un libro, componer canciones y... Y en un momento dado, me di cuenta de que mi vida era tan aburrida que cada vez me motivaban más las copas que tomaba a la salida del trabajo y que, aun así, me estaba muriendo de asco. Decidí hacer algo al respecto, así que me senté conmigo mismo, deduje que estaba con la crisis de los cuarenta y muchos y concluí que quería hacer cosas nuevas y, de paso, dejar la bebida y el tabaco. El problema es que antes de tener ocasión de cambiar algo, cometí una estupidez: sufrí un ataque al corazón y fallecí.

Eso ocurrió el verano del año 2012. Volví con el FR. Tuve una segunda oportunidad. La ocasión de hacer cosas nuevas, diferentes. Pero ni he dejado de fumar ni de beber. Yo no pedí esa oportunidad. No estoy seguro de quererla.

De compras

| *Martes* |

Zeta, zombi, o reanimado para los políticamente correctos. Desde la Declaración de la Condición Humana de los Reanimados somos ciudadanos como cualquier otro. El problema es que para muchos no dejamos de ser unos muertos vivientes, con derechos, pero muertos. Desgastados o terminales para los políticamente correctos; son reanimados con las facultades mentales tan mermadas que sólo conservan los más primigenios instintos de supervivencia. Comen carne, sobre todo entrañas de seres humanos... y los prefieren vivos. Borrego/a: término políticamente incorrecto con el que los reanimados nos referimos a la gente.

La borrega comía de una bolsa grande de patatas fritas mientras apretaba el teléfono contra la oreja. Era joven y bastante tierna, quizá demasiado porque exhibía unas formas redondeadas de esas que con el tiempo se transforman en hermosos depósitos de grasa. Se le adivinaban sin problemas las exuberancias bajo el delantal que vestía. Vamos, que tiraba más bien a blandita. Sé de tipos que se ponen a cien con esa clase de curvas decadentes, por el contrario, a mí me gustan más firmes y, si tienen algo de carne, que sea tersa. Para poder agarrarme sin caerme, pero que no se me hundan las manos, si sabes lo que quiero decir.

Cuando entré en la tienda, saludé con un «qué hay» de lo más educado, pero ella se limitó a darme la espalda para seguir engullendo patatas fritas y parloteando con quien estuviera al otro lado del aparato como si nada. Yo no existía. Acabaría por atenderme si me quedaba ahí plantado tranquilamente, pero lo haría a su debido tiempo. Y mientras, lo dicho: yo no existía. O sea que era cuestión de paciencia. Lo malo es que me jode que me ignoren, apenas un poco, pero me jode. Y en lo que a la paciencia se refiere... Supongo que tiempo atrás habría tomado aire y contado hasta diez, pero ahora sólo tomo aire cuando me apetece y en esos instantes no me apetecía para nada. Mis apetitos eran algo distintos.

—Oye —le dije, procurando no ser demasiado brusco—. Tengo algo de prisa, nenita, así que mueve el culo y atiéndeme, ¿vale? —Arrastré las palabras intentando controlarme. No la impresioné lo más mínimo, me hizo un gesto vago con una mano repleta de anillos baratos y siguió a lo suyo. Eché un vistazo a mi alrededor, era tarde ya y la tienda estaba vacía. Tampoco se veía a nadie en la calle, era la hora de cenar y la gente bien se refugiaba en casa, así que alargué el brazo por encima del mostrador y cogí a la borrega charlatana del hombro.

—Ten-go-pri-sa, guapa —silabeé—. Haz el puto favor de atenderme.

Entonces sentí un chasquido en la mandíbula. Recé para que no se me hubiera agarrado, no hubiera sido la primera vez. La moví con cuidado como si estuviera rumiando. Un nuevo chasquido y todo volvió a su sitio. Solté un suspiro de alivio, no era agradable acudir a que te la recolocaran.

Mientras tanto, la borrega había empezado a chillarme.

—¡¡Vete a la mierda, capullo!! ¡¡Si me vuelves a tocar te arranco los ojos!!!
¡CABRÓN! ¡JOPUTA! ¡COMEMIERDA!

Admito que su estallido me sorprendió un poco, no esperaba tanta agresividad. Pero reaccioné enseguida y, para estar a su altura, me pillé un pequeño ataque de mala hostia, rodeé el mostrador, cogí el auricular del teléfono que la borrega enarbolaba a modo de porra y lo estrellé contra el suelo. Aparté de un manotazo la bolsa de patatas que ella sujetaba como si fuera un bebé y la tomé de la pechera. ¡Menudo par de tetas! Y me quedé quietecito y con mi jeta a dos pestañas de la suya. Aguanté un rato para que me diera un buen vistazo... Ojos de pez, así nos distinguen. Ojos de pez muerto.

—Dame un par de kilos de hígado, borrega —dije lentamente—. De cerdo, y que esté fresco. Dámelo y me largo. Pero date prisa, que tengo hambre.

Ahora sí que me prestaba atención. Temblando como una gota de sangre a punto de precipitarse al suelo, me sirvió el hígado. No se molestó en pesarlo, sólo quería que me marchara. Tomé la víscera con cuidado y la olisqueé con satisfacción: era fresco. Saqué un par de billetes que dejé sobre el mostrador.

—Ahí tienes, nenita. Quédate el cambio y te apuntas a un cursillo de urbanidad, que conozco hienas con mejores modales que los tuyos —solté con una risita seca.

No contestó. Tenía los ojos tan abiertos que se le veían hasta las bragas y por el temblor de sus labios, sabía que estaba a punto de llorar o chillar o probablemente todo a la vez. Decidí que lo mejor era no quedarme a ver qué hacía y abandoné la tienda a toda prisa. Los únicos líos que me gustan son los que monto yo.

Ya estaba abriendo la puerta de mi coche cuando la oí berrear como si le hubieran robado el almuerzo. No me entretuve; arranqué y, pisando a fondo, me largué con un chirriar de gomas.

Cuando acudieran otros borregos atraídos por el jaleo que estaba montando la tipa, no tenía dudas de qué bando se iban a poner. La dulce y voluptuosa nenita llorando a moco tendido de un lado y al otro, el malvado zeta con un trozo de hígado crudo en la mano. A muchos borregos les encanta patear a un zeta en cuanto tienen ocasión. Es divertido y, a fin de cuentas, ¿qué es lo peor que le pueden hacer? ¿Matarlo?

La tienda era apenas un destello de luz en el retrovisor cuando levanté el pie del acelerador. Abrí las ventanillas para que entrara el aire, el verano estaba haciéndose notar y los días eran densos como natillas en un horno. La llegada de la noche mejoraba la situación, aunque tampoco demasiado. Me encendí un *Camel*. Le di alguna calada ocasional, por pasar el rato más que nada, y distraerme del hígado hasta llegar a casa. Tenía hambre, pero si me liaba a mordiscos dentro del coche y me pillaban...

Cuando como vísceras, y eso es algo que a todo reanimado le apetece cada cierto tiempo, lo hago en privado, para evitar que me tomen por un *desgastado*... O que

puedan decir que me confundieron con uno, después de volarme la cabeza. Un zeta menos es un zeta menos. No se suelen hacer demasiadas preguntas.

Llegué a mi calle sin percances y nada más entrar en casa, me lie con el hígado. Joder, qué bueno estaba. Bueno de verdad. Luego me fumé un par de pitillos antes de tumbarme un rato y me dio el bajón.

Una vez calmada el ansia de visceras que me asalta al menos una vez al mes, sentí asco de mí mismo. Asco por no ser capaz de controlar ese deseo y porque ceder era la antesala a la degradación a la que me veía abocado. Cerré los ojos e intenté no pensar en nada.

Es una putada que no podamos dormir. Sí que necesito descansar, a fin de cuentas mi cuerpo consume energía y necesita reponerse. Pero no duermo, no puedo, y lo echo de menos.

Encendí la radio y sintonicé el programa *Melodías hasta el Amanecer*. Luego me casqué mi habitual media botella de *bourbon* y me tumbé. Dormir no dormiré, pero un buen colocón siempre ayuda a relajarse.

Di un par de vueltas pensando en lo que había ocurrido y deseando que al día siguiente me saliera algún trabajito. Era miércoles, los miércoles son siempre un buen día para el despacho. Ignoro el motivo, pero es así y esperaba que esa semana no fuera a ser una excepción. La inactividad me puede, acabará matándome, je, y si no lo consigue, lo hará mi patético sentido del humor.

Mañana será otro día, me dije al final y después de meditarlo un par de segundos, vacié la botella. Luego me resultó más sencillo no pensar en nada.

| Miércoles |

El 7 de agosto de 2012 me desollé las manos golpeando la puerta metálica de mi encierro. Tenía los sentidos repletos de arena, un pánico oscuro y atávico me acunaba con ferocidad y, cuando descubrí que ya no podía llorar, pensé que estaba en el Infierno y maldije a Dios por ello.

Abrí los ojos con una profunda sensación de malestar. Supuse que el *bourbon* tenía mucho que ver porque la cabeza me zumbaba como una mierda fresca rodeada de moscas. Además, sentía un extraño peso en el pecho. Pensé que sería debido a la ansiedad, a fin de cuentas ser un zeta no es ninguna ganga. Pero no, de ansiedad nada, era el puto gato. Le pegué cuatro gritos para que se largara y lo hizo... hasta el rincón del cuarto desde el que me observó mientras se lamía una pata.

Estaré aquí, me decía su mirada verde, *estaré aquí cuando te conviertas en un desgastado y entonces...* Se relamió, marchándose luego con toda la dignidad de la que es capaz un gato, que es mucha.

Suspiré entre fastidiado y resignado. Los gatos son los únicos que soportan estar con un zeta. El resto de animales de compañía o se vuelven locos intentando huir o, si tienen el tamaño adecuado, ponen todo su empeño en despedazarnos.

Pero hay quien dice que en realidad a los gatos no es que les guste nuestra compañía sino que se limitan a vigilar su alimento, que a fin de cuentas los zetas nos quedamos tiesos de un día para otro y entonces...

Bueno, no es del todo cierto. Lo de cascarla así como así, quiero decir. Antes contamos con ese maravilloso periodo en el que perdemos la chaveta. Vamos, que todos los reanimados estamos condenados a convertirnos en unos desgastados que gimen, deambulan como idiotas de un lado a otro y sólo tienen un objetivo: conseguir comida; y la mejor son las vísceras del interior de un cuerpo vivo. Si es el de un ser humano, mejor.

La transformación de reanimado en terminal, una vez iniciado el proceso, es rápida, bastante rápida. A partir de la aparición de los primeros síntomas y dependiendo de la resistencia del individuo, puede ser cuestión de horas, minutos o, incluso, segundos.

Recuerdo a un tipo que conocí en un bar, al darnos cuenta de que los dos éramos zetas, nos pusimos a hablar de esto, de aquello y de lo de más allá. Al momento, se calló, dejó caer al suelo el vaso que estaba a medio camino de su boca y comenzó a echar una densa y apetosa baba que se desparramó por su mentón. Después, se abalanzó sobre un borrego que pasaba por su lado con un par de cervezas en las manos. Llegó a arrancarle una oreja, pero en cuanto los demás borregos se dieron cuenta de lo que ocurría... Bueno, ya lo he dicho antes, a todos les gusta patear a un

zeta. Yo aproveché el jaleo para marcharme antes de que cayeran en la cuenta de que el *muerde orejas* estaba conmigo. No hubieran desperdiciado la posibilidad de pulirse dos al precio de uno.

Una manera jodida de perder la cabeza esto del desgaste. Da escalofríos, si pudiéramos tener escalofríos, claro está.

La cuestión es que, si te ocurre en casa, como en ese estado no somos ni capaces de abrir una puerta, muchas veces acabamos fiambre sin que nadie se percate. Entonces el gato tiene comida para varios días. Eso cuentan al menos, y también que les encanta nuestro sabor. Quizá sólo sean rumores. Yo por si acaso no le he puesto un nombre de esos que se les ponen a los gatos como Calcetines, Bigotitos o Cascabel. Le llamo Gato o Cabrón, dependiendo de mi humor, y ya está. Me pregunto si él me llamará a mí Comida o Pringao.

Mandé al gato al carajo y decidí que ya estaba bien de tonterías. Me levanté con decisión y un estallido de articulaciones espectacular. Iría al despacho y con suerte, quizás tuviera algún caso esperándome. Ojalá fuera así. Necesitaba la distracción.

Caso Cero

Los zetas no sufrimos los ataques de los desgastados. Supongo que tiene algo que ver con el hecho de que al haber estado muertos, no tenemos el mismo sabor que los vivos. Y si no es eso, quizás es que lo hagan simplemente por solidaridad. Y si tampoco es eso, la verdad es que me importa bastante poco.

El Caso Cero del FR se determinó oficialmente dos meses después de la Asamblea General de Naciones Unidas del 22 de agosto del año 2012. Esos dos meses fueron los que precisaron los gobiernos de todo el mundo para conseguir que en el mundo imperara un clima de normalidad... Dentro de lo que cabe.

—La Declaración de la Condición Humana de los Reanimados en la Asamblea de las Naciones Unidas de este 22 de agosto, marcará la frontera entre la barbarie y el retorno de la civilización —declaró Lucille S. Diamond, Secretaria General de la ONU, en su discurso de clausura de la Asamblea General de la ONU—. A partir de esta fecha, todos acogeremos un futuro pleno de esperanza en la más increíble etapa de su historia que acaba de comenzar la humanidad.

Pecó un poco de optimista, la verdad. Pero al menos hubo buenas intenciones y se alcanzaron algunos avances en nuestro beneficio. Ya no era lícito cargarse a un zeta, perdón, un reanimado, por el simple hecho de serlo. Para empezar, se admitió que éramos seres vivos. Y ese fue un gran paso porque, ¿de qué se acusaba a un tipo que admitía haber acabado con uno, dos o veinte reanimados? ¿De asesinato?

—Señoría, los presuntos asesinados ya estaban muertos, así que mi pregunta es: ¿de qué se acusa a mi defendido? ¿De golpear a un cadáver?

¡Ja, ja, ja! ¡La de chistes que se hicieron a raíz de eso! Los borregos, perdón, seamos correctos, la gente se lo pasó en grande a nuestra costa.

El caso es que al otorgarnos la condición de seres humanos a los reanimados, estábamos amparados por las mismas leyes que protegían al resto de la humanidad.

(Sí, es verdad que hoy en día aún es divertido patear el culo a un zeta, pero te pueden arrestar y juzgar por eso...).

También se tomaron medidas para acabar con la amenaza que suponían los desgastados que surgieron a raíz del FR, los terminales, como los llamaron los científicos. Las reacciones más virulentas fueron provocadas precisamente por estos desgraciados sin mollera.

Los primeros terminales fueron los reanimados el día FR a los que apenas les quedaba el cerebro justo para moverse y atender sus instintos más primarios. Eran poco más que masas babeantes de carne. Eso sí, cuando pillaban a un borre... esto, a una persona cerca, daban una muestra de energía sorprendente a la hora de hurgar en las entrañas del desgraciado.

Se repartieron folletos entre la población, advirtiendo de los riesgos que

conllevaba toparse con un terminal. No sólo podías morir devorado, bastaba con un mordisco para contraer una septicemia que de no ser atendido enseguida, era mortal en la mayoría de casos. Nueve de cada diez agredidos por un terminal acababan muriendo a causa de ese proceso infeccioso.

Más adelante, todavía se instaba a todo el mundo a que no bajara la guardia porque, a pesar de que todos los terminales que surgieron el día del FR estaban de vuelta en sus tumbas, siempre podía *saltar* uno donde menos se esperaba. Una manera sutil de advertirles que con el tiempo, cualquier reanimado acaba siendo un terminal.

Los reanimados tenemos nuestros propios abogados ahora, e incluso hemos conseguido que en lugar de eliminar a los terminales como si fueran perros rabiosos, se les interne en centros sanitarios especialmente creados para ellos. Sin embargo, cualquier borrego puede cargarse a uno de los nuestros y alegar haber actuado en defensa propia. Y a no ser que haya testigos declarando lo contrario, nunca pasa nada. Sabemos que, en ocasiones, se cepillan a reanimados que ni siquiera eran terminales, pero eso es difícil de demostrar.

De todas formas, ese 22 de agosto marcó el inicio de una era repleta de buenas intenciones y se hizo con un entusiasmo impresionante. Creo que todos queríamos olvidar lo que sucedió justo después del FR, olvidarlo como si no hubiera ocurrido.

La ONU, en coordinación con la OMS, la NASA y la OTAN, asignó fondos a un recién creado organismo que investigaría el Fenómeno Reanimación: el CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación). El organismo contó desde el principio con el liderazgo de las mayores autoridades mundiales en los campos de la Medicina, la Biología, la Astronomía, la Geología y no sé yo cuántas disciplinas más. Cada uno de los gobiernos que firmó los acuerdos alcanzados ese 22 de agosto, procedió a la asignación de fondos a sus correspondientes ministerios de sanidad para la creación de los Centros de Atención Médica al Reanimado y Terminal (al final conocidos por todo el mundo como centros RT) en las principales ciudades. La idea era que los reanimados recibieran los cuidados adecuados a su condición física, aunque al final se convirtieron en simples centros de acogida de terminales. Los reanimados sólo tenemos una enfermedad y para esa no hay cura, digan lo que digan.

Con la creación del CIFR se pretendía averiguar cómo y por qué los muertos habían retornado de sus tumbas. Por aquel entonces nadie tenía la menor idea de lo que podía haber provocado semejante suceso. Lo malo es que hoy por hoy, que ya han pasado un par de añitos, para mí que siguen más o menos igual; mucha declaración de *estamos en el buen camino*, pero en lo que a resultados se refiere, nada de nada.

Sin embargo, los principios del CIFR fueron alentadores. Ya digo que sólo tardaron un par de meses en localizar el Caso Cero. Y fue curioso porque todos esperaban que apareciera en algún país del Tercer Mundo, y si era en uno de esos que no caen demasiado bien entre las naciones del Primer Mundo, mejor que mejor. Pero

no, el Caso Cero fue localizado en pleno Londres nada menos, y eso a los británicos les sentó como una patada en sus reales cojones. Pero las pruebas debían ser de peso, porque los súbditos de su Graciosa Majestad, tras unos burdos intentos de zafarse, aceptaron la evidencia y con su habitual flema, declararon que eso era ya agua pasada —*water under the bridge*—, y que ahora tocaba arrimar el hombro para que el mundo recuperara la normalidad lo antes posible. Pretendían que todo volviera a ser como antes del Fenómeno Reanimación: el fútbol, el té de las cinco, las pintas, el cambio de la guardia, la Commonwealth, *Dios Salve al Rey*... No tardaron en darse cuenta de que volver al pasado era algo poco menos que imposible con reanimados por todas partes.

Creo que el golpe de gracia a esa intentona de volver a los buenos y viejos tiempos lo dio un cartero de la ciudad de Windsor cuando declaró ante las cámaras de la BBC que se había cargado a una desgastada que se parecía muchísimo a la difunta reina madre. La Familia Real había mantenido en secreto lo de su reanimada real, pero al parecer se les escapó cuando entró en fase terminal.

La que se armó aún me da la risa, pero claro, yo soy un zeta y algo cabroncete, además.

Tengo una cafetera en un rincón del despacho. De las buenas, ojo. Nada menos que una Pavoni, que no es cualquier cosa. Se la saqué a un cliente, dueño de un bar, que no tenía con qué pagarme, o eso decía el borrego. Quería que averiguara quién le robaba dinero de la caja y lo hice. El ladrón era su propio socio, ¡*Mi mejor amigo!*, que además también se zumbaba a la mujer de mi cliente, ¡*Maldito traidor!* Esta última información no se la cobré, me dio pena el pobre desgraciado, pero cuando le pasé la factura el tipo me dijo que no tenía con qué pagarme, que le habían arruinado y me ofreció la Pavoni. La verdad es que ya le había echado el ojo a la que exponían en el escaparate de una tienda especializada del centro y sabía lo que costaban las de uso doméstico. Y esa era profesional. Me hice de rogar para que incluyera unos cuantos kilos de café jamaicano Blue Mountain en el trato, y me fui tan contento a casa. Ahora, cada vez que quiero un café, sólo tengo que dar dos pasos y hacérmelo.

El café no es mi único vicio; siempre tengo dos paquetes de Camel correteando sobre la mesa y una petaca llena de Jack Danieles escondida en el primer cajón. El *bourbon* me sirve para darle sabor al café cuando llevo un día especialmente duro y si se pasa de duro, me enchufo directamente a la petaca y le doy sabor a la vida. No me falla... casi nunca.

Al lado de la cafetera, y junto a la puerta, hace guardia un perchero de pie, de los de madera, que me regaló un anticuario al que he hecho un par de favores. Mide dos metros y tiene unos brazos largos y enroscados como los cuernos de un carnero. El perchero, no el anticuario. Nunca he visto a nadie colgar algo en él, supongo que impone demasiado. Eso y que tengo siempre el aire acondicionado a tope, caluroso que es uno, y no hay quien se quite ropa de abrigo cuando pasa a mi nevera particular.

El único adorno que tengo en las paredes es un teléfono negro como un cuervo, a la derecha de mi mesa, y que pega unos timbrazos que despertarían a un muerto... Hay clientes que hasta sonrían cuando se lo comento.

Frente a mi mesa tengo dos sillas para las visitas. No son ni bonitas ni cómodas. La idea es que la gente vaya al grano y se deje de rodeos. Mi silla sí es cómoda, mullida y con reposabrazos por si acaso alguno de mis visitantes decide soltarme el rollo a pesar de todo.

Detrás de mi mesa hay una ventana con una hermosa vista a un callejón repleto de basura y ratas. Está siempre cerrada y tan llena de mugre que parece que tenga unas cortinas de diseño. Por eso la luz está encendida todo el día. Un triste aplique en el techo con una bombilla de bajo consumo. Bajo consumo porque no tiene casi potencia y da un resplandor mortecino. Me gusta la penumbra, recuerdos del pasado

reciente, supongo.

Al otro lado de la puerta está el recibidor. Una sala cuadrada con cuatro sillas y una mesa baja llena de quemaduras de colillas. Hay revistas allí de hace meses. Nunca tengo tanta gente como para que alguien se ponga a leer esperando a ser recibido. Y en un rincón del recibidor, tras un diminuto y funcional escritorio encarado hacia la entrada, están los dominios de Matilde, Mati para sus amigos, si es que existen, y también para mí, que odio los nombres con más de dos sílabas.

Ella es mi secretaria, recepcionista, telefonista, recadera, etcétera. Sobre la mesa tiene una máquina de escribir que nunca la he visto manejar, un cenicero repleto de colillas ahorcadas de carmín rojo sangre y tres o cuatro frascos de pintauñas con los que se entretiene decorándose pies y manos.

No es particularmente guapa, es más bien menuda y de formas discretas. Pero también es resultona de una manera lánguida y misteriosa que a algunos tipos vuelve locos. Tiene fuerza en los ojos oscuros, parecen mirar siempre más allá de lo que ven los demás. No niego que a mí me gusta, no tanto como para tontear, pero sí para alguna que otra fantasía que no pienso contar aquí.

Apenas cuenta veintitrés años y está bastante sola. Su padre abusó de ella hasta que alguien se lo cargó una noche que se emborrachó más que de costumbre. Confundieron los andares y balbuceos del cabronazo con los de un desgastado. Su madre era puta y tras aquello, desapareció sin más. Mati no sabe nada de ella, aunque le han dicho que anda por el puerto chupándola por un par de pavos. A Mati le da igual, de hecho me comentó en una ocasión que si se la topaba de cara, le pegaba un tiro en la cabeza. Y es muy capaz. Lleva un hierro en el bolso, una jodida S & W modelo 29 con el cañón de cuatro pulgadas. Mati gasta munición Magnum con la que podría reventarle la cabeza a un gorila. Y sabe usarla, mirada perdida o no, la he visto practicar tiro al blanco y, amigo, no quisiera que me observara el ojo negro de su revólver, no señor.

Yo en el tema de armas soy algo más comedido y me conformo con una clásica: la Iver Johnson del 32.

Supongo que con la vida que ha llevado, es la propia Mati la que ha elegido ser una solitaria. Va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Sale poco, dice que le gusta leer y ver la tele. No tiene a nadie. Bueno, me tiene a mí. Aunque creo que simplemente me tolera porque le doy trabajo y también, porque nunca he intentado sobrepasarme en ningún sentido. Por otra parte me va bien con ella, filtra las llamadas, tiene un don especial para saber lo que me conviene, y le importa una mierda que yo sea un zeta. Lo malo es que tengo la sospecha de que si fuera una cucaracha gigante y le hablara cantando, tampoco le importaría con tal de que la dejara ir a lo suyo y le pagara todos los meses. O quizás me equivoque, porque en ocasiones me da la sensación de que sí me tiene afecto, como el que se le tiene a un perro que uno encuentra en la calle todos los días. Uno al que nunca invitarías a casa, pero acaricias de vez en cuando.

A veces creo que pensar tanto en Mati es una mala costumbre.

Esa mañana tamborileó con las uñas sobre el cristal de mi puerta y sin esperar respuesta, la abrió asomando la cabeza.

—Tiene visita, Sr. Stone —dijo muy formal y luego levantó los ojos al cielo.

¡Mierda!, me dije a mí mismo al ver el gesto. Ocurría a veces que ella no tenía más remedio que pasarme a los clientes, porque se presentaban directamente en el despacho en lugar de llamar antes por teléfono. Cuando Mati levantaba los ojos al cielo, era porque tocaba plasta. Ya me habían caído unos cuantos inolvidables: estuvo el tipo al que molestaba el perro del vecino.

—Se pasa el día gimoteando y cagándose en mi jardín.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Pensé que ustedes comían... No quiero decir que... Bastaría con que le advirtiera... Bueno, yo...

Le dije lo que pensaba de su madre por no haberlo ahogado al nacer y luego lo eché del despacho a patadas.

O el adolescente, con la jeta llena de granos, al que su novia hacía esperar más de dos horas en cada cita.

—¿Puede averiguar qué hace? Creo que me engaña. Le pagaré bien —añadió, mostrándome un montoncillo de billetes arrugados de un pavo junto a la foto de una chica con tantos granos como él y un aparato en los dientes que parecía un bozal.

—¡Vaya! No sabría qué hacer con tanto dinero —le dije abriendo mucho los ojos—. Pero creo que no hará falta, hijo, estoy seguro de que tu novia necesita ese tiempo para acicalarse, y si le dieras algunas horas más, no le vendría mal. Anda, vete a casa y si te aburres esperándola, hazte unas pajillas que eso siempre relaja y entretiene bastante.

Luego estuvo lo del capullo que quería que su hija dejara de tontear con un zeta.

—No soporto pensar que mi hija anda sobándose con un asqueroso engendro salido del...

Me limité a mirarle fijamente sin decir nada hasta que el tipo se levantó y prácticamente salió corriendo del despacho.

A veces me he reído a gusto, pero la mayoría de plastas hace honor a su nombre y son soporíferos.

Encogí los hombros, resignado, y le indiqué a Mati que hiciera pasar a mi visita.

Al oír que se volvía a abrir la puerta, simulé estar revisando unos papeles con la idea de librarme lo antes posible del plasta, cuando una voz suave pronunció mi nombre. Levanté la mirada componiendo un gesto de fastidio y topé con la hembra más fascinante que jamás había visto en mi vida. Seguro que de no ser un zeta, habría muerto de un infarto fulminante y con una enorme y abultada... sonrisa en los labios.

Eleanor Rigby y la gente solitaria

Juan de Dios G. contaba sesenta y tres años y tenía la cabeza puesta en la jubilación. En todos sus años de sepulturero jamás le había ocurrido nada igual.

—¡No se mueva! ¡Voy a llamar a emergencias! Cuando le rogué que no lo hiciera, que lo único que quería era llegar a casa, me pidió que me estuviera quieto mientras echaba un vistazo a ver si tenía alguna lesión grave.

—Fui celador en el Clínico, un hospital, antes de esto, ¿sabe? Puedo al menos controlar que no está a punto de darle un ataque o algo por el estilo. Lo he visto hacer cientos de veces, no es complicado —me contó mientras me tomaba el pulso—. Había demasiado jaleo en el hospital, prefiero esto... —Su voz se perdió en balbuceos cuando comprobó que no había pulso que encontrar. Tampoco pareció alegrarle demasiado comprobar que yo no respiraba. Me miró a los ojos y no sé qué vería, pero echó a correr con una agilidad impropia de su edad. No he vuelto a verle. Yo decidí marcharme a casa. Fue una mala idea, aunque eso ya es historia.

La Señora Eleanor Rigby, de setenta y ocho años, viuda desde hacía dieciocho y sin hijos ni parientes conocidos, fue hallada muerta en el dormitorio de su domicilio, situado en la calle Penny de la ciudad de Londres, el pasado día 5 de agosto. Al domicilio de la citada, acudieron dos agentes de policía alertados por el párroco de la iglesia de Santa María Magdalena.

El padre McKenzie llamó al 999 preocupado por la ausencia de la anciana, que llevaba una semana sin acudir a los oficios religiosos matinales a los que no había faltado en los últimos veinte años.

(Extracto del informe presentado en comisaría por los agentes Harrison y Starkey).

—Era prácticamente la única que venía —declaró el párroco, un hombretón de sesenta años, rostro afable y modales suaves, al periodista de sucesos locales del *Daily Telegraph*. Difícil no echarla de menos, era una buena mujer.

—¿Podría añadir algo más? Para la necrológica, padre, algo que dé interés a la noticia.

—Era una buena mujer —repitió el religioso pasándose la mano por el escaso cabello blanco que le quedaba y entrando en la iglesia. El periodista, Sam Ledger, hubiera jurado que los ojos claros del cura se habían humedecido, pero lo olvidó enseguida, contaba con otras preocupaciones. Lo averiguado no daba ni para dos líneas en la penúltima página del diario. Resolvió olvidar a la vieja que había muerto y acercarse a comisaría a ver si pillaba algún caso escabroso con el que contentar a Patrick Murphy, Jefe de Local del *Telegraph*. Más adelante, Sam quiso escribir un artículo sobre su «especial relación» con Eleanor Rigby y el padre McKenzie, pero ya sería tarde. El infierno se había desatado, los casos de reanimados se multiplicaban por todo el mundo y ya nadie leía la prensa. Por otra parte, a su jefe, Patrick Murphy,

lo tiroteó un chalado que afirmaba que Murphy era el mismísimo Satanás. Ese suceso hubiera sido noticia de portada de no haberse producido el FR.

En lo que a Eleanor Rigby se refiere, el mismo día en que Sam Ledger entrevistó al padre McKenzie, se le practicaron las diligencias pertinentes, dictaminándose que la buena mujer falleció debido a un ataque al corazón y que llevaba dos días muerta cuando la encontraron.

En su testamento, la fallecida dispuso que su hogar, con todo el contenido, pasara a ser propiedad de la Sociedad Protectora de Animales con la condición *sine qua non*, de que se hicieran cargo de sus siete gatos. Desafortunadamente, los felinos encerrados en el salón de la casa sufrieron un extraño acceso de agresividad atacándose unos a otros y, al final, no hubo ninguno del que hacerse cargo. La herencia de la anciana quedó en suspenso y al cabo del tiempo, cuando la señora Rigby recibió la consideración de Caso Cero, la sucursal británica del CIFR se hizo cargo de la casa. Prácticamente, la demolieron en busca de pruebas que ofrecieran alguna pista o explicación de todo lo ocurrido. En vano.

La señora Rigby recibió sepelio el mismo día cinco, en el cementerio de la propia parroquia de Santa María Magdalena. En un acto oficiado por el padre McKenzie, y al que acudió el agente Starkey —uno de los policías que la habían encontrado— y el propio sepulturero, que derramó un par de lágrimas fruto de la cogorza de ginebra que se había cogido de buena mañana y que había mantenido activa con unas cuantas pintas de cerveza negra.

Dos días más tarde, el 7 de agosto, al padre McKenzie le reventó el corazón a causa del impacto que le produjo encontrarse a la señora Rigby, prácticamente desnuda y con evidentes síntomas de descomposición, persiguiendo a la señora de la limpieza, Janet Simmons, por el interior de la iglesia. Lamentablemente, las escasas capacidades mentales de la difunta reanimada (era lo que posteriormente se conocería como un caso terminal), la llevaron a alimentarse del pobre párroco caído ahí mismo. No fue un espectáculo agradable el que se encontró la policía, avisada por la misma Janet Simmons. No hubo forma de controlar a la terminal hasta que repentinamente se sumió en una especie de letargo del que ya no se recuperaría. En esa ocasión no la enterraron. Acabó sobre una mesa de autopsias, y cuando ya no hubo más que hacer con ella, y el Fenómeno Reanimación se había convertido en un hecho a escala mundial, acabó en un crematorio.

Al principio la gente temió que el FR fuera algún tipo de contagio y se incineraban los cuerpos de los reanimados. Más adelante, muchos miembros de la comunidad científica lamentaron no poder estudiar más a fondo los restos de la señora Rigby, aunque dudo que hubieran sacado algo en limpio.

Ya nadie duda de que el siete de agosto hubo algún tipo de fenómeno extraordinario, no se sabe si físico, químico o biológico, y que este se propagó a una velocidad infernal. Y lo más desconcertante: sólo afectaba a los muertos. Pero qué era o cómo se originó o por qué se detuvo, son preguntas todavía sin respuestas. La

cuestión es que el Fenómeno Reanimación provocó que en cuestión de días el caos dominara el planeta en su totalidad.

El conocido como el Caso Cero y otros similares, con ataques bastante sangrientos por parte de terminales, fueron los que ocasionaron las matanzas masivas de reanimados. Casi todo el mundo había visto alguna película de zombis y se asumió que éramos todos unos descerebrados devoradores de seres humanos y, por lo tanto, un peligro mortal para cualquiera.

También es cierto que en muchos casos se desatendieron los intentos por parte de los reanimados de comunicarse y es que, creo que ya lo he dicho un par de veces, patear un zeta es divertido, más que intentar entablar una conversación con un muerto que, además, apesta.

(El tema del olor es algo delicado. También es uno de los motivos por los que prefiero el frío al calor).

Aunque sea un misterio lo que desató el Fenómeno, los británicos, disconformes con que el Caso Cero se hubiera dado en pleno Londres, intentaron colar un bulo que alejara la fuente del contagio del Reino Unido. Se publicó en el *Sun* un artículo apuntando a la posibilidad de que la señora Rigby se hubiera infectado en un viaje que hizo a Egipto treinta años atrás. Durante ese viaje, sufrió un pequeño incidente en la pirámide de Giza, al caer dentro de una cámara vacía que nadie había advertido. Sugirieron que la atmósfera malsana de esa cámara podría ser el origen de todo. Incluso quisieron reforzar sus argumentos haciendo alusiones a las desgracias acaecidas a los profanadores —¡sí, les llamaron profanadores!— que irrumpieron en la tumba de Tutankhamon a principios del siglo xx...

Se escribió mucho en toda la prensa mundial en respuesta al artículo del *Sun*. Lo más suave que se les dijo a sus autores fue *hijos de la Gran Bretaña*. Ya digo que me acuerdo bastante de Eleanor y también del padre McKenzie, y se lo echo en cara a Dios. Eran buena gente, solitarios sin más aspiraciones que llevar una vida tranquila y morir en paz.

Me jode que acabaran así, me pone de mala leche.

Supongo que soy un sentimental.

Un asunto

| Miércoles |

Siempre me había preguntado por los entresijos de los casos que pasaban por mis manos como tramitador procesal. Fantaseaba con lo que había tras la letra impresa, fría y formal de los papeles con los que trabajaba. Imaginaba pasiones que bullían hasta precipitarse en violencia. No cesaba de preguntarme cómo sería ese mundo caótico en contraste con el mío, tan ordenado, aséptico y aburrido. Cuando «volví», tomé la decisión de adentrarme en ese lado extraño de la vida, el de las pasiones descontroladas y viscerales, y me hice investigador privado.

Era alta y de formas curvas, ondulantes. No había ángulos en ese cuerpo sensual de pecho elevado y piernas sinuosas. No encontré nada que no formara un óvalo, un arco o un semicírculo. Hasta el cabello era ensortijado y oscuro como mis deseos de ese instante. Sin embargo, al llegar al rostro, las redondeces se perdían. Los pómulos se alzaban orgullosos con los vértices bien marcados. Sobre los grandes ojos castaños, casi negros, caían párpados tangenciales que simulaban desinterés o desgana. Y la boca era recta, firme y también golosa, con una sonrisa en las comisuras que prometía placer y perdición a partes iguales.

—Cuando le venga bien, tomaré asiento. —La voz, algo grave, me sacó de mi ensimismamiento de golpe.

—Disculpe —me apresuré, poniéndome en pie. De haber estado vivo, me hubiera sonrojado. Pero no puedo—. Por favor —dije indicando las sillas frente a mi mesa y lamentando por primera vez que fueran tan incómodas.

Ella tomó asiento y, cruzando las piernas, se apartó el cabello que le caía sobre el rostro de una manera tan casual, que me convenció de que debía pasarse horas ensayando esos gestos. Aun así, eran efectivos y sentí ganas de mover la cola y restregarme contra sus pies suplicando una acaricia.

Una hembra así atonta a cualquier hombre, zeta o borrego, y provoca el resentimiento de cualquier mujer. Ahora entendía la reacción de Mati, la entendía muy bien.

Saqué un pitillo arrugado de mi paquete de Camel también arrugado, y cuando dudaba si ofrecerle uno, ella se anticipó abriendo el bolso del que extrajo una pitillera con toda la pinta de ser muy cara. Me permitió que prendiera fuego a su cigarrillo, uno largo, sin marca y con la boquilla dorada. Enseguida me eché una bronca por dejarme llevar por mis instintos más elementales, ¡ya no era ningún crío! De paso, y ya que estaba, le pegué un vistazo rápido y culpable a su escote, aspiré su perfume entremezclado con aroma a hembra, y por último, repasé el elegante conjunto de falda y chaqueta azul marino, las medias negras rematadas por unos zapatos de tacón infinito, el brillante que lucía en el anular, con toda la pinta de ser bueno, y llegué a la conclusión de que quizás aquel sería mi día de suerte.

Allí, aparte de un monumento en carne y hueso, había pasta y de la buena. Sólo tenía que conseguir que pasara de un bolsillo, el de ella, a otro. El otro, por si las dudas, era el mío. Quizá no necesite la pasta, pero como desafío profesional, me gusta.

Ya con más control sobre mi persona, tomé asiento en mi silla y tras unos segundos de fumar en silencio, enarqué una ceja en su dirección invitándola a hablar. Ella sonrió fugazmente, una mueca más bien amarga que duró un parpadeo.

—Me llamo Eva Espinosa de los Monteros, señor Stone, y estoy sufriendo un... eh, contratiempo. Me han dicho que usted es muy bueno solventando este tipo de asuntos —dejó de hablar, expulsando el humo como si convocara un sortilegio.

—Pues me alegro de que le hayan dicho que soy bueno en ese tipo de asuntos —respondí al ver que no seguía hablando—. El problema es que soy bueno en muchas cosas, si me permite la inmodestia, y, si no es usted más precisa, señora Espinosa, me temo que me quedo igual que al principio —luego sonreí intentando darle algo de vidilla a mi mirada, que es mi rasgo menos atractivo.

Hay zetas que usan gafas de sol o con los cristales tintados a todas horas, pero es otra manera de proclamar lo que eres y, qué coño, una mirada fría nunca viene mal en un oficio como el mío. Por lo demás, quizás esté un poco delgado y el pelo castaño de mi testa tenga entradas generosas y alguna que otra cana, y además ya estoy en los cincuenta, pero sé que hay fuerza en mi rostro anguloso y que un traje me sienta lo bastante bien como para que más de una fantasee con la posibilidad de quitármelo. Al menos así era antes. Desde la reanimación, no sé, hay mucho mal rollo todavía. Desconfianza entre unos y otros. El caso es que no me importaría recuperar el buen rollo con la señora. Espinosa que, a pesar del apellido punzante, estaba despertando mis instintos más tiernos.

Ella vaciló, me observó envuelta en el humo, mientras calibraba si yo sería realmente adecuado. Había visto esa expresión antes, supongo que ni mi despacho ni yo parecemos gran cosa. Es lo que tengo: una modesta discreción, Mati lo llama dejadez, que engaña a cualquiera.

—¿Es usted realmente un...? —Carraspeó, algo incómoda, mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa—. No es que eso vaya a suponer un problema, al contrario, es sólo...

Apreté los labios un tanto fastidiado, ¿a qué venía el numerito? Ella sabía perfectamente que yo era un zeta, joder, sería lo primero que le habrían dicho.

Sí, es un tipo muy efectivo, pero es un puto zeta o un zeta asqueroso o un apestoso zeta... Me pregunté qué querría la tipa en realidad. Si buscaba tocarme los bajos, lo estaba haciendo realmente bien, pero no de la manera que me hubiera gustado.

—Ahora le he molestado, soy una tonta. Lo siento.

Le eché una mirada profunda y ella se removió inquieta, lo cual hizo que se le subiera ligeramente la falda. Difícil cabrearse con alguien que se disculpa y cuenta con unas piernas como esas. Me relajé un poco, probablemente estaba nerviosa, nada

más.

—¿Por qué no va al grano? —le sugerí.

Ella se encogió ligeramente de hombros mientras encendía otro cigarrillo.

—Alguien me está haciendo chantaje —soltó entre el humo de la primera calada.

Volvió a callarse y comencé a preguntarme si la tipa sería idiota o pensaba que los zetas éramos adivinos o algo por el estilo.

—Perdone que sea tan escueta —suspiró al cabo de un rato durante el que me resistí a abrir la boca—. Es un asunto bastante embarazoso, me resulta muy violento hablar sobre esto con un desconocido y... —Un rubor muy natural comenzó a cubrirle el rostro. Intentó disimular su azoramiento calando con fuerza del cigarrillo. De pronto se abrazó con un estremecimiento—. ¿No hace mucho frío aquí?

—Es posible, me gusta mantener la cabeza en su sitio. —A pesar de mi sonrisilla cínica, me sentía algo inquieto con tanto titubeo y me llegué a plantear si no sería una chiflada a la que de pronto se le había ocurrido que estaría bien jugar un rato con un zeta. Entrecerré los ojos, no me gusta que jueguen conmigo y menos cuando no conozco las reglas.

—De acuerdo, al tema entonces —murmuró entre dientes al ver que me empezaba a impacientar—. Recibo estas notas desde hace un mes —declaró, sacando, unos cuantos papeles de su bolso. Los sostuvo en alto con un ligero temblor de manos. Finalmente, los dejó en la mesa.

—Al principio lo tomé por una broma, de mal gusto quizás, pero broma al fin y al cabo. Aunque al repetirse, comencé a asustarme y... Si mi marido se enterara. Él es un poco... bueno, ya sabe. No quiero ni pensar en lo que...

—Un momento —la interrumpí levantando la mano—. ¿Cómo que ya sé? ¿Qué ya sé qué de su marido? No tengo ni idea de a qué se refiere, señora.

La expresión de sorpresa que compuso casi me hizo reír. Y no sólo la sorpresa, también la indignación que pululaba por bajo. Algo así como: ¿NO SABE CON QUIÉN ESTÁ HABLANDO? Le ofrecí mi sonrisa especial, la que me tira de la piel hasta que duele y me obliga a ponerme vaselina después. No acostumbro a sonreír así con demasiada frecuencia, resulta agotador.

—Mi marido, señor Stone, es Gregorio Espinosa de los Monteros. Hombre de negocios y dueño de los establecimientos Multiuso.

—Joderrrr —solté acompañado de un silbido bajo al cabo de unos largos segundos de silencio—. Creo que voy a ofrecerle algo para beber, señora. Si le apetece, claro está. Yo desde luego lo necesito.

¡Coño! ¡El viejo Gregorio! Dueño de la mayor cadena de ferreterías de la ciudad, las Multiuso, y también, según se rumoreaba, hombre que se ocupaba de los negocios del tráfico de drogas, la prostitución y el juego ilegal. Y yo me creía los rumores. No había reaccionado al apellido Espinosa porque al viejo cabrón se le conocía como Gregorio el Sanguinario. Le temían zetas y borregos por igual. Se decía que mantenía siempre un par de perros de presa hambrientos encerrados para cuando alguien se la

jugaba. Le divertía ver cómo devoraban al desgraciado. Era otro rumor en el que también creía. Normal que la señora estuviera asustada si le estaba ocultando algo a su marido. Yo también lo estaría. De pronto deseé que nunca hubiera entrado por la puerta de mi despacho.

Mientras le daba vueltas a las cosas que había oído sobre el Sanguinario, su preciosa mujercita movía la cabeza de un lado para otro, recorriendo el despacho como esperando ver un mueble bar o algo por el estilo. Se detuvo en la cafetera.

—¿Un café? —preguntó, mirándome algo decepcionada—. ¿Es eso lo que va a ofrecerme para beber?

—Bueno, si le apetece, puedo hacerle uno. Hace un café magnífico este cacharrito. Pero yo me refería a algo más contundente —le dije, y abriendo el cajón, saqué la petaca de *bourbon* y dos vasos bastante limpios que guardo para las ocasiones.

Ella asintió y serví dos medidas generosas. No sé si lo he comentado ya, pero mi petaca no es de esas pequeñajas, no señor. Mi petaca vale para montar una fiesta o por lo menos, para iniciarla.

Cuando prendimos dos cigarrillos frescos, ella fumaba con un ansia que daba gusto verla, cogí las notas que había dejado sobre la mesa. Estaban escritas con letras mayúsculas trazadas con tal precisión que deduje que su autor había empleado una de esas reglas que usan los niños en clase. Las notas en si eran pura literatura, ningún crío habría escrito algo así, y motivo más que suficiente para preocuparse.

La primera era bastante explícita:

CERDA, QUIERO TREINTA MIL O EL
SANGUINARIO SABRÁ TODO LO QUE OCURRIÓ
LA NOCHE QUE NO FUISTE A DORMIR A CASA.

—Como le comentaba, recibí dos notas antes de esa, pero no les di mucha importancia; se limitaban a insultos y amenazar con contarle mis secretos a todo el mundo. A cambio de su silencio, querían dinero. Las tiré a la basura. Pensé que eran de una chica que trabajó en casa y a la que tuve que echar por ladrona. No le quise decir nada a Gregorio porque si hubiera llegado a enterarse de que alguien le robaba... —dejó la conclusión de la frase en el aire—. Cuando me llegó esta... Bueno, sabía que no era cosa de la empleada y me asusté. Pagué. Dejé el dinero envuelto en una bolsa de papel, tal y como me indicó. Tiene ahí la nota con las instrucciones. Metí la bolsa dentro de una papelera del Parque de las Fresas un sábado por la tarde. Sé que no debí hacerlo, fui una estúpida. Así solo conseguí aumentar su avaricia.

—Sí —asentí, encogiéndome de hombros—, los chantajistas son unas sanguijuelas, siempre quieren más.

—Pero me negué a seguirle el juego, me di cuenta de que la cosa iría a más, que nunca le vería el fin, que tenía que tomar otras medidas y... bueno, aquí estoy.

—¿En alguna ocasión la han llamado por teléfono? —pregunté, repasando la nota en que le daba instrucciones para la entrega. Era igual que el anónimo, no creía que fuera a obtener muchas pistas a partir de ellas.

—No, siempre sobres dirigidos a mí. Llegan por correo ordinario. Leí algunas de las notas que recibió tras la primera.

PUTA, ACABAMOS DE EMPEZAR.
SESENTA MIL. ESTE SÁBADO EN EL MISMO SITIO.

—Ni siquiera fue al parque, ¿no? —pregunté, mostrándole la nota. Ella negó con la cabeza y yo seguí leyendo. Quien fuera el autor, no se andaba con florituras.

ZORRA DE MIERDA,
¿CREES QUE BROMEO? PAGARÁS.

—¿No temió que cumpliera con su amenaza? Por cierto, tendrá que contarme con qué la amenazaba.

Ella frunció los labios.

—Creo que quiere hacerme sufrir —comentó al cabo de unos instantes—. Si fuese a llevar a cabo su amenaza, lo habría hecho ya, aunque acabará haciéndolo si ve que no pienso pagarle. Y no pienso hacerlo, por eso estoy aquí.

Seguí con las notas, sin dejar de tomar nota mental de que la señora no me había dicho nada sobre el motivo del chantaje. Ya lo diría.

ERES BASURA DE LA
PEOR CLASE Y ME ENCARGARÉ
DE QUE TODOS LOS SEPAN. PAGA.

EL MUNDO SABRÁ LA CLASE
DE PERRA BUSCONA QUE ERES.

Había un par más que incluían algunas expresiones que jamás había oído; sobre todo esa de *meado de coño viejo de cucaracha* que casi me hizo soltar la carcajada. No lo hice, la situación era seria. Muy seria. Y ahí es donde empecé a pensar que el asunto apestaba, que había odio y resentimiento y que lo mejor sería invitar a esa belleza a que abandonara mi despacho y olvidarme de ella. Pero no lo hice. Y más adelante tuve motivos para arrepentirme.

Los Días del Olvido

Cuando tomé la decisión de ser investigador privado, le alcé las faldas al mundo que me rodeaba. Lo que encontré debajo no es agradable, pero aun así no lo cambio por mi vida anterior...

Los días —apenas dos semanas— que transcurrieron tras el Caso Cero, fueron los más caóticos y salvajes que se han vivido en toda la historia conocida. Fue tal el pánico que provocó el que los muertos se alzaran, que la humanidad en pleno sucumbió a la locura. Durante esos largos y oscuros días, la violencia más absoluta arraigó en una especie que, a decir verdad, nunca le ha hecho ascos a lo de liarse a hostias con los demás. No hay mucho que leer sobre ese periodo, ni que ver. Algún noticiario del primer día con imágenes de políticos declarando que no pasaba nada, que estaba todo controlado. Otros posteriores del mismo día en los que nuestros amados dirigentes admitían que se habían detectado algunos casos de violencia callejera, pero que no había motivos de preocupación y que nadie prestara atención a los rumores de que se había desatado una plaga de... zombis. Quisieron convencer a todos de que la vida seguía con total normalidad. Y era cierto, la vida seguía, pero con unos cuantos pasajeros extra que habían decidido volver y, de paso, desatar el terror.

Y luego nada. Como si hubieran borrado todo lo que sucedió después. Deberían existir más imágenes, muchas más, por no hablar de la prensa y... por no hablar de los testimonios personales. Pero no hay nada de nada. El vacío más absoluto.

Si le preguntas a un borrego te dirá que no conserva recuerdos de esos días y, aunque sé que la mayoría jamás le contaría la verdad a un zeta, tengo algunos a los que considero amigos y me dicen lo mismo: no hay nada que decir porque no hay nada que recordar. Cero... Únicamente la certeza de que el hombre se miró en un espejo y vio un monstruo.

Quizá todo se reduzca a que es un tema tabú, que nadie está por la labor de reconocer que el ser humano es una bestia, un animal primitivo y salvaje oculto bajo la capa del fino barniz de la civilización. Una capa tan delgada que basta con rascar un poco para topar con dientes y garras irracionales. Hay que admitir que el FR hizo algo más que traspasar esa frontera entre la cordura y el instinto más atávico; diría que fue una puñalada traperera que alcanzó el instinto de supervivencia y la conciencia colectiva más oscura. La ruptura de la imagen del orden natural que tiene cada cual.

Uno puede reírse de la idea de Dios, puede creer que esto es lo que hay y que después todo son gusanos y polvo. O también creer lo contrario: que hay un más allá, un paraíso, una reencarnación o una feria enorme con el ti vivo más cojonudo del universo. Pero eso de que los muertos vuelvan del lado de los gusanos o del más allá

a dar por culo, es para reventar a cualquiera. Por muchas películas y libros que hubiera sobre el tema, nadie estaba preparado para el FR. Nadie. Y sucedió lo que sucedió. Por eso supongo que se ha eliminado el recuerdo. Nadie quiere enfrentarse a lo que el ser humano es capaz de hacer... Capaz de hacerse a sí mismo.

Desde luego teorías sí que hay con respecto a lo que ocurrió. Están los que afirman que fue un castigo divino. Que fue todo cosa de Dios, Alá, Buda, Krishna, Thor o el Espíritu de los Capullos Florecidos, dale el nombre que quieras, el caso es que el Creador se había cabreado con nosotros (motivos no le faltaban), y su respuesta fue devolver a los muertos.

Que no hay vida más allá para vuestra especie, que no os quiero ni vivos ni muertos. Una jodida venganza divina, si crees en eso del Todopoderoso.

No faltaron sectas y friquis que anunciaron que había sido obra de los extraterrestres. Un experimento de civilizaciones que dominan la carne y el espíritu. Una prueba para alcanzar la inmortalidad. Pues se la podían haber hecho a su puta madre, digo yo, y sin ánimo de ofender.

Otros se abonan a la teoría de una Gaia maltratada que expulsó de su seno a los hijos que tan poca consideración estaban teniendo con ella. Pues eso, que somos unos abortitos.

No faltan los científicos, sobre todo los de CIFR. Pero a esos hoy por hoy nadie les hace mucho caso, será porque no tienen mucho que decir al respecto.

Luego está el resto. Los que se la pica un pollo, los que se pegaron un tiro, los que se fueron a vivir a una cueva... Y entre ellos, los que beben, fuman y folian lo que pueden. Son los que creen que fue todo una putada y que más vale vivir a tope antes de que caiga la siguiente. Porque en el fondo, ese es el miedo que anida en el corazón de todos y cada uno, seamos borregos o zetas: lo que vendrá a continuación.

Dicen que la ignorancia es la cuna del temor y no saber dar respuesta al porqué del FR y el consecuente temor a que se repita un fenómeno parecido, está gestando un terror sordo y profundo. Un miedo del que nadie habla, aunque todos sabemos lo que ocurrirá si llegara a desatarse un segundo FR. Ríete tú de esos quince días; de los Días del Olvido, como los llaman ahora algunos en plan bonito. Descojónate y luego date un besito de despedida.

Por cierto, yo me apunto a lo del beber y demás. Al menos, si nos cae el cielo sobre las cabezas, me habré pegado el gustazo.

Algodón Sureño

| Miércoles |

A Mati la conocí en un bar del puerto. Yo andaba tras la pista de un tipo, por encargo de su mujer, una tal Yolanda. Ella acababa de contraer una gonorrea y quería que yo le llevara las pruebas de que había sido su maridito el causante. —El maldito bastardo apenas me toca y para una vez que lo hace... Y lo era, al muy cabroncete le conocían todas las putas de la zona. Hablé con varias y a cambio de unos billetes me chivaron cuándo y dónde podía conseguir unas fotos del tipo con el culo al aire. A Mati la confundí con una puta y ella a mí con un gilipollas (al menos eso fue lo que me dijo más tarde). Una vez aclarada la confusión, hablamos de todo un poco y averigüé que ella acababa de perder su empleo como camarera—. Mi jefe quiso que le diera propina una noche y se la di. Le costará volver a mear de pie. Le ofrecí trabajo esperando que me enviara a paseo, pero para mi sorpresa, aceptó. Fue uno de los días en que pensé que el destino no siempre era un sarnoso hijo de puta.

—Señor Stone, le recuerdo que tiene una cita con el comisario Garrido dentro de diez minutos. —Mati asomaba su adorable cabecita por la puerta que ella misma había abierto. En sus ojos leí la desaprobación más profunda cuando vio los vasos que sosteníamos en las manos. Sentí una punzada de culpabilidad. No es que haya nada entre nosotros, ya lo he dicho antes, pero algo me hace querer ser un buen tipo cada vez que Mati está presente.

Lo de la cita con Garrido —el jefe de la Brigada de Asuntos FR y un buen amigo — era mentira, una argucia que teníamos pactada para cuando se presentaba un plasta y me quería deshacer de él o de ella. El problema es que no me quería librar de Eva Espinosa, una hembra que me hacía querer ser un tipo malo, pero malo de verdad. Había que verla cómo expulsaba el humo echando la cabeza ligeramente hacia atrás, mientras entreabría con sutileza los labios bermejos como si fuera a... Me maldije por mi estupidez y no fue la primera ni sería la última vez.

Adopté una expresión que esperaba fuera grave en lugar de anhelante, y le contesté a Mati que hablara con el comisario para retrasar la cita, que estaba ocupado. Me dijo que de acuerdo y a continuación dio un portazo tras, eso sí, fulminarme con la mirada. A veces me pregunto si siente algo por mí o simplemente le jode la tontería.

—Me temo que no le resulto simpática, —Eva Espinosa suspiró como si le importara lo que Mati pudiera pensar de ella. El suspiro sonó auténtico y me hizo pensar que la señora era una buena actriz.

—¿Alguna idea de quién la odia tanto? Y ya que estamos, ¿por qué no me cuenta, de una vez por todas, el motivo del chantaje? —Sacudí los anónimos como si quisiera alejar un mal olor.

Negó lentamente con la cabeza mirándome con fijeza.

—Ni idea de quién puede ser, no estaría aquí si la tuviera. Pero usted tiene métodos, ¿verdad? Puede averiguarlo a través de sus contactos. Me han dicho que es

el mejor —dijo, zalamera.

—¿Y los motivos? —repetí, observándola detenidamente. Valía la pena hacerlo.

—No creo que eso sea de su incumbencia, señor Stone —respondió repentinamente tensa—. Sólo quiero que averigüe quién me está chantajeando. Deme un nombre, el resto será cosa mía. Conozco gente que me ayudará a partir de ahí.

Reprimí una mueca de desagrado ante su último comentario. Era obvio que en cuanto tuviera ese nombre que me pedía, alguien acabaría alimentando a los peces en el fondo del puerto. Ser la señora de alguien como Espinosa debe tener sus pegas, pero también sus ventajas. De todas formas, a mí no me gusta jugar a ciegas.

—Pues en ese caso, no sabría ni por dónde comenzar mi investigación. Tendrá que encargársela a otro. ¿Por qué no a su marido? Joder, debe de tener más medios a su disposición que la mismísima policía y desde luego más de los que pueda tener yo. —Estaba siendo un cabroncete, pero es una de mis virtudes. Además, o juego con las cartas descubiertas, o paso de jugar.

Ante mi último comentario, el hermoso rostro de mi visitante se contrajo en un gesto de alarma.

—Mi marido no debe saber nada —susurró como si él la pudiera oír—. Si se enterara...

Dejó la frase en suspenso y me miró asumiendo que yo entendería de lo que hablaba. Bueno, no hacía falta ser un genio para saber que la mujer había hecho algo de lo que no quería que su marido se enterara, pero puedo parecer muy lerdo cuando quiero, así que puse cara de bobo.

—La verdad es que no acabo de comprenderlo. Supongo que su marido iría a por el tipo que ha escrito eso y se lo haría pagar —me encogí de hombros componiendo una expresión de lo más inocente—. No digo que esté bien, pero alguien que se dedica al chantaje sabe a lo que se expone.

Ella no contestó, pero vi miedo en sus ojos, algo real que la llevó a apurar su copa. No añadí nada más, si quería que me hiciera cargo del caso iba a tener que respetar mis condiciones. La señora se estaba guardando algo que yo necesitaba saber (y no sólo lo necesitaba, quería saberlo. Curioso que es uno) y, o bien me lo contaba todo, o la iba a largar. Pareció intuir lo que pensaba, porque tras titubear unos segundos, abrió su bolso del que extrajo otra nota que dejó encima de mi mesa. A continuación, se sirvió una buena medida de *bourbon* y con el vaso en la mano, volvió a tomar asiento. Parecía avergonzada. La nota conservaba el estilo depurado de las otras.

PUTA, TE FOLLASTE AL ZETA.
AHORA VAS A PAGAR O TE JODERÉ YO A TI.

Levanté la vista y topé con sus ojos oscuros que me devolvieron una mirada desafiante. La señora Espinosa había recuperado el ánimo. Son las cosas que tiene el *bourbon*, el mejor reconstituyente que conozco. No me dejé amilanar y enarqué una

ceja aguardando una explicación. Al final dejamos el juego de las miraditas y ella me lo contó todo.

—Tuve una... una aventura... una locura. —Se detuvo un instante, calando con fuerza el enésimo cigarrillo prendido desde que entrara. Decidí pegarle fuego yo también a uno de mis Camel—. Suelo salir todos los jueves con un grupo de amigas. Nos conocemos desde que íbamos al instituto. Normalmente, cenamos y tomamos una copa en el mismo restaurante: Il Piacere. —Silbé para mi colete, ese es el restaurante más exclusivo de la ciudad, Eva ignoró mi colete y siguió hablando—. Nos contamos nuestras penas y alegrías. Criticamos a nuestros maridos, hablamos de a quién nos gustaría tirarnos y cosas así, cosas de mujeres. —Me taladró con la mirada. *Se lo estoy contando* decía la mirada, *pero más vale que no lo repita por ahí*. Luego siguió hablando como si acabara de dejar claro algo entre nosotros... Y lo había hecho.

—Nunca llegamos a casa más tarde de las doce. Es todo muy inocente, muy formal. Hasta el día en que Sofía consiguió el divorcio. Su ex, Alberto Palamós, es un bastardo de muy buena familia, supongo que ha oído hablar de los Palamós, ¿no?

—Sí —dije escuetamente—. Jamones y demás.

—Y muchos demás, pero quizá le esté aburriendo...

—No, para nada, siempre me han gustado los cuentos de hadas.

—Este no es precisamente de hadas.

—Mejor todavía.

Ella frunció ligeramente el ceño, pero continuó con su historia.

—Alberto era actor; le dieron un par de papeles en alguna serie gracias al dinero familiar. Los Palamós también tenían inversiones en una productora; luego hizo algo de teatro aficionado y poco más, porque era malo, le faltaba talento, pero ahí fue donde le conoció Sofía, que por aquel entonces estudiaba filosofía, y a ella le entró por el ojo. Al principio todo fue bien, se enamoraron, pegaron unos cuantos polvos, se enamoraron todavía más y decidieron casarse. La familia de Sofía tampoco es poca cosa, así que las dos partes estaban contentas con el matrimonio. Él fue el galán perfecto al principio, cuando hay dinero las cosas son más sencillas, aunque con el tiempo comenzó a mostrar su auténtica personalidad. Empezó a salir cada vez más por la noche y a ponerse hasta el culo de todo lo que pillaba. No tardó en liarse con otras y luego, como si necesitara culpar a alguien de sus devaneos, se desahogaba zurrándole a gusto a Sofía. Era un canalla vicioso y repugnante. ¡La de veces que Sofía tenía que ponerse gafas de sol para ocultar las huellas de las palizas! Todas nos alegramos de que ella reuniera el valor para mandarlo a la mierda. Yo misma le recomendé un abogado, un experto en separaciones, que le sacó hasta los hígados al cerdo de su ex, gracias, también, a que la familia de él quería evitar un escándalo. Así que, como verá, había motivo para una celebración.

—Bonita historia —comenté. Ella ignoró el comentario.

—Sofía propuso que fuéramos a cenar y después a un club que conocía de oídas:

Algodón Sureño.

Enarqué las cejas hasta despellejarme los párpados, no era para menos; conozco el garito: muy buena música, muy buenas copas, muy mala gente.

—Al principio me negué: *sólo a cenar* les dije, *y me tomaré una copa, pero en Il Piacere como siempre. Si luego os vais por ahí, yo me iré a casa.* No quería líos, ¿sabe? —Movié la cabeza con pesar porque eso fue lo que acabó encontrando: líos—. Todo fue bien, cenamos como reinas, nos reímos, insultamos al ex de Sofía hasta agotarnos, y nos reímos aún más. Y pedimos la segunda botella de vino y luego una tercera. Cuando llegamos a los cafés y las copas, me sentía capaz de volar. Perdí el control —suspiró de nuevo. No me cansaba de ver cómo subía y bajaba su busto perfectamente esculpido. Tengo que admitir que siempre he sentido debilidad por el arte.

—A pesar de lo que había dicho, acabé con ellas en Algodón Sureño y ahí se desató la locura: pedimos todas las bebidas que había en la carta y además, unas cuantas botellas de *champagne* francés. Queríamos que fuera una fiesta por todo lo alto y vaya si lo conseguimos... —Se detuvo unos instantes, pensativa.

No sé cómo coño se les ocurrió ir a un tugurio tan infame como el Algodón, el lugar al que acude toda la fauna de malvivir de la ciudad. Un sitio en el que eres el dinero que llevas. A nadie le importa que seas un borrego o un zeta, si llevas pasta, eres un señor y si no llevas, eres un mierda.

En Algodón Sureño, tras un espectáculo musical, sobre todo blues y *jazz*, que hay que admitir que es bastante bueno, y una fachada de lujo y clase, están las cloacas. Allí puedes encontrar de todo. Literalmente. Si uno busca un elefante para una perversión sexual, en Algodón Sureño sólo querrán que les anticipes un veinte por ciento del precio final y que les aclares si lo quieres asiático o africano. Hay droga, alcohol y discreción por un lado y por el otro, chulos, pervertidos, asesinos y ladrones. Una tierra salvaje fuera de la ley e incluso de la ley de los hampones organizados como el Sanguinario.

Algodón Sureño está regido por el Gran Louie, un hijo de puta negro, grande como el culo de una ballena e igual deapestoso, que cuenta con una banda de yonquis psicópatas que matarían a sus propias madres si Louie se lo pidiera. Se rumorea que en la trastienda del garito se ofrecen espectáculos que revolverían las tripas a un cerdo. Ya digo, es un mal lugar para cinco damas aunque sean algo pendones. La señora Espinosa pareció leerme los pensamientos.

—Por mucho que bebiera, no sé cómo me dejé liar para meterme en un sitio así. Desde luego Sofía tenía ganas de jaleo, nos comentó que había leído un reportaje sobre el sitio y que si queríamos algo diferente... Fuimos como cinco crías en busca de emociones fuertes —apretó los labios con rabia y también, vergüenza—. Y las encontramos vaya que sí —volvió a callarse, con la mirada extraviada.

—Señora Espinosa, me temo que no tengo toda la mañana —estaba ya un poco cansado de tanto titubeo y, además, tenía curiosidad por saber qué habían hecho o qué

les habían hecho.

Asintió con la cabeza, echó la silla hacia atrás con un chirrido y se puso en pie. Dejó el vaso vacío sobre la mesa y siguió con su historia mientras recorría el despacho de un lado para otro.

—Conocimos a unos tipos. No paraban de mirarnos desde la barra; iban bien vestidos y eran agradables y educados. Nos invitaron a una copa y a Sofía le faltó tiempo para hacerles sitio en nuestra mesa —sus tacones incrementaron el ritmo sobre el suelo. Al parecer estábamos llegando al meollo de la cuestión—. Ellos eran tres, pero Irene y Lucía, dos de las chicas, decidieron que ya habían tenido bastante y se largaron. Lucía me dijo que las acompañara, que ya estaba bien. Me reí de ella, quería quedarme, pasear por el lado salvaje, ser una chica mala... Quedamos tres: Sofía, Silvia y yo. Tomamos dos o tres copas más, fumamos algo que juraría no era tabaco y, a continuación, a mis dos amigas del alma les faltó tiempo para salir a bailar con dos de los tipos. Me quedé con el tercero, el más callado. Era atractivo, para qué voy a negarlo. Se llamaba Roberto, Roberto Martín, y era alto, moreno, con un gesto entre canalla y socarrón...

Apretó los labios como si de pronto fuera consciente de dónde estaba. Se ruborizó. —No piense mal, yo había bebido y no era dueña de mis actos, ¿sabe? Hasta discutí con una de las camareras del local, una zorra pelirroja que no le quitaba el ojo a Roberto. Disculpe, yo no soy así; sólo fue la bebida y...

Levanté una mano interrumpiéndola.

—Me importa un carajo, señora, si me permite la expresión. No me malinterprete, pero no estoy aquí para juzgarla ni creo que usted haya venido a confesarse, ¿verdad? Siga contando lo ocurrido y no se preocupe, sé mucho sobre la debilidad de la carne, más de lo que quisiera.

Aprovechó mi discursillo para encenderse otro cigarro; una auténtica máquina de humos la mujer.

—No recuerdo muy bien lo que vino luego. Sólo retengo imágenes y retazos de conversación. El local estaba lleno, la música era estridente, las luces escasas. No parábamos de beber. Recuerdo que hubo una pelea, alguien quiso tocarme, creo, y Roberto intervino. O quizás fuera a él a quien quisieron... —Cerró los ojos reviviendo la escena y acabó por negar con la cabeza.

Casi sentí lástima por ella, casi. Tras aplastar con rabia el pitillo, siguió hablando.

—Tuvimos que marcharnos. Sé que nos fuimos él y yo solos. Le pregunté por las chicas pero si me respondió, no lo recuerdo. Tenía un coche grande, brillante, de color plateado y que olía a cuero por dentro. No me pregunte por el modelo porque soy incapaz de distinguir un coche de otro, para mí son grandes o pequeños. Ya le digo que este era grande.

»Fuimos a un par de sitios más, conservo imágenes de gente riendo, bailando, casi todos con la mirada extraviada. Y de alcohol, mucho alcohol y también de fumar hasta que comenzó a pitarme el pecho. Hubo momentos en que me sentí perdida,

asustada, pero ahí estaba Roberto a mi lado, tan seguro de sí mismo, tan guapo. Comenzamos a besarnos, a tocarnos, a... Lo siguiente que recuerdo es despertar con la sensación de que tenía una rata royendo el interior de mi cabeza. La luz del día entraba por un ventanuco miserable y yo estaba en una cama extraña en un cuarto más pequeño que mi armario ropero.

»Comencé a asustarme preguntándome cómo había llegado hasta ahí, y entonces se abrió la puerta del dormitorio y Roberto entró muy sonriente dándome los buenos días. Lo recordé todo y me quise morir —se dejó caer en la silla cubriéndose el rostro con las dos manos.

22 de agosto: el comienzo de una Era

Soy un nostálgico, algunos hasta me han llegado a tildar de sentimental; afortunadamente eso fue antes de morirme. Ahora para el tipo de la calle soy un zeta y la mayoría están convencidos de que los zetas no tenemos entrañas. Va bien para el trabajo, nadie quiere jugar con un ser sin emociones. Por lo que pueda pasar. Pero a lo que iba: soy un nostálgico y me gusta celebrar el 22 de agosto: recordar lo que ocurrió, leer los recortes que tengo escondidos en una de mis carpetas y juntarme con los amigos: Jack y Camel. Ya sabéis, por los viejos tiempos.

NACIONES UNIDAS DECLARA
HUMANOS A LOS REANIMADOS

22 agosto de 2012

Corresponsal en Nueva York: J. G. Bailach.

En una jornada que sin duda quedará para la historia, la Secretaria General de Naciones Unidas, Lucille S. Diamond, dio lectura al documento con los acuerdos alcanzados por la Asamblea General. La expectación creada era enorme, con presencia multitudinaria de cámaras de televisión y periodistas acreditados de todo el mundo. El silencio durante el discurso de la señora Diamond ha sido de una impresionante solemnidad.

Los Estados Miembros de la Organización de las Naciones Unidas reunidos el 22 de agosto con motivo del **Fenómeno Reanimación**, emiten el siguiente informe:

INFORME

Los miembros de esta Asamblea comenzamos nuestras deliberaciones tomando en consideración La **Carta de las Naciones Unidas** allí donde reza:

«Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona... y a practicar la **tolerancia** y a convivir en paz...».

Así como la **Declaración Universal de Derechos Humanos** donde se afirma que:

«... y que la educación favorecerá la comprensión, la **tolerancia** y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos» (Artículo 26). Sin olvidar los siguientes acuerdos internacionales:

- **Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial de 1965.**
- **Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1946.**
- **Convención contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes de 1984.**

Basándonos en todo lo expuesto y en los acuerdos a que nos han conducido nuestras deliberaciones, concluimos que los **Reanimados** merecen el mismo respeto y consideración que cualquier ser humano y son acreedores a las libertades, derechos y deberes incluidos en la **Declaración de Derechos Humanos**, así como todas las comprendidas en las **Convenciones citadas**.

Queremos poner de relieve que corresponde a los Estados Miembros desarrollar y fomentar el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos los **Reanimados**, sin distinciones por raza, género, lengua, origen nacional, religión o discapacidad.

En consecuencia, **adoptamos y proclamamos solemnemente la Condición Humana de los Reanimados**.

La aceptación del componente de humanidad de los Reanimados supone su inclusión dentro de sus respectivas familias y comunidades. A fin de garantizar su integración plena, los Estados han de ratificar las convenciones internacionales existentes en materia de derechos humanos y, cuando sea necesario, elaborar una nueva legislación que garantice la igualdad de trato y oportunidades a todos los Reanimados.

La presente declaración es ratificada y firmada por los 202 Estados miembros de Naciones Unidas excepción hecha de Corea del Norte, que reserva su decisión para fecha *sine die*. Hasta aquí la lectura de la declaración por parte de la Secretaria General de la ONU, Lucille S. Diamond, quien a continuación pronunció unas emotivas palabras sobre el hecho histórico que suponía para la humanidad una muestra de tolerancia de tal magnitud. La comparó con la abolición de la esclavitud o la mismísima Declaración Universal de los Derechos Humanos. A pesar de que estas últimas palabras, que por cierto tenían todo el aspecto de ser improvisadas, desataron muestras mayoritarias de aprobación entre los presentes, también surgieron voces discrepantes cuestionando la validez de tal declaración y las repercusiones legales que conllevaría. Pero hoy no era día para tales planteamientos y, ante la euforia general, las críticas se guardaron para otro momento más adecuado. Momento que este corresponsal confía en que no llegue nunca.

El acto tuvo un espléndido y emotivo colofón con la señora Diamond presentando a su hija Sarah a la prensa. La niña, de siete años, leyó unas

líneas en las que proclamaba que nadie debía temer a los Reanimados, que eran nuestros amigos y familiares y que no querían hacernos nada malo. Y allí estaba ella, una criatura de aspecto inocente que procuraba no separarse demasiado de su madre, dándonos una lección de tolerancia a todos.

Tras la lectura, Sararí tomó de la mano a su madre, quien se quitó las gafas en un gesto deliberado. Todos pudimos ver los ojos de pez de la Secretaria General, pero también reconocimos en la señora Diamond a una mujer preocupada por sus semejantes y a una madre orgullosa. Cuestionar su humanidad es cosas de necios.

—Ha sido un camino largo y tortuoso —declaró la señora Diamond con gesto emocionado—, pero hemos tomado la dirección correcta y ahora esperamos que este paso hacia delante cuente con el apoyo de todos.

Un artículo conmovedor, ¿verdad? Lástima que esas críticas finalmente sí se hayan hecho oír; a fin de cuentas hay miedo, prejuicios y, sobre todo, dinero de por medio y ya se sabe: *Poderoso caballero es don Dinero*. Además, el mundo está lleno de necios y de capullos integrales. Pero admitiré que se consiguió mucho ese día y que Lucille S. Diamond sea ahora una terminal recientemente ingresada en un centro de RT no resta un ápice de fuerza a su figura. Por eso, cuando llega el 22 de agosto me junto con Jack (Daniel's) y Camel y nos pasamos el día brindando por ella. Por ella y para olvidar la condenada Ley de Decaimiento.

Y, las cosas como son, siempre acabo sintiéndome lleno de ternura, melancolía y, sobre todo, muy, muy humano.

| Miércoles |

Un día me encontré con un compañero de trabajo en un bar. No sólo había sido un compañero, también uno de mis mejores amigos, si no el mejor: Guillermo, «Willy». Hablábamos mucho en los viejos tiempos. Yo estaba en la barra y él en una mesa con la familia: una borrega tetuda bastante mona y tres mocosos. Me observó sin saber qué decir. Su mirada vacilaba entre el temor y la vergüenza. Le ahorré el apuro. Acabé mi copa, la pagué y en un impulso pagué también la cuenta del bueno de Willy y le pedí al de la barra que le diera un recado: vete a la mierda. Espero que se lo diera, aunque lo dudo.

Tenía la boca como un cenicero, aunque el regusto amargo que me estaba incordiando no lo provocaba el tabaco. Era producto de la sensación de estar cagándola. Debí haber mandado a la borrega a paseo. Con educación, que a fin de cuentas su marido era quien era. Nada de groserías. Habría bastado con sugerirle que la próxima vez mantuviera los ojos abiertos y las piernas cerradas. Pero no, la había escuchado hasta el final y luego había aceptado el caso. Y si alguna vez me he topado con un asunto feo, ese era el de la señora Espinosa. Roberto no sólo se trataba de un tipo que se la había tirado. No, el hombre que conoció en el Algodón Sureño era un zeta, un puto zeta. Malo era que se hubiera liado con otro, pero que encima fuera un zeta... Cuando, a la mañana siguiente, fue consciente de la gravedad de la situación con resaca y todo, comprendió que, o tomaba una decisión inmediata o su querido marido la iba a despellejar lentamente, y no en sentido figurado.

Esa mañana fatal, tras la noche loca, había rechazado los avances de su amante, quien no se lo tomó muy a bien.

—Se enfadó —me contó Eva Espinosa con el rostro demudado—. El muy capullo no quiso zanjar el tema. ¡Que se había enamorado, me dijo! —Hizo un gesto desesperado—. Quizá tenía que haberle dicho la verdad, quién era yo y con quién estaba casada. Pero en lugar de eso, le solté dos buenas bofetadas y me reí de él... —volvió a interrumpirse agachando la cabeza—. Me reí de él y lo dejé ahí plantado. Estaba convencida de que jamás volvería a verle y mi única preocupación era cómo justificar ante Gregorio el no haber ido a dormir a casa. Tomé un taxi —¡estaba en pleno barrio chino!— y de camino urdí una historia. Pensaba decirle que me había quedado en casa de Sofía a dormir. Que habíamos estado charlando hasta las tantas y nos dio pereza que ella tuviera que llevarme a casa a esas horas. No era una historia muy buena, pero Gregorio no suele meterse demasiado en mi vida y Sofía me habría apoyado, a fin de cuentas ella es mi amiga y... —Dejó la boca abierta mientras se le perdía una vez más la mirada. Me pregunté si se le estaría yendo la cabeza. Era posible que con tanto *bourbon*...

—Me siguió —dijo de pronto, volviendo en sí—. Me siguió hasta mi casa en su coche y, cuando bajé del taxi, se abalanzó sobre mí gritando que nadie le dejaba

tirado como una colilla. Que tenía sentimientos, que era un ser humano. Le rogué que se marchara, que se fuera antes de que le viera alguien desde la casa. No quiso atenderme, estaba fuera de sí y siguió gritando hasta que dos de los hombres de mi marido se asomaron a la verja y lo pillaron zarandeándome. No les hizo falta más para salir y darle una buena paliza. Los hombres que trabajan para mi marido no suelen hacer preguntas... —se interrumpió llevándose la mano al rostro. Al poco, siguió con su historia—. Yo les pedía que se detuvieran, que sólo era un desgraciado que me había pedido fuego. No me prestaron la menor atención, esos tipos son como animales cuando ven la sangre. Aun así, la cosa podía haber terminado con algún hueso roto y unas cuantas magulladuras, pero no, a Roberto se le cayeron las gafas de sol que llevaba puestas y le vieron los ojos. Gregorio odia a los zetas, quiero decir, a los reanimados, no sé el porqué...

Comenzó a sollozar con hipidos, incapaz de seguir. Le ofrecí otra copa y de paso me pegué un lingotazo. Ella recuperó el control y yo me sentí un poco más ligero.

—Lo llevaron dentro, saben que a Gregorio le encanta «jugar» en su *ring*. Fue boxeador amateur cuando era joven y de vez en cuando practica. Yo no dejaba de repetir que no me había hecho nada, que le dejaran marcharse. Cuando llegamos al porche, vi a Gregorio esperándonos. Se le encendió la mirada al ver lo que le llevaban sus hombres. Yo insistí tanto en que le dejaran marcharse que al final Gregorio me ordenó que me callara. Les grité que eran peores que las bestias y entonces creo que sospechó algo, porque me miró de una forma extraña. Repitió que cerrara la boca y me mandó adentro. Y mientras tanto, Roberto no decía nada, tenía los ojos abiertos y me miraba fijamente. ¡Dios! Juraría que el muy cretino sonreía. Como si todo no fuera más que un juego.

—O quizá fuera que el muy bobo creyera que su dama estaba dando la cara por él porque le importaba —intervine con algo de sarcasmo—. No me haga caso —añadí al verle la expresión, una que parecía decir «adiós, capullo» y a mí, a esas alturas, aún me interesaba el caso—. Tengo un sentido del humor algo británico —me encogí de hombros a modo de disculpa. Ella no se dignó a hacer comentario alguno, encendió un cigarrillo con una mano algo temblorosa y siguió con su relato.

—Al final me fui a mi dormitorio. Me quedé esperando lo inevitable, incapaz de pensar —se detuvo unos instantes, cubriéndose el rostro con la mano.

—Sus gritos se oyeron por toda la casa y es una casa grande —ahora lloraba abiertamente—. Pero no dijo nada. Lo sé porque no vi a Gregorio hasta más tarde. Hasta se medio disculpó por cómo me había tratado... Si Roberto hubiera contado algo de lo ocurrido, no sé qué me habría hecho Gregorio.

»Recibí el primer anónimo una semana más tarde.

Sacó un pañuelo del bolso con el que se enjugó las lágrimas. Luego me miró de soslayo, había vergüenza en el gesto y supe que me lo había contado todo.

—Entonces, ¿su marido se cargó a Roberto?

—¿Matarlo? No, Gregorio no es tan tonto, aunque Roberto fuera un ze... un

reanimado, la gente se ha vuelto muy sensible con esas cosas. Lo sacaron a patadas de la casa, lo vi desde mi ventana. Tenía un aspecto horrible, pero llegó hasta su coche y se marchó. No he vuelto a verlo —reprimió otro sollozo. La mujer me estaba resultando una sentimental.

—¿No ha intentado contactar con él? Negó con la cabeza.

—No.

—¿No? ¿Qué quiere decir no? ¿Es que no ha pensado que es posible que sea Roberto el que la chantajea?

Volvió a negar con la cabeza.

—A Roberto lo encontraron muerto tres días más tarde, le habían pegado un tiro en la cabeza... Se apellidaba Martín como mi abuela —comentó—, lo decía el periódico —vaciló imperceptiblemente—. Antes le torturaron. Le faltaban varios dedos, una oreja y... —reprimió un escalofrío—. Según la prensa, era como si se los hubieran arrancado a mordiscos. Especulaban con que hubiera sido un perro, dicen que los animales odian a los reanimados. Sé que Gregorio le hizo daño, pero esas heridas eran recientes. Alguien se ensañó a fondo con él. Recuerdo que lo lamenté pero también que sentí alivio y me sentí perversa por ello... Luego, llegaría el anónimo.

Me quedé callado, cavilando un rato.

—¿Quién la odia tanto, señora Espinosa? Se encogió de hombros.

—No lo sé. No tengo enemigos, Sr. Stone, en todo caso los tiene mi marido y si quisieran hacerle daño a través mío, no sería haciéndome chantaje.

—¿Y sus amigas? ¿Ha hablado con ellas sobre todo esto? Negó lentamente con la cabeza.

—No nos hemos vuelto a ver. No acudí a nuestra cita del jueves siguiente, no recuerdo que excusa les puse. Luego fueron Silvia y Sofía las que no podían ir y no hubo cena y... no nos hemos vuelto a ver —repitió perdida en una voluta de humo—. Esa noche fue el fin... —murmuró más para sí que en voz alta.

La observé unos segundos mientras le daba vueltas a lo que me había contado.

—Ya lo sabe todo —dijo sacudiendo la cabeza e intentando recuperar el control sobre sí misma. Hizo un mohín como desafiándome a que la rechazara—. ¿Me ayudará?

Antes de que ella me hiciera la pregunta, yo ya sabía cuál iba a ser mi respuesta. Acepté, que me condenen a barrer las cenizas del infierno con una escoba en el culo, pero acepté.

Después de responder a unas cuantas preguntas sobre direcciones, números de teléfono, sus amigas de juerga y algunos detalles más, me preguntó cuánto eran mis honorarios y cuando le dije que a mi tarifa habitual le tendría que añadir un veinte por ciento más por la peligrosidad que suponía que ella fuera la esposa de quien era, ni parpadeó. Se limitó a extenderme un cheque a cuenta por una bonita cantidad llena de ceros y luego se marchó dejando su perfume en el aire del despacho.

Me pasé la mano por la cabeza y encendí un cigarrillo. Le di mi palabra y ahora ya no había marcha atrás. Me puse en pie, desperezándome. Tenía un tipo fuera esperándome, venía a encargarme un informe acerca de un contable al que quería contratar. Mati me lo escupió con la cabeza asomada por la puerta y echándome una mirada fría con la que me hizo la raya del pelo a la altura de la tráquea. Esquivé la mirada y le dije que hiciera pasar al cliente. Con un tímido *buenos días*, apareció por la puerta un borrego de lo más anodino: pelo castaño algo revuelto, ojos inquietos tras unas gafas gruesas, más bien menudo y delgado, nervioso, unos cuarenta más o menos. Vestía un traje que le venía grande, una camisa blanca mal planchada y remataba el conjunto una corbata que yo no le hubiera puesto a un perro. Mirarle dolía. A pesar de ello, me alegré, era justo el tipo de calmante que me hacía falta. Un *Señor Gris* con un caso gris.

—Usted dirá —dije mostrándole una silla con la mano.

—Me llamo Pablo, Pablo Jiménez —se presentó casi en susurros—. Tengo un pequeño negocio de tiendas de ultramarinos. Empecé con una y me ha ido bien y ahora son tres y, bueno, nunca se me han dado muy bien los números y estoy buscando un contable... El caso es que ya lo he encontrado —me dejó una hoja encima de la mesa. Le eché un vistazo, era un *curriculum vitae*. El problema es que no sé si... No soy muy hábil juzgando a la gente, ¿sabe?

En resumen, que el señor Gris quería que investigara al contable para asegurarse de que era una buena persona. Alguien decente y con modales, vamos. Me aguanté la risa.

—No soy psicólogo, señor Jiménez —le espeté—. Puedo mover algún que otro hilo y ver si este tipo tiene antecedentes e incluso averiguar qué tal lo ha hecho en trabajos anteriores, pero de ahí a asegurarle que es buena persona...

Se puso rojo como una fresa y cabeceó con rapidez.

—Eso bastará, señor Stone. ¿Cuánto... esto... me costará?

Le dije cuánto, aceptó y me despedí de él. Luego tomé el teléfono, hablé con Aguirre, un contacto que tengo dentro de comisaría, y le pasé el nombre del contable. Tendría un informe completo sobre mi mesa para el lunes, Aguirre se llevaría unos pavos y yo otros cuantos. Fácil, sencillo, rápido. No como el asunto de Eva Espinosa, aunque en el fondo estaba dando saltos de alegría por haber aceptado el caso. Si quería pudrirme de aburrimiento, sólo tenía que dedicarme a clientes como el señor Gris y supongo que eso era justo lo que no quería hacer.

Cinco minutos más tarde estaba atendiendo por teléfono a la señora Fabra sobre un encargo que me había hecho la semana anterior: averiguar si su marido la engañaba con otra mujer. A lo largo de los dos últimos meses, el hombre había comenzado a llegar tarde a casa desde la oficina y la mujer sospechaba que la excusa del trabajo extra era precisamente eso: un pretexto. Yo había husmeado un poco por aquí y por allá y efectivamente, el hombre se la estaba dando con queso; el instinto femenino no suele fallar. Sin embargo, su marido no la engañaba con otra mujer, lo

hacía con otro hombre y uno bastante más joven que él. Se lo conté a la señora Fabra que no hizo comentario alguno. Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí, que de maravilla, y de paso me mandó a las cloacas a tomar el aire. Finalmente, y ante mi silencio, la mujer colgó reprimiendo un sollozo. Me encogí de hombros; no dejaba de ser la misma mierda de siempre, en estos casos lo único que cambia es el día. Me fumé un cigarrillo lentamente, jugueteando con el humo. Casi había liquidado la mañana, pero aún quedaba algo por hacer: era hora de hablar con Mati.

La llamé en voz alta y preparé un par de cafés. Tras aceptar un caso importante, siempre lo comentaba con ella, me servía para ordenar las ideas y Mati me señalaba los detalles que se me pasaban por alto. Al ver que no venía, la llamé de nuevo.

—Hay café recién hecho —dije. El café recién hecho la vuelve loca.

Ni caso. Estaba cabreada. Eva Espinosa no le había gustado desde el principio y seguro que no entendía por qué no me había librado de ella de inmediato. No iba a resultar sencillo hablar con alguien que piensa que tienes el cerebro en las pelotas. Suspiré mentalmente y fui hacia la puerta. Asomé la cabeza con precaución. Allí estaba en su silla, sentadita como una niña buena y leyendo una revista. Pronuncié su nombre procurando sonreír.

Me ignoró concentrándose en la lectura. Anduve hasta la mesa y pude ver el título del artículo que estaba leyendo: «Pros y contras de la munición de punta hueca». Carraspeé sintiéndome un poco tonto. Un zeta hecho y derecho acoquinado por una cría. Sí, una cría que me hacía sentir humano. Una de las pocas personas que lo conseguía.

Acabó levantando la cabeza para taladrarme con la mirada.

—¿Qué? ¿La chupa bien? —me espetó curvando el labio con desdén.

Fue entonces cuando mi instinto de supervivencia silenciado por mi otro instinto, el de reproducción, me advirtió de que el caso me iba a traer dolores de cabeza. Si entonces hubiera sabido cuántos, probablemente habría echado a correr hasta reventar.

El 7 de agosto de 2012, que ya ha pasado a la historia como el Día del FR, un número indeterminado de muertos, pero cifrado en varios millones, volvió a la vida. Más de dos años después, la comunidad científica seguía sin poder dar una explicación concluyente a lo que ocurrió ese día. Aunque algunas conclusiones sí que habían alcanzado:

Que sólo los fallecidos pocos días antes del 7 de agosto, volvieron a la vida. Y no todos. Dependía de las condiciones en que hubieran sido enterrados.

(De hecho la gran mayoría de reanimados salieron de tanatorios y hospitales. No quiero pensar en los que volvieron y se encontraron bajo tierra. A dos metros de profundidad. Alguno se desenterró al cabo del tiempo y no fue un espectáculo agradable).

También era necesario un mínimo de masa cerebral para reanimarse.

(Por razones también desconocidas, las neuronas de los que volvieron a la vida presentaban un grado de deterioro menor al habitual —las neuronas mueren a los pocos minutos del fallecimiento de una persona— y eso permitió que parte de los reanimados conservaran sus facultades mentales).

Los efectos del FR sólo se hicieron patentes ese 7 de agosto.

Fuera lo que fuera, sólo afectó a los muertos.

Los reanimados están muertos. Hablan, comen y disfrutan de sus vicios como cualquier borrego, pero están muertos. Pueden respirar pero no necesitan hacerlo, su sangre circula pero pueden detener su corazón a voluntad sin demasiados problemas. En general ocurre lo mismo con el resto de su organismo.

Los reanimados no pueden dormir ni soñar. Pero sí que sufren y sienten dolor físico y mental.

Los reanimados se ven afectados por la Ley de Decaimiento descrita por el CIFR —una suerte de descomposición ralentizada— que acaba con ellos (nosotros) en un plazo máximo de cuatro años.

Antes de quedarse tiesos, los reanimados pasan por una fase terminal con una duración variable en cada caso documentado, aunque suele ser breve. En esa fase terminal, el reanimado es poco más que un animal. Algunos de los reanimados del 7 de agosto volvieron en esa fase. Contaban con el cerebro suficiente para volver, pero para poco más.

Ya han pasado la mitad de esos cuatro años. Y han sido dos años de integración traumática tanto para los reanimados como para los vivos.

Desde luego no resulta muy alentador saber que todo reanimado acabará siendo un terminal. Ni que el proceso se desencadenará al cabo de cuatro años en el mejor de los casos. El mejor de los casos es un reanimado que murió poco antes del FR, horas

o como mucho, uno o dos días, y que además, si ya estaba enterrado, su última morada reuniera las condiciones idóneas que permitieran al cuerpo evitar o ralentizar al máximo la descomposición. Ese fue mi caso, me conservé estupendamente. Llevaba un par de días en el mausoleo y mírame, estoy hecho un figurín. Gracias al mausoleo y al tipo que decidió echar mano de un pico y ayudarme a salir; el mismo que luego echó a correr al verme. No sé qué esperaba, desde luego no a mí. Jamás he vuelto a verle. Me hubiera gustado darle las gracias.

También hubo muchos que volvieron una vez más a la muerte dentro de sus propias tumbas. Nadie fue a socorrerles. O no les oyeron o sí lo hicieron, pero en los Días del Olvido a nadie se le ocurría ir desenterrando ataúdes a ver qué había dentro.

La gente tenía miedo. Lo entiendo.

Pongamos un ejemplo cualquiera: papi vuelve a casa unos días después de que le haya reventado el corazón. Da un buen susto a todo el mundo. Y cuando digo a todo el mundo, me refiero a su familia, sus amigos... Pero supongamos por un momento que papi, antes de que le vuelen la cabeza de un tiro, consigue convencer a todos de que no es un zombi devora cerebros. Los demás acaban aceptándolo porque papi se muestra muy razonable. Y papi se alegra, aunque no deja de observar cómo sus hijos arrugan la nariz cada vez que se acerca a ellos. Tampoco son capaces de mirarle a los ojos. Y es muy consciente de los respingos que da su mujer cada vez que la toca. Pero al final son de nuevo una familia feliz... con la salvedad de que un día cualquiera papi será un desgastado que intentará comer, comer y comer.

Y todos saben que a los terminales les encanta darse festines de vísceras. Preferiblemente humanas.

Al final papi decide que lo mejor es irse. A nadie le gusta que le miren con miedo y asco. Nadie llama a papi para que vuelva.

Y ese es el motivo por el que la mayor parte de los reanimados pasamos de la familia, de los amigos y de los putos borregos en general. Nos juntamos entre nosotros o nos quedamos solos. Normal que pillemos depresiones, le peguemos a la botella, a la aguja y a cualquier cosa que nos permita dejar la realidad atrás. Y cuando notamos cualquier síntoma anómalo: salivar constante al pensar en vísceras calentitas, gemidos cada vez que abrimos la boca, problemas para rascarse la nariz, etcétera, es cuando muchos optamos por la *salida Hemingway*. (No es su carrera como escritor lo que nos atrae de ese viejo bribón que fue Ernest. Lo admiramos como golfo con cojones para quitarse de en medio cuando la vida empezó a ser una carga).

No nos gustan demasiado la mayoría de los borregos. No nos gusta haber vuelto. Y sobre todo, no nos gusta saber que al otro lado no hay nada. Al menos, nada que recordemos. Y ahí las religiones tampoco nos quieren demasiado. Prácticamente somos la reencarnación del mal para todas ellas. Excepto el budismo. Ellos están convencidos de que para los zetas no hubo reencarnación porque en el orden de las cosas, la reanimación era una parte del *cutupapata ñana* (el conocimiento de ver

seres morir y renacer de acuerdo con la naturaleza de sus acciones). De todas formas, no vayáis a creer que los monjes esos se juntan mucho con nosotros. No lo hacen. Para nada.

Y es así como están las cosas: los zetas tenemos nuestras vidas y los borregos las suyas. Cada vez hay menos conflictos. Los zetas no los buscamos y los borregos saben que es cuestión de tiempo que nosotros desaparezcamos. Y todos tan contentos.

Pero en ocasiones surge un zeta que no quiere o no puede aceptar la situación. Que quiere que lo consideren un ser humano y ya está. E intenta relacionarse con todo el mundo sin importarle si es un zeta o un borrego. Y, aunque yo creo que son unos capullos por intentarlo, en el fondo admiro su espíritu. Y ese es el motivo por el que acepté el caso de Eva Espinosa. Porque me jode cómo acabó Roberto. Porque el muy capullo se enamoró de una desconocida y no la traicionó a pesar de que le dieron una paliza. O quizá no fuera amor, sino por cómo se sintió con ella: un hombre de verdad, no un puto zeta con ojos de pez y un tufillo a podrido rondándole. Y, además, odio a Gregorio Espinosa, que se divierte abusando de los reanimados, y también a los que mataron a Roberto, y a los chantajistas... Bueno, y supongo que también acepté porque la señora Espinosa tiene las piernas más largas y mejor diseñadas que he visto jamás.

Sin embargo, no le podía decir nada de lo anterior a Mati. Así que le pedí que confiara en mí, que tenía mis razones. Y ella acabó por hacerlo, lo que hizo que me sintiera un poco canalla. Eso sí, le juré que no sabía cómo la chupaba Eva Espinosa y que no tenía intención de averiguarlo. No me contestó, aunque se rio a gusto. Creo que me conoce bien. Pero prometió que me ayudaría.

Nos fuimos a casa. Había sido un día completito y ya estaba bien. Al día siguiente empezaría a husmear por ahí. A ver qué pasaba.

| *Miércoles a jueves* |

EL MUNDO

Avances en la búsqueda de causas
del hambre voraz en terminales

Informa Ricardo B. Álamo.

El CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación), a través de su gabinete de prensa, ha avanzado que existe una relación entre el hambre desmedida en los terminales y el síndrome de Prader Willi.

El citado síndrome viene provocado por un defecto en el hipotálamo...

AS

Expectación ante la vuelta del mítico
George Best al Manchester United

Artículo de Javier Aguirre.

Su increíble conservación *post mortem*, atribuida por los especialistas al mausoleo en el que fue enterrado en el cementerio de Roselawn de Stormont, Belfast, ha permitido al excepcional y controvertido jugador norirlandés volver a un campo de fútbol. El aficionado que oyó los golpes que permitieron «liberar» al astro, ocupará un lugar de honor en el palco de Old Trafford. Y es que, como no podía ser de otra manera, el jugador ha vuelto al club de sus amores, el Manchester.

No ha sido el único «amor» al que ha vuelto Best, ya que se tienen noticias de que su afición a la bebida ha permanecido intacta, aunque en esta ocasión nadie vaya a reprochárselo...

LA VANGUARDIA

Oleada de profanaciones tras el caso Best

Corresponsal Andrés Br. Elles.

La aparición del jugador de fútbol británico George Best en óptimas condiciones físicas, dentro de los parámetros del FR, ha provocado una serie de profanaciones en cementerios de todo el mundo. Los mausoleos son el principal objetivo de los asaltantes. Tanto familiares como fans y oportunistas han tomado al asalto miles y miles de sepulcros. Los casos más sonados afectan a celebridades como J. F. Kennedy, Tolkien, Teresa de Calcuta, Einstein, Groucho Marx, Marilyn, Freddy Mercury... No se tiene constancia de que se haya repetido una reanimación como la del mencionado futbolista George Best.

Fuentes del CIFR advierten de que hay una posibilidad entre mil millones de que se repita lo ocurrido con el célebre futbolista...

EL PAIS

¿Kim Jong-III ha vuelto a causa del FR?
Se habla de lucha sangrienta por
el poder en Corea del Norte

Corresponsal en Seúl: Rosario A. Gómez.

La noticia de que el fallecido líder norcoreano ha vuelto sigue sin confirmarse. Observadores internacionales han advertido movimientos de tropas en el país. El ministerio de asuntos exteriores coreano ha declarado que su gobierno no tolerará injerencias extranjeras y que cualquier declaración en ese sentido será interpretada como un acto hostil hacia su país...

SCIFIWORLD

Informa El Guardián del Ático.

George A. Romero sigue adelante con su remake de *La Noche de los Muertos Vivientes* a pesar de las críticas que le tachan de oportunista e insensible...

HOLA!

¡A más de una le gustaría
que no hubiera vuelto!

Reportaje de María G. G.

Fotos de E. A. Poplar.

... La popular tertuliana televisiva que ha vuelto a las portadas merced a su reanimación, nos abre las puertas de su ataúd, que conserva en casa porque *nunca se sabe [sic]*. La celebridad quiere de este modo desmentir a quienes afirman que el citado ataúd es de pino y no metálico con todas las comodidades, como ha reiterado en diversas ocasiones la propia interesada. Los insultos y descalificaciones que se han producido en este caso, no dejarán indiferente a nadie. (Sigue en páginas interiores).

Eran las tres de la mañana. Tenía al gato en el regazo, la petaca al alcance de la mano, el enésimo cigarrillo humeando entre los labios y la puta prensa tirada por el suelo. Hay noches en que ni el viejo Jack Daniel's consuela.

Pensaba seguir con el caso al día siguiente. Tenía un par de ideas. Una de ellas era seguir los pasos de Eva Espinosa y sus amigas, aunque me llevaran hasta el mismísimo infierno, posibilidad más que factible. La otra era invitar a Mati a cenar. No sé cuál de las dos era más disparatada...

Las tres y cinco. Busqué la botella de vodka que guardaba por algún sitio, quizás combinándola con el *bourbon* y un par de cervezas negras que había en la nevera...

Rata y Armario

| Jueves |

El reconocimiento de defunción de facto es una figura legal creada para amortiguar el impacto social y emocional que supuso la vuelta de los muertos. Una salida para los que no podían aceptar la realidad. Uno se acoge a este reconocimiento de manera voluntaria. La familia recupera la normalidad, o lo aparenta al menos, y el reanimado pasa a seguir legalmente muerto. A nosotros se nos ofrecen ayudas económicas para iniciar una «nueva vida». Yo no necesité la ayuda económica.

Las seis, decía el reloj cuando conseguí salir del estupor que me había provocado la mezcla de *bourbon*, vodka y cervezas de la noche anterior. *Hace apenas tres horas*, me aclaró una vocecita a la que llamaré conciencia.

Hay mañanas en que uno se siente más viejo que el diablo y más tonto que las pelusas, y esa del jueves era una de las mías. Una de tantas, también es verdad, o sea, que no constituía ninguna novedad, pero ni cambiaba ni mejoraba las cosas.

Me pasé la mano por la cabeza como si pudiera alejar la tormenta de ansiedad que comenzaba a acecharme y acabé por vestirme a toda prisa para salir a la calle. Necesitaba ver el sol, la gente, los coches, sentir a la ciudad desperezándose, volviendo a la vida tras la noche. A fin de cuentas eso era lo que yo había hecho, ¿no? volver a la vida después del gran sueño, el sueño eterno... Le pegué un beso a la botella para acallar la opresión de ideas negras, asusté al gato con dos buenos gritos cuando lo vi enroscado sobre mis zapatos y, después de ponerme unos pantalones de lino, una camisa blanca y echarme la chaqueta al hombro, que ya hacía calor a esas horas, salí a la calle con la sensación de que me iba a reventar el pecho de pura ansiedad.

Anduve hasta el despacho mientras liquidaba una cajetilla de Camel. A mitad de camino conseguí recuperar la calma lo suficiente para apurar los pitillos y no tirarlos después de dos caladas. Me di cuenta de que estaba mirando a todo el que se cruzaba conmigo en busca de qué sé yo, quizás una respuesta o al menos un gesto de comprensión.

Al final opté por meterme en el bar que hay al comienzo de la calle del despacho: El As de Picas, un tugurio infecto que sorprendentemente tiene una clientela muy fiel. A su dueño, conocido por todo el mundo como el Piojoso, se la trae al paio que seas un zeta, una *eñe* o una puta *uve doble* siempre que pagues lo que te tomes y no montes jaleo en el local. A pesar del dolor de cabeza que tenía a causa de mi particular juerga nocturna, me hacía falta tomar algo, así que me acodé en la barra, gruñí un saludo y pedí un café con un tiritito de orujo en vaso aparte.

—¿Hierbas o blanco? —preguntó el Piojoso echándome el humo de su sempiterno cigarrillo a la cara.

—Ponme uno de cada, no se vayan a poner celosos.

Gruñó un *ja* más falso que su güisqui escocés y luego me sirvió las dos copas.

—Paco, lo de siempre —pidió un habitual del bar. Era uno que decía llamarse Santi y al que los demás llamaban el Bocas. Siempre estaba en el mismo sitio, apoyado sobre la barra masticando un trozo retorcido de *caliqueño* al que de vez en cuando sacaba humo, y soltando perlas que esperaba supiéramos apreciar los demás. De ahí le venía el apodo.

—¿Cómo va, amigo? —saludó dirigiéndose a mí.

Hizo un gesto vago con los labios, mientras acunaba la copa.

—Así estamos todos, con la mierda al cuello —afirmó—. Mucho tienen que cambiar las cosas en esta ciudad, ¡pero mucho! ¿Sabéis lo que yo haría?

Cuando observé que varios de los que estaban en las mesas a espaldas de Bocas ponían los ojos en blanco, supe que había llegado la hora de marcharme. Apuré las copas, pagué lo que debía y farfullando un adiós sin mirar a nadie, me largué dejando al Bocas dándole la brasa a los de dentro.

Admito que cuando salí del As de Picas tenía más ganas de sonreír y la ansiedad con la que había arrancado el día, sólo era un mal recuerdo. De todas formas y como precaución, había cargado la petaca con orujo, del blanco que el de hierbas lo encontré demasiado dulzón.

Al llegar al portal me costó hasta tres intentos abrir la puerta, por momentos parecía que se burlaba de mí. Luego subí las escaleras a paso ligero hasta el primer piso donde tengo el despacho. Un poco de ejercicio nunca viene mal. Al llegar, abrí la puerta y pasé adentro esquivando el dintel por milímetros. El orujo era fuerte, no cabía duda.

En el interior estaba todo a oscuras, Mati no suele llegar antes de las ocho y eran apenas las siete y media. Fui palpando la pared en busca del interruptor de la luz cuando una mano grande y callosa tomó la mía. Como no me sentía especialmente cariñoso esa mañana, solté la otra mano en forma de puño hacia la sombra que se abalanzaba sobre mí. Fue como golpear una pared y, aunque el otro soltó un gemido, creo que yo me hice más daño que él.

Me solté de un tirón e intenté sacar el revólver que llevo siempre anidado en la axila. Entonces alguien encendió las luces y me encontré cara a cara con el agujero negro de una pistola. Juraría que era una Beretta, aunque te puedes equivocar en ese tipo de detalles cuando te encuentras en una situación de cierta tensión. El borrego que había detrás del arma tenía cara de rata, una mirada cargada de rabia y unas ganas tremendas de tirar del gatillo. Esas cosas se notan, son como el amor a primera vista: no se pueden ocultar.

Me quedé quietecito y con las manos en alto. Mis nuevos amigos eran dos: uno, el que llevaba la pistola y el otro, el que había hecho manitas conmigo; este último era un borrego grande y sólido como un armario y con una jeta de nariz rota, labios gruesos y crueles, y ojos negros que daba miedo.

Los dos iban bien vestidos, trajes oscuros, camisas blancas y corbatas a juego. Era ropa hecha a medida, y la del tipo más grande debía de haber costado lo suyo. Fue este el que se acercó, para cachearme y aligerarme de mi arma que entregó a su compinche. Este la guardó junto a la suya, bajo la chaqueta. Luego el grandullón me arreó un golpe seco y brutal en las costillas y eso me dolió. Supongo que quiso devolverme la que yo le había dado antes. A continuación me alzó en volandas como si fuera un fardo, me llevó hasta el despacho y me dejó caer sobre mi silla. Estuve ahí tirado unos cuantos segundos intentando recuperar la compostura. Rata y Armario se sentaron en las dos sillas que tenía para las visitas y aguardaron pacientemente a que me recuperara. Cuando lo conseguí, les pedí permiso para fumar, me lo dieron, aceptaron el pitillo que les ofrecí y tras pegarle un trago a la petaca, de la que no les ofrecí —que todo tiene un límite—, les sonreí y pregunté a qué debía el placer.

—Ayer por la tarde tuvo una visita, señor Zeta —dijo Rata sin mayores preámbulos—. Alguien que no debió pisar este cuchitril —paseó la mirada por el despacho con una mueca de desprecio en los labios.

—¡Uf! —exclamé, elevando los ojos al techo—. Soy un señor Zeta de lo más popular. Ayer debí de recibir cientos de visitas, como no sean más precisos, caballeros, no voy a poder ayudarles.

—No se haga el gracioso con nosotros, Stone, o lo lamentará —amenazó Rata.

—Descuide, no se me ocurriría hacerme el gracioso, si lo hiciera tendría que pasarme media tarde explicando las pullas para que las entendieran. ¡Espere, espere! —exclamé al ver a Armario avanzando hacia mí con cara de malas pulgas. Me golpeé la frente con la mano—, ya recuerdo: vino una tipa que tenía el tamaño de un cachalote sobrealimentado y la cara de una rata de alcantarilla, ¿la madre de ustedes, quizás?

Armario blandió un puño tan grande como una pelota de balonmano.

—¡Voy a sacudir a este puto zeta hasta cansarme!

—Claro que sí, chico listo, supongo que es la única manera que tienes de cansarte, ¿no? Eso y los trabajitos manuales a solas, porque entre el careto y la actitud no te veo yo acudiendo a muchas citas.

Le costó unos segundos captarlo, pero lo captó. Al ver su puño avanzando hacia mi rostro, casi me arrepentí del comentario y pensé que a veces no me vendría mal morderme la lengua, cuando una voz suave y calmada surgió desde la puerta.

—Quieto, grandullón, o te hago un segundo agujero en el culo. Armario se quedó inmóvil, con el puño en alto y una expresión colérica, pero la alusión a su trasero fue suficiente para que perdiera interés por mi cara. Rata, por su parte, se volvió despacio hacia la voz mientras llevaba la mano al interior de su chaqueta.

—¡Eh, canijo! Cuando la saques, que sea por la culata y usando dos dedos, déjala luego sobre la mesa y te advierto que si te mueves demasiado aprisa, te vuelo la puta cabeza.

Mati, porque era ella, mantuvo firme la Smith & Wesson en dirección a la cabeza

de Rata, que de pronto había palidecido. El tipo hizo lo que le pedían.

—No íbamos a hacerle daño a nadie —gruñó tras dejar su arma sobre la mesa.

—¿Qué tal si sacas la mía también? —le pedí con una sonrisa que esperaba fuera cordial.

Lo hizo refunfuñando por lo bajo. El tipo tenía un carácter colérico, eso era obvio. Enfundé mi pistola y luego cogí la otra movido por la curiosidad, sí era un Beretta. Me gustan las Berettas, son armas eficaces y bonitas, así que me la guardé en el cajón de la mesa. Rata no dijo nada por lo que imagino que no le supo mal que me la quedara.

—No traíamos malas intenciones —insistió Rata con unos modales repentinos que me hicieron sonreír—. Sólo hemos venido a hablar con el señor Stone.

Iba a responderle, pero Mati se me adelantó.

—¿A hablar? Pues venga, hablad. Y tú, grandullón, deja el arma sobre la mesa y siéntate.

—No llevo pistola —farfulló Armario—. Tengo mis puños.

—¡Mira que hombretón! —se burló Mati—, pues métete las *armas* hasta el fondo en los bolsillos del pantalón y siéntate, machote.

Armario hizo lo que le había pedido Mati y todos nos quedamos en silencio. Durante unos segundos se hubiera podido oír el pedo de una mosca. Al final, Rata carraspeó.

—Hemos venido a darle una adverten... un consejo señor Stone, para que no se meta en asuntos que no le incumben. Alguien que vino ayer le pidió que se encargara de algo, queremos saber qué fue y luego queremos que lo olvide.

—De acuerdo —asentí poniendo cara de chico bueno—. ¡Joder! —exclamé después de tomarme mi tiempo para fumar tranquilamente—. Lo he hecho al revés, me he olvidado del encargo y ahora no podré decirles qué era.

—Este tipo es un listillo —intervino Armario—. Pues yo no andaré tonteando con el señor Espi...

Rata se revolvió con rapidez y abofeteó a su compinche con el dorso de la mano. Armario se encogió como un niño pillado en falta.

—Estúpido —siseó Rata, encolerizado—. Nada de nombres.

—Vamos, vamos —dije conciliador mientras me aguantaba la risa—. No debería ser tan duro con él, a fin de cuentas no conozco a ningún señor Espi. ¿Y tú, Mati, conoces a algún Espi?

—Sí, al Espinete de Barrio Sésamo, pero no recuerdo que ese haya venido por aquí. Ni él ni su señora.

—¿Ve? —le dije a Rata con una gran sonrisa—. Lo mejor será que se marchen y le digan a su amiguito que se han equivocado de sitio.

Rata entrecerró los ojos y volví a ver la rabia de antes en ellos, una rabia profunda. El tipo me pegaría dos tiros sin pensárselo y lo haría encantado.

—No te gustan los zetas, ¿eh, mamón? —dije acercándome de pronto a él y

mandando las formalidades a paseo. Lo cogí por la corbata zarandeándole—. A mí los borregos de mierda como tú tampoco me gustan, pero os aguanto, así que muéstrame un poquito más de respeto. Podría decirle a Mati que os reventara la cabeza a tiros y declarar luego que lo hizo en defensa propia. Que me estabais atacando aquí en mi despacho después de forzar la entrada. ¿Qué te parece, soplapollas? A mí no me suena mal. ¿Qué opinas tú, Mati?

—Hoy tengo prácticas de tiro. Blancos móviles, precisamente —intervino lacónica Mati—. Igual me da una diana que otra.

—¿Has oído, capullo?

Rata asintió lentamente y con bastante docilidad. Ya no había tanto odio en su mirada, de hecho creo que había más pánico que otra cosa. Tenía los ojos tan abiertos, que le veía el fondo del cráneo por detrás. No sé si el comentario de Mati y el revólver que le había colocado en la entrepierna tuvieron algo que ver. Supongo que sí, hay gente que se emociona con nada.

Me quedé ahí con mi jeta pegada a la suya. Mis ojos de pez bien clavados en los suyos. El cañón de mi arma hurgando en sus *joyas de la corona*.

—¿Y bien? —pregunté al cabo de un rato—. ¿Sigues pensando que te gustaría pegarme un tiro?

Rata negó con la cabeza, le temblaba ligeramente la barbilla.

—Pues hala, ahora a tomar el aire y, si os apetece volver, Mati os dará hora.

Los dos se dirigieron hacia la puerta, Mati se apartó y les metió prisa con el cañón de la S & W. A modo de despedida, amartilló el arma y fue entonces cuando Rata y Armario demostraron que tenían pies ligeros. Mati cerró la puerta tras ellos, guardó el arma en el bolso y fue hacia la máquina de café.

—¡Vaya!, si no llego a tiempo, montáis la fiesta sin mí. ¿Un café?

Asentí con la cabeza mientras encendía un cigarrillo. Me costó acertar con la llama, la mano me temblaba un poco. Demasiado alcohol, supongo. Con el olor a café en el aire y algo más calmado, cogí el teléfono para llamar a Eva Espinosa, tenía que avisarle de que su marido sabía lo nuestro... Me gustó cómo sonaba eso.

Me respondió una voz de mujer con acento extranjero, centroeuropeo, quizás alemán o austríaco.

—Residencia de los señores Espinosa, ¿quién llama?

—Desearía hablar con la señora Espinosa, por favor, es importante.

—He preguntado quién llama, señorr.

—Soy, esto, Tomás, un amigo de la familia —dije en un momento de inspiración, de pronto me pareció que darle mi nombre no era una buena idea—. La señora querrá hablar conmigo.

—Lo lamento, la señora Espinosa está indispuesta y no atiende llamadas hoy.

—Déjele un recado —me apresuré con la boca repentinamente seca—. Dígale que es sobre los papeles que me trajo ayer, que tenemos que hablar sobre ellos. Le daré mi número de teléfono y que me...

—Lo siento, señorr —me interrumpió tajante la voz al otro lado—. La señora Espinosa tampoco rrecoge rrecados.

—Oiga, listilla, pásame ahora mismo con la señora Espinosa o me encargaré de que... —El zumbido de la estática me avisó de que la línea estaba muerta. Me habían colgado.

Joder, ¿qué coño estaba pasando?

Historias del día FR (2)

| 7 de agosto de 2012 |

Mariano Queiroz, enfermero de treinta y cinco años, separado y con un hijo al que no hubiera reconocido de haberse topado con él por la calle, adicto a los carajillos, jugador compulsivo de tragaperras y siempre generoso con los pacientes más ancianos del hospital a los que desvalijaba en cuanto tenía ocasión, trabajaba en La Fe desde hacía más de diez años.

Conocía cada uno de los rincones y vericuetos del centro sanitario mejor que nadie, no en vano sus *expediciones de recaudación*, como él las denominaba, le habían llevado a recorrer la totalidad de las instalaciones hospitalarias. De habérselo propuesto, podría haberse puesto a salvo en más de cien sitios diferentes. Lamentablemente, de nada le sirvió este conocimiento cuando en una de sus expediciones por el mortuorio del hospital, vio como se alzaban de sus camillas recién trasladadas al recinto, dos víctimas de un tiroteo sucedido durante el atraco a un banco. Los fallecidos habían sufrido pérdida de masa encefálica y su muerte había sido instantánea.

Durante unos segundos, Mariano se quedó paralizado sin dar crédito a lo que veía. Así fue como le cortaron el camino hacia la salida. Entonces se acurrucó en un rincón de la sala, cerró con fuerza los ojos y rezó para que se desapareciera el coco como cuando era un chiquillo. Se dijo que contaría hasta cien y que cuando abriera los ojos, todo habría vuelto a la normalidad.

Estaba seguro.

Como cuando era un chiquillo.

Chilló como un niño al sentir el primer mordisco.

Un trozo de carne

El decaimiento es un proceso rápido, aunque variable dependiendo de la resistencia del individuo, como ya he dicho anteriormente. Pero aun así, siempre es breve. Cuestión de uno o dos días como mucho. De todas formas, hay ciertos síntomas que se presentan poco antes de que nos veamos reducidos a cretinos babeantes y ansiosos de entrañas cálidas. Son indicios a los que conviene estar atento. A ningún reanimado que yo conozca le seduce la idea de convertirse en un terminal devorador de vísceras. Cuando ves la que te viene encima, puedes llamar al número de emergencias (3710) para comunicar con el centro RT más próximo. Envían una unidad de contención con personal entrenado (un eufemismo para lo que viene a ser un furgón blindado y un par de gorilas bien armados) y te meten en una celda acolchada donde no puedas hacerte daño (en realidad, no hacerle daño a nadie). También intentan curarte, o eso dicen. No conozco a nadie que haya vuelto para contarlo. Eso sí, buena intención hay. A raudales. Tanta que dan ganas de vomitar.

Pero no todos llaman al 3710, hay quienes prefieren acabar con todo, retornar al sitio del que probablemente no deberíamos haber salido. Unos optan por el método *bonzo*, otros por el vuelo sin motor, algunos por meterse en el coche y apretar a fondo, los hay que prefieren internarse en el mar... Y algún que otro cabrón no hace absolutamente nada para ver si es verdad que se pierde el control cuando eres un desgastado. Son los menos, aunque los que peor fama nos dan.

Yo soy de los que no van a acabar en una celda acolchada, eso seguro. Tampoco me pienso dejar ir. Tengo un acuerdo con Mati: en cuanto se lo pida o ella reconozca los síntomas, me volará la cabeza.

—¿Supondrá un problema? —le pregunté el día en que lo hablamos.

Se encogió de hombros.

—Cuando os convertís en desgastados, dicen que perdéis la humanidad, así que cuando te toque, no creo que seas tú, ¿no? —comentó al cabo de unos minutos con el ceño fruncido.

—No, ya no.

—Entonces será como dispararle a un trozo de carne ambulante —soltó una risita seca—. Ningún problema, jefe, ninguno en absoluto.

Me quedé más tranquilo, sé que cumplirá con su palabra, y cuando me llegue el momento, no corro el riesgo de andar por ahí gimiendo y pegando bocados a todo el mundo... Aunque eso del trozo de carne...

| Jueves |

Al principio iba de cuando en cuando a ver a los críos a la salida del colegio. No podía dejar que me vieran, yo estaba «muerto», así que me ocultaba entre los árboles que hay frente a las puertas de salida. Me gustaba verlos. Un día unas madres me confundieron con unos de esos guarros que molestan a los críos y me tuve que ir a la carrera. No he vuelto. Los echo de menos.

Nada como unos tragos de orujo para cambiarle a uno la perspectiva de las cosas. No hacía ni media hora que Rata y Armario se habían marchado, minutos que yo había aprovechado para vaciar la petaca, y ya estaba deseando volver a verlos para darles una lección. Una que no olvidaran. Me contuve, conocía la vocecita bravucona que me susurraba al oído diciéndome que me fuera a por ellos y de paso a por Gregorio el Sanguinario. Que me dejara de pollas y preguntas agudas y modales suaves. Que les metiera un balazo por el culo y me quedara a ver si les salía por la boca. Que luego les machacara los sesos y prendiera fuego por si acaso había otro FR. Así no volverían en ningún caso. Que hay muchos borregos que me harían lo mismo en cuanto tuvieran ocasión y que el Sanguinario y sus gorilas eran de esos. Y nadie los iba a echar de menos. Incluso habría gente que se alegraría... Esa vocecita es cada día más salvaje... y tentadora.

Aparté la petaca dejándola en el cajón y, con un cigarrillo en la boca y otro recién encendido entre los dedos, me asomé por la puerta llamando a Mati.

—Joder, jefe —soltó al entrar al despacho y verme con los dos pitillos y el gesto extraviado—. No sé, creo que debería pegarte un tiro, ya sabes, por humanidad. ¿No habrás comenzado a gemir y cosas así, verdad?

Le solté un gruñido malhumorado por toda respuesta y apagué uno de los cigarrillos mientras le sacaba humo al otro. Estuve farfullando un rato para mí mientras ella me observaba con una expresión entre divertida y preocupada (quiero creer que había algo de preocupación).

—¿Qué haces esta noche? —le espeté al final.

—Dormir y callar, jefe. A lo mejor veo la tele, o me pongo la radio un rato, o quizás un libro. Tengo uno que está teniendo un éxito tremendo: *El Loco de la Colina* a algo así. En fin, no sé, lo uno o lo otro —se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Es para una encuesta?

—Me preguntaba si te apetecería salir a cenar —le dije ignorando el sarcasmo—. Ya sabes, a un restaurante de los buenos, nada de baruchos infectos o casas de comidas baratas —me callé, estaba nervioso y algo borracho, terminaría por decir alguna tontería, si no la había dicho ya.

—¿A cenar? ¿A un buen restaurante? Vaya, ¿qué te parece? Todo un lujo para

alguien como yo que no ha salido de baruchos infectos o casas de comidas baratas.

—Mierda, Mati, no es eso lo que quise decir, es que...

—Nada jefe, nada —me interrumpió ella riéndose—. Claro que me apetece salir a cenar, ya lo creo, no sé cuánto hará que no salgo.

—¿A las ocho, entonces? —solté sintiéndome de pronto mucho más animado—. Iremos a Il Piacere.

—¡Ah, que lo de cenar es contigo! —resopló, poniendo cara de decepción.

—Joder, Mati.

—Vale, vale, sólo bromeaba —volvió a reírse para ponerse enseguida seria—. ¿A Il Piacere? Parece que vas en serio. Pues quedaremos a las ocho y más te vale ser puntual, aunque te toque esperar, y te tocará esperar porque no me pienso empezar a maquillar hasta que me llames desde abajo.

—Seré puntual —prometí riéndome más relajado—, tanto como si te fuera a llevar a tu primer baile.

—Nunca me han llevado a bailar —me dijo tras unos segundos en los que su media sonrisa se fue difuminando. De pronto su mirada cobró el color de la añoranza—. Y supongo que tú no serás de esos, ¿verdad? Quiero decir de los que sacan a una chica a bailar. Demasiado machote para esas cosas, ¿eh?

La media sonrisa volvía a asomarse a sus labios y lo que hubiera en los ojos ya no estaba, si es que hubo algo.

—No, no soy de esos. Hace tiempo me dijeron que era sordo de un pie y que no tenía cura. Y, además, la cena es por asuntos de trabajo. Ya sabes, el caso de la señora Espinosa.

—Estupendo, en ese caso me pagarás las horas —dijo Mati con una carcajada seca—. Te espero a las ocho entonces —soltó a modo de despedida y salió del despacho de vuelta a su mesa.

Me llamé *tonto del culo* varias veces y luego añadí unos cuantos *idiotas* para completar el tratamiento. ¿Por qué cojones había tenido que soltarle lo de la cena de trabajo? Y lo de sordo de un pie, joder, eso era de una vieja canción. Comencé a pensar que tenían razón los borregos que afirmaban que los zetas éramos todos una panda de capullos descerebrados.

Me encendía otro pitillo y manoseaba la petaca, cuando comenzó a sonar el teléfono. No esperé a que lo cogiera Mati y me levanté a por el auricular.

—Aquí Stone, dígame —respondí con voz áspera, intentando no pensar en lo que acababa de ocurrir.

—¿Señor Stone?

—Eso he dicho, el mismo que viste y calza.

—Me llamo Gregorio Espinosa de los Monteros, señor Stone, y me preguntaba si tendría la amabilidad de dedicarme algo de su valioso tiempo.

Durante unos segundos largos y espesos como el vómito de un borrachuzo, tuve la certeza de que la tipa de la guadaña estaba a punto de llamar a mi puerta. Entonces

caí en la cuenta de que no tenía nada que perder. *Ya* había estado en mi entierro.

—¡Señor Espinosa! ¿Qué puedo hacer por usted? —solté con una jovialidad que no sentía—. ¿No habré hecho llorar a sus chicos? Dígales que la próxima vez les daré unos dulces si se sientan en mi regazo y que no se preocupen si notan algo duro, será mi pistola.

—Imagino, señor Stone, que eso forma parte de su peculiar sentido del humor. Desafortunadamente mis múltiples ocupaciones ocupan todo mi tiempo y no puedo detenerme a reírme de las ocurrencias de los demás. Y hablando de tiempo, le garantizo que odio malgastarlo. Tenemos que hablar, así que le agradecería que me dijera si podemos vernos ahora.

—¿Ahora? —resoplé para mis adentros. Coño, esto iba muy deprisa—. Pues no sé si...

—Puedo enviarle un coche en diez minutos para que le traigan hasta aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde es «aquí»?

—A mi casa, naturalmente.

—Eso no va a ser posible —repliqué—. De hecho, si quiere verme, a ver un momento... —me quedé callado unos segundos como si estuviera consultando mi agenda—. Sí, eso es. Le sugiero el Cafesito de Cuba en el centro. Tengo unos asuntos que solucionar y estaré por esa zona y, aunque tampoco tengo tiempo que perder, supongo que puedo dedicarle diez minutos mientras me tomo un café, si es que tantas ganas tiene de verme.

No tenía nada que hacer ni en el centro ni en ningún otro lugar, pero no pensaba dejarme avasallar por el Sanguinario. Además, el Cafesito Cubano es un local muy céntrico y concurrido, y eso me venía bien.

Durante unos segundos al otro lado de la línea sólo se oyó la respiración pesada de Espinosa, luego me llegó un suspiro acompañado de un gruñido.

—De acuerdo, señor Stone, sea como usted dispone. Le veré en ese local dentro de media hora.

—Perfecto —dije y colgué sin más.

Cuando recorría las escaleras en dirección a la calle, fui repentinamente consciente de lo que acababa de ocurrir y me despejé de golpe. *¡Maldita sea!*, pensé, *¿qué haces yendo solo a hablar con un delincuente como el Sanguinario?* Como es lógico no le había dicho nada de mi cita a Mati. No quería preocuparla ni que me tomara por idiota. Sobre todo lo último.

—Cosas que hacer —farfullé por toda explicación cuando le dije que tenía que salir. Nunca insistía, era algo que me gustaba de ella—. No creo que vuelva hasta tarde, ya te recogeré en tu casa para salir a cenar.

Después de hablar con el Sanguinario, si todo iba bien, (es decir, si seguía de una pieza) me iría a casa para descansar y, de paso, acabar de quemar todo el alcohol que me había metido entre pecho y espalda. Quería estar en forma para la noche.

Mati me recordó que no llegara tarde o se iría sola a cenar. Me clavó una mirada

de advertencia para que la tomara en serio, mientras agitaba lánguidamente las mano para secar las uñas recién pintadas de un rojo intenso como la sangre. Le prometí que llegaría a tiempo.

Fui calle abajo, en dirección al centro de la ciudad, con la duda de si podría cumplir la promesa que le acababa de hacer a Mati y, aunque no quisiera pensar en ello, preocupado también por la suerte de Eva Espinosa.

El Sanguinario

Llegué al Cafesito inmerso en mis pensamientos más íntimos y trascendentales.

¿Cuánto bourbon me queda? ¿Dos o tres botellas? Compraré una caja por si acaso y ya que estoy, otra de vodka. Tengo que ir a comprar comida. Creo que probaré el steak tártara, dicen que está bueno. El sushi también me lo han recomendado, aunque el pescado no es que me emocione. El marisco sí, o al menos antes sí. No sé, probaré las almejas. Me va a hacer falta tabaco, en casa sólo me quedan dos cartones. Y a pesar de todas las preocupaciones, no dejaba de ver la imagen de mis trocitos flotando en el río y a Mati, que me fulminaba con una mirada entre rabiosa y triste mientras gritaba:

—¡Te lo dije! ¡Te dije que eras un idiota patético y ahora, mírate, comida para los peces!

—Al menos no me comió el gato —le hubiera contestado, de haber podido, claro.

Sacudí la cabeza intentando despejarme. Lo veía de pronto todo tan negro que temí que fuera un primer síntoma del desgaste.

Empujé la puerta del Cafesito apartando los pensamientos de desgaste y con el firme propósito de hacerle los honores al café que servían allí. El ron también era del mejor y en otras circunstancias le habría pegado un tiento, pero el orujo había ocupado casi todo el espacio disponible.

Nada más traspasar el umbral, dos manos grandes como palas me alzaron en vilo y otras dos más pequeñas y ágiles, me registraron con tanta rapidez que no me dio tiempo ni a mentarles a sus muertos.

Cuando mis pies volvieron al suelo, ya no tenía revolver, ni dignidad ni cojones. El local, rectangular, con una larga barra a la izquierda de la entrada y rematado al fondo con un espacio semicircular en el que se amontonaban pequeñas mesas circulares, estaba siempre abarrotado. El buen café, los combinados, la música, muchas veces en vivo, y el ambiente lo habían convertido en uno de locales de más éxito de la ciudad. Sin embargo, en esos momentos estaba vacío a excepción de una mesa al fondo ocupada por alguien sumido en las sombras. Tuve una sensación de intenso malestar en la boca del estómago, pero no era miedo, era el convencimiento de que me estaba volviendo tonto de remate. ¡¿Cómo cojones no había previsto la posibilidad de que todo fuera una encerrona?!

Me sacaron de mis meditaciones dándome un empujón en la espalda hacia la mesa ocupada y al girarme topé con mis dos amigos: Rata y Armario. Rata me hizo un gesto con el mentón hacia el fondo del local mientras Armario se limitaba a crujirse los nudillos y clavarme una mirada repleta de rencor.

—Venga, señor Stone, tome asiento —dijo la figura en sombra—. Si le apetece un café, me temo que no podremos complacerle, hemos tenido que pedirle a todo el

mundo que abandonara el local durante una hora. Nada complicado cuando uno es el dueño —la figura soltó una carcajada hueca y complacida—. No se sorprenda, señor Stone, soy un hombre de negocios y este es simplemente uno de ellos. Sin embargo, siéntase libre de beber todo el ron que desee, tengo entendido que usted padece de cierta debilidad por el alcohol. Algo que no le puedo reprochar teniendo en cuenta su lamentable condición.

Un nuevo empujón de Rata me hizo recorrer medio camino hasta la mesa y, aunque no distinguía aún las facciones de su ocupante, ya no me cupo duda de que me encontraba frente a Gregorio Espinosa, alias el Sanguinario, en persona.

Entonces decidí que si había llegado mi hora (mi segunda hora, mejor dicho), la afrontaré con dignidad. Llegué hasta la silla, me senté extendiendo las piernas, prendí un cigarrillo sin pedir permiso y me puse a contar anillas de humo. No se me dan mal; si hicieran concursos, me llevaría algún premio seguro. Por lo visto, al Sanguinario no le hizo mucha gracia que le ignorara porque adelantó el rostro con el ceño fruncido. Pude observarle de cerca: un tipo cuarentón, bien parecido y mejor vestido. El rostro algo ajado, pero atractivo a excepción de los ojos que eran de un azul pálido y tan fríos como los labios de un cadáver.

—Le agradecería, señor Stone, que fuese más cortés. Hasta el momento mis hombres y yo no hemos obtenido otra cosa que groserías y malos modos de usted, y le aseguro que mi paciencia tiene un límite —luego se echó hacia atrás y siguió hablando—. Mi mujer le visitó ayer por la mañana, no se molestó en negarlo —advirtió al verme enarcar las cejas. No lo hice—. Mi mujer es una persona algo inestable, señor. Stone. Está siguiendo un tratamiento médico desde hace ya algún tiempo. Desafortunadamente, es una persona muy testaruda y muchas veces no toma su medicación, es entonces cuando su imaginación se desboca y ve dragones donde sólo hay lagartijas. No quiero ni pensar en que le habrá podido contar. En cualquier caso, me gustaría que me pusiera al corriente sobre lo que han hablado para poder comentarlo con su médico y así aplicarle el tratamiento adecuado. Luego dejará usted este caso, señor Stone, lo dejará y además, lo olvidará. Sea usted un buen chico y sabré compensarle.

A pesar del tono educado del discurso, a Gregorio le comenzó a latir una vena en la frente conforme me hablaba, y había un brillo bastante amenazante en los ojos entrecerrados. Sonreí para mis adentros, no era cuestión de apretar mucho, pero la posibilidad de tocarle los cojones al hijo de perra que tenía delante resultaba tentadora.

—Comprendo, señor Sanguinario —respondí con una gran sonrisa—. ¿O prefiere que le llame Gregorio? ¿Quizás Greg? No, mejor no nos pongamos cariñosos. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Que su esposa es una paranoica y yo debo ser un buen chico. Está complicado, llevo el demonio en la sangre y cedo a la tentación con demasiada facilidad. Ya me advertía mi santa madre cuando era un crío, que de seguir así no llegaría a ninguna parte y fíjese cuánta razón tenía: aquí estoy en un local vacío con

tres alimañas despreciables —meneé la cabeza con tristeza—. Menos mal que la pobre no puede verme ya... Pero aun así, hay algo que jamás olvidaré de las cosas que me dijo la buena mujer: *si haces tratos con un cerdo es porque eres un cerdo*. Quizá no sea un buen chico, señor Sanguinario, pero tampoco soy gilipollas, y precisamente por eso no pienso contarle una mierda de nada —concluí mi discurso pegándole otro viaje a la petaca y encendiendo un cigarrillo fresco. No llegué a pegarle una segunda calada, había calculado mal la paciencia de alguien como el Sanguinario.

Se levantó tan deprisa que tiró su silla al suelo, rodeó la mesa en un abrir y cerrar de ojos y me cogió del cuello alzándome en vilo. Tengo que admitir que no me lo esperaba, y tampoco la fuerza que tenía el muy cabrón.

—Asqueroso zeta de mierda —masticó las palabras escupiéndomelas al rostro—. Cuando acabe contigo desearás no haber nacido, te lo garantizo. Tengo un sitio para los que son como tú, nos vamos a divertir...

El problema con los borregos es que olvidan algunas cosas, detalles sin importancia, quizá sí o quizás no. Si estás ahogando a alguien manteniéndolo en el aire, esperas que esté cada vez más débil; que luche por respirar, llevar oxígeno a unos pulmones que aúllan de dolor. Error. Los «putos» zetas no necesitamos respirar, así que no nos afecta demasiado que intenten ahogarnos. Bueno, miento, nos cabrea ligeramente por lo de las malas intenciones de quien lo intenta. Así que tras escupirle en la cara al Sanguinario cuando menos se lo esperaba, lo que provocó que aflojara momentáneamente su presa, apoyé mis manos en sus hombros y subí las piernas clavándole las rodillas en el vientre, luego me tiré hacia atrás con fuerza. Él sí necesitaba respirar y no tuvo más remedio que soltarme para recuperar el resuello. Conforme volví a poner los pies en tierra, le aticé una patada en su zona «noble» que le hizo desplomarse como si fuera un fardo. A continuación, y antes de que Rata o Armario pudieran decir *güisqui con soda*, saqué la Beretta que llevaba escondida en la manga. Es un buen truco: si un tipo te ha registrado en una ocasión y ha encontrado un arma, suele dar por sentado que llevarás esa misma y en el mismo sitio la próxima vez que se topa contigo. Me alegré de haberme atado la Beretta al antebrazo por lo que pudiera pasar. Quizás no fuera tan tonto, pensé, no esperaba una encerrona, pero mi sexto sentido me hizo acudir a la cita con dos armas.

Apunté al pecho del Sanguinario sin mirar siquiera a los dos matones.

—Me temo que no voy a poder aceptar su invitación al «sitio» ese tan íntimo, señor Sanguinario. De hecho, ya tengo un compromiso: el comisario Garrido me ha invitado a tomar café para charlar un rato. Sí, ya sabe, el jefe de la Brigada FR. Seguro que ha oído hablar de esa brigada. Se dice que los hombres de Garrido comen piedras y cagan escorpiones. Tipos durillos.

»No es que tenga nada especial de que hablar con el comisario. Supongo que hablaremos de amigos, política, rumores... Algún comentario acerca de sus casos, de los míos... Nunca detalles de importancia, a fin de cuentas los dos respetamos mucho

eso del secreto profesional. Pero siempre se nos escapa algún que otro nombre como *Espinosa*, *Sanguinario*, *cabronazo*... y cosas por el estilo. Así pasamos un rato agradable. No está mal tener un amigo como Garrido, no le gustaría nada que me ocurriera algo. Ya sabe cómo las gastan él y sus chicos: tienen fama de ser bastante brutos; primero te arrancan la cabeza, se cagan en tu cuello y luego preguntan si se puede pasar.

—Tiene suerte, señor Stone —respondió el Sanguinario entre jadeos. Se incorporó con dificultad para desplomarse en la silla.

Le había cazado bien y parecía sin fuerzas. Aunque, por si acaso, di un paso hacia atrás y seguí apuntándole. A esa distancia no podía fallar y él lo sabía.

—Tiene suerte —repitió tras echar una mirada a mi arma—. Pero es cierto, no quiero problemas con los de la brigada. Sin embargo, le voy a sugerir que se mantenga alejado de mi mujer, señor Stone, que olvide lo que le haya podido contar, sus asuntos no son de su incumbencia.

—Mis clientes son quienes deciden qué me incumbe y lo que no.

—Le pagaré el doble para que le diga que no puede ocuparse de su caso.

—¿El doble? —dije, abriendo mucho los ojos—. ¡Vaya, esa sería una bonita suma! —Y era cierto, no ganaba tanto en un año de trabajo.

El Sanguinario curvó el labio con satisfacción despectiva.

—El dinero es un lenguaje que todos entendemos, señor Stone —me ofreció una hermosa sonrisa de hiena rastrera—. Le diré una cosa, cuadruplicaré sus honorarios si me da su palabra de que dejará el caso.

—Hombreeee, eso ya va a ser más complicado. Porque palabra solo tengo una y dársela a un cerdo como usted no entra en mis planes. Pero si quiere se lo prometo y, si no cumplo, que se mueran esos dos —señalé hacia Rata y Armario.

El Sanguinario no respondió, estaba demasiado ocupado intentando no reventar de rabia.

—Ya veo que no vamos a llegar a un acuerdo, así que hagamos una cosa —me giré hacia los matones—. Vosotros dos, meteos detrás de la barra y poned las manos detrás de la nuca. Pero primero, dejad mi pistola encima de esa mesa al lado de la puerta. Le tengo cariño, hemos matado mucho esa pistola y yo.

Los matones miraron a su jefe, este echó un vistazo al cañón de la Beretta y les hizo un gesto para que obedecieran. Cuando ya estaban detrás de la barra, comencé a caminar muy lentamente hacia la salida del local sin quitarle ojo ni a ellos ni al Sanguinario. Llegué a la puerta, cogí mi arma, la introduje en su funda y tiré del picaporte con la mano izquierda. Luego salí rápidamente y me incorporé al río de gente que inundaba las aceras. Un viandante me miró extrañado, pero sólo fue un instante. Cada uno iba a lo suyo y nadie tenía interés alguno en llamar la atención de un tipo que llevaba un arma en la mano. No me sentí tranquilo hasta que dejé la calle del Cafesito dos manzanas atrás. Entonces me detuve, solté una blasfemia para soltar presión, lo cual me ganó una mirada reprobadora de un matrimonio de ancianos, le

pegué fuego a un Camel y tras pensarlo unos instantes, decidí que no estaría de más hacer lo que le había dicho al Sanguinario: iría a ver a Garrido. Necesitaba que alguien me cubriera las espaldas, por si acaso. Pero antes tenía que hacer una llamada, necesitaba hablar con alguien.

La señora Espinosa

| Jueves |

Cuando estuve totalmente seguro de que nadie me seguía, me dirigí a la Gran Vía y entré en el primer bar con el que topé en busca de un teléfono público. Había gente en el interior tomando refrescos y algún que otro aperitivo. Sobre todo familias: papi, mami y los mocosos. Sentí una punzada de añoranza que aparté sin contemplaciones. Tenía cosas más importantes que hacer.

El tipo de la barra me guio con un gesto hacia el aparato que colgaba al lado de los aseos. Le pedí un agua con gas, desistí del güisqui que fue mi primera idea, y tras pegarle un trago a la botella, introduje las monedas en la ranura del teléfono.

—Rresidencia de los señores Espinosa —me respondió la misma voz dura de horas antes—. ¿Quién llama?

Me vino a la cabeza la imagen de una matrona alemana, cuadrada en todos los aspectos, con un reluciente bigote y la dulzura de una babosa.

—¡Inspector Jefe Romerales!! —ladré en el auricular, casi solté la risotada al imaginar el respingo al otro lado de la línea—. De la Compañía de Gas Metropolitano; tenemos una fuga localizada por la zona, necesito que me digan su código de cliente para acceder a su ficha y averiguar si se encuentran en el área de corte.

—¿Qué, qué, qué...?

—¿Está arrancando el motor? A ver si estamos a lo que estamos, señora, que esto de la fuga es urgente.

—¿Cómo dice? ¿Fuga de gas?

—Eso es, señora, lo ha captado. Ahora dígame el condenado código que tengo una lista de llamadas como para echarse a llorar.

—No sé de qué código me habla, señorr, eh...

—Romerales, Carlos Romerales, Inspector Jefe —añadí con ríntintín—. El código es el número de su documento de identidad ¿Es que no es usted la dueña?

—Pues no, perro...

—¡Qué me aspen y recorten los pies a la altura del cuello! —exclamé simulando un cabreo de mico. La expresión se la había oído a un borracho en una ocasión y me había hecho gracia. El dueño del bar me observó desde la barra con desconfianza. Le guiñé un ojo y, como no supo qué pensar, me dejó tranquilo—. ¿Qué cojones dice de perros? ¡Señora! —berreé en el auricular—. ¡Este es un asunto muy serio! Necesito hablar con el dueño o con la dueña de la casa. Mire, voy a dejarlo y ya pasará el informe. Por lo pronto, voy a averiguar cuál es su dirección y en cuanto lo consiga,

haré les corten el suministro y ya está.

—¡No, no! —la voz sonó alarmada—. Avisarré a la señora, no cuelgue, por favorrr.

—Pues que se dé prisa, oiga. No tengo toda la mañana —refunfuñé. Apuré de un trago la botella de agua mientras aguardaba. Como aún tenía sed, la maldita resaca, atraje la atención del tipo de la barra y le pedí otra botella de agua y un café. Cuando removía el café apoyado en un taburete que había al lado del teléfono, oí una voz familiar.

—Diga.

—¿La señora de la casa?! —ladré manteniendo el engaño. Me parecía que era ella, pero mejor asegurarse—. ¿Doña Eva Espinada?

—Es Espinosa y sí, soy yo. ¿Qué es todo eso de una fuga de gas?

—Soy yo, Tom Stone —dije aprisa y bajando la voz—. Ahora quiero que se limite a decirme su número de documento de identidad. Luego, necesito que responda sí o no a un par de preguntas. Cuando cuelgue, si tiene que dar explicaciones, diga que la fuga no tenía nada que ver con ustedes y asunto concluido. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente. 35 429 291 —debió costarle digerir lo que le acababa de soltar, pero tengo que admitir que la señora sabía mantener el tipo—. Y antes de confirmar los datos que me va a pedir, quisiera que me explicara el origen de la fuga.

No tuve que esforzarme demasiado para comprender a qué se refería ella.

—No tengo ni idea, la verdad. Esta mañana aparecieron dos matones de su marido en el despacho y no traían una bandeja de pasteles, precisamente. Intenté llamarla, pero el mal bicho que contestó al teléfono no me dejó casi ni hablar. Más tarde, y como a los hombres de su marido los había invitado muy cortésmente a que se fueran a hacer puñetas, llamó él en persona y menuda me ha montado. No sé cuánto sabrá, aunque creo que ignora de qué va realmente todo el asunto. Aun así, tendrá que andarse con cuidado, señora Espinosa.

—Algo había oído —respondió ella tras una breve pausa—. ¿Entonces cree usted que la fuga supone un peligro?

—Sí —respondí escuetamente tras pensarlo unos instantes. Si el Sanguinario estaba metido en el ajo, había peligro.

—¿Qué debo hacer?

—Supongo que la vieja táctica de negarlo todo no estaría mal o invéntese algo convincente. No sé. El problema es que no sabemos cuánto sabe o puede llegar a saber. Si sólo supiéramos quién es el soplón, quizás diéramos también con el chantajista... —Me callé; la situación era complicada y la mujer iba a tener que tocar de oído.

—Comprendo, ¿hay algo más que quiera saber? —preguntó con toda tranquilidad. No pude menos que admirarla, la mujer tenía temple, de eso no cabía duda.

—¿Quiere que siga con el caso, señora Espinosa?

—Sí.

—¿Podemos volver a vernos? Necesito hablar cara a cara con usted.

—Sí.

—De acuerdo, ¿qué tal si se pasa mañana viernes por el despacho? Estaré toda la mañana ahí.

—Perfecto, me alegro de no estar dentro la zona de corte. Buenos días.

Abrí la boca para devolver los buenos días, pero ella ya había colgado. Pagué lo que me había tomado, me encendí un cigarrillo y salí a la calle. El calor era insoportable y la Gran Vía estaba repleta de borregos entrando y saliendo de los comercios, así que pensé rápido a dónde quería ir y recordé mi intención de ir a ver a Garrido. Eché a andar en dirección a la comisaría repasando las conversaciones que acababa de tener con los dos miembros del matrimonio Espinosa. Desde luego no me iba a aburrir con esta pareja.

Historias del día FR (3)

| 7 de agosto de 2012 |

Michelle Dupont, nacida en Auxerre en 1980, actriz de teatro sin demasiada fortuna y prostituta de lujo con mucha fortuna, se incorporó sobresaltada con el vacío bramando vientos gélidos en su mente. No sabía quién era ni dónde estaba, sólo que el miedo agarrotaba todos sus miembros. Miró a su alrededor llevada por el instinto, el de un animal intentando determinar qué peligro le amenaza. Sin embargo, lo veía todo borroso hasta que agitó la cabeza con fuerza y, como si hubiera colocado las piezas de su interior en su sitio, la vista se le aclaró.

Lo que vio fue una estancia grande, de techos altos, toda blanca, fría, helada y silenciosa. Ella se encontraba sobre una mesa metálica sobre la que pendían instrumentos de aspecto cruel. Se sintió más asustada que nunca, ¿qué era todo aquello? ¿Por qué estaba ella allí? Hizo un intenso esfuerzo por recordar y surgieron imágenes y sensaciones: un hombre desnudo, una dosis de polvo de ángel, la asfixia, el fortísimo dolor en el pecho y luego la oscuridad, la nada. Abrió la boca para gritar, para desahogar el pánico que le recorría cada fibra de su ser. Pero no pudo, tenía la garganta reseca y sólo emergió un chillido agudo sin sentido.

Intentaba bajar de la mesa con movimientos torpes, insegura de sus fuerzas, cuando oyó el sonido. Alguien se acercaba, un grupo de gente, y de entre las voces se alzaban gritos que hubiera jurado eran de miedo, de alarma y de rabia. A pesar de todo, el alivio que sintió al oír a otros seres humanos la animaron a ir hacia la puerta de sala; sus movimientos eran convulsivos y de su boca sólo brotaba un gemido.

Es cuestión de tiempo, pensó, recuperaré la voz y me encontraré mejor. Esta gente me ayudará. Entonces las puertas se abrieron de golpe...

| Jueves |

La primera vez que trabajé con Garrido, fue en un caso de tráfico de reanimadas jóvenes para clubs de alterne de carretera, (necrofilia para sibaritas). Me espetó que no le gustaba la gente que bebía y menos los que lo hacían durante el trabajo. Le respondí que a mí su opinión me importaba un carajo y, tras aguantarnos la mirada, compartir un par de cafés y unos cuantos pitillos, entablamos una relación que en ocasiones casi podría llamarse amistad.

No recuerdo quién dijo aquello de que la vida es lo que te ocurre mientras tú haces otros planes, o algo por el estilo. El caso es que es cierto, tan cierto como que mis planes para ver a Garrido se torcieron desde el principio y lo que ocurrió mientras le buscaba debe de ser eso que algunos llaman vida y, las cosas como son, me jodió profundamente.

No tardé mucho en llegar al edificio que alberga las oficinas de Garrido y sus chicos. El tipo grandote de la entrada, un armario de dos puertas con cajoneras incluidas, me dejó pasar sin hacerme preguntas. Ya era una cara conocida por ahí. Pero al preguntar dentro por el comisario, me llevé un chasco: no estaba.

La Brigada de Asuntos FR es una fuerza policial independiente que sólo responde ante el ministerio de interior del gobierno de cada nación. Creada por la ONU, todos los países del mundo (a excepción de Corea del Norte) crearon su propia Brigada de Asuntos FR y todas se mantienen constantemente en contacto, compartiendo datos, informaciones y pormenores de los casos relacionados con el Fenómeno Reanimación.

El primer año, los ministros de cada país se reunían todos los meses con carácter ordinario y unas cuantas veces más con carácter extraordinario (o sea, cuando ocurría algo que acojonaba a todo el mundo). A partir del segundo año, las reuniones de carácter extraordinario dejaron de mantenerse y hay rumores de que quieren reducir las ordinarias a una sola al año. Normal, ¿para qué perder tiempo con algo que la Ley del Decaimiento solucionará en dos o tres años a lo sumo?

He colaborado con la brigada en unos cuantos casos. Todos relacionados con reanimados y terminales. Y, curiosamente, me llevo bien con Garrido, un tipo huraño, colérico y totalmente obsesionado con el trabajo. Coincidimos en que nos gusta el buen café, echar unos pitillos y contarnos nuestras hazañas procurando no exagerar demasiado. Y es de las pocas personas, junto con Mati, que me hacen sentir como un ser humano normal.

Él está divorciado, tiene una hija a la que hace años que sólo ve por Navidad y con la que se cruzaría por la calle sin reconocerla. Me habló de ella una de las raras veces en que se tomó una copa.

—Dice que es gótica, y va vestida toda de negro y con la cara pálida y demacrada como si no hubiera comido en varios días. Joder, yo creía que eso de gótico tenía que ver con las iglesias. Y sabes, lo de románico, gótico y... y todo eso.

En otros tiempos le hubiera dicho que se acercara a ella antes de que fuera demasiado tarde, que la llamara aunque sólo fuera para saludar, pero tengo muy presente el recuerdo de los míos y... las escasas ocasiones en que saca el tema, me limito a palmearle la espalda.

Pregunté a un par de agentes de la brigada que andaban por ahí si tenían idea de dónde podía estar Garrido, pero se encogieron de hombros y me respondieron que a saber. No vi a Lola, su secretaria, que al parecer tenía el día libre, ni a ninguno de los más veteranos; todos me conocían y se habrían mostrado más comunicativos. Probablemente estuvieran todos con Garrido, cuando el comisario se movía, sus hombres lo hacían con él.

Estuve un rato viendo el viejo televisor en blanco y negro que tenían en la sala de espera. Una vieja con un paraguas y un tipo joven, con barba de cuatro días y legañas de seis y todo el aspecto de estar colgado, me hacían compañía mientras daban las noticias.

Nos han confirmado la mala nueva. La ex-Secretaria General de la ONU, Lucille S. Diamond, falleció anoche mientras dormía apaciblemente. Al parecer la última premio Nobel de la Paz, que se hallaba en fase terminal... Decidí marcharme, no me hacían ni puto caso y lo que era peor, nadie me había ofrecido ni un miserable café. Tampoco lo hubiera aceptado, la cafetera de la brigada era el mejor remedio que había para el estreñimiento, pero un insulto si lo que querías era un buen brebaje negro, con su corona de espuma y el toque justo de azúcar moreno. Imagino que al pensarlo me entraron las urgencias por tomarme uno, eso y las ganas repentinas que me habían entrado de estar a solas...

¿Mientras dormía apaciblemente? Los terminales, al igual que los reanimados, no duermen, ni apaciblemente ni de ninguna otra manera, se limitan a desgastarse y sufrir. Digan lo que digan, cuando alguien gime todo el tiempo es porque sufre. Me alegro de que haya muerto, esta vez para siempre. Echaré de menos a Lucille, más de lo que esperaba. Y no seré el único. Voy a por ese café y le añadiré algo de refuerzo.

El legado de Lucille S. Diamond

Corresponsal en Liverpool, R. Martínez Simón.

El féretro de Lucille S. Diamond fue recibido hoy en Liverpool (Reino Unido) con un festival de canciones y danzas organizado por la Congregación Internacional de Reanimados. Se respetaba así el deseo póstumo que dejó por escrito la Secretaria General de la ONU y Premio Nobel de la Paz y la Concordia, antes de pasar al estado terminal en que estuvo sumida durante estos últimos días. El ambiente festivo, teñido de las inevitables escenas de dolor, culminó con la lectura por parte de Sarah, hija de la fallecida, de unas palabras escritas por la señora. Diamond con el propósito de que fueran hechas públicas cuando ella ya no estuviera entre nosotros.

Este corresponsal no cuenta con una pluma lo suficientemente hábil para expresar las emociones que embargaron a todos los presentes durante este acto impresionante. Así que me limitaré a transcribir literalmente el legado de la señora Diamond. Palabras que son para todos y, como afirma la propia señora Diamond, especialmente para ti, que me estás leyendo ahora.

Confío que no te importará que te tutee ya que estas palabras van dirigidas a ti, sí, a ti que las lees en estos momentos. Desearía que no lamentaras mi marcha, porque he vivido tal y como hubiera querido y encima he contado con una segunda oportunidad para compartir un tiempo con mis seres amados, entre los que estás tú. Es por ello que me permito rogarte que hagas como yo y actúes como si no existiera el más allá, olvida el Cielo y el Infierno —si realmente nos aguardan, ya llegaremos—. Procura vivir con la sensación de que quizás hoy sea tu último paso y quisieras dejar huella para que los demás señalen tu figura, mientras se aleja, y comenten que tú sí sabes a dónde te diriges. Ofrece tu mano a quien quiera tomarla y enséñales a buscar la belleza no sólo entre las flores, sino también entre la miseria. Vive sin buscar un motivo por el que morir o peor aún, por el que matar. Enseña que es mejor compartir a poseer, y terminarás por sonreír complacido cuando los demás te digan que eres un soñador. Ojalá y todos siguiéramos la estela de nuestros sueños, tengo la certeza de que el mundo caminaría unido y no habría motivo para la guerra. Imagínatelo: un mundo en paz... ¿podrás?

La pena

Jueves

Cuando llegué al despacho, tuve problemas con la cerradura del portal (no era la primera vez), tantos que no conseguí abrir. Di un paso hacia atrás por si me había equivocado de número; la finca del despacho es una más en la sucesión de sólidos edificios construidos en los cincuenta a ambos lados de la calle, así que cuando voy ensimismado en mis asuntos, no es extraño que me detenga en el que no toca. Y en esos instantes no sólo iba ensimismado, también iba pedo, trompetilla, borracho como un lord, que dicen mis compatriotas, hasta los topes, vamos.

Pero no, el número era el siete, el mío, y para corroborarlo ahí a la izquierda del portal, tenía la pequeña placa plateada con letras negras:

Thomas Z. Stone
Investigador Privado

Volví a coger la llave, un trasto con el que hubiera podido hacer pesas, difícil equivocarse con ese armatoste, y la llevé con todo cuidado hacia el ojo de la cerradura, la introduje, giré con fuerza y... ¡Joder! Lo único que giró fue mi dedo y a punto estuve de dislocarlo.

—¡La han cambiado! —exclamé indignado—. Han cambiado la puta cerradura y no me han avisado. —Y entonces me quedé paralizado y sentí un escalofrío. A mi espalda se acercaba alguien cargado de magdalenas de arándanos recién hechas. Mis favoritas. Cerré los ojos aspirando el aroma con deleite cuando una mano se posó sobre mi hombro.

—¿Qué hay, jefe? ¿Se mueve la cerradura?

Abrí los ojos y topé con Mati. Me miraba con una sonrisilla de medio lado y ahumada por el cigarrillo que llevaba sujeto a la comisura del labio. Entre eso y el aroma a bollería procedente de la bolsa que llevaba en la mano, la hubiera besado ahí mismo. Afortunadamente, me controlé.

—No te esperaba, pensé que habías dicho que tenías cosas que hacer —comentó Mati haciéndome a un lado—. Por lo que veo, te ha dado tiempo a hacer de todo, hasta ponerte a tono —concluyó olisqueándome y arrugando la nariz. Volví a sentir deseos de besarla, pero me contuve de nuevo. Cuando me quise dar cuenta, me sostenía la puerta abierta.

Me agarré un arrebató de mala leche.

—¿Por qué han cambiado la cerradura? ¿Y cómo es que tú tienes llave y yo no? Y

no me he puesto a tono, sólo he tomado un par de copas por, por... Bueno, ya sabes a quién me refiero, quería brindar por ella y una cosa llevó a la otra.

Al oír esto, Mati suavizó el tono y, tomándome del brazo, me guio hacia la escalera.

—Acabo de oírlo en la radio. Estás jodido, ¿eh? —susurró con una ternura que me sorprendió—. Deberías ir a casa, tomar algo caliente y meterte en la cama hasta mañana. Ya cenaremos otro día. Dormir te vendrá bien, no hay nada como un sueño reparador... ¡Joder! Lo siento.

Acababa de recordar que los zetas no dormimos. No hay «noches reparadoras» para nosotros. Vivimos nuestras pesadillas de día y de noche y...

—Ahora no empieces a sentir lástima por ti mismo —intervino Mati adivinando lo que me pasaba por la cabeza—. Puedes dormir o no, una buena ducha te vendría bien, sobre todo si sigues con tu idea de salir a cenar conmigo.

Entramos en el despacho, murmuré no sé qué tontería y me metí en el minúsculo cuarto de baño que hay al lado de la sala de espera. Allí me mojé bien la cabeza y la nuca hasta que dejé de verlo todo borroso y el pánico a estar convirtiéndome en un desgastado se redujo a la ansiedad de saber que eso no podía tardar en suceder. Cuando salí, me encontraba mejor.

—¿Sigues queriendo salir conmigo, entonces? —le pregunté a Mati con voz pastosa.

—¿Por qué no? —respondió con su tono habitual de *me importa todo un carajo*. No creo que me acostumbre nunca a sus cambios de humor—. A fin de cuentas es una cena de trabajo, ¿no?

Asentí cuidadosamente con la cabeza, todo había comenzado a darme vueltas otra vez. Balbuceé que la recogería a las ocho, según habíamos acordado, y me marché a casa. Durante todo el camino, no fui capaz de deshacer el nudo que tenía en la garganta. Pensaba ducharme, afeitarme y comer algo. Quizá consiguiera sentirme mejor...

Imagínatelo, un mundo en paz... ¿podrás?

Revista Nueva Ciencia

Una publicación de Charles A. Poplar

El FR. ¿Un misterio descifrado?
Entrevista con el Sabio T. A. Edison

Artículo de Silvia T. H.

En declaraciones exclusivas a esta publicación, el escocés T. A. Edison, residente en la costa de nuestro país desde hace más de diez años, confirma que, tras arduas investigaciones llevadas a cabo en solitario y sin contar con ayuda alguna por parte de estamentos públicos o privados, ha logrado descifrar el misterio que rodea el Fenómeno Reanimación que tuvo lugar hace ahora dos años y medio.

El investigador, que antepone por decisión propia el título de el Sabio a su nombre y que afirma que es un autodidacta que no cree en el aprendizaje reglado, ha llegado a una serie de fascinantes conclusiones con respecto a las circunstancias desencadenantes del Fenómeno Reanimación.

T. A. Edison es un hombre alto y sumamente delgado que cuenta con una generosa mata de pelo blanco, una mirada encendida y unos modales exquisitos... casi siempre.

El Sabio no es hombre al que gusten los rodeos o la charla insustancial y, nada más sentarnos en su despacho, y tras aceptarle un ofrecimiento de té con una nube de leche (*Té importado de la India, señorita, el mejor del mundo*), me sorprendió con el siguiente discurso:

—El FR. tuvo su origen en un desplazamiento espaciotemporal fruto de la interacción de una ola gravitacional, provocada por un cuasimicroscópico agujero negro, y un puente de Einstein-Rosen o agujero de gusano.

Mi notoria perplejidad ante tal exposición de la que huelga decir no comprendí absolutamente nada, contrarió visiblemente a el Sabio Edison. Tras despotricar con vehemencia contra el sistema de enseñanza reglada, consintió en dar una explicación sencilla, tal y como le sugerí, para bien de nuestros lectores que seguramente se acabarían perdiendo entre agujeros negros y los puentes esos que había mencionado y que desde luego no eran los de Madison.

—Partamos de la base de que la gravedad es la fuerza fundamental que

rige los universos, señorita. Sí, ha oído bien: universos. Hablo de todos los universos, tanto el conocido, el nuestro, como los demás. Deben saber todos que nuestra realidad está compuesta de un número infinito de universos o realidades que se solapan igual que las capas de una cebolla, ¿comprende? Es totalmente necio pensar que un acontecimiento como el Big Bang sólo dio origen a un universo. Es la mentalidad propia de quienes viven inmersos en su cueva... ¿Ha leído a Platón? ¿Su mito de la caverna? Lo suponía. ¡Qué lamentable! En fin, créame, toda la realidad surgida desde el Big Bang no se limita al Universo que conocemos, existen otros que son nuestros vecinos. De hecho, hay un íntimo contacto entre las diferentes realidades, o sea, los universos, aunque las fuerzas gravitacionales lo mantienen todo en su sitio y cuando digo todo, me refiero tanto a las dimensiones espaciales como a las temporales que constituyen los parámetros que estabilizan cada realidad.

El Sabio Edison se detuvo a beber de una petaca que extrajo de uno de los muchos bolsillos de su bata blanca. *Para el resfriado*, aclaró ante mi mirada interrogante. Aproveché ese momento para examinar su despacho. Tras la silla en la que él se sentaba, había una enorme pizarra cubierta de números y una escritura extraña que fui incapaz de interpretar. El resto del cuarto era un estallido de papeles, libros, restos de comida, ropa sucia... Sin duda, el estudio de un genio.

—Y es la gravedad la que está en el origen de todo lo relacionado con el FR —prosiguió, sacándome de mi contemplación—. Para ser más concreto, una ola en la superficie de esta notable fuerza. Y hemos tenido suerte —advirtió enarcando ambas cejas—. Cuando un fenómeno de estas características tiene lugar, provocado como ya le he dicho antes, por un agujero negro, sus efectos suelen ser sumamente destructivos. Insisto en que nosotros tuvimos suerte, mis estudios demuestran que en la vecindad del planeta había un puente Einstein-Rosen que literalmente nos absorbió compensando la energía devastadora de la ola gravitacional. Claro que, aun así, se produjeron alteraciones, las olas, por así decirlo, irrumpieron con fuerza en nuestro espacio-tiempo. Una de las consecuencias fue el Fenómeno Reanimación.

El Sabio Edison se detuvo dramáticamente y me observó con los ojos muy abiertos. Le sonreí débilmente procurando ordenar las ideas que acababa de enunciar. No lo logré.

—Usted tampoco sabe lo que es un puente Einstein-Rosen, ¿verdad? —me espetó con una tensa sonrisa.

Iba a decirle que no, que no había gozado de tal placer, pero no tuve ocasión.

—¡Claro que no lo sabe! ¡Ni usted ni prácticamente nadie! —gritó el Sabio, al que la pasión había hecho olvidar, una vez más, sus impecables

modales—. ¡La educación que se imparte en nuestros colegios y universidades es propia de simios! ¿A quién puede importarles cuál es la capital de este país o el otro, o los nombres de los ríos que lo atraviesan? ¿Qué beneficios se obtienen del recitado de la poesía? ¿Qué me puede importar saber quiénes fueron los emperadores de Roma? ¡¡NADA DE NADA!! ¡El conocimiento de la realidad que nos rodea, eso es lo verdaderamente importante! ¡¡ES ESENCIAL!! ¡¡Lo demás son sólo chorradas sin utilidad alguna!!

Tras este estallido de pasión y recurrir a su «jarabe» para el resfriado, el Sabio Edison pareció tranquilizarse y hasta el final de la entrevista mantuvo un comportamiento comedido.

—Los puentes de Einstein-Rosen o agujeros de gusano, conectan dos puntos del espacio-tiempo, lo cual quiere decir que permiten el viaje en el tiempo así como también en el espacio. Aquí detrás —indicó señalando a la pizarra a sus espaldas— tiene las ecuaciones que avalan mis afirmaciones. Luego, si lo desea, puede fotografiarlas para incluirlas en su reportaje, señorita, aunque dudo mucho que haya alguien que sea capaz de comprenderlas... —T. A. Edison se perdió en murmuraciones indignadas de las que creo entendí palabras como *ignorantes* y *necios*. Cuando le pregunté a quién o a quiénes se refería, me respondió que ningún organismo público había hecho el menor caso a los informes que les había remitido.

—Ni universidades ni instituciones ni el centro ese de *grandes científicos* que dicen que investigan el FR, ni los sabihondos de la NASA, ni nadie —tomó aire y luego alzó un dedo índice de advertencia—. El FR no fue la única consecuencia del desplazamiento, hubo otras, estoy seguro. Pero esos cambios nos han pasado inadvertidos y sólo un estudio concienzudo podría determinar cuáles han sido. Citando a un autor que probablemente usted desconozca, señorita, el mundo se hizo Tlön. Se convirtió en otro que aceptamos con naturalidad porque cambiamos con él —me explicó ante mi perplejidad—. Aunque en este caso no fue por obra e ingenio de unas cuantas mentes geniales, sino por el azar que supuso que dos sucesos de naturaleza extraordinaria se combinaran... Casi estoy por creer que Él sí juega a los dados... ¡y que hace trampas!

—¿Eh? —confieso que estaba bastante perdida. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Y qué nos depara el futuro? —prosiguió él con sus divagaciones y haciendo caso omiso a mi perplejidad—. Deberíamos investigar, saber, conocer la realidad para estar preparados...

—¿Preparados para qué? —me atreví a preguntar ante su repentino y teatral silencio.

—¿Para qué, señorita? —me preguntó con forzada amabilidad. Noté que

una vena comenzaba a latirle en la frente—. ¿Hemos asistido al regreso de los muertos y usted me pregunta para qué nos hemos de preparar...? ¿Es que no ha entendido nada?

Llegados a este punto y, tras mostrarle mi profundo agradecimiento, me despedí de T. A. Edison. Puedo asegurar que la entrevista ha sido una experiencia reveladora y que a buen seguro suscitará preguntas, reflexiones y polémica.

* Nueva Ciencia *no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus artículos y/o entrevistas.*

Enterprise Press News Agency

En un comunicado hecho hace apenas una hora a la agencia de noticias Enterprise Press, Kirk Shatner, portavoz del CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación), realizó las siguientes declaraciones: «Queremos salir al paso de las afirmaciones hechas por el señor T. A. Edison con respecto a las circunstancias que rodearon el Fenómeno Reanimación y también, a su descalificación del trabajo hecho por el CIFR. Afirmaciones que, lamentablemente, han recibido más atención de la que merecen. Todos los estudios hechos por T. A. Edison carecen de base científica alguna y las ecuaciones publicadas con la entrevista que se le realizó no son más que disparates sin fundamento matemático alguno. Ni ha habido ni habrá más sucesos inesperados ni consecuencias indeseables, como afirma este caballero, causados por un desplazamiento a otra realidad por el simple hecho de que no ha habido desplazamiento alguno a otra realidad. El CIFR sigue trabajando con firmeza y rigor científico para averiguar las causas que provocaron el FR y, a pesar de las dificultades con que topamos, estamos en posición de garantizar que no hay ningún indicio de que nuestro mundo haya sufrido más cambios que el citado, que ya es bastante. Desearíamos que personajes como este autodenominado sabio, tuvieran más respeto por la ciencia y dejaran de confundir a la opinión pública».

Un encuentro inesperado

| Jueves |

Me duché con agua fría, prácticamente helada. Necesitaba despejarme, ordenar mis ideas y tener la cabeza en condiciones. Estaba citado esa noche y además investigaba un chantaje, un más que probable asesinato, y tenía cabreado al tipo más malo de la ciudad.

Había encendido la radio al llegar y la oía murmurando en el salón mientras me secaba en el baño. Apenas pude entender lo que decían a causa de los ruidos que hacían los vecinos de arriba. Eran una encantadora pareja de ancianos que al menos una vez por semana, se dedicaban a cambiar los muebles de sitio porque así, según me contaron en una ocasión, renovaban las energías del hogar. Las del hogar la verdad es que no sé cómo estarán, pero ellos hacían gala de una vitalidad que ya la quisiera yo para mí. Sin embargo, y a pesar de ese y otros inconvenientes, como ponerse a bailar charlestón a cualquier hora del día con la música a tope, me llevaba muy bien con ellos. Somos una finca pequeña con pocos vecinos y, aunque alguno me mira raro, todos nos saludamos cuando coincidimos en la escalera y hasta hacemos algún comentario educado sobre el tiempo.

Salí del baño y fui hasta el salón donde subí el volumen de la radio.

... las declaraciones del profesor Shatner en calidad de portavoz del CIFR y que descalificaban las afirmaciones hechas en la entrevista a T. A. Edison en la revista Nueva Ciencia, de gran difusión en todo el mundo, han desatado una gran controversia entre la opinión pública. Muchos se preguntan cómo es posible que un organismo como el CIFR sea tan diligente a la hora de desmentir los estudios hechos por un investigador ajeno a su institución, cuando ellos han sido incapaces de ofrecer teoría alguna con respecto al suceso que cambió el mundo hace ahora más de dos años. Los ánimos están evidentemente encrespados en un día tan luctuoso como el de hoy, en el que nos ha dejado la señora Diamond. Por ello, desde esta emisora hemos querido ofrecer una opinión independiente y formal y nos hemos dirigido al Instituto de Astrofísica de Madrid con la pregunta que todos tenemos en los labios: ¿Hay algo de verdad en lo que el señor Edison plantea? ¿Existen esos agujeros negros y puentes de Einstein-Rosen de los que habla? Desde el IAM nos ha llegado esta respuesta a través del teletipo que paso a leerles: Sin ánimo de inmiscuirnos en un tema que para nada nos atañe, desde el IAM sí queremos salir al paso de la inquietud generada en la opinión pública a raíz de las afirmaciones que se han vertido en la prensa sobre la existencia de fenómenos astronómicos, que podrían

afectar e incluso destruir la Tierra. Es todo falso, ninguno de estos fenómenos amenaza nuestro mundo por el simple hecho de que no existen y...

Apagué la radio, tanto *bla, bla, bla* me estaba poniendo de los nervios. Que a mis vecinos les hubiera dado por celebrar su cambio de muebles con un vigoroso charlestón, tampoco ayudaba demasiado.

Pasé a mi cuarto y me vestí con un traje oscuro de lino —la noche se prometía calurosa— acompañado de una camisa blanca rematada con una fina corbata negra. El gato me observaba desde la puerta. Juraría que se relamió un par de veces.

—Lo único que me consuela —le espeté, mirándole fijamente— es que si me comes, con la cantidad de alcohol que me meto entre pecho y espalda, te reventará el hígado.

El animal al oírme hablar, se levantó y vino maullando a restregarse contra mí. Por lo que sé, así es como marcan sus posesiones los felinos, pero a mí me conmovió y acabé rascándole entre las orejas hasta que se puso a ronronear. Al final hasta le pregunté si estaba guapo. No me respondió, me hubiera dado un ataque si llega a hacerlo, así que le puse agua y comida, le dije que no me esperara despierto y, después de echarme algo de colonia, salí de casa con los nervios de un adolescente que va a su primera cita y se pregunta si tendrá bastante con un condón o debería haber cogido dos.

Mientras bajaba hacia la calle, me encendí un cigarrillo y eché un vistazo a la hora. Me quedaba tiempo para limpiar el coche por fuera, tirar las colillas del cenicero y alguna que otra botella vacía en el asiento trasero, y recoger a Mati sin retrasarme.

Salí del portal rezando para que la nueva colonia que me había comprado para la ocasión fuera tan efectiva como anunciaban.

¡Agua de manantial y aromas de bosque!

Bueno, me conformaba con no oler a mustio o a cerrado o a... Me di de bruces con alguien nada más pisar la calle. El contacto fue mullido, agradable.

—¿Floresta? —murmuró una voz.

—¿Eh? —dije echándome hacia atrás.

Eva Espinosa, que lucía un vestido rojo tan ajustado y sugerente como un traje de saliva, enarcó una ceja de aprobación tras mirarme discretamente de arriba abajo, mirada que le devolví con creces y sin disimulo alguno, que la mujer no se había vestido así para pasar inadvertida.

—Le preguntaba si su colonia es Floresta.

—¡Ah! Sí, creo que sí —farfullé algo confundido por la situación.

—Es agradable —dijo ella con un leve fruncimiento de los labios.

Tuve que hacer un esfuerzo para no lanzarme sobre ella y arrancarle la ropa profiriendo aullidos de lujuria. Sólo pensarlo me hizo sonreír y entrecerrar los ojos.

—¿Me da fuego, señor Stone? —Balanceaba un cigarrillo entre los dedos mientras me observaba con detenimiento. Había algo raro en ella, no supe qué era, aunque no tardaría en averiguarlo.

Le di fuego y sin más rodeos, le pregunté qué ocurría para que acudiera a verme antes de lo previsto.

—Ahora me temo que no puedo atenderla, tengo una cita, pero no se preocupe, mañana mismo espero poder contarle algo sobre ese chantajista. Voy a ponerme las pilas y más después del interés de su maridito por apartarme del caso. Me parece que no hicimos muchas migas —dije riéndome—. Pero eso es porque tengo un carácter algo jodido.

No se rio y el cigarrillo temblaba levemente entre sus dedos.

—Seré breve, señor Stone. Vengo a pedirle que deje el caso —desvió la mirada—. No se preocupe por el anticipo, puede quedárselo, por las molestias. —Apuró el cigarrillo en dos caladas impresionantes y esa fue la única señal de pánico que se permitió. Porque lo que le pasaba a la señora era que estaba asustada. Eché un vistazo rápido y discreto a la calle y, a mi derecha y aparcado detrás de una moto con sidecar que pertenece a un greñudo que vive al principio de la calle, había un enorme y reluciente sedán de color negro, con dos tipos dentro.

—Rata y Armario —murmuré para mí—. ¡Qué discretos! Ella frunció el ceño sin decir nada.

—La están presionando, ¿verdad? ¿Saben ya lo que ocurrió?

—Escuche, señor Stone, —se precipitó ella—, simplemente quiero que deje el caso, ¿de acuerdo? Contraté sus servicios y ahora quiero prescindir de ellos. No creo que sea tan complicado.

Sacó un pañuelo del bolso, lo estrujó y volvió a guardarlo. Una vecina salió del portal y, tras saludarme, le dedicó una mirada desaprobadora a Eva.

—No caigo bien a las mujeres —musitó ella con una media sonrisa amarga.

—Pura envidia —solté yo sin pensarlo.

Luego tuve una inspiración y, ante el asombro de Eva, me encogí de hombros, abrí las manos, enarqué las cejas, asentí con la cabeza y acabé tendiéndole una mano a modo de despedida. Todo un recital de lenguaje corporal a beneficio de los dos merluzos del sedán y con el que decía:

—*Vale, vale. Lo dejo. Hasta nunca.* La interpretación es para esos dos gansos —le dije a ella en voz baja—. Deme la mano y podrá decirles que lo he dejado, que estoy harto de todo el asunto. Pero sepa que no pienso hacerlo. Voy a llegar al fondo de todo esto porque me jode, y mucho, que me digan lo que tengo que hacer.

Ella me miró fijamente y a continuación aceptó mi mano tendida y se puso a hablar a toda prisa.

—Mi marido hacía que me siguieran, por eso supo que le había visitado. Sospecha de mí, pero no sé cómo. No he comentado con nadie lo de los anónimos, excepto con usted. Le he contado una tontería sobre un primo al que estaba muy

unida y al que hace tiempo que no veo, que quería que lo encontraran —meneó la cabeza—. No me creyó, dijo que sí, pero no me creyó. Me ordenó que le despidiera o...

—Tranquila —respondí al ver que a ella le temblaban los labios—. Averiguaré quién es el de los anónimos y también lo que le ocurrió a Roberto.

Asintió con la cabeza y se alejó con un vaivén de caderas que me dejó clavado, con la sensación de que ese columpio albergaba el paraíso. Cuando se subió al sedán, Rata, que era el conductor, pasó acelerando y me dedicó una gran sonrisa satisfecha a la que yo respondí mostrándole la longitud de mi dedo corazón. Me quedé unos instantes observando el coche hasta que se perdió al doblar al final de calle. Me sentía un tanto aturdido, confieso que incluso llegué a pensar que debería haber dejado realmente el caso de una vez por todas. Todo se embrollaba cada vez más. De pronto recordé que tenía una cita y, si no quería que Mati me aturdiera de verdad, más me valía darme prisa. Al girarme para coger el coche volví a tropezar con alguien que estaba a mis espaldas. Quien fuera no resultó tan agradable como la señora Espinosa, fue más bien como topar con un saco lleno de trastos.

—Disculpe —murmuró el «saco»—, se ha girado usted tan deprisa que no he podido evitar tropezar y...

Delante de mí, con el mismo traje de nuestro primer encuentro e idéntico aire gris, se encontraba Pablo Jiménez, el tipo que quería unos informes sobre un contable al que iba a contratar.

—¿Está usted bien? —le pregunté acercándome. El hombre había rebotado literalmente hasta el muro rojizo de la finca que tenía tras él.

—Sí, es sólo que... Bueno, salí del trabajo y como... Vaya, decidí dar un paseo y acercarme a ver si ya sabía usted algo...

Fue curioso, pero la aparición del señor Gris estaba teniendo el mismo efecto balsámico que había tenido la primera vez; después del tormentoso encuentro con Eva Espinosa la presencia del pobre desgraciado me venía bien. Entonces recordé que el tiempo apremiaba.

—Mire, señor Jiménez —le dije ofreciéndole un cigarrillo que rechazó con la mano—, váyase a casa y aguarde a que le llame. Será cuestión de un par de días, tres a lo sumo. Ya tengo la investigación en marcha.

—¿De veras? —preguntó con el gesto más animado—. Estupendo, necesito que alguien se ponga con mis cuentas. No tengo cabeza para los números, ¿sabe? Trabajar, sí, y duro desde que era bien joven...

Le puse una mano sobre el hombro interrumpiendo su discurso.

—Créame, señor Jiménez, nada me gustaría más que quedarme a charlar con usted, pero me aguarda una cita —le guiñé un ojo cómplice—. Ya sabe, cenar, bailar... —me interrumpí al observar su gesto dolido. Adiviné que ese hombrecillo gris y anodino probablemente no había tenido una cita en su vida—. De todas formas, es todo por un asunto que llevo entre manos, una investigación. Voy hacia la Finca

Roja, puedo dejarle si me coge de camino.

—No, no se preocupe, tengo un taxi esperándome en la esquina —comentó, señalando un coche negro con la característica raya amarilla recorriéndolo de lado a lado.

—En ese caso, mejor cada uno a lo suyo, ¿no le parece?

Asintió con una sonrisa amable y, musitando un *buenas noches* apenas audible, se perdió calle arriba. Tras quedarme unos instantes observando su figura empequeñecida por la distancia, sacudí la cabeza dirigiéndome luego al coche. Iba a por Mati y esperaba no llegar tarde.

Conduje con las ventanillas del coche abiertas, el fresco del atardecer era agradable y de paso ventilaba el olor a humo del interior. Llegaba a tiempo, a pesar del entretenimiento, así que intenté apartar de mi mente la imagen de Eva Espinosa y su vestido rojo para concentrarme en la cena que me esperaba. Me pregunté si debía haber comprado algún detalle, unos bombones o flores... Resoplé de frustración. La verdad es que no tenía ni idea de cómo cortejar a una mujer. Sólo había cortejado a una mujer en mi vida y eso fue en otra existencia, una que dejé atrás. Encendí un pitillo reprimiendo las ganas de pegarle un viaje a la petaca que llevaba en el bolsillo.

—Mente despejada —me dije—. Estás investigando un caso y no puedes ir por ahí apestando a alcohol si quieres que te tomen en serio.

Sobre todo Mati, me dijo una vocecita. Me encogí involuntariamente ante ese último pensamiento. ¿Qué derecho tenía a pensar en ella de esa manera? ¿Qué futuro podía ofrecerle? Habían transcurrido más de dos años desde el FR y la Ley del Decaimiento segaba a los de mi condición a tan buen ritmo, que las previsiones apuntaban a un mundo sin reanimados en menos de dos años. Ya casi nadie creía que fueran a encontrar un remedio, personalmente no creo que ni siquiera se lo estuvieran tomando demasiado en serio. A fin de cuentas, si alguien como la Sra. Diamond había caído, ¿qué podíamos esperar los demás? Acabé por sacar la petaca y echar un trago del excelente *bourbon* Southern Comfort, con que la había rellenado. La verdad es que me entusiasmé un poco y terminé por distraerme ligeramente, saliéndome de mi carril con lo que un coche que venía en sentido contrario tuvo que pegar un volantazo para esquivarme.

—¡Muérete, cabrón! —rugió el conductor agitando un puño en mi dirección.

—¡Ya lo hice y no es gran cosa! —grité de vuelta, mostrándole mi habilidad para pegar un corte de mangas mientras conducía.

Luego me eché a reír hasta que tuve que detener el coche para recobrar el control. Cuando volví a ponerme en marcha, estaba bastante tranquilo y curiosamente, de mejor humor. Deseaba ver a Mati y cenar con ella. ¡Demonios, hacía años que no tenía una cita! Puse la radio del coche y con un pitillo fresco en los labios, tuve una repentina sensación de bienestar.

La noche prometía.

| Jueves |

Radio Rockola, en el 560 de tu dial, sortea dos entradas para el próximo concierto que Los Beatles ofrecerá en nuestra ciudad. Los cuatro «fabulosos» han declarado a este respecto que, aunque se habían planteado suspender su actuación debido al fallecimiento de Lucille S. Diamond, piensan dedicar el evento a la memoria de la fallecida... (El locutor se calla y suena Yesterday)

Paré el coche ante la Finca Roja, un edificio residencial construido en 1933 que ocupa una manzana entera, con varios portales y multitud de parques de recreo en su interior. Según Mati, es un pueblo en miniatura en el que la vida resulta muy agradable. Al apagar el motor, la radio quedó en silencio y fui consciente de que me encontraba delante del portal de Mati, mi cita para esa noche. Por unos instantes sentí un hormigueo en el estómago que pensé que jamás volvería a sentir. Luego bajé del auto, me alisé la chaqueta y resistiendo la tentación de pegar un trago, fui hacia el portal. Pulsé el botón bajo la placa con el nombre de Mati y aguardé dando saltitos de un lado hacia otro.

—¿Quién es?

—Tu cita, preciosa. Oí una risita nerviosa.

—No tardaré, fúmate un pitillo... o dos.

—De acuerdo.

Y me los fumé y ya estaba a punto de hacerme un tercero, cuando la vi salir del portal. Ya he dicho que Mati es más atractiva que guapa, pero esa noche hubiera eclipsado la belleza de cualquier mujer. Lucía el pelo recogido en un moño alto, los labios pintados de rojo cereza y los ojos perfilados lo justo para parecer un felino. Vestía un sencillo vestido negro sin mangas que se detenía por encima de las rodillas. Los zapatos eran de tacón vertiginoso y también negros, a juego con un pequeño bolso de mano en el que le cabría una polvera y poco más. No llevaba medias, ni maldita la falta que le hacían. Dos perlas a modo de pendientes y un collar a juego remataban el conjunto. Supongo que me quedé mirándola fijamente con la boca abierta y balbuceando algo que sonaba como el jadeo de un perro asmático, porque ella comenzó a reírse y entonces se rompió el momento.

—¿Me vas a llevar a cenar o tengo que asistir al espectáculo de un hombre hecho y derecho babeando en medio de la calle donde vivo?

Reaccioné ofreciéndole el brazo para llevarla hasta el coche, le abrí la puerta y tras acomodarla en su asiento, di la vuelta saltando por encima del capó y me senté tras el volante. Puse la radio: «Norwegian Wood» de los Beatles. Es una de las canciones favoritas de Mati y, en cuanto sonaron las primeras notas, comenzó a mover la cabeza de un lado a otro mientras la canturreaba por lo bajo con una sonrisa

en los labios. Encendí un par de Camel, le ofrecí uno a ella, eché una larga voluta de humo al cielo y arranqué con la sensación de que era al menos dos veces más grande que Dios y tres veces más atractivo.

Esa noche habría podido volar.

Existen varios y buenos motivos por los que los reanimados no nos relacionamos demasiado con el resto de la humanidad. Uno de ellos, y no es el de menor importancia, es la lástima. Ni el desprecio, ni el miedo, ni el odio. Uno acaba por acostumbrarse a esas cosas, hasta hacen que te sientas vivo, y eso es algo que valoramos. No, lo que nos jode de verdad es cuando alguien nos mira con lástima, y es frecuente que lo hagan con una sonrisa piadosa de simpatía, como la que le echarías a un animal con sarna.

—Pobrecillo —dice la mirada—. ¡Qué tragedia!

Normalmente prefiero ignorar a esos borregos, pero en ocasiones me pillan borde y entonces escupo por el colmillo, doy un trago largo de la petaca, me rasco las pelotas como si tuviera una colonia de ladillas viviendo en ellas y culmino clavando un gesto de desprecio en el borrego de la sonrisita. La lástima desaparece como por ensalmo y eso hace que me sienta mejor.

De todas formas, me jode cuando ocurre. Me jode bastante.

Y el aparcacoches de Il Piacere, un criajo con un cartelito que decía *Hola, soy Ramón*, tuvo que elegir esa noche para joderme. Intenté ignorar la puta miradita aunque, en cuanto salimos del coche, tiré mi colilla lo más cerca que pude del zapato de Ramón. Luego me rasqué la entrepierna igual que un oso en celo y me adelanté apartándole de mi camino como si fuera un estorbo. No sé qué refunfuñó, pero se acabó lo de compadecerse del pobrecito zeta, eso seguro.

Cuando entré al local, olvidé lo que acababa de ocurrir. Nunca había estado en un sitio donde el lujo y el buen gusto te abofetearan de esa manera. Hasta Mati, siempre tan impasible y dueña de sí misma, soltó el aire de golpe mientras se aferraba con fuerza a mi brazo. Techos altos con iluminación indirecta, mesas dispuestas alrededor de fuentes en las que borboteaba el agua y separadas por plantas lo bastante frondosas para parecer árboles, que daban intimidación a cada mesa. Una orquesta, discretamente situada en un rincón de la estancia, interpretaba suave música ambiental. En el local se respiraba un aroma indefinible a sal de mar, nieve fresca y noche en una terraza sobre un bosque... No sé si me explico, pero para entendernos: el sitio era cojonudo.

Un tipo alto, cincuentón, elegante, que levitaba más que caminar y vestía con un traje que parecía llevar cosido a la piel de lo que bien que le quedaba, se aproximó con una leve sonrisa entre servil y de autocomplacencia.

—Bienvenidos a Il Piacere —canturreó con voz melodiosa acariciándose el fino bigote que lucía—. ¿Tendrían la amabilidad de darme sus nombres?

Le di el nombre mientras sacaba un cigarrillo que el tipo se encargó de encender antes de que me diera tiempo a decir *bourbon*. Con la misma suave eficacia, comprobó que teníamos reserva. Luego volvió la cabeza haciendo un gesto apenas perceptible con el que conjuró a un camarero.

—Les ruego que acompañen a Armand —nos dijo con una sonrisa afectada—. Les mostraré su mesa y atenderé en cualquier cosa que deseen.

El tal Armand, un chaval de veinte y pocos, joven, moreno y algo atildado, nos saludó con una breve inclinación y, cuando estuvo seguro de que le seguíamos, se adentró en el salón del local. Apenas vislumbramos a quienes ocupaban las otras mesas, los hábiles juegos de luces y las plantas colocadas alrededor de los comensales, creaban un espacio íntimo y personal. La orquesta casi invisible, tocaba «Moon River» con una suavidad aterciopelada. Comprendí el porqué del buen nombre de Il Piacere.

—Este es su ambiente —señaló Armand deteniéndose para cedernos el paso hacia nuestra mesa.

Y realmente lo era, un ambiente quiero decir. Mati hasta vaciló antes de entrar, supongo que tanto lujo no es algo a lo que uno se acostumbra con facilidad. Tuve que admitir que Eva Espinosa y sus amigas se lo sabían montar muy bien.

Después de tomar asiento, Armand nos preguntó si queríamos tomar un *aperitif* a lo que le respondí que naturalmente y que cuál era su consejo. Cabeceó enseguida exhibiendo una sonrisa satisfecha.

—Yo comenzaría con unas ostras traídas expresamente desde Galicia, creo que seis por cabeza, y algo de caviar persa. Para beber un Dom Perignon vintage 2000 realmente exquisito. Seguiría con...

—Perdona, esto, Armand, ¿no? —Mati le dedicó una mirada dulce, amable—. ¿Nos estás intentando colar una botella de más de setecientos cincuenta pavos?

Armand balbuceó poniéndose colorado.

—No, no, señora, simplemente el señor me pidió consejo y yo...

—Y tú entraste a matar. Bien hecho. Es tu trabajo. Ahora, atiende —le ordenó Mati levantando una mano—. Nos vas a traer una botella de ribeiro, un Pazo Blanco estará muy bien, y para abrir boca —me miró a mí—, ¿qué tal unas almejas y unas gambas rayadas de Denia?

Yo reprimí una carcajada y asentí.

—Estará genial.

—Ya has oído, Armand. El señor cree que es genial. Supongo que tendréis de todo, ¿no?

—Naturalmente —rechinó Armand entre dientes—. Tenemos de todo en Il Piacere y como es natural, es género de primera.

A continuación giró sobre sí mismo con la misma agilidad y rapidez de una peonza y se marchó farfullando algo por lo bajo.

—Muchacha, eres un pozo de sorpresas.

—Sorpresa la que te hubieran dado con la factura, jefe. Ese desgraciado te estaba clavando lo más selecto del menú y, no me mires así, odio esas cosas —sonrió enarcando la ceja izquierda—. Por cierto, ¿pagas tú la cuenta o se la vas a cargar a la zorra esa que te ha contratado?

Negué con la cabeza.

—Pago yo, me apetecía cenar aquí. —Estuve a punto de decir *contigo*, pero no lo hice. Tampoco creo que hiciera falta—. Sabes que el dinero no es problema, Mati. Tengo para toda una vida que no disfrutaré.

—Espero que no pretendas aprovecharte de mí, jefe —se rio Mati con un gesto coqueto.

Nos trajeron lo que habíamos pedido y tuve que alabar el buen gusto de Mati, el vino era excelente y los entrantes no se quedaban atrás. Dejé que ella eligiera el resto del menú y me sorprendí llorando de pena al darle el último bocado a un *entrecôte* que acababa de regar con un Marqués de Murrieta reserva del 2005, también elección de Mati, que disfrutaba alardeando de sus conocimientos. Los postres fueron sorbetes que hicieron que me sintiera como un chiquillo. Rematamos con un café solo y negro, cada uno acompañado de una copa de coñac Martell Cordon Bleu para mí y un Amaretto para Mati. Me encendí un cigarrillo y le ofrecí otro a ella. Y seguimos charlando. Porque hablamos, ya lo creo, de esto, de lo otro y de lo de más allá. Nada demasiado trascendente, pero sintiéndonos a gusto el uno con el otro y, de paso, con el resto del mundo. Lamenté tener que pedir la cuenta para irnos, pero había que hacerlo y nuestra presencia en Il Piacere no era sólo por diversión.

Nos despedimos de Armand que había recuperado la sonrisa al ver la propina que le había dejado, no quería a nadie torciendo el gesto en esos momentos, y salimos a la calle donde *Hola, soy Ramón* me miró con desconfianza. Le dirigí una sonrisa conciliadora acompañada de un billete de veinte pavos y ya tenía otro amigo. Decidí que era hora de empezar a trabajar. Cuando me trajo el coche y me ofreció las llaves, le indiqué que lo adelantara unos metros apartándolo de las luces de la entrada al restaurante, lo hizo y cuando salió del coche, saqué mi billetera donde separé un billete de cincuenta para que él lo viera. Compuso un gesto de perplejidad, quería los cincuenta pero sabía que esos no eran por traer el coche, ya había conseguido veinte por hacerlo. Se quedó parado, esperando a ver qué le decía. Le abrí la puerta del pasajero a Mati, la invité a entrar, resultaría más sencillo hablar con el chaval a solas, y luego encaré a Ramón soltándole dos palabras:

—Eva Espinosa.

Enarcó una ceja interrogante, que no sorprendida; sabía de quién le hablaba. Faltaba el qué.

—Venía aquí todas las semanas a cenar con un grupo de amigas. La última vez ocurrieron cosas, cosas desagradables. Alguien les sacó fotos en actitudes algo comprometidas y están muy enfadadas. Quieren saber quién fue y me han encargado a mí que lo averigüe.

Ramón me observó con la boca cerrada, seguía esperando.

—No soy un poli —aclaré, saqué mi credencial y se la mostré—. Investigador privado. Soy como los curas, lo que me cuentes se queda entre tú, yo y el Altísimo.

—No me fío de los curas y mi jefe es alto, muy alto —se rio Ramón—, pero usted no se parece para nada a un cura y dudo que vaya a hablar con mi jefe.

Me reí con él educadamente y le ofrecí un pitillo que aceptó tras echar un rápido vistazo a la entrada del restaurante.

—No puedo entretenerme demasiado.

—Sólo dime si viste algo anormal esa noche. A alguien fisgoneando, esperando el momento adecuado para sacar las fotos.

Negó lentamente con la cabeza.

—Aquí no ocurrió nada de eso. Imposible que les sacaran las fotos en el restaurante, los de arriba lo controlan todo, con la gente importante que viene por aquí no podemos permitir algo así. Se las sacarían en otro lugar. Sí que es verdad que las señoras montaron una buena ahí dentro, se pasaron un poco con la bebida esa noche. Lo recuerdo porque hubo clientes que se quejaron, pero la señora Espinosa es quien es, y a ver quién le dice algo... No hubo más —encogió los hombros con un gesto de pesar. Si no tenía nada que contar, los cincuenta se quedarían donde estaban.

—Vamos, muchacho —le animé—. ¿No viste si sucedió algo fuera de lo normal o si alguien las seguía...?

Volvió a negar con la cabeza frunciendo los labios.

—Le digo que no, además es imposible que alguien las siguiera con el guardaespaldas que las acompañaba a todas partes.

¿Guardaespaldas? Ella no me había dicho nada de un guardaespaldas.

—¿Cómo era ese guardaespaldas?

—No sé, nunca me fijé demasiado en él, no quiero líos y esos tíos suelen ser bastante agresivos —se quedó unos segundos callado, recordando—. Vestía de oscuro, con un sombrero calado hasta las cejas, era delgado, nervioso... Si quiere que le diga la verdad, tenía pinta peligrosa. Se quedaba por ahí, entre las sombras, fumando y observando. Me daba escalofríos. Pero no era el único, muchos de los que vienen a Il Piacere traen protección personal. Hay mucha delincuencia y, aquí dentro —señaló hacia el local con el mentón—, mucha pasta.

—¿No verías el coche que conducía? Negó tras pensarlo unos instantes.

—Un par de veces me pareció que le vi marcharse en taxi, pero ahora que lo pienso, la mayoría de las ocasiones es como si desapareciera. De pronto ya no estaba ahí. Me pareció un tipo muy profesional, la verdad.

Asentí, le di las gracias y se sorprendió cuando le entregué el billete.

—Por las molestias —le dije. Me abrió la puerta con muchos *señor* por aquí y *señor* por allá y cuando estaba entrando, me surgió una última pregunta.

—¿Lo has visto esta noche?

—¿Eh?

—Al tipo ese: el guardaespaldas.

Se rascó detrás de la oreja, pensativo.

—Joder —dijo suavemente—, ahora que lo dice, es posible que sí. No le había dado importancia, pero...

Miramos a nuestro alrededor a la vez, Ramón negó con la cabeza.

—No lo veo ahora, no estoy seguro...

Le di una palmada en el hombro dándole las gracias de nuevo. No me entretuve más y arranqué el coche poniéndome en marcha. Mati había encendido la radio y una suave música inundaba el interior del vehículo. Conduje en silencio, pensando, tendría que hablar con Eva Espinosa lo antes posible sobre ese guardaespaldas. Aunque tenía la sospecha de que ella no sabría nada, porque lo lógico era que fuera su marido quien hacía que la siguieran y, en ese caso, ya sabía que en efecto el Sanguinario estaba al tanto de lo ocurrido esa noche. Y era muy posible que ahora me estuvieran siguiendo a mí. Sin embargo, pensé a continuación, había detalles que no acababan de encajar, como que Gregorio Espinosa me interrogara sobre lo que su mujer me había encargado. Si ya estaba al tanto, ¿para qué preguntarme a mí? Y estaba el tema de los anónimos, no veía yo al Sanguinario castigando a su mujer con ese procedimiento, era hombre de modos más contundentes, menos sutiles. Bueno, al menos tenía algo: a Eva Espinosa la seguían y estaba dispuesto a apostar mi lápida a que quien fuese el individuo tenía que ver con sus problemas. Suspiré audiblemente; demasiados interrogantes y pocas respuestas.

—¿Agobiado? —preguntó Mati con suavidad. Le conté lo que había averiguado con Ramón.

—Ya veo —dijo ella—. Al menos es algo por lo que empezar. ¿A dónde vamos ahora?

—A Algodón Sureño —respondí—. A tomar una copa y a husmear un poco.

—Estupendo, siempre he querido ir a la jungla.

Y con el sarcasmo de Mati bailando entre el humo de nuestros pitillos, nos fuimos hacia el sur de la ciudad; a Algodón Sureño.

Historias del día FR (4)

| 7 de agosto de 2012 |

Alan S. Fox, natural de Santa Bárbara, California, jamás había estado en el lado erróneo de un arma, y menos todavía si esa arma la sostenía Brenda, su mujer desde hacía más veinte años. Alan se sentía confuso, aterrorizado, pero supo que tenía que hacer lo que fuera para que Brenda no le volara la cabeza y menos delante de sus dos hijos. Se detuvo en el césped que tantas veces había cortado y que se extendía frente a su casa de una planta. Intentó componer una expresión lo más calmada posible.

—Soy yo, cariño, te juro que soy yo y no voy a haceros ningún daño.

Brenda se pasó la lengua con rapidez por los labios, tenía los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—Vi cómo morías, el médico dijo que estabas muerto. No tenías pulso. No respirabas.

—Lo sé, lo sé, yo también estaba allí, ¿lo recuerdas? ¡Vale, vale, mal chiste! — exclamó levantando las manos al ver como el dedo de ella se tensaba sobre el gatillo.

El rifle era un Remington Modelo 11-8 especial para cazar ciervos. Un disparo con esa arma y a esa distancia, bastaría para abrirle un boquete en el pecho del tamaño de una pelota de béisbol.

—Brenda, nena, soy yo. Mírame, no entiendo qué ha ocurrido pero sé que soy yo y que estoy vivo... —se detuvo procurando contener las ganas de salir corriendo a abrazarla a ella y a los niños.

—No lo entiendo, no lo entiendo —gimoteó Brenda con lágrimas en los ojos. Alan observó que el cañón del arma comenzaba a apuntar hacia el suelo—. En la tele no paran de hablar de zombis que se comen a la gente y cosas así...

—Tampoco lo entiendo yo —replicó él dando un pequeño paso hacia delante, el rifle ya apuntaba al suelo y Brenda lloraba abiertamente. Los niños se abrazaban a sus piernas sin atreverse a mirar a Alan—. Pero estoy aquí y no quiero haceros daño, sólo quiero abrazaros.

Ella dejó caer el arma y con un fuerte sollozo, se arrojó en los brazos de él. Se abrazaron con fuerza, con desesperación. Sammy, el más pequeño, fue el primero en unirse al abrazo de sus padres; no tardó en seguirle Tom, el mayor. Estuvieron así durante un minuto entero, simplemente abrazándose, en silencio. Entonces Sammy, levantó la cabeza y frunciendo el ceño, dijo:

—Papi, ¿no huele a podrido?

Algodón Sureño: el Gran Louie

| Jueves a viernes |

No todos los reanimados fueron adultos. También hubo niños. El impacto para las familias fue brutal, no tanto por la vuelta de los pequeños que provocó muchas alegrías, como por el hecho de que su decaimiento era mucho más rápido que el de los reanimados adultos. Tan acelerado que hoy por hoy ya no quedan reanimados con menos de veinte años. Si ya es duro sobrevivir a un hijo, no quiero imaginar cómo será hacerlo dos veces.

Algodón Sureño se cobija en un edificio en pleno centro del casco antiguo de la ciudad, un emplazamiento que se conoce popularmente como la Cloaca. El sitio más selecto en depravaciones dentro del barrio chino. Es el lugar en el que se reúnen todos los vicios, pecados y aberraciones que seas capaz de imaginar y unas cuantas que no te plantearías ni en una pesadilla... O quizá sí, que la imaginación del ser humano es infinita y su perversidad, también. Y allí, en la Plaza del Negrito, alzándose como una gran muela cariada entre fincas medio derruidas y ocupadas por yonquis, putas de cinco pavos y otros desgraciados sin más sueños que algún recuerdo normalmente falso, estaba Algodón Sureño con su enorme cartel luminoso anunciándole al mundo que tras sus puertas había un paraíso al que se accedía con dinero y sin conciencia. Aparcamos en un solar que había justo al lado del club nocturno. Estaba prácticamente lleno de coches de todos los tamaños y modelos. Algunos eran caros, lo suficiente para solucionarle la vida a cualquiera de los desgraciados que pululaban por la Cloaca. Sin embargo, nadie tocaría un coche aparcado al lado del club, todos sabían que esos eran dominios del Gran Louie y tocarle los cojones a Louie era como lamerle el culo a un toro: una soberana y peligrosísima estupidez.

—Este Louie, ¿de dónde ha salido? —preguntó Mati mientras íbamos hacia la entrada. Me había cogido del brazo apoyándose contra mí y tengo que admitir que yo casi levitaba.

—Si haces caso a los rumores, del mismísimo infierno —respondí yo con una carcajada seca—. Unos dicen que de algún país africano, otros que es americano o jamaicano... El caso es que apareció un buen día con un montón de pasta, abrió el Algodón Sureño y para cuando el resto de la ciudad quiso darse cuenta, había establecido su reino aquí en la Cloaca. Y va por libre, no está con ninguna las bandas del crimen organizado, pero nadie se mete con él. Sus chicos son una banda de chiflados hijos de puta que darían la vida por Louis, si él se lo pidiera. Y por lo que he oído, en ocasiones lo hace. Son bestias obedientes y sin piedad.

—Lo que yo decía —murmuró Mati—, esto es la jungla. Llegamos a la puerta del local: negra como la noche y con un animal grande como un camión en la entrada.

Por el aspecto que tenía, probablemente se entretenía machacando cocos con las orejas en sus ratos libres.

—Buenas noches —saludé.

El tipo gruñó algo ininteligible.

—¿Eh?

—Armaz —repitió lentamente. Tenía unos ojos pequeños, como dos cuentas negras incrustadas en su enorme rostro carnos—. No ze puede pazar con armaz.

Negué con la cabeza abriendo los brazos.

—Jamás voy armado —anuncié mintiendo con todo el descaro—. No creo en la violencia.

El tipo bizqueó mirándome de arriba abajo rápidamente y luego a Mati, con la que se tomó algo más de tiempo. Al final dio un paso hacia un lado, empujó la puerta negra y nos indicó que pasáramos.

Humo, aroma intenso a humanidad, música que envuelve los sentidos y luces que crean las penumbras justas y necesarias. Ese fue el primer impacto que recibí al entrar a Algodón Sureño; el segundo me lo arreó el grupo de bellezas vestidas con unos trajes diminutos que más parecían tatuajes y que resaltaban los encantos de las chicas hasta extremos insospechados. Eran las camareras del local. Busqué a una pelirroja entre ellas recordando el comentario que había hecho Eva Espinosa sobre la camarera con la que había discutido. No tardé en verla, tenía los pechos más agresivos que he visto jamás. Me dirigí hacia ella con Mati colgada de mi brazo.

—Bienvenido a Algodón Sureño. Soy Constance, para cualquier cosa que desee —me saludó la pelirroja cuando nos detuvimos ante ella. Se detuvo dos milisegundos humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Sólo se dirigía a mí, Mati no existía—. Quizás quiera un asiento en la barra —señaló a los taburetes altos que asediaban una barra larga y sinuosa donde las únicas luces eran focos que apuntaban hacia las estanterías repletas de botellas que contenían todos los brebajes del mundo.

En las sombras, sobre los taburetes, se adivinaban siluetas que bebían, fumaban y escudriñaban sus alrededores. Pensé que no, que no quería sentarme en la barra.

—O quizás una mesa cerca del escenario —sugirió Constance con tanta lujuria que pensé que me estaba desnudando—. Ya veo que está acompañado —comentó como si acabara de reparar en Mati—. Hola, encanto, ¿te han sacado a pasear?

—Ten cuidado, Contetas —replicó de inmediato Mati—, dile a tu amo que las llevas tan apretadas que no te llega la sangre al cerebro. Y ahora, ¿por qué no nos das una mesa y vas a hincharlas un poco? Juraría que la derecha está más caída que la izquierda.

Constance abrió y cerró la boca varias veces, finalmente debió de pensar que nosotros éramos clientes y que no le convenía armar jaleo. Y además era cierto, su teta derecha era menos rotunda que la izquierda.

Nos dejó a pocos metros del escenario, al borde de una pequeña pista de baile sobre la que se meneaban varias parejas llevadas por los ritmos trepidantes de la

orquesta. Blues For U se llamaba el grupo de seis músicos, y estaban interpretando una versión de «Soul Finger» que te aceleraba el corazón al ritmo de las notas. Le pedimos a Constance un par de bebidas —Whiskey Sour para mí y un Gin Fizz para Mati— que nos trajo enseguida y, tras soltarme una mirada con la que me bañó de pies a cabeza, se marchó bamboleándose de tal manera que un tipo de la mesa de al lado se cayó al suelo intentando seguirla con la vista.

Mati no parecía especialmente afectada por el incidente con Constance, así que decidí dejarlo correr. Más tarde ya le comentaría los motivos que tenía para haberme acercado a ella. De hecho tendría que volver a hacerlo si quería sacarle información.

Disfrutamos un rato de la música mientras observábamos nuestros alrededores. El local tenía forma circular y era amplio, sensación que se incrementaba por las zonas sombrías que rodeaban todo el perímetro hasta morir en las iluminadas barras que se abrían a izquierda y derecha de la entrada. Sobre cada mesa había una lámpara que arrojaba menos luz que un mechero y sólo los focos del escenario permitían que acertaras a llevarte el vaso a la boca en lugar de a la oreja. Y estaba lleno, repleto. Todas las mesas estaban ocupadas; en la pista de baile las parejas se rozaban constantemente con las demás y en las barras y en las zonas sin luz, se observaban movimientos incesantes, pitillos que destellaban como faros apuntando al mar y risas o exclamaciones escapaban hacia nosotros como almas que llevara el diablo.

—¿No te lo dije? —comentó Mati dándole un sorbo a su Gin Fizz— esto es la jungla.

No tuve más remedio que darle la razón, esto era la jungla y tal como yo lo veía en esos instantes, nosotros éramos las presas potenciales de las fieras que nos vigilaban ocultos en la oscuridad.

—Baila conmigo —me espetó de pronto Mati.

La miré sorprendido, pensé que se burlaba de mí. No, quizás tuviera los ojos algo enrojecidos a causa de lo que habíamos bebido, pero hablaba en serio. Estuve a punto de recordarle que yo no bailaba, que... Decidí que si ella quería bailar, lo haríamos y como Dios manda. Le di un trago a mi combinado, me levanté colocándome la chaqueta y ajustándome la corbata y le ofrecí mi brazo.

—Mati, será un honor para mí. Y lo era y también, algo más.

Mati colocó sus manos sobre mis hombros, llevaba buenos tacones y no le costó demasiado a pesar de la diferencia de estatura. Cuando vio que yo vacilaba me indicó que colocara las manos alrededor de su cintura.

—No me voy a romper, jefe —rio cuando sintió que apenas la rozaba.

La cogí con fuerza sintiendo su cuerpo cálido y firme bajo mis manos. Sentí, por primera vez en mucho tiempo, el aleteo de las mariposas en el estómago.

—Llámame Tom, ¿de acuerdo? Aunque sea sólo por esta noche.

Ella asintió con ojos rientes.

—De acuerdo, Tom... Tom, me gusta como suena.

No sé cuánto tiempo bailamos. Sólo sé que no cambiaría esos instantes por nada

en el mundo. Los Blues For U, como si quisieran prestar su contribución a nuestro momento mágico, interpretaron varias piezas tranquilas cuyo *son* nos llevó a movernos como el oleaje de una mar tranquila... Ya digo que no sé cuánto duró, el encantamiento se rompió con la entrada brutal de «Smoke on the Water», que no será precisamente un blues, pero que los seis genios que había sobre el escenario desgranaron con tanta soltura, que casi nadie pudo quedarse sentado. Mati y yo sí nos sentamos, bebimos, fumamos y seguimos el ritmo de la canción con la cabeza mientras nos echábamos miradas furtivas.

—¿Nos vamos?

—¿Eh?

—Digo que si nos vamos, Tom. Ya sabes, a algún sitio más... recogido. No digo que esto esté mal —echó un vistazo a su alrededor—. Hasta la jungla tiene su encanto, pero... —Se detuvo al ver mi expresión, hubiera dado medio dedo por controlarme—. ¿Qué ocurre, Tom?

Me abrí de manos, indefenso.

—Mati, tengo un caso y... Esta chica, Constance, Eva Espinosa la mencionó de la noche que vino aquí. Tengo que hablar con ella.

—Claro, qué tonta soy, lo había olvidado; trabajo, esto es sólo trabajo.

—Te lo dije, Mati, aunque no significa que...

—Vamos, vamos, Tom —me cortó con la suavidad de un hacha—. A lo tuyo que los dos sabíamos a lo que veníamos. Creo que Contetas estaría encantada de tener unas palabras contigo e incluso algo más. Tú vete al baño y «tropieza» con ella que yo tengo un Gin Fizz para entretenerme.

—Mati...

—¿Sí... jefe?

Negué con la cabeza, me sentía como un capullo pero ahora el mal ya estaba hecho. Intentaría arreglarlo más tarde si había ocasión. Me levanté y fui en busca de Constance.

La vi contoneándose entre las mesas y la entrada junto con las otras chicas. Decidí no tropezar casualmente con ella, me iba más el estilo directo.

—Hola, pelirroja —le solté en cuanto llegué a su altura. Eché un vistazo rápido y premeditado hacia la mesa donde estaba Mati—. Buscaba el cuarto de baño.

Ella siguió mi mirada y luego sonrió ante mi gesto de chico malo.

—Está al final de la barra, te acompañaría pero lo tenemos prohibido; al jefe no le gusta el puterío... aquí dentro no —añadió lamiéndose los labios con descaro—. Pero tengo una hora de salida, entonces te podría acompañar a donde quisieras. Si no estás ocupado —dijo señalando con la cabeza hacia Mati.

—Eso sería genial y no, no estoy ocupado —respondí mirándola fijamente—. Pero quizás no hayas caído en la cuenta de que no soy precisamente un tipo normal.

Enarcó una ceja y enderezó los hombros. Sus pezones me apuntaban sin piedad.

—¿Crees que eres especial por ser un zeta? —no le tembló la voz al decirlo.

Probablemente era de las que llamaban subnormales a los discapacitados mentales, putas a todas sus amigas, capullos a los políticos y pasta a todo el que vistiera un buen traje y se dejara embaucar por sus tetas.

—No, nena, soy especial porque soy especial, pero hay gente a lo que no les caemos bien.

—Aquí estamos acostumbrados a los zetas, guapo. Vienen mucho y si tienen pasta, los tratamos como a cualquiera de los demás viciosos y sin moral que se pasan por Algodón.

Observé que algunos tipos nos observaban desde de las mesas. Mati no, Mati me ignoraba con tanta fuerza que probablemente no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo.

—Oye, creo que iré luego al baño. ¿Qué tal una copa? ¿O tampoco puedes?

—Sí, eso sí. Por cierto, si quedamos para luego, tienes que depositar una, esto... fianza.

—¿Fianza? —exclamé mientras íbamos hacia la barra.

—Bueno, ya te he dicho que el jefe no quiere puterío aquí dentro, guapo. Eso no quiere decir que no quiera sacar tajada.

—¿Eres puta, entonces? —pregunté, dejando de lado mis modales y poniéndome a su altura.

Me sonrió sin responder.

—¡Y yo que pensaba que había ligado!

—No seas tonto, guapo, no nos vamos con cualquiera. Me gustas, pero una chica tiene que vivir —compuso un gesto resignado tan falso que me hizo reír.

—De acuerdo —acepté yo con la misma resignación. Me apoyé en la barra y me abrí hueco empujando levemente a un tipo que se aferraba a su copa como si le fuera la vida en ello. Se levantó farfullando, me examinó y acabó por marcharse al otro extremo.

—¡Vaya! —Exclamó Constance con socarronería—. ¡Qué duro!

—Es lo que tiene la muerte, nena, te roba cualquier ilusión y lo que queda es sólo piedra. Un *bourbon* con hielo, un hielo —le dije al de la barra cuando se acercó. Constance pidió un Terciopelo Negro que resultó ser un combinado de *champagne* con cerveza negra Guinness.

—¿Y bien? —dijo ella acercándose a dos palmos, es decir hasta que sus pechos toparon con mi esternón.

—¿Cuánto es la fianza?

—Para ti, guapo, toda la noche por doscientos pavos. Silbé por lo bajo.

—Hay que ser muy buena para cobrar eso. Me cuesta una semana larga de trabajo conseguir esa cantidad.

—Soy muy buena —me aseguró ella ladeando la cabeza.

—Es que los zetas tenemos gustos peculiares.

—No me hagas reír, guapo, sois hombres y punto. He estado con varios de los

tuyos y te garantizo que gemís como cualquier otro.

—Supongo que tendré que aceptar tu palabra, aunque... —no concluí la frase y me encendí un cigarrillo. Dejé que la curiosidad entrara en acción.

—Aunque ¿qué?

Fruñí los labios dejando escapar el humo por las comisuras.

—Tengo un amigo que no quedó demasiado contento, venía por aquí, pero no creo que vaya a volver.

Ella dio un sorbo a su bebida. A nuestro alrededor se aglomeraba más gente, la noche avanzaba y Algodón Sureño recibía a su fiel fauna. Comenzaba a hacer calor y los ritmos de los Blues For U eran cada vez más trepidantes. La jungla entraba en su auge.

—¿Qué amigo era ese? —preguntó con desdén.

—Un zeta como yo, el viejo Berto.

—No conozco a nadie que se llame así. Entonces jugué mi baza.

—Lo de Berto era sólo para los amigos, en realidad se llamaba Roberto, Roberto Martín —la escudriñé cuidadosamente en busca de su reacción, con la escasa luz se me podía escapar algún gesto delatador.

No se me escapó. Abrió la boca formando una o perfecta. Vi que tenía los dientes en magnífico estado y una lengua muy sonrosada y húmeda. Y noté, también, una mezcla de recelo, miedo e ira en su expresión desorbitada. Sus pechos se alejaron de mí.

—No sé de quién me hablas —me dijo con frialdad—. Tengo que volver al trabajo.

La cogí del brazo, sin demasiada fuerza, la justa para se volviera y me lanzara un bofetón. Lo esquivé con facilidad, esperaba la reacción, y me acerqué a su oído.

—Roberto era amigo mío, así que te estaré esperando cuando acabes. Pagaré tu fianza, no te preocupes, pero sólo tendrás que contarme lo que sepas. Vamos, es dinero fácil y nadie tiene porqué enterarse.

Ella había palidecido y temblaba un poco. La solté, demonios, yo no era un tipo malo, sólo un tipo haciendo su trabajo.

—Vale —afirmó sin mirarme—. Salgo a las cinco. Dale los doscientos a Edu. Es el de la barra —se giró, alejándose sin más.

Atraje la atención de Edu, un tipo flaco, nervioso, con cuatro pelos grasientos pegados al cráneo y aspecto de sabandija. Le di la pasta y le dije quién era la chica. Se guardó el dinero y me dio la espalda.

—¡Eh, amigo! —exclamé—. ¿No me das nada? Acabo de soltarte una pasta —no esperaba un recibo o algo por parecido, pero me jodió que me tratara como un apeestado.

—Claro, amigo —me dijo arrastrando las palabras—. Te vas a follar a una tetuda descerebrada que se lo hace con al menos diez tíos distintos a la semana, así que creo que sí, mereces que te dé algo: ahí va un aplauso.

Y el muy hijo de puta me lo dio; unas palmadas pausadas, sonoras que atrajeron la atención de media barra. Me largué aguantándome las ganas de romperle las narices al muy capullo, aunque para cuando llegué a la mesa, estaba sonriendo. El tipo sería un hijo de puta, pero era un hijo de puta con gracia. Siempre he sabido apreciar el sentido del humor, aunque fuera a mi costa. Mati se volvió al sentirme llegar y me pilló sonriendo.

—La cosa ha ido bien, ¿no jefe? ¿Habéis ido a hacer pipí los dos juntitos? Por tu expresión me parece que Contetas te la ha aguantado para que no mearas fuera de la taza.

El comentario me sentó como una patada en la boca.

—Coño, Mati, pensé que me conocías un poco mejor. Es sólo trabajo y no he hecho nada con esa tipa. Simplemente he quedado con ella más tarde para hablar sobre Roberto. Lo conoce, no lo admitió, pero lo vi en su expresión cuando mencioné su nombre.

—Y más tarde, ¿qué hora es?

—Las cinco.

—¿Y qué hora es ahora?

—Las dos.

—Perfecto —dijo levantándose—. Te da tiempo a llevarme a casa.

Estuve a punto de decirle que no hacía falta que nos marcháramos, que podíamos tomar otra copa y hasta bailar un rato. No lo hice, el rostro de Mati no tenía expresión; la magia había desaparecido.

Me levanté y fui tras ella hasta la puerta del local. Si hubiera estado atento en vez de pateándome el culo mentalmente por lo de Mati, habría observado un movimiento inusual tanto a nuestra izquierda como a nuestra derecha. Pero no, me estaba llamando tonto el haba y cuando me quise dar cuenta, fue como si los muros de Algodón Sureño se hubieran cerrado sobre nosotros. Pero no eran los muros, no, eran cuatro tipos tan grandes como un tractor y el doble de anchos. Aún así, intenté zafarme. Algo duro se clavó en mi espalda.

—Amigo, podemos hacer esto de dos maneras: una, viene andando con nosotros, o dos, lo arrastramos entre nosotros. Y eso va por su amiguita también —la voz era rasposa y cortante. Y no bromeaba.

—Creo que prefiero andar —contesté.

—Buen chico —dijo la voz a mi espalda—. Siga hacia el fondo del local, tras el escenario hay una puerta. Alguien quiere hablar con usted.

—Dejen a la chica, ella no tiene nada que ver.

—No sea idiota —la voz destiló impaciencia—. Y cierre el pico, ya hablará ahí dentro, si sabe lo que le conviene.

Fui tras Mati que no había proferido ni palabra, la única señal que dio de intranquilidad fue la forma en que se abrazó a su bolso. Supongo que si yo hubiera tenido un bolso también estaría abrazándolo. Bueno, para compensar llevaba la

Beretta en una funda en el tobillo, sólo necesitaba un descuido para desenfundarla y entonces cambiarían las tornas. Si no tomaban la precaución de cachearme, claro está. Pasamos por delante de los Blues For U, que se estaban tomando un descanso y nos observaron con curiosidad. Finalmente, llegamos a la parte de atrás del escenario.

—Ya estamos —gruñó la voz a mi espalda—. No vaya a hacer alguna tontería ahora.

Una puerta pintada de negro se abrió ante nosotros. Desde el interior nos asaltó una fuerte luz blanca que me cegó. De un empujón nos metieron dentro, y mientras intentaba que mis ojos se adaptaran a la luminosidad del cuarto, me cachearon y me quitaron el arma y la cartera. Ahí se disiparon mis esperanzas de sorprender a nadie. A continuación me empujaron hacia una silla. Vi como dos de esos animales cacheaban a Mati tomándose todo el tiempo del mundo y exhibiendo unas amplias sonrisas. Me incorporé furioso, pero me inmovilizaron agarrándome con fuerza de los hombros y no tuve más remedio que sentarme de nuevo. Al rato, Mari se unió a mí en una silla que pusieron al lado de la mía.

—¡Cabronazos! —rugí fuera de mí—. ¿Por qué no se la metéis a vuestra madre? —Me puse tenso esperando el golpe.

No llegó; en su lugar una risotada, que no desmerecería de la llamada de un hipopótamo en celo, llenó la estancia y provocó las risas de los gorilas que nos habían llevado hasta allí. La jungla, pensé, Mati lo clavó.

—Imposible, amigo, mi madre murió mientras se follaba a un cliente. ¡Era una mujer muy fogosa!

De nuevo los gorilas irrumpieron en carcajadas. Entre risa y risa, se entretenían aspirando unos polvos blancos que llevaban en pequeñas cajas doradas. Desde luego no parecía harina.

El cuarto era pequeño y a duras penas contenía unas cuantas sillas, un espejo rodeado de bombillas, todas encendidas como soles en miniatura, colgado sobre la pared opuesta a la puerta y al lado un perchero donde se amontonaba ropa. Era el camerino de los Blues For U. Serían unos músicos de puta madre, pero fuera del escenario no tenían demasiada consideración con ellos.

Dirigí mi atención al lugar del que había partido la voz. Y allí estaba, sentado sobre una silla que crujía porque no podía gritar; casi tan grande, igual de negro y más feo que el culo de una ballena: el Gran Louie, el hijo puta más peligroso de la ciudad nos tenía a su merced.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con una amplia sonrisa revisando la cartera que le había entregado uno de los gorilas. La misma que me habían quitado a mí. Los ojos vivos y alerta, no sonreían. Sentí que estaba metido en un follón, uno de los buenos. Tenía que hacer algo.

—¿Puedo fumar, señor Gran Louie? —pregunté llevándome la mano al bolsillo de la chaqueta.

Como por ensalmo, me encontré frente a los cañones de dos pistolas. El tercer

gorila ya sacaba la suya, pero el cuarto hizo un gesto con la mano.

—Lo he *limpiao*, no lleva *na*.

—Fuma, si quieres —concedió el Gran Louis con una de mis tarjetas entre los dedos grandes como morcillas—. Pero deberías dejarlo, Thomas Z. Stone *investigador privado*, es un mal vicio. Y llámame Gran L, si has de llamarme algo.

Saqué el tabaco, le ofrecí uno a Mati, que aceptó, y nos pusimos a echar humo. La observé de reajo, estaba pálida y agarraba con tanta fuerza su bolso que tenía los nudillos blancos.

—Es un *pescao*, Gran L —intervino de nuevo el que me había *limpiao*—. A este igual le da fumar que comer cristal. Ella no, y está buena.

—¡Un *pescao*! —repitió el Gran L ladeando la cabeza y examinándome, entonces reparó en mis ojos—. ¡¿Qué te parece?! Un puto *pescao* que es un investigador privado y va incordiando a mis chicas haciéndoles preguntas impertinentes sobre otros *pescaos*. No había que ser un genio para saber a qué se referían con eso de *pescao*. Negué con la cabeza lentamente.

—Vamos, hombre, ¿es que uno no puede echar una cana al aire? Sólo quería cepillarme a esa zorrita tetona. Por cierto, no me gusta que me tuteen sin pedir permiso.

—¿Me tomas por gilipollas, *pescao* de mierda? —El Gran L se puso de pie y, aunque en alguna ocasión había tenido ocasión de verlo a lo lejos, de cerca y dentro del cuartucho en el que nos abarrotábamos, era una mezcla de troll y mandril con paperas que admito me impresionó bastante—. Me importa un carajo lo que te gusta y lo que no te gusta. Yo hago lo que me sale de los cojones y si decido arrancarte la nariz de un mordisco, lo haré y no serías el primero. ¿Quién coño te envía, *pescao* de mierda?

Decidí no dejarme impresionar por sus amenazas. Todavía no, al menos, uno tiene su amor propio.

—No me envía nadie, ya tengo edad para andar yo solito por ahí. El Gran Louie apretó la mandíbula y le hizo una señal a uno de sus gorilas. Me preparé para el golpe, sólo que no fui yo quien lo recibió. La bofetada resonó como un tiro y cuando me giré a mi derecha, vi a Mati en el suelo sangrando por la nariz. No soltó ni un *ay*. Uno de los gorilas la ayudó a levantarse, la sentó sobre la silla y le puso el bolso sobre el regazo. Yo me aguantaba las ganas de tirarme sobre ellos mientras me rascaba la sien contra el cañón del revolver que de pronto me estaba apuntando a quemarropa.

—Chica dura, ¿eh? —comentó el Gran L admirado—. Quizás a ti te deje vivir un rato más para que me diviertas —se volvió hacia mí—. Sí, *pescao*, de esta no sales andando, pero que acabemos pronto o nos tiremos aquí toda la noche depende de ti. Y tu chica será dura, pero como deje que mis chicos le metan mano... Je, je, je... Y para ti tengo un soplete que levanta la piel como si fuera pintura vieja... ¿Quién cojones te envía?

Supe que hablaba en serio, ese cerdo nos podía llevar al infierno y de vuelta, pasando por un par de lugares más oscuros aún. Suspiré, estaba derrotado, jodido hasta las cachas y para rematarlo, había metido a Mati en la mierda.

—Lo siento —le susurré.

Ella negó con la cabeza, pero la tenía vencida, con el cabello cubriéndole el rostro, y la sangre goteaba sobre el suelo. Me volví hacia el Gran L de los cojones.

—Vale, te lo contaré, pero quiero que me jures que a ella le pegarás un tiro en la cabeza. Diviértete conmigo, si quieres.

Desde el exterior llegó la música de los Blues For U, tocaban «Ponme otro whisky y un par de cervezas», una de mis preferidas.

—No se admiten condiciones —gruñó El Gran L avanzando hacia mí amenazante.

—Pues que te follen, cerdo apestoso —le dije en un desesperado intento de provocarle lo bastante como para que nos pegara cuatro tiros—. No pienso decir una palabra más.

Y justo entonces el tiempo pareció detenerse, la canción de fuera se había terminado y nadie se movía dentro del cuarto. Todos miraban a su alrededor sin saber qué hacer. Hasta me fijé en unas motas de polvo que bailaban en el aire atravesadas por la fuerte luz del cuarto. Por unos instantes pensé que la caballería había llegado para salvarnos. Pero no, era Mari. Mi particular séptimo de caballería. Sostenía una pequeña, casi ridícula, pistola que había sacado de su diminuto bolso, ese en el que apenas había nada, y apuntaba a la cabeza del Gran L. A ella le apuntaban cuatro armas distintas, desde un revolver a una automática y, entremedias, alguien había sacado una recortada. A mí nadie me hacía ni puto caso.

A Mati le seguía goteando sangre de la nariz y tenía el pómulo derecho tan hinchado como un melón, pero el arma se erguía con firmeza. El Gran L se había quedado paralizado. De pronto comenzó a sonreír.

—¿Qué cojones es ese juguete, puta?

—Este juguete es una Derringer Vest Pocket, come mierda. Herencia de mi padre. Se la robé.

—¿Una Derringer? ¿Como las de las pelis del oeste? No tengo una en mi colección, así que cuando te mate me la quedaré. Por cierto, creo que disparan unas balas de juguete muy monas —se calló para relamerse con una lengua gruesa y de color oscuro—. Aunque me acertaras, puta, sólo me harías un rasguño.

Mati no contestó, respiraba lentamente, controlando el pulso. El cañón chato de su arma no se movía un ápice.

—O bajas eso, zorra, o le digo a mis hombres que te acribillen a ti y al capullo que te acompaña.

—Soy una tiradora de primera, come mierda, y estoy apuntándote al ojo derecho. La bala entrará por ahí y convertirá tus sesos en sopa. Si intentas moverte, disparo. Y no nos amenes; ahora mismo que nos frían a tiros estos gorilas es lo mejor que nos

podría pasar.

—No le haga caso, Gran L —intervino el que había sobado a Mati mientras la cacheaba. Llevaba la recortada y su dedo temblaba sobre el gatillo—. Puedo volarle su puta cabeza antes de que diga *miau*. Del exterior llegaron algunos gritos, seguramente una pelea, nadie se movió.

—Si hubieras buscado en el bolso en lugar de sobarla tanto, habrías encontrado el arma y nos estaríamos divirtiendo —gruñó el Gran L.

Unos gruesos goterones de sudor le bajaban por la frente y se movía lo menos posible. Tendría sus dudas con respecto a la puntería de Mati, pero no parecía preparado para jugársela.

Era una posición de tablas, el problema es que el tiempo corría a su favor. Dudaba que Mati pudiera mantenerse el tipo mucho más. Seguía sangrando y tenía el rostro cada vez más tumefacto. Decidí intervenir.

—Bien, esto es lo que vamos hacer: dejaréis vuestras armas en el suelo y nosotros dos nos marcharemos. No se lo contaremos a nadie y vosotros tampoco, y aquí no ha pasado nada —me dirigía al Gran L que entrecerró los ojos y pareció pensárselo.

—Ni de coña, *pescas* —masculló de repente, componiendo un gesto feroz—. Basi, si este cabrón se menea, revientalo.

Basi, que llevaba la recortada, me encañonó, su rostro era la viva imagen de la felicidad.

—Y tú, putón, vas a bajar esa mierda o mis hombres te dispararán a las piernas y mientras te desangras, te follarán por todos los agujeros donde te quepa una polla. Luego reza para estar muerta, porque rociarán tu cuerpo con gasolina y te prenderán fuego. ¿Habéis oído? —preguntó dirigiéndose a sus hombres. Los cuatro gorilas dijeron que sí a la vez. El Gran L dio dos pasos hacia delante y se plantó delante de Mati apoyando un ojo contra el cañón de su Derringer—. ¿Crees que me importa morir, puta? La muerte no me asusta, así que si vas a disparar, hazlo ya. Contaré hasta cinco, luego esto se convertirá en un infierno. Uno, dos...

La puerta del cuarto saltó de sus goznes hacia el interior del cuarto acompañado de un trueno que nos aturdió a todos. Entonces irrumpió un grupo de gente armada hasta los dientes y pegando gritos. Antes de que supiéramos qué pasaba, estábamos bocabajo y con las manos esposadas a la espalda. Al final sí que había llegado la caballería, sólo que en esos instantes no sabía si alegrarme o no.

| *Viernes* |

Diario Las Provincias

EDICIÓN MATINAL

REDADA EN EL CLUB

NOCTURNO ALGODÓN SUREÑO

PELEAS EXTREMAS ENTRE TERMINALES Y PERROS

Informa G. Adolfo Ribes.

En la rueda de prensa convocada esta tarde por la alcaldía de la ciudad, el comisario Garrido de la brigada FR ha hecho unas declaraciones en relación a la organización de peleas clandestinas en el club nocturno Algodón Sureño, regentado por Louis Niceman, más conocido por el sobrenombre de el Gran Louie. Esta madrugada se ha efectuado una redada en el local con varias decenas de detenidos, entre ellas su dueño, el citado Louis Niceman, y se han incautado pruebas relacionadas con estos sucesos.

Los horrorosos hechos que ha hecho públicos el comisario Garrido hablan de decenas de terminales empleados en estas detestables prácticas. Eran peleas en las que se enfrentaba a los reanimados con las facultades mentales mermadas entre sí y, también, a perros de presa especialmente entrenados para este tipo de lucha. Corren rumores que afirman que los reanimados obligados a luchar eran drogados para aumentar su resistencia y prolongar las peleas. Mediante estas sustancias, conseguían que lucharan entre ellos ya que es bien sabido que en condiciones, digamos normales, los terminales no atacan a otros reanimados o terminales.

Los asistentes a tan denigrante espectáculo apostaban grandes sumas de dinero al resultado de los enfrentamientos.

El comisario ha confirmado que también se ha procedido al arresto de empleados del centro RT de la ciudad por su complicidad con los delincuentes en todo este triste asunto. El director del centro, Bernardo Barragán, es uno de los detenidos, aunque sus abogados se han apresurado a declarar que su cliente ha sido citado en comisaría para declarar y no en calidad de imputado.

El comisario Garrido se ha remitido a su declaración ante las preguntas de los medios, limitándose a comentar que la investigación sigue en marcha y que ya se convocará otra rueda de prensa cuando se estime procedente.

No ha habido todavía reacción oficial por parte de las organizaciones

defensoras de los derechos de los reanimados. Hoy precisamente, que se suceden los homenajes a Lucille S. Diamond, fallecida ayer, salpica esta noticia su memoria. Esperamos que...

—¿Y bien? ¿Qué le habéis sacado?

El agente de la brigada FR, un tipo delgado y tan fibroso como una alcachofa, se removió inquieto y apretó los labios antes de hablar; no le gustaba lo que tenía que contarle al comisario Garrido.

—Dice que no sabe de qué le estamos hablando. Que estaba allí de visita cuando entramos como animales y le tiramos al suelo sin decir palabra. Su abogado acaba de amenazarnos con una demanda por brutalidad policial.

Garrido se pasó suavemente la mano por la cabeza, tenía poco cabello pero lo mimaba con toda la ternura de que era capaz. A continuación se quedó mirando al techo, tomó aire y habló con lentitud.

—¿Qué más? —removió su corpachón acomodando la incipiente barriga por encima del cinturón.

—Los trabajadores del local declaran lo mismo. Garrido enarcó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Lo mismo sobre qué?

—Que el Gran Louie es un cliente de Algodón Sureño que se pasa por allí todas las noches. Que anoche estaba en el camerino de los... —el agente consultó un pequeño bloc que sacó del bolsillo interior de su chaqueta—. En el camerino de los Blues For U, el grupo que toca allí todas las noches. Bueno, pues el Gran Louie estaba allí para pedirles un autógrafo, cuando de pronto, cito literalmente, «un montón de policías se abalanzó sobre mí y, sin mediar palabra, me arrojaron al suelo».

El comisario puso las dos manos sobre su mesa e inclinó la cabeza en actitud reflexiva. Desde el otro lado de la puerta de su despacho llegaban murmullos de los agentes y el sonido furioso de las teclas de las máquinas de escribir. Había muchos informes que redactar.

—Joderrrr, Aguado, ¿me estás diciendo que la gente del club no reconoce que este cagón es el dueño del local?

Aguado asintió.

—¿Qué hay de las escrituras, la documentación del negocio?

—Ese es el problema, comisario, que Algodón Sureño está a nombre de todos. Son una puta cooperativa, lo menos veinte, pero el Gran Louie no figura entre ellos y nadie admite saber nada sobre lo que se cocía en el sótano.

El comisario se puso de pie. Tras él había un mapa de la ciudad que era el único

adorno que tenía en las paredes de su despacho. Eso y una foto de su hija sobre la mesa. Una foto de cuando era una chiquilla, no de ahora con su estética gótica. No había ni una sola ventana, el despacho era un cubículo en medio de una sala donde trabajaban los agentes de la brigada.

—¿Qué cuenta el del centro RT, el Bernardo Barragán ese? —Garrido casi susurraba a causa de la tensión que delataba la abultada vena en su sien.

—Poca cosa. Que es cierto que en ocasiones se escapan los terminales y entonces nos avisan a nosotros. Pero nada de obligarlos a pelear entre ellos y que no conoce personalmente a los dos enfermeros que hemos detenido y que lamenta todo lo ocurrido.

—Presionadles —gruñó—. A todos. A los de Algodón y a los del centro RT. Me importa una mierda lo que digan, si pertenecen a la cooperativa es que son los dueños y entonces son responsables de lo que ocurría ahí abajo. Tenemos pruebas de sobra, esos hijos de puta organizaban peleas con terminales. Decidles que les caerán tantos años en Alcalá Meco, que desearán estar muertos. ¡Decidles que declaren contra su jefe, ese gordo cabrón, y la fiscalía lo tendrá en cuenta! DECIDLES QUE LO QUEREMOS A ÉL, AL PUTO GRAN LOUIE, ¡¡Y QUE NO PARAREMOS HASTA ATRAPARLE!! ¡¡¡DECIDLES...!!!

El tableteo de máquinas de escribir había cesado, así como los murmullos que llegaban del exterior. El agente Aguado había dado un paso atrás y miraba al suelo.

—Me cago en los cojones —murmuró Garrido sentándose de nuevo. Se ajustó el nudo de la corbata y aceptó el cigarrillo que le tendí—. Seguid como hasta ahora —le dijo al agente—. Sé que lo haréis bien. Presentad un informe cuando acabéis.

Con un *ok, comisario*, Aguado abandonó el despacho cerrando la puerta tras de sí. Garrido fumó en silencio con la mirada absorta en el retrato de su hija.

—La de cosas que ocurren cuando te das la vuelta —soltó al cabo de un rato apagando el cigarrillo—. Mi propia hija se convierte en una extraña que viste de negro y se embadurna la cara para parecer un vampiro; uno de los peores delincuentes de esta ciudad se convierte de pronto en un cazador de autógrafos y, por si fuera poco, uno de los hombres en que más confías va y aparece en el sitio más inoportuno en el momento menos oportuno. ¿Me he dejado algo, Stone?

Me removí incómodo en la silla. Sabía que Garrido tenía razón.

—Coño, no podía saber que ibas a aparecer con tus chicos anoche.

Garrido me sonrió, una sonrisa enfadada.

—Claaaro, ¿cómo no se me ocurriría consultártelo? Tendría que haberte llamado, ¿verdad? —De pronto cogió el auricular del negro y brillante teléfono que reposaba sobre su mesa y comenzó a gritar—. ¡Stone, viejo zorro! ¡Que esta noche vamos a hacer una redada en Algodón Sureño! ¡Sí, eso es! ¡Te aviso por si tenías pensado pasar por ahí! Díselo a tus amigachos también, no vaya a venirle mal a alguno de ellos. ¡Ah! Casi lo olvidaba, también nos pasaremos por el centro RT. ¿Te viene bien o lo dejo para otro día? —Cuando colgó lo hizo con tanta fuerza que tembló la mesa y la foto de su hija cayó bocabajo. La enderezó con cuidado y luego me clavó sus

ojos enrojecidos por la tensión y la falta de sueño—. Explícate. Quiero pelos y señales.

Y lo hice, me expliqué. Le conté todo lo que había ocurrido sin dejarme detalle. Se lo debía, él lo sabía y yo también.

—Quería contártelo ayer mismo, pero no estabas. Luego dieron la noticia sobre Lucille y supongo que perdí el norte. —Me mordí los labios, fastidiado. Me jodía tener que dar explicaciones y me jodía aún más haberla cagado.

Garrido sacó un par de cigarrillos y me ofreció uno, luego pegó una voz que sonó a ¡*Uola!* y a los pocos segundos se asomó Lola, su secretaria. Lola era una mujer bajita, de edad indefinida, regordeta y alegre, que nadie comprendía cómo era capaz de trabajar en un sitio como la brigada. Garrido la adoraba y le dispensaba un trato exquisito. Quizás eso tuviera algo que ver.

—¿Nos traes un par de cafés si eres tan amable, Lola? Uno negro y el otro con un toque de leche.

—Si el mío puede llevar un toque de algo que no sea leche, sería estupendo —intervine yo.

Lola me guiñó un ojo.

—Veré qué encuentro por ahí —me dijo, y se marchó.

—Sí, todos sentimos lo de Lucille —comentó Garrido recogiendo mi última frase—. Pero meterte con Mati en la guarida de ese animal haciéndole preguntas a una camarera, no fue muy inteligente por tu parte.

Lancé un gruñido de asentimiento.

—Claro que si no te llegas a llevar a esa fierecilla que tienes por secretaria, ahora estarías hambreado. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, tendrá un feo moratón en la cara unos cuantos días, por lo demás está bien. Sigue en observación en el hospital, pero en un par de horas la dejarán marcharse a casa.

Volvimos a callarnos mientras Lola entraba para dejarnos una bandeja con los cafés en la mesa; había añadido unas galletas por su cuenta y una botella de *brandy*. Se lo agradecí con toda mi alma, llevaba en comisaría toda la noche y buena parte de la mañana. Eché un vistazo al reloj, eran más de las diez. Esas galletas iban a ser mi desayuno atrasado; y el *brandy* mi almuerzo. Garrido torció el gesto al ver el *brandy*. Era prácticamente abstemio y más a esas horas, pero no hizo comentario alguno.

—Entonces a la mujer del Sanguinario alguien la chantajea porque se tiró a este... ¿cómo se llamaba? ¿Roberto?

—Zí —repliqué con la boca llena de galletas.

—Y además este tipo apareció muerto a los pocos días después de llevarse una paliza por parte de los gorilas del Sanguinario.

—Exacto.

—Y sin embargo, crees que Espinosa, ese asesino, extorsionador, traficante de drogas, chulo de putas y no sé cuántas cosas más, por no hablar de que tiene a alguien

siguiéndote, no tuvo nada que ver con la muerte del tal Roberto.

La apreciación de Garrido me dio que pensar.

—No —dije finalmente—, no lo creo. Si lo hubiera querido muerto, lo habría matado después de darle la paliza. Es más, creo que sospecha algo, aunque no tiene ni idea de que su mujer le ha engañado.

Garrido se rascó el mentón.

—No sé, quizás sí sepa lo que la zorrilla hizo, pero no está seguro de lo que ella quiere de ti y, sobre todo, de lo que tú sabes. Precipitarse podría sacarlo todo a la luz y el Sanguinario será muchas cosas, pero tonto desde luego no es. Sabe que hay mucha gente con ganas de meterle mano y se anda con tiento.

—Es posible —admití finalmente—. Y sin embargo, mi instinto me dice que fue otro quien se cargó a Roberto. Aparte del que está chantajeando a Eva Espinosa.

Garrido se encogió de hombros.

—¡Instinto! Respeto mucho el instinto en un profesional, pero que no te ciegue. Asesinato, chantaje... No tendrían por qué ser la misma persona, nunca se sabe, a veces esta gente son como las moscas: huelen mierda y acuden en tropel. Pero me parece demasiada coincidencia —se rascó la cabeza como si quisiera ordenar sus ideas—. Siempre he creído que hay que buscar la solución más simple, la más obvia. Si dos crímenes que afectan a la misma persona tienen lugar casi a la vez, yo apostaría a que tienen el mismo origen. Pero esa es sola la opinión de un perro viejo.

Me rasqué la coronilla sintiéndome algo tonto. Garrido tenía razón o al menos sonaba mejor su teoría que la mía.

—El caso es que, sean uno o dos, no tengo ni puta idea de por dónde empezar. Necesito un cabo del que tirar.

—Ya, y esperas que yo te lo eche, ¿no?

—Venga, coño, estamos en el mismo bando.

—Espero que recuerdes eso la próxima vez que se te ocurra hacer una estupidez —resopló dando una palmada sobre la mesa—. Venga, ¿cómo se apellidaba el tal Roberto? ¿Cuándo apareció muerto? Si era un reanimado, debemos tener una investigación en marcha. Si es así, es posible que te pueda echar ese cabo.

Se lo dije, llamó a Lola, le pasó los datos para que hablara con los demás agentes a ver si a alguien le sonaba el caso, y mientras esperábamos, nos dedicamos a hablar de nuestras cosas. Nada serio, simplemente charla de un par de amigos. Me vino bien y noté que a él también; fue como abrir la ventana en una habitación repleta de humo y respirar aire fresco.

Cuando llamaron a la puerta, discutíamos sobre las extravagantes declaraciones que había hecho el profesor chiflado ese, el sabio no sé qué. Aguado asomó la cabeza agitando una carpeta en la mano.

—¡Lo tengo! El caso lo llevan Martínez y Simón —dejó la carpeta con el informe sobre la mesa de Garrido.

El comisario comenzó a leer en voz alta cuando nos quedamos solos.

—El fallecido fue hallado en la calle Sirera, a las puertas del tanatorio municipal. Hay gente con un perverso sentido del humor porque las pruebas indican que no murió allí sino que lo trasladaron, y fue precisamente en el tanatorio donde «regresó» el día del FR —comentó Garrido dándole un sorbo a su café.

—Alguien tiene un perverso sentido del humor o está podrido de rencor acumulado —apunté yo—. Casi me quedo con lo del rencor, la gente estos días... —dejé la frase sin acabar.

Garrido tomó un cigarrillo mientras le daba vueltas a mi comentario.

—Sí, la gente está perdiendo la capacidad de reírse. Dicen que alarga la vida siempre que te rías de alguien que se lo tome a bien. Je, je, je —interrumpió sus carcajadas secas con una tos carrasposa—. Bueno. Sigamos con esto; múltiples abrasiones, fracturas de falanges una, dos y tres... bla, bla, bla. Costillas y esternón... bla, bla, bla. Heridas con objeto punzante, marcas de dientes... —dejó los papeles sobre la mesa—. Para entendernos y evitar todo esto: al pobre desgraciado le pegaron una buena paliza unos días antes de su muerte, lo cual coincide con la versión que te dio Eva Espinosa. Eso no lo mató, aunque tuvo que dolerle. Lo que sí acabó con él fue la tortura que sufrió el mismo día de su muerte. El forense ha contabilizado un total de sesenta y tres heridas distintas, desde puñaladas a mordiscos, pasando por golpes infringidos con todo tipo de instrumentos. Lo remataron con un tiro en la cabeza a quemarropa, emplearon un proyectil *Mágnam 357*. A este tipo lo jodieron bien jodido. Casi te diría que fue algo personal, aunque...

—¡Torturado! —exclamé interrumpiéndole—. Joder, no cabe duda de que fue personal —me levanté acercándome al mapa que tenía Garrido en la pared.

No me costó localizar el tanatorio, estaba cerca del cementerio y en medio de la nada. No había bloques de viviendas cerca y desde el barrio chino en el que vivía Roberto había una buena distancia; lo cual no significaba nada porque podían haberlo matado en cualquier sitio de la ciudad.

—No exactamente —comentó Garrido mis reflexiones—. Porque el caso es que no fue torturado —aclaró—. Por las condiciones en que lo encontramos, nuestras propias investigaciones y algunos chivatazos que nos llegaron por vías extraoficiales, Martínez y Simón creen que a este tipo lo metieron en una pelea de terminales.

—¡No jodas!

—Me temo que sí.

—¿En Algodón Sureño?

—Que sepamos, es el único sitio en el que se organizan, mejor dicho, organizaban. Tenían montado una especie de jaulón con una entrada que también era la salida. Esa puerta sólo se abría cuando quedaba uno en pie. Y a veces ni eso, se limitaban a soltar perros dentro. Unos hijos de perra grandes, con tantos dientes como un peine, sólo que más afilados. La mayor parte de las veces no quedaba nadie en pie. Por si te estás preguntando cómo lo hemos averiguado, teníamos a uno de los nuestros ahí metido y también contamos con los testimonios de algunos de los

espectadores que hemos detenido. Han cantado para conseguir reducciones de pena.

—¡Eso quiere decir que probablemente el tipo al que busco trabaja con el Gran Louie! Puede que tu hombre lo haya visto y sepa quién es.

—No, para nada. Por ahí abajo sólo aparecían un par de gorilas y alguno de los empleados para controlar las apuestas y poner orden. Son los únicos a los que hemos podido identificar y acusar. Ni siquiera el Gran Louie se dejaba ver, es astuto el gordo hijo de puta.

Apreté los dientes.

—Entonces el Gran Louis e incluso el director del RT, el Barragán ese que a mí me huele que estaba al tanto de todo; ellos sí saben quién es.

—Sí, hasta ahí también he llegado yo, pero ya lo has oído, esos no sueltan prenda.

—¡Roberto no era un terminal! —exclamé indignado—, era un reanimado, tuvo que ser consciente de todo lo que le pasaba. Y no creo que fuera el único.

Garrido asintió.

—Nos han llegado rumores sobre reanimados e incluso borregos, como les dices tú, a los que obligaban a pelear drogados. Pero carecemos de pruebas concluyentes. Una vez dentro del jaulón y con la mierda que les metían en el cuerpo, nadie habría podido diferenciarlos de un terminal... —reflexionó durante unos instantes con la mirada clavada en el techo, luego se levantó mirándome de hito en hito—. Quiero que dejes este caso, Stone. Quiero que le digas a la Espinosa que finalmente abandonas y que le den. No estamos hablando de un puto chantajista, es además un asesino sin escrúpulos y probablemente hacía negocios nada menos que con el Gran Louie... Hay mucha mierda en este asunto, Stone, déjanoslo a nosotros.

Negué con la cabeza.

—No me lo pidas porque sabes que no voy a hacerlo, y tú en mi caso actuarías de la misma forma.

—Yo en tu caso disfrutaría más de la vida, capullo —me respondió, pero sabía que no estaba enfadado—. Manténme informado de cada paso que des y ni se te ocurra acercarte por Algodón Sureño o te cortaré las pelotas, si no lo hacen ellos antes. No creo que podamos retener al Gran Louie mucho tiempo aunque tampoco se lo voy a poner fácil. Te avisaré si sale.

—Gracias, y no pierdas el sueño. Con lo que me has contado y algo que averigüe por ahí, ese tipo tiene los días contados.

—¿Otra vez tu instinto? —preguntó con una carcajada seca—. Joder, siempre me he preguntado por qué coño te hiciste fisgón privado, pero está claro que con ese instinto, era la elección lógica.

—Tampoco tuve muchas opciones —repliqué algo irritado. Mis primeros días como reanimado no eran algo que quisiera recordar, y mucho menos comentar con nadie—. Quizás los zetas veamos cosas que los borregos no podéis.

Garrido se encogió de hombros, después me ofreció un apretón de manos.

—Vete a casa, una ducha, un buen afeitado y a descansar. Te hace falta.

—Eso haré, y te invitaría a compartir agua caliente, pero tengo que ir al hospital, he quedado con Mati en que la recogería cuando acabara aquí.

A pesar de las bromas, abandoné la comisaría con un cigarrillo en la boca, arena en los ojos y una profunda desazón en mi interior.

Caso 31416

Paciente: Agente Vera, Sergio.

Antecedentes del caso: infiltrado en el entramado de peleas ilegales organizadas en el club nocturno Algodón Sureño.

Pronóstico: TEPT (Trastorno de Estrés Postraumático).

Descripción: intensa «reviviscencia» de los hechos presenciados con profundo sentimiento de culpa y síntomas de fuerte ansiedad relacionada con este sentimiento. Presenta adicción al alcohol y a la cocaína.

Situación del paciente: baja laboral indefinida.

Medicación: Antidepresivos y ansiolíticos.

Terapia: tratamiento orientado a la reducción de los síntomas, estimulándolo para que recuerde los hechos, exprese sus sentimientos y adquiera algún sentido de control sobre lo ocurrido. Por razones relacionadas con la necesidad de preservar la seguridad del paciente, este no puede someterse a terapia de grupo.

Sesión número 3.

—Al circo, así lo llamábamos todos, se accedía exclusivamente por invitación. Un miembro respondía por ti al presentar tu candidatura y lo hacía con la vida. Te investigan y a fondo. Cuentan con gente en todas partes y si se huelen algo raro o fuera de lugar, no se limitan a rechazarte, no... joder. Hasta que yo conseguí infiltrarme, desaparecieron cinco compañeros, mi caso lo llevó directamente Garrido y nadie supo nunca quién era yo excepto él. Fue lo mejor, pero me sentía tan solo...

—¿...?

—Sí, un poco de agua o algo más fuerte...

—De acuerdo, el agua estará bien.

—¿...?

—Sí, quiero seguir. ¿Por dónde iba? Ah, sí. En una ocasión llevaron al circo a uno que llamaban el Manoplas y al tipo al que había presentado como candidato, un tal Ron. Me contaron que durante la investigación dieron con algo sobre el tal Ron que no les gustó.

—¿...?

—No, ni idea de qué pudo ser, pero los habían machacado a conciencia antes de meterlos en la jaula. Algo gordo debieron averiguar. Se habían cabreado a tope. Cuando los metieron en la jaula, soltaron a cuatro zetas. Los drogan, ¿sabe? Los drogan para que aguanten más. No es para hacerles más agresivos como creen algunos, ¡joder, no se puede ser más agresivo! Es sólo para que aguanten hasta el final. Por lo que me contaron, en las primeras peleas muchos de los zetas caían

enseguida y eso deslucía el espectáculo.

El Manoplas y Ron treparon por las paredes de la jaula, estaban medio muertos cuando los metieron allí dentro pero fue ver a los zetas y ¡fum! para arriba como monos. Al público le hizo gracia. Había un montón de gente, lo de enfrentar a los zetas con humanos atrae a muchos.

—¿...?

—Sí, siempre que podían. Lo de enfrentarlos a perros gustaba, pero nada como echarles carne fresca. ¡Uf!, se volvían todos locos, sólo había que verlos. Y las apuestas, la pasta corría ahí dentro con la misma facilidad que la sangre. Apostaban por todo: a quién morderán primero, cuánto duran vivos mientras los devoran, si pelearán o suplicarán... y al final, los perros. Acababan con todo lo que se moviera, unas bestias sanguinarias, como todos los que estábamos allí.

—¡...!

—Vale, sí. Yo era distinto, estaba trabajando...

—¿...?

—¿Lo del Manoplas? Sí, quiero contarle, necesito contárselo. Ahí estaban los dos, agarrados a los barrotes y gritando que los sacáramos de ahí, que no habían hecho nada malo, que era todo un error. Los zetas engancharon primero al Manoplas, lo cogieron por el tobillo y tiraron de él. Cayó al suelo con un crac tremendo. Yo recé para se hubiera roto el cuello, pero no, se había roto una pierna y debía dolerle de la hostia porque gritaba como un crío. Nos acercamos, me obligaron a acercarme, y lo vi ahí, tendido con el hueso sobresaliendo de la pierna y dos de los zetas abriéndole el vientre a mordiscos. Chilló y chilló, ¡Dios, jamás pensé que pudiera aguantar tanto! Al final le odié por no morirse...

—¿...?

—¡NO, NO QUIERO DEJARLO! Perdón, no quiero dejarlo, quiero llegar hasta el final.

—...

—Gracias. Al Ron ese les costó más bajarlo, había trepado bastante y, al haber comido, los zetas perdieron interés. Entonces los estimularon.

—¿...?

—Sí, con las varas de ganado que le comenté ayer. Los matones que vigilaban el circo les aplicaban descargas eléctricas a través de los barrotes y era como ver una película a cámara rápida. La gente se reía, se reía a carcajadas, como si estuvieran viendo una película de Chaplin o de Buster Keaton. Y los zetas se volvían locos, más todavía, quiero decir. Creo que la descarga hacía que reventaran por dentro, sólo duraban unos treinta o cuarenta segundos, pero tampoco necesitaban más. A Ron lo atraparon entre dos que subieron por los barrotes como si no hubiera gravedad, y cuando llegaron al suelo lo despedazaron, literalmente. Lo que vi, lo que vi...

—¿...?

—Pensaba que no se podía fumar aquí dentro.

—...

—Sí, sí que me hace falta. Gracias.

—...

—Vi como uno le arrancaba el rostro a bocados y los otros le abrían en canal... No puedo... Apenas consigo recordar algo, aparte de los gritos de la jauría que había fuera y del tipo al que estaban comiéndose vivo dentro de la jaula.

—¿...?

—Sí, alcohol y coca, cada vez más.

—¿...?

—¿El tipo que me metió? Un antiguo compañero del colegio del que averiguamos que estaba pringado en asuntos turbios. Un cabrón que traficaba con chicas para los clubs de prostitución en carretera. También lo hemos pillado. Le caerá una buena, aunque no creo que viva para contarlo, el Gran Louie ya sabe que soy un poli y se lo hará pagar.

—¿...?

—¿Miedo? No, miedo, no. Pánico, pero no a lo que me puedan hacer esos hijos de puta. Garrido cuidará de mí cuando acabe el juicio, me meterá en el programa de protección de testigos y desapareceré. No, a lo que tengo pavor es a cerrar los ojos y volver al circo... A veces, desearía estar muerto. No, no, descuide, no haré ninguna tontería.

—¿...?

—Sí, me tomaré las pastillas.

—...

—No, creo que eso era todo.

—¿...?

—Sí, el lunes que viene volveré. Adiós, doctor.

Me sentía totalmente derrotado cuando salí a la calle, y que luciera un sol chulo como una moneda de plata no mejoró mis sensaciones. Habían requisado mi coche durante la redada y tendría que esperar para que me lo devolvieran. El puto papeleo, me explicó Garrido.

—Además, alguien lo ha saboteado a conciencia porque el capó estaba levantado y el motor no arranca. Disponemos de llaves para cualquier coche —aclaró como si tal cosa cuando frunció el ceño—. Tiene toda la pinta de ser obra de alguna de las pandillas que rondan por el barrio. Roban piezas del motor para venderlas por una raya o un puñado de pastillas.

No me importó, afortunadamente sí que me devolvieron la cartera y el arma.

Cuando salí a la calle me planteé cómo llegar hasta el Hospital Clínico, que era donde estaba ingresada Mati. Entonces, como caído del cielo, se acercó un taxi a la acera y el conductor me interrogó con la mirada. Le dije que sí, contento de mi suerte.

—¿Una noche dura, eh, caballero? —comentó el taxista, algo fondón, de rostro rubicundo y ojos despiertos, cuando iniciamos la marcha. «Braulio» rezaba la placa con su nombre. Llevaba un rosario colgado del cambio de marchas y un calendario de las Hermanas Escolapias al lado del volante. Un tipo religioso, religioso y charlatán—. Llevo bastante en el oficio para saber cuando uno viene de fiesta y cuando la historia ha sido otra, ¿sabe lo que quiero decir, caballero?

—Sí —respondí con desgana.

—Esta ciudad está llena de diversión para quien la busca, lo malo es el día siguiente cuando el mundo se le cae a uno encima, ¿eh?

—Supongo —gruñí empezando a hartarme del tipo y su sermón.

—Sin ganas de hablar, ¿verdad?

—No, no muchas. Voy a recoger a alguien al hospital y me gustaría que me esperara, Braulio. Por cierto, ella probablemente tenga peor aspecto que el mío, pero no creo que quiera que se lo digan. De hecho, a ninguno creo que nos apetezca hablar demasiado.

—Ok. Capto el mensaje. Y ya me callo, soy un profesional y cuando un hombre no tiene ganas de hablar, no seré yo quien le incordie, caballero.

—Gracias.

Cuando llegué, y llevado por un impulso, compré un ramillete de margaritas en la floristería que había en los bajos del Clínico. Pregunté en información en qué planta podía encontrarla y subí por las escaleras. No tenía paciencia para aguardar al

ascensor.

Mati aguardaba en la sala de espera de traumatología, sentada en una silla de ruedas. Me sorprendió verla leyendo una revista de cotilleos. No era su estilo, claro que no todos los días te amenazan con que te van a violar y prender fuego.

Pronuncié su nombre y ella levantó la cara. Tenía un lado del rostro totalmente hinchado, incluyendo el labio superior, y la nariz era la de un boxeador que hubiera perdido por K.O. contra un elefante. Tenía el vestido arrugado y sucio de sangre y llevaba puestas unas zapatillas viejas que le habían prestado. Al parecer perdió los zapatos durante la redada. Unas profundas ojeras enmarcaban la mirada que por unos instantes fue la de una niña aterrorizada. Sólo unos instantes, luego recobró su ánimo de siempre.

—¿Qué hay, jefe? ¿Así es como acaban siempre tus citas? Y yo que pensé que lo peor que me podía pasar era que intentaras meterme mano.

Con un nudo en la garganta al ver su aspecto, le entregué las flores y le pregunté si podía andar.

—Gracias —dijo oliendo las margaritas—. Sí, claro que puedo andar, pero si no acepto la silla de ruedas aún estaría en la habitación y la compartía con un tipo que no paraba de quejarse a gritos. Tenía un cólico y quería que le dieran más calmantes para el dolor; si me llego a quedar más tiempo le arreo con el gotero en la cabeza.

—¿Quieres que vaya a buscarte ropa limpia?

—No, me dieron ropa aquí, pero prefiero irme con lo puesto. ¡No tienes ni idea de lo deprimente que son los pijamas del hospital! Tampoco tu aspecto es de lo mejor, jefe.

Me di un vistazo rápido y sí, mi aspecto era también lamentable. Joder, teníamos suerte de haber salido enteros de Algodón Sureño.

—Vamos —le dije ofreciéndole un brazo—, tengo un taxi abajo.

—¿Y tu coche?

—Requisado.

Soltó una risita por lo bajo.

—Una noche inolvidable, jefe, ya lo creo que sí.

Bajamos por el ascensor ignorando las miradas que nos echaba todo el mundo. Cuando llegamos a la salida, Braulio que estaba fumando apoyado sobre la puerta del pasajero, abrió muchos los ojos al ver el aspecto de Mati, pero se limitó a abrir la puerta y a saludar con un *precioso día*. Le respondimos con desgana y cuando ya estuvimos dentro, cerró la boca hasta que llegamos a nuestro destino. Mati, por su parte, reclinó su cabeza sobre mi hombro, murmuró algo ininteligible, cerró los ojos y a los pocos segundos se quedó dormida.

EL MUNDO

El comisario Garrido pierde los papeles

Información de R. Ortiz

Este mediodía, fuentes anónimas cercanas al departamento central de la policía metropolitana, afirman que Louis Niceman, más conocido como el Gran Louie, detenido en la redada efectuada anoche por la brigada FR dirigida por el comisario Ignacio Garrido, será puesto en libertad en cuestión de horas. Al parecer todos los trabajadores del club nocturno afirman que Niceman es un cliente del local y no su dueño como se creía, y que por lo tanto, no tiene relación alguna con los sucesos legales o ilegales que puedan desarrollarse en las dependencias de Algodón Sureño. Las mismas fuentes nos informan de que Algodón Sureño figura como una cooperativa constituida por todos los empleados del club y, a pesar de las sospechas existentes de que esto no sea más que un subterfugio, al no existir prueba incriminatoria alguna en ese sentido, la fiscalía no tendrá más remedio que procesar a los citados empleados y dejar en libertad a Louis Niceman.

Jonás Puchol, el abogado del señor Niceman, estudia emprender acciones legales contra la brigada FR aduciendo brutalidad policial. El letrado alega que su cliente ha sufrido una crisis de ansiedad causada por el tremendo terror que siente a que su buen nombre se vea afectado negativamente por todos estos lamentables sucesos.

El comisario Garrido, interrogado al respecto cuando acudía al despacho del fiscal, ha respondido que no estaba autorizado para comentar los detalles del caso con la prensa y que, en cuanto le fuera factible, emitiría un comunicado de prensa. Ante la pertinaz insistencia de algunos medios para que expresara su opinión sobre las acusaciones de brutalidad policial, el comisario le ha preguntado a un compañero de Radio Mercader qué le parecería pasearse con la alcachofa (refiriéndose al micrófono que llevaba el compañero) insertada en el trasero. La grosería ha levantado una gran polémica y hay quienes exigen la inmediata destitución del comisario.

AS

Corresponsal en Manchester, Kiko V.

George Best ha muerto... por segunda vez. Para desolación de miles de seguidores, o más bien de cientos de miles, porque no sólo los seguidores del Manchester lamentan esta tragedia. George Best, el mejor jugador de la historia del Manchester, ha fallecido. El célebre y genial centrocampista se ha matado esta mañana al estrellarse con su automóvil, un Aston Martin V8 Vantage recién salido de fábrica, contra uno de los árboles que bordean la carretera privada que lleva hasta la mansión del astro.

Robert Charlton, amigo personal y representante del jugador desde su «vuelta» a los campos de fútbol, no ha querido confirmar si como se rumorea, el fallecido volvía bebido de una fiesta celebrada en su honor en un club privado de la ciudad del norte de Inglaterra.

Han sido numerosas las muestras de condolencia que han llegado a Marianne Hepburn, ex Miss Coventry y viuda del jugador.

—Es un día triste el de hoy, aunque debemos recordar que George disfrutó de una segunda oportunidad que aprovechó con toda la energía de la que fue capaz —comentó esta mañana el presidente del club, *Sir Alex Ferguson*, en unas declaraciones concedidas a la BBC—. Habrá, desde luego, un partido homenaje al jugador. De hecho, él mismo quiso dejar atado este evento y expresó su deseo por escrito de que el partido lo jugaran el Manchester United y el Fulham, equipo con el que concluyó su carrera en el Reino Unido antes del FR. Asimismo, indicó que todos los ingresos del partido fueran destinados a la organización de Alcohólicos Anónimos del Reino Unido.

Sir Alex, visiblemente emocionado, no quiso hacer más declaraciones.

El entierro del jugador tendrá lugar mañana mismo y será una ceremonia íntima a la que sólo asistirán la viuda del jugador y sus compañeros de club.

Desde aquí le deseamos a George que descanse en paz.

Tardamos en llegar a la Finca Roja, en la calle Jesús, donde vive Mati. Había un tráfico caótico que sumado al calor infernal, contribuía a disparar los ánimos. Desde el taxi pude asistir a gritos, insultos y peleas entre los conductores presos del atasco. Afortunadamente, Braulio contaba con aire acondicionado y al cabo de unos minutos, me amodorré.

Me espabiló la voz del taxista.

—Ya hemos llegado, caballero. —Estaba algo resentido, imaginé que mantener la boca cerrada le había costaba un buen esfuerzo y que en cuanto pudiera, iba a desahogarse. Casi me reí pensando en su próximo pasajero.

Le pedí que esperara, iba a acompañar a Mati y luego quería que me llevara a mí a casa. Asintió y de pronto su humor pareció mejorar.

Mati se apoyó en mi brazo hasta el portal. Había tráfico y borregos por todas partes, parecían hormigas; unas hormigas ruidosas y malolientes. Estaba tan agotado que me hubiera liado a golpes con todo el mundo.

—Ya está, jefe. Puedo subir sola. Gracias. Le entregué el ramo de flores.

—¿Estás segura? No me importa acompañarte.

—Estoy segura —dijo levantando la cara hacia mí. Me estremecí por dentro al observar de cerca el desastre que le habían hecho—. Hasta que se convirtió en trabajo, la noche fue maravillosa —me dijo. Inclino la cabeza hacia un lado y a pesar del dolor y el cansancio, consiguió sonreír—. Gracias, eres un buen tipo.

—Como sigas así —le solté medio en broma medio en serio—, no voy a tener más remedio que besarte.

La sonrisa desapareció y sus ojos se nublaron. Me observó con una intensidad que casi me hizo retroceder.

—Te diré una cosa, jefe, nunca me han besado. Me han mordido, morreado, metido la lengua hasta la campanilla, babeado y cosas que prefiero no recordar, y no siempre con mi consentimiento. Pero nunca me han besado —me puso el dedo índice sobre los labios al ver que iba a hablar—. Ssh, no digas nada, estabas bromeando, lo sé. Lo entiendo, querías quitarle hierro al asunto. No quer...

—Cállate —susurré mientras le apartaba su dedo de mis labios. La tomé con suavidad entre mis brazos y, echándole cuidadosamente la cabeza hacia atrás, posé mis labios sobre los suyos y la besé.

Recuerdos

| *Viernes* |

Llevo un diario donde apunto las cosas que se me ocurren. Básicamente chorradas sobre lo desgraciado que soy y lo malo que es el universo conmigo. He decidido dejarlo. Parezco una nenaza con tanto quejarme.

Si tuviera que redactar un informe de cómo llegué hasta casa, sería incapaz de hacerlo. El agotamiento, unido a la certeza de que acababa de volar en los brazos de otro ser humano, me envolvió de tal manera que podrían haberme confundido fácilmente con un reanimado entrando en fase terminal. Cuando Braulio me dejó en casa, yo iba con una enorme sonrisa de adolescente enamorado y él con una de «¡menudo pastón me acabo de llevar!».

Subí por la escalera canturreando algo sobre que el dinero no puede comprar el amor. Creo que es el estribillo de una canción de esas del verano. Me crucé con un par de vecinos que, al verme, aligeraron el paso y me dirigieron miradas suspicaces. Decidí meterme en casa cuanto antes no fuera a ser que alguien decidiera que, en efecto, había entrado en fase terminal y que lo mejor era pegarme un tiro. Y es que el amor atonta, pensé entrando en casa. Me detuve en seco, tan sorprendido, que el cigarrillo que pendía de mi labio se precipitó al suelo. Amor. ¡Joder!, ¿cuánto hacía que no empleaba esa palabra...? ¡¿Cuánto hacía que ni pensaba en ella?! Desde, desde... El recuerdo dolió... Desde antes del FR, desde que la palmé...

Cuando conseguí salir de mi tumba, volví a casa, como todos. Volví al lugar donde estaban los míos, la gente a la que amaba y me amaba a mí. Sólo que no funcionó. Más bien fue un desastre. Aún tuve suerte de que no me pegaran un tiro nada más verme; pero como se encasquilló el arma con el que me daban la bienvenida (me quedé con ganas de preguntarle a Paula, mi mujer, de dónde diablos sacó una Radom polaca de nueve milímetros; prácticamente una pieza de museo) y yo comencé a hablar con toda la calma de que fui capaz, llegaron a la conclusión errónea de que yo en realidad no había muerto. Que los médicos se habían equivocado y que volvía a casa vivito y coleando, y nada tenía que ver con ese extraño fenómeno del que se hacía eco todo el mundo. Un poco raro que aún vistiera las ropas con que fui enterrado, eso sí, pero con todo lo que estaba ocurriendo...

—Hay zombis, papi —me dijo Marcos, el más pequeño de mis hijos—. Se comen a la gente.

... esos detalles no tenían demasiada importancia.

Más tarde llegaron el dolor, el asco y el miedo.

Sacudí la cabeza, no obtendría ningún bien con ese tipo de pensamientos. Lo que acababa de vivir con Mati no merecía esa vuelta a un pasado tan doloroso.

—¡A la ducha! —me ordené en voz alta y, tras acariciar a Gato que parecía reprocharme que hubiera pasado la noche fuera, comencé a quitarme la ropa.

Al desnudarme, encontré una tarjeta con el nombre del taxista, Braulio Rodríguez, y recordé que el hombre me había nombrado «cliente preferente».

—Si me llama, no le cobraré el desplazamiento hasta el punto de recogida —me había dicho.

Guardé la tarjeta y me fui al cuarto de baño. Me afeité, duché y luego me regalé un buen desayuno sin alcohol. Con eso y tras una hora de descanso tumbado en el sofá mientras escuchaba música, me sentía fresco como un pincel recién lavado. Estaba listo para dar mi siguiente paso. Un paso que ya tenía pensado: iba a visitar a Sofía, la amiga del alma de Eva Espinosa.

Revista Nueva Ciencia

Una publicación de Charles A. Poplar

¡Consecuencias!

Entrevista al Sabio T. A. Edison

Un artículo de Silvia T. H.

En esta ocasión, ante la imposibilidad de que el Sabio T. A. Edison nos atendiera personalmente por sus múltiples ocupaciones, la nueva entrevista que nos ha concedido ha sido efectuada a través del hilo telefónico. En *Revista Nueva Ciencia*, en una nueva demostración de que siempre estamos en la vanguardia de los avances tecnológicos, nos sentimos orgullosos de anunciar que hemos acoplado un «Compact Cassette Philips», importado de Estados Unidos, al auricular de uno de los teléfonos de redacción. Merced a este ingenioso dispositivo, contamos con una grabación de voz de la entrevista realizada al Sabio T. A. Edison por nuestra reportera Silvia T. H. Y en *Revista Nueva Ciencia* queremos compartir los frutos de este alarde tecnológico con todos nuestros lectores y así, por el módico precio de cincuenta céntimos, les ofrecemos la oportunidad de escuchar, a través de sus teléfonos y en la paz y tranquilidad de sus hogares, al polémico Sabio T. A. Edison hablando en exclusiva para cada uno de ustedes.

Sólo tienen que llamarnos al 555-0118 y nuestras operadoras les indicarán los pasos que han de seguir.

EXTRACTOS DE LA ENTREVISTA CON T. A. EDISON

«Ya estoy en condiciones de probar, de manera clara y sencilla, que hemos sufrido un desplazamiento en el tiempo y no sólo en el espacio». «La Paradoja de Pogo ofrece razones consistentes para poder afirmar, sin temor a errar, que la traslación temporal no ha afectado fatalmente a nuestro mundo... Más allá del FR y otros cambios que están por determinar, claro está». «Ha sido como cambiar de vía. Nuestra realidad actual es otra. Las pruebas están ahí, aguardando a que fijemos nuestra atención en ellas. Por ejemplo...». «Los estudios de Philip J. Fry son contundentes en este sentido. Volvimos hacia atrás, no había otro camino. No hay más que atender a... ¿Si hubo algún otro efecto aparte de los reanimados? Obviamente sí, como ya he

dicho anteriormente, y, aunque en estos momentos sólo puedo ofrecer teorías, mi inmensa capacidad para alcanzar conclusiones a partir de los datos más endeble, me permite presumir que es más que probable que estas conjeturas sean tan reales como el auricular que sostengo entre mis manos. Le cuento... ¿Las posibilidades de que se repita un fenómeno similar? Estamos creando un nuevo futuro y sin embargo... El CIFR no es más que una patética banda de ignorantes presuntuosos, incapaces de calcular el radio de sus propios traseros...».

Sólo cincuenta céntimos y podrá comentar con sus familiares y amistades todas las increíbles novedades que aporta la investigación de T. A, Edison. Novedades que a nadie dejarán indiferente. ¿Es el Sabio un loco o un genio? Júzguelo usted mismo y no espere a que se lo cuenten.

¡¡Las veinticinco primeras llamadas recibirán dos entradas para el estreno de la nueva y polémica película de George A. Romero: FZ, Fenómeno Zombi!!

* Nueva Ciencia *no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus artículos y/o entrevistas.*

Hacía calor, un calor impresionante que picaba como una banda de ladillas de fiesta y que te obligaba a buscar una sombra, si es que eras tan tonto de salir a la calle. Y sí, yo estaba tonto. Tanto que hasta llevar recorridas más de dos manzanas y comenzar a cocerme como un pollo, no me decidí a, primero, buscar un bar para refrescarme y, segundo, coger un taxi en cuanto pudiera para que me llevara hasta la urbanización donde vivía Sofía, en lugar de vagar como un quinceañero enamorado.

A Sofía la había llamado por teléfono antes de salir. Me respondió un hombre al que pregunté por Sofía Palamós. Ella no tardó en ponerse y preguntarme qué quería. Le expliqué que era investigador privado, que llevaba un asunto de Eva Espinosa y que quería que me recibiera para contestar unas preguntas. La llamada pareció alterarla bastante. Me dijo que no podía responderme en esos momentos y que llamara media hora más tarde. Lo hice. Esa segunda vez me habló con más calma, citándome por la tarde. Me pidió, antes de colgar, que preguntara por Sofía Piqueras y no Palamós.

Al abrigo de los ventiladores de un bar que encontré al volver la esquina, y con un vaso alto de agua con hielo y uno más bajito de *bourbon* a secas, recordé la conversación que había mantenido con Mati justo antes de salir de casa. Había sido breve, todavía estaba mortalmente cansada y apenas me respondió con un *estoy mejor* y añadió que con un día de descanso estaría como una rosa. Y sólo con eso y que me llamara Tom en lugar de jefe, bastó para tatuarme una sonrisa bobalicona en los labios. Lo sé porque me dolían las comisuras de los labios y también, porque el del bar me miró de una manera bastante extraña, como evaluando si devolverme la sonrisa o no. El tipo era grande y de carnes sonrosadas. Tenía cuatro pelos mal contados pero bastante largos, y se los retiraba constantemente de la cara poniéndoselos tras la oreja. Y cada vez que podía, me echaba miradas a hurtadillas, miradas nada inocentes. Decidí dejar la sonrisa a un lado. No fuera a haber un equívoco. Deposité un billete sobre la barra y con un rápido *hasta luego* me marché a la calle en busca de un taxi. Vi uno de lejos y levanté el brazo para detenerlo. El tipo, o no me vio o no le gusté, porque siguió hacia adelante dejándome plantado en la acera con el brazo en alto. Maldije al condenado taxista mientras me pegué una carrera rápida en busca de la escasa sombra que daba el toldo de una tienda de ultramarinos. Seguía haciendo un calor infernal y las calles estaban desiertas, casi parecía un escenario post-apocalíptico, supongo que con esos pensamientos no fue extraño que pegara un respingo cuando tropecé con alguien que estaba en las sombras

que arrojaba el toldo. Me revolví con rapidez echando una mano al interior de la chaqueta de manera instintiva. Me detuve al ver el rostro asustado y vagamente familiar de un hombre retrocediendo.

—No, no, no... —balbuceó abriendo mucho los ojos—. No era mi intención molestarle —soltó finalmente—. Ha llegado usted tan deprisa que no he tenido tiempo de apartarme.

—¿Y qué hace por aquí? —refunfuñé.

Admito que estaba algo avergonzado por haber reaccionado como lo había hecho. Le había reconocido: era Pablo Jiménez. Ya había tropezado con él la tarde anterior, aunque parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces.

—¿Có... cómo?

—¿Que qué hace por aquí? —repetí algo más calmado.

—¿No lo recuerda? Tengo tiendas de ultramarinos —me dijo señalando hacia el escaparate—. Me doy una vuelta de vez en cuando.

Asentí con la cabeza; el de los ultramarinos que quería que investigáramos un contable al que tenía pensado contratar. No tardé en perder el interés en él, tenía que moverme, ir a hablar con Sofía.

—Comprendo, señor Jiménez, siento haberle sobresaltado. Ahora me tengo que marchar, ya la llamaré el lunes para pasarle el informe que me solicitó.

—¿Va a alguna parte? —me preguntó. Le miré sin responder.

—No me malinterprete —se apresuró—. No soy un fisgón; es que le he visto intentar coger el taxi y resulta que yo ya me marchaba. Tengo el coche cerca y sería un placer acercarle a donde vaya... si usted quiere, claro.

Me lo pensé dos segundos mientras el borrego se retorció las manos evitando mirarme a la cara.

—Sí, claro que quiero; es usted muy amable, señor Jiménez. Se puso tan contento que estuve a punto de soltarle que mariconadas ni una, pero dudo que hubiera captado el chiste ni la indirecta. De todas formas parecía inofensivo, un tipo gris con una vida gris. Llegamos al coche, un pequeño utilitario de cuatro puertas de un color indefinido que podrías llamar marrón con algo de imaginación, y una vez dentro, le di la dirección a la que me dirigía. Frunció el ceño murmurando algo por lo bajo y me di cuenta de que lo estaba llevando a las afueras de la ciudad.

—Si no le viene bien, no se preocupe, bastará con que me deje en la estación del ferrocarril en el centro, ahí ya cogeré algún taxi.

Negó con la cabeza.

—No, no hay problema. Es sólo que me temo que no podré traerle de vuelta. Dentro de una hora recibo un pedido en el almacén.

Me encogí de hombros.

—Me basta con que me lleve, ya encontraré el modo de volver.

—Perfecto —murmuró con una sonrisa tímida mientras arrancaba el coche.

Me preguntaba qué tipo de tímido sería el borrego, si de los silenciosos o de los

que no pueden parar de hablar: era de los de la verborrea incontenible. Desde que salimos hasta que llegamos, y había unos buenos veinticinco minutos, fui introducido al apasionante mundo de la importación de alimentos desde cualquier punto del globo terráqueo; su posterior conservación y los riesgos de pérdida si la venta no era la esperada. Creo que íbamos por el salmón noruego cuando decidí desconectar, al borrego le bastaba con que asintiera de vez en cuando, y ni siquiera con demasiado énfasis, para seguir con su discurso. De todas formas, suspiré aliviado cuando me dejó frente a la verja de la entrada a la urbanización «Afueras de Llanos», disculpándose de nuevo por no poder esperarme.

—Váyase tranquilo, señor Jiménez, soy mayorcito y no me va a comer nadie.

Se rio como un conejo comiendo alfalfa y se marchó.

Me dirigí a la garita que había a un lado de la verja, desde donde estaba distinguía la sombra de alguien dentro: el guarda de seguridad. Había tratado con bastantes guardas de seguridad como para saber que era mejor tener bastante tacto cuando uno quería obtener algo de ellos. Para empezar extraje unas gafas de sol que llevaba siempre y me las puse. A muchos de estos tipos no les gustamos los zetas, cuestión que me la sopla, pero en esta ocasión quería pasar a hablar con la amiga de Eva, así que, me la soplara o no, era preferible no correr riesgos. Llegué a la altura de la garita, me aproximé al cristal y saludé por la pequeña apertura que tenía en la parte inferior. El de dentro, un gordo calvo con perilla y ojos de cerdo, estaba sentado en una silla reclinada hacia atrás. Tenía un ventilador encima de una pequeña mesa frente a él, que a duras penas conseguía agitar el copioso sudor que le bañaba la calva y el rostro. Una placa en su pechera decía que se llamaba Jorge Ramírez.

Jorge no me respondió, simplemente me observó como si fuera una cucaracha y estuviera decidiéndose entre aplastarme con el zapato o de un manotazo.

—Vengo a ver a la señora Piqueras —le dije, ignorando su actitud hostil, o intentándolo al menos.

—Ya —dijo al cabo de unos segundos.

No hizo un solo movimiento. Yo comenzaba a sentirme incómodo, el sol me caía de pleno sobre la espalda y tenía la sensación de estar en un horno cociéndome a fuego lento. Incómodo y cabreado.

—Tengo cita —aclaré—. Hablé con la señora Piqueras hace apenas unas horas.

—Ya —repitió, y pensé para mí que si volvía a decir *ya* lo sacaba a hostias de la garita.

—Me gustaría pasar o llegaré tarde, ¿sabe? —Estuve en un tris de añadir algo contundente como «calvo de mierda», pero adopté la postura inteligente y conciliadora—. No es una mujer paciente y si no consigo cobrar la factura pendiente, mi jefe se va a cabrear. Es un cabrón —le dije bajando la voz innecesariamente, no había nadie que nos pudiera oír ni por asomo—. ¿Ha visto lo que me ha hecho? Me ha traído hasta aquí y que me las apañe para volver. Hoy precisamente que es el cumpleaños de la pequeña, no puedo llegar tarde a casa. Claro que a *ese*, se la trae al

viento —saqué un pañuelo y me enjuagué el sudor. El calvo se dejó caer hacia delante—. Que ni se me ocurra volver sin la pasta me pone de patitas en la calle —forcé una mirada desesperada—. Necesito entrar.

—Sí —dijo Jorge con parsimonia. Tenía una voz curiosamente aflautada—. Los tipos como ese son todos unos hijos de puta, a mí me han hecho doblar hoy. Dos turnos porque un compañero está enfermo y aquí estoy todo el puto día asándome.

—¡Vaya mierda! —exclamé componiendo un gesto solidario; por dentro me estaba partiendo de risa.

Hizo un movimiento con la cabeza que posiblemente quisiera decir que sí o quizás se limitaba a ahuyentar una mosca. Abrió la puerta, me indicó cómo llegar hasta la propiedad de la señora Piqueras y se derrumbó de nuevo sobre la silla frente al ventilador. Le di las gracias, prendí un pitillo y me fui a hablar con Sofía confiando en que me ofrecería algo para beber, algo fresco que aliviara el calor que amenazaba con pegarme al asfalto.

Enterprise Press News Agency

Kirk Shatner, portavoz del CIFR (Centro de Investigación del Fenómeno Reanimación), ha facilitado el siguiente comunicado de prensa a la agencia de noticias Enterprise Press, en respuesta a las afirmaciones de T. A. Edison en su ya popularísima entrevista grabada a través del hilo telefónico.

»Queremos exponer en primer lugar que el consejo administrador del CIFR está estudiando emprender acciones legales contra el señor Edison por los insultos que este caballero dirige tanto a este organismo como a quienes lo componemos.

En lo relativo a sus últimas afirmaciones sobre el FR, reiteramos la carencia de base científica existente en cualquiera de las extravagantes teorías expuestas por el señor Edison y en las que ofrece explicaciones acerca de los acontecimientos que describe como causantes del FR.

Por si alguien todavía presta algún crédito a este estafalario personaje, este T. A. Edison que no es más que un don nadie que vive en esa tierra de nadie en la que habitan los excéntricos y los chiflados. Hemos investigado algunas de las fuentes que cita. Hay dos que llaman poderosamente la atención. El primero es ese tal Pogo y su paradoja, lo crean o no, Pogo es tan sólo el nombre de una estrella bautizada así por un astrónomo de principios del siglo xx en honor de un erizo que tuvo de mascota cuando era niño. ¿Y saben quién era Philip J. Fry? Nadie, nunca ha sido alguien. Es una simple leyenda urbana que habla de una persona que viajó en el tiempo y escribió un libro sobre sus experiencias. No existió el personaje, ni el viaje en el tiempo y, evidentemente, no existe el libro.

«Ignoramos qué persigue el señor Edison, quizás la notoriedad, que se le preste una atención que en otras circunstancias no obtendría, o posiblemente no sea más que un enfermo que cree en sus propias fantasías; pero sí sabemos los efectos que está causando entre ciertos sectores de la población más receptivos y sensibles a este tipo de personajes. Por este motivo, solicitamos en primer lugar a las autoridades que tomen cartas en el asunto y en segundo lugar, que los medios de comunicación dejen de hacerse eco de sus absurdas teorías. Lo solicitamos en nombre de la cordura y la verdad».

Revista Nueva Ciencia
Una publicación de Charles A. Poplar

Editorial

Charles A. Poplar. Director de Nueva Ciencia

En la Revista Nueva Ciencia creemos firmemente en la libertad de expresión así como en la libertad de prensa, pilares sobre los que se sustenta nuestro sistema político de libertades. Es por ello por lo que rechazamos con firmeza e indignación las recientes declaraciones del portavoz del CIFR, Kirk Shatner. Lamentablemente no es la primera vez que este organismo en la persona de su portavoz arremete contra el señor Edison.

Conminamos a Kirk Shatner y al organismo al que representa a que, en lugar de dedicarse a descalificar gratuitamente los estudios del Sabio T. A. Edison, recientemente nombrado asesor científico de Nueva Ciencia, dediquen sus esfuerzos a obtener resultados en las investigaciones sobre las causas que desataron el FR. Quizás la aceptación que ha obtenido la grabación de la entrevista que realizamos moleste al CIFR, que lamentablemente no ha tenido ocasión de presentar teoría alguna y no hablemos ya de resultados.

Proclamo, por lo tanto, que esta publicación seguirá estando al servicio de la ciudadanía y sus intereses y que no admitiremos ningún tipo de censura, provenga de donde provenga, ya que estamos al servicio de la verdad.

El terror

Cuando llegué a la verja que me había indicado el guarda de la entrada, la que tenía el nombre Finca Poplar forjado en lo más alto de la entrada, estaba sudoroso y acalorado hasta el punto de empezar a ver puntos negros delante de los ojos. Había elegido un mal día para ponerme a pasear a pleno sol. Me olisqueé con aprehensión rezando para no oler mucho. Me alegró comprobar que Floresta seguía siendo el aroma principal.

Todas las propiedades situadas a ambos lados de la ancha carretera que serpenteaba en el interior de Afueras de Llanos, estaban rodeadas por sus correspondientes muros tras lo que asomaban árboles de toda clase. Eran fronteras de piedra y floresta y no había ninguna que midiera menos de tres metros. La gente de Afueras de Llanos valoraba su intimidad. El resultado fue que no vi a nadie en todo el trayecto y acabé llamando al timbre de la verja de Sofía Piqueras con la sensación de ser el último hombre vivo sobre la Tierra, lo cual tenía su guasa considerando que yo ya había muerto. Una voz que salió de un lateral de la verja me sobresaltó.

—Finca Poplar, ¿quién llama?

Me fijé bien y, medio oculto entre la hiedra que serpenteaba por los ladrillos del muro, distinguí la rejilla metálica desde la que me respondían.

—Soy Stone, Thomas Z. Stone. Tengo una cita con la señora Piqueras.

—Un momento, por favor.

Pues que no sea muy largo o me va a dar algo, pensé arrimándome al muro para esquivar el sol. Ahí apoyado en la relativa frescura de la sombra, con el cansancio que llevaba acumulado, acabé por sumirme en un sopor bastante agradable. La voz de antes me trajo de vuelta a la realidad.

—Señor Stone, tenga la amabilidad de pasar con su vehículo hasta la fachada principal.

—Me temo que no traigo vehículo.

—En ese caso, pasaremos a recogerle de inmediato. —La voz ni siquiera titubeó al decirlo, como si fuera algo perfectamente natural llegar a un lugar como ese a pie.

La verja giró sobre sus goznes en completo silencio, el mecanismo estaba perfectamente engrasado, abriéndose al interior de la propiedad. Cuando me asomé pude comprobar que el nombre de casa le venía pequeño al edificio que tenía delante. Un largo camino, tan ancho como una carretera nacional y mejor asfaltado, recorría el trayecto entre la entrada y la mole de piedra que se alzaba al final. Los jardines se extendían desde la verja hasta la casa, y al fondo distinguí un bosque de álamos tan frondoso que obviamente daban sentido al nombre de la finca. Recordé lo que había comentado Eva Espinosa sobre el dinero del ex de Sofía y a la vista de la mansión que tenía delante, un edificio grande como un palacio, no me cupo duda de que los

Palamós debían estar forrados.

Cuando entré y la verja comenzó a entornarse cerrándose de nuevo, vi un coche arrancar desde la entrada. Era un automóvil pequeño, como los que emplean los ricachones para jugar al golf... o recoger a los visitantes que aparecen sin coche.

Conducía un borrego de unos sesenta años que vestía un traje oscuro, camisa blanca y una pajarita negra, e iba tan envarado y con todo tan puesto en su sitio, que juraría que lo rociaban con laca cada media hora. Era la viva imagen del mayordomo de película.

Se detuvo al llegar a mi altura, bajó del cochecillo y con cuatro precisas zancadas, me abrió la portezuela del pasajero.

—Tenga la amabilidad de entrar, señor —no dijo una palabra más, aunque noté como arrugaba ligeramente la nariz al pasar por su lado.

En cuanto me senté, dio otras cuatro zancadas, tomó su asiento y condujo a veinte por hora hacia la casa que se alzaba como un gigante pétreo frente a nosotros.

—La señora le espera en la salita de té y le ruega que la acompañe, si le parece bien, señor —seguía arrugando la nariz y hasta me pareció que apartaba ligeramente la cara hacia la izquierda, evitándome.

Estuve en un tris de responder que no, que no me parecía bien y que prefería que la señora me aguardara con un picardías en su dormitorio por la simple curiosidad de comprobar si el borrego se sobresaltaba o mostraba alguna clase de emoción. Decidí no hacerlo; lo más probable es que quedara como un idiota y él ni meneara un músculo. Pero aun así, un poco de mala leche tampoco estaría de más.

—Me parece perfecto, siempre y cuando no me obliguen a tomar té. Francamente es un brebaje repugnante que odio.

—¿Eso cree, *señor*? Pude oír cómo arrastraba ese *señor*. Parecía que había dado con algo que molestaba a Don Estirado.

—Desde luego, no es más que agua sucia que no le daría ni a mi perro, si tuviera uno.

—Pues le recomendaría que lo hiciera.

—¿Qué hiciera el qué? —pregunté algo extrañado ante el comentario.

—Tener un perro, son una excelente compañía. Yo mismo soy dueño de un coolie magnífico.

—Personalmente prefiero los gatos —dije poniéndome más borde—. Los perros tienen la mala costumbre de lamer y chuparlo todo, claro que habrá a quienes les ponga eso de los lamerones y los chupetones. Cuestión de gustos, supongo.

—Supongo, señor, supongo —dijo él entre dientes.

Ya habíamos llegado y detuvo el cochecillo frente a la fachada.

Le seguí hasta la gran puerta de doble hoja que daba acceso al interior de la vivienda. Una vez dentro, noté, aliviado, como la temperatura descendía varios grados. Me quité las gafas de sol y seguí a Don Estirado por un pasillo tan largo y ancho que habría podido zigzaguear por él con un coche sin demasiado riesgo de

pegarle a las paredes. Pasamos por innumerables puertas, todas cerradas, y no nos detuvimos hasta llegar al final, la parte de la casa que daba a poniente. Allí esperaba Sofía Piqueras en la salita del té, un cuarto en el que habría cabido mi piso entero. A saber a qué le llamaban salón. El cuarto tenía un ventanal que daba a la zona boscosa que había visto antes desde la entrada. De pie, ante ese ventanal y dando la espalda a la puerta, estaba Sofía Piqueras.

—Señora, el señor Stone.

Ella se dio la vuelta con un movimiento nervioso, casi brincando. Era más bien llenita, no demasiado alta aunque muy bien proporcionada. Tenía un rostro bonito, cabello largo y moreno y unos ojazos negros cautivadores. O imaginé que lo serían siempre y cuando su portadora no estuviera tan angustiada como una virgen en un burdel. Y en esos instantes Sofía Piqueras estaba angustiada, vaya que sí. En mi profesión aprendes a leer el rostro de la gente, y el de Sofía Piqueras era un libro abierto.

Me miró de pies a cabeza deteniéndose una fracción de segundo en mis ojos, musitó un encantado de conocerle, pero no me ofreció la mano ni nada por el estilo. A continuación, señaló un sillón orejero encarado precisamente al ventanal. Ella tomó asiento enfrente.

—¿Nos traerás el té, Fermín? —pidió en voz baja—. ¿Le gusta el té, señor Stone, o prefiere café?

El amigo Fermín carraspeó como una moto vieja, pero me adelanté.

—El té me encanta, señora, pero temo que me da ardor. Prefiero un café, si no es molestia, y también un vaso de agua con hielo.

—Un servicio de café, Fermín —indicó ella.

—Muy bien, señora.

Una vez Fermín cerró la puerta con discreción tras de sí, Sofía me miró fijamente durante unos segundos, aunque no tardó en apartar los ojos.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Stone?

—Como imagino que ya ha hablado con la señora Espinosa —contesté yo—, sabrá que estoy aquí en relación a un desafortunado incidente que tuvo lugar la última noche que salieron juntas.

—No, se equivoca. No he hablado con Eva.

—¡Ah! —La respuesta me sorprendió.

—Pero ya imaginaba que tenía algo que ver con esa... noche —vaciló tragando fuerte—. Fue la última vez que nos vimos.

—Me gustaría que me contara todo lo que ocurrió —expliqué, yendo directo al grano—. Desde el principio hasta el final, incluida la parte en que se separaron usted y la señora Espinosa.

Me lanzó una mirada repleta de pánico.

—No sé qué pretende averiguar, señor Stone. Y no creo que le incumba lo que yo hiciera.

—No es exactamente lo que usted hizo, es por si me puede aportar algún detalle que me ayude en el caso.

Se retorció las manos y agitó la cabeza.

—No, nada de lo que yo pueda contarle le servirá de nada.

—Le agradecería que me dejara a mí juzgar eso —repliqué cada vez más confundido con la actitud de ella.

Iba a contestarme cuando se abrió la puerta dando paso a Fermín. Traía un carrito con ruedas repleto de tazas, una tetera, una cafetera, bollos, pastelitos, una exposición de mermeladas que hubiera envidiado un confitero y dos azucareros (azúcar blanca y moreno). En la parte de abajo, tintineando contra las copas de cristal como si fuera el coche de los helados, aparecieron una botella de agua, otra de *brandy* que me alegró la vista, otra de *bourbon* que me alegró el corazón y un cenicero que acabó por reconciliarme con el mayordomo.

Fermín nos sirvió con rapidez y apenas enarcó una ceja cuando le indiqué que dejara el *bourbon* en la mesa que tenía al lado del sillón, que ya me ocuparía yo de que no se sintiera solo. Para empezar me bebí un vaso de agua y luego otro, lo necesitaba después del calor que había pasado.

—Creo, señor Stone, que no voy a poder contarle nada de interés para su investigación —habló deprisa, casi atropellando las palabras—. Créame que lo lamento. Cuando acabe su café, llamaré a Fermín para que le acompañe a la puerta.

No contesté de inmediato. Sin dejar de observarla, la mujer se había puesto en pie dándome la espalda, tomé la taza de café y le eché un par de terrones de azúcar moreno y luego dos más para que me dieran suerte. Goloso que es uno. De remate, serví un vaso largo de *bourbon* con hielo y me recosté contra el respaldo del sillón con un suspiro satisfecho. Apuré el café y de paso el *bourbon*. Me serví otro, era un Woodford Reserve excelente, y con el vaso en una mano y un cigarrillo en la otra, me incorporé yo también y comencé a pasear por la estancia.

—Me va a permitir que sea franco con usted, señora, y me va a permitir que lo sea sin interrupciones —remarqué anticipándome a su protesta—. No tardaré y si no tiene nada que decirme después, me marcharé sin rechistar.

Sofía no dijo nada, pero tampoco se movió. Se volvió a sentar, mirando al suelo.

—Esa noche en que ustedes salieron a celebrar su divorcio, se les fue la mano un poco con la celebración. Algo lógico y que le puede ocurrir a cualquiera —le dije con una gran sonrisa que quería ser comprensiva. Tuve que ponerme serio enseguida, muchas sonrisas así y me iban a tener que hacer un injerto de piel—. Todo fue bien hasta que acabaron en Algodón Sureño, un lugar muy poco recomendable. Y ahí se desató la locura, ¿verdad? —La observé, se abrazaba a sí misma y mantenía la vista baja. Seguí hablando mientras paseaba.

—Sin embargo, todo podía haber quedado en un simple recuerdo de una noche de desenfreno. Pero no ha sido así porque a su amiga, Eva, la han involucrado en una situación muy desagradable y también, peligrosa —me callé, dejando que le diera

vueltas a lo que acababa de decirle.

Encendí un cigarrillo frente a la chimenea que había en la estancia. Sobre la repisa reposaban varias fotos. Todas eran de Sofía con una niña pequeña. Calculé que la criatura podría tener cinco o seis años. Me sorprendió, no pensé que Sofía tuviera hijos, no la veía del tipo maternal. En un par de ellas aparecía también un hombre, pero apenas se distinguían sus facciones. Supuse que era el ex y que Sofía se habría desecho de cualquier otra foto con él en primer plano. Y entonces algo se iluminó en mi mente. Fue sólo un fogonazo, una corazonada. Me volví hacia la borrega, que parecía al borde de las lágrimas. Eso bastó para que me decidiera.

—Señora Piqueras, hasta este preciso instante, la visita era simple rutina. Sólo quería preguntarle si esa noche había visto algo extraño, fuera de lugar, algo que me pudiera servir de ayuda. También quería los nombres y direcciones de los dos tipos con los que se fueron usted y su otra amiga, Silvia. Se llama así, ¿verdad? —musitó un sí apenas audible—. Quería hablar con ellos, para ver si podían aportar alguna pista. —Ella se incorporó incapaz de seguir sentada. Se acercó al ventanal—. Pero usted no es una testigo, a usted también le sucede algo, ¿verdad? Algo malo.

No dijo nada.

—La están chantajeando, ¿verdad, señora Piqueras? Y no sólo eso... también han amenazado a su hija.

Se giró como si estuviera accionada por un resorte.

—¿CÓMO PUEDE SABER ESO? —Parecía otra persona, la rabia deformaba sus facciones. Cogió la botella de *brandy* del carrito blandiéndola a modo de porra—. NO SÉ LO HE CONTADO A NADIE. TÚ, ASQUEROSO ZETA, TÚ...

—Si piensa un poco —la interrumpí tras apurar mi *bourbon*. Era bueno de verdad, aunque no pensaba abandonar al viejo Jack's, demasiados recuerdos en común supongo—. Si piensa un poco —repetí—, comprenderá el proceso que ha seguido este «asqueroso zeta» para llegar a la conclusión de que la chantajea. Y desde luego yo no tengo nada que ver con los anónimos que le hayan podido hacer llegar.

Se quedó quieta, observándome con el gesto desencajado, y de pronto se derrumbó.

—No me están chantajeando —dijo con un hilo de voz. Parecía exhausta y se dejó caer en su sillón—. A Eva sí, ese es el motivo de que haya recurrido a usted y por eso ha pensado que a mí también me hacían chantaje, ¿verdad?

Asentí con la cabeza sin decir nada, no quería interrumpirla.

—Yo recibo llamadas por teléfono, una voz horrible que me insulta, me amenaza con hacerme cosas... pero sobre todo amenaza a Susana, mi hija... —Su voz se rompió y comenzó a llorar.

—¿Ha acudido a alguien? La policía podría ayudarla y...

—¡NO! ¡NO! Si llamo a la policía, la matará. Tengo que hacer lo que él me pide y así no le hará nada a Susana. Por favor —suplicó con las manos juntas como si rezara

—, no se lo cuente a la policía.

—Señora Piqueras, ¿dónde está su hija? —intuía la respuesta y también que el caso estaba dando un giro inesperado, uno siniestro.

—No... no... no lo sé —contestó ella llorando sin control—. La tiene ese hombre, la tiene él y la matará si no hago todo lo que me ordena.

Z

Woodford es un excelente *bourbon*, un lujo para los sentidos, pero mientras me servía el tercer vaso, supe que probablemente sería incapaz de volver a beberlo sin recordar mi conversación con Sofía. Una cita con alguien a punto de reventar de pura ansiedad aterrorizada.

—Esa noche nos fuimos con los dos tipos que habíamos conocido en Algodón Sureño. Se llamaban Dani y Alfonso; dos empresarios con pasta que buscaban emociones fuertes. Eran guapos y jóvenes, y tenían palique. No nos costó demasiado dejarnos llevar por la situación.

—¿Por qué se separaron de la señora Espinosa y Roberto, su acompañante?

—No se conocían, quiero decir que los tres estaban en la barra y al vernos se apuntaron a la fiesta. Pero Dani, mi pareja... —Su voz estuvo a punto de quebrarse, pero inspiró con fuerza y siguió hablando—. Dani me comentó más tarde que al tipo no lo conocían de nada y que preferían no juntarse con él porque... —se interrumpió ruborizándose. Me echó una mirada rápida y culpable.

—Porque era un reanimado, un puto zeta —acabé yo la frase por ella—. No se preocupe por mis sentimientos ahora, señora Piqueras —le dije con sequedad—. Tenemos cosas más importantes entre manos.

—Lo siento —musitó.

Hice un gesto con la mano animándola a continuar.

—El caso es que nos fuimos los cuatro por nuestra cuenta, Eva no parecía que nos fuera a echar de menos, lo estaba pasando en grande. Después de acudir a un par de sitios más por la zona de la Plaza Cánovas, acabamos en un hotel del centro, el Ritz. Nos alojamos en la mejor *suite* que tenían, la Imperial. —Ahora hablaba deprisa, a pesar de todo, le humillaba tener que hablar de lo sucedido con alguien, y más si ese alguien era un zeta—. Pasamos toda la noche ahí. Cuando volví a casa, estuve durmiendo todo el día hasta bien entrada la tarde cuando me despertó Fermín... —Un nuevo acceso de llanto la dejó sin habla.

Me quedé callado, no había mucho que decir.

—Cuando Fermín me dijo que el autobús escolar no se había detenido para dejar a Susana, me asusté un poco. Llamé al colegio pensando que quizás Alberto, mi ex, la habría recogido, pero me dijeron que no, que estaban convencidos de que la niña había subido al autobús. Después de decirles lo que pensaba de ellos, con lo que

cuesta el maldito centro ya podían tener más cuidado, llamé a la compañía de transporte y hablé con el chofer. El hombre me dijo que sí, que conocía a la niña y que no había llegado a subir. Que la había visto salir del colegio, pero iba de la mano de un hombre, no fue capaz de describirlo, llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría el rostro. Me dijo que Susana iba dando saltitos con un paquete en la mano... un regalo o algo así. El chofer me explicó que todo parecía tan normal, que no se había preocupado... ¡Dios bendito!... —Esta vez la interrupción duró unos minutos. La dejé llorar, las lágrimas son el desagüe de nuestro cuerpo, se llevan bastante mierda cuando se derraman. Seguí haciéndole honores al Woodford aguardando a que ella se calmara.

—Estaba a punto de avisar a la policía cuando recibí la primera llamada. Era Susana, me decía que estaba bien y que no podía hablar más. No pude decirle nada porque enseguida se puso otra persona. Tenía una voz horrible, como si fuera una máquina o un animal —se estremeció.

—Hay aparatos para conseguir ese efecto —la tranquilicé—. Distorsionan la voz de quien los usa, así evitan ser reconocidos.

—¿Entonces es alguien que conozco? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Hice un gesto vago.

—No necesariamente. Tengo la impresión de que es alguien que por algún motivo, la ha tomado con usted y con Eva. Esa noche hicieron algo que desató su furia. Tengo que confesar que estoy algo desconcertado, pensé que la causa del chantaje tenía que ver con los reanimados, ahora ya no sé qué pensar. ¿Qué le dijo en esa primera llamada?

—Que era una... una puta asquerosa. Que iba a pagar por lo que había hecho. Y que si llamaba a la policía, la niña moriría, que la asfixiaría como si fuera un gatito recién nacido. Tenía que mantenerme a la espera, él me llamaría para decirme que quería de mí.

Resoplé pensando en lo que me acababa de revelar. Ella se sirvió una copa de *brandy*, su taza de té se enfriaba olvidada sobre la mesa que había entre los dos sillones.

—¿Tiene idea de a qué se refería cuando hablaba de pagar por lo que había hecho?

Negó con vehemencia.

—No, lo juro.

—Tendré que hablar con ese Dani y también con Silvia y su acompañante. Quizás ellos sepan algo que alumbre todo esto, porque hasta ahora...

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿No lo sabe? —me preguntó, luego agachó la cabeza—. Claro, ¿por qué habría de saberlo? —Se cubrió el rostro con las manos y su voz surgió apagada—. Dani está muerto y Alfonso —dio un sorbo a su copa y reprimió un escalofrío—. Y Silvia, la pobre Silvia también está muerta.

Historias del día FR (4)

James Cannon, nacido y residente en Coventry, Inglaterra, escribió las últimas frases de su quinta novela, *Neblina Mortífera*, apuró la copa de *champagne* que siempre se tomaba al terminar una obra y se sintió morir. Se quedó repentinamente sin aire y su ritmo cardíaco se aceleró hasta que los latidos se montaron unos sobre los otros. Todo comenzó a girar a velocidad creciente, su vista se nubló, se adormecieron sus miembros... Al frenesí lo sustituyó la quietud, el silencio, la creciente oscuridad... Y de pronto, el mundo cobró vida de nuevo. Observó con curiosidad la copa de *champagne* que, muy solícita, le había preparado Begoña, su mujer. Y como si el solo pensamiento la conjurase, ella asomó la cabeza por la puerta. Sonreía. Dejó de hacerlo en cuanto lo vio allí... vivo.

—¿Estás bien? —balbuceó tras unos instantes de desconcierto mientras paseaba la mirada entre su marido y la copa de *champagne*.

—Mejor que nunca.

—Me pareció oírte gritar. Sonrió abiertamente.

—Quizás lo hiciera, pero estoy bien.

—Esto, vaya, qué bien... Creo que voy a preparar la cena, ¿una ensalada como siempre?

—No, creo que me apetece hígado, hígado fresco.

—No tenemos de eso.

—Ya iré yo a comprar, así me da un poco el aire. Hay un olor extraño aquí dentro.

—Vale.

Cuando ella se marchó, James había averiguado dos cosas: la primera era que su mujer le odiaba, y la segunda, que a él ya no le latía el corazón.

—Pues no sabe cuánto le agradezco que haya preguntado por mí, caballero. Y no lo digo por el tema de la pasta, lo digo porque me gusta hacer bien mi trabajo y cuando te lo reconocen, te sientes bien, ¿sabe lo que quiero decir, caballero?

El taxi arrancó y atravesó la verja de la finca Poplar, dejando atrás a Fermín que nos observaba desde la entrada al edificio.

Aparte de que me llamara caballero cada dos frases, Braulio era un soplo de aire fresco después de mi conversación con Sofía. Pero no pude evitar volver mentalmente al encuentro que acababa de mantener. Lo que me había planteado como una simple comprobación de datos y la posible consecución de algún hilo del que tirar para averiguar quién le estaba haciendo la vida imposible a Eva Espinosa, se había convertido en un paseo al infierno. Fuese quien fuese el cabrón que estaba detrás de todo el asunto, era un hijo de puta despiadado. Y estaba ya totalmente seguro de que el mismo tipo que chantajeaba a Eva y había secuestrado a la hija de Sofía, también era el asesino de cuatro personas. Garrido tenía razón, él y su instinto de perro viejo. Sólo había un criminal detrás de todo el asunto, uno que daba miedo. Sofía tenía buenos motivos para estar tan asustada.

Z

—Al principio sólo supe que habían muerto, nada más. Me lo contó él en una de sus llamadas —se estremeció con violencia—. Disfrutó haciéndolo. Más tarde, me hizo llegar los recortes del periódico que cubrían las noticias. No sé nada más porque no puedo salir de casa, ni oír la radio, ni ver la televisión, ni hablar con nadie que no sea Fermín. Me ha obligado a despedir al servicio doméstico que pernoctaba en la casa. De día tengo que mantenerme en mis aposentos y no veo a nadie aparte de... — se interrumpió y observé que se ruborizaba con intensidad.

La animé a que siguiera hablando mientras yo me animaba con el *bourbon*.

—Podría ayudarla, señora Piqueras, pero tiene que contármelo todo.

—¿Y por qué habría de ayudarme, señor Stone? —preguntó repentinamente desafiante—. ¿Qué le puede importar a usted todo esto?

Le podría haber contestado que tenía ganas de salir corriendo y que le dieran a ella, a Eva Espinosa y a todos los borregos que sólo sabían meterse en líos. A fin de cuentas, yo sólo era un zeta y ella una borrega podrida de pasta y prejuicios. Sin embargo, recordé que yo, en el fondo, soy un caballero.

—El mismo hijo de perra que acosa a Eva Espinosa, la ha emprendido con usted, señora. Le di mi palabra a la señora Espinosa de que resolvería su problema, y eso

quiere decir que ahora también pienso resolver el suyo. Si me ayuda, se estará ayudando a usted misma.

Ella dio otro sorbo al *brandy* mientras miraba por el ventanal. Comenzaba a atardecer y el sol lanzaba guiños plateados por encima de las hojas del bosquecillo que se extendía ante los cristales... Dejé el *bourbon* sobre la mesa a toda prisa. Si empezaba a tener pensamientos como esos, es que había superado ampliamente mi tasa de alcohol. Acabaría escribiendo versos o algo por el estilo.

—Me obliga a acostarme con hombres.

—¿Cómo?

—Son hombres que vienen aquí, a la finca. Desconocidos, vulgares, malolientes. Apenas me hablan. Viene uno a diario desde que esto comenzó. Siempre de noche. He de avisar a seguridad para que los dejen pasar. Hay una contraseña que me da él cuando me llama. Una distinta cada día. El tipo ha de decírmela para que le deje pasar.

—¿Qué clase de contraseña?

—Siempre distintas, pero vulgares, obscenas. El último me dijo: seremos como bestias, nena... Cosas así. Entonces tengo que hacer lo que me pidan. Cualquier cosa. Si no lo hago, Susana morirá.

Me quedé sin habla.

Siguió hablando, ahora ya sin freno, contándome todo lo que la obligaban a hacer. Me contó más cosas de las que yo hubiera querido saber, pero la dejé hablar. Todos necesitamos desahogarnos. Cuando terminó, ya anochecía y mi ánimo se había llenado de sombras.

Le pedí que me diera los recortes de prensa con las noticias de las muertes de sus acompañantes y Silvia. También le pregunté por su ex.

—¿Ese? No sabe nada, no le he visto desde el divorcio. Le jodió dejarme la casa, pero el juez fue inflexible. Pero no vaya a llorar por él, los Palamós tienen tanto que no podrían ni contarlo. Lo último que oí es que andaba por el norte. Ni siquiera venía a ver a Susana —su voz se rompió al mencionar a la niña.

—¿Qué hay de Fermín? ¿Es de fiar?

Fue la primera vez que la vi sonreír. Un amago, apenas, pero sonrisa.

—Fermín lleva conmigo desde que era una cría, es como un padre. Quiso venirse conmigo cuando me casé y lo hizo a petición propia. Mis padres se lo permitieron, claro. Sabe que pasa algo, pero no pregunta. Es el único apoyo que tengo.

—¿Entonces, no le ha contado esto a nadie? —Me encendí un pitillo y le ofrecí uno a ella. Rehusó.

—A nadie. No puedo hablar con nadie de esto —me dirigió una mirada suplicante—. Si él sospecha que le he dicho algo... Le recibí porque él me dijo que lo hiciera, sabe que viene de parte de Eva y no quiere levantar sospechas. Pero no le cuente esto a nadie, ni siquiera a Eva. Le hará daño a Susana si lo hace, la matará.

—¿Cómo supo él que yo venía?

—Lo sabe todo, señor Stone, todo. Tengo que contarle las llamadas, el contenido de mis cartas, cualquier cosa. No deja de recordarme lo que le pasará a Susana si me voy de la lengua.

Hablamos un rato más y me comentó que en el colegio había justificado la ausencia de la niña contándoles que estaba con su padre en Francia, que acudía a un colegio en París y que no volvería hasta finalizado el curso. Le pregunté por Irene y Lucía, las otras dos amigas que salieron con ellas esa noche, pero no les había ocurrido nada. Irse como buenas chicas a casita les había salvado la vida. Y ya no me supo decir mucho más que me sirviera para avanzar en la investigación. Me levanté para despedirme de ella.

—Sr. Stone —me miró muy serio, había lágrimas en sus ojos pero las controlaba—. No le diga a nadie quién le ha contado todo esto.

—¿Por...?

—No, no diga nada. Ya sé que dirá que podrían protegerme, pero no me lo creo, de verdad que no me lo creo. Es diabólico y parece saberlo todo sobre mí: si entro, si salgo, a quien llamo. ¡Hasta lo que pienso! Use la información que le he dado para intentar atrapar a ese cerdo, pero no me mencione. Si él se entera, Susana morirá.

Le di mi palabra a regañadientes de que no le diría a nadie quién me había dado la información. Antes de irme, y mientras Fermín llamaba al taxi para que me recogieran, me dijo una última cosa.

—Estoy segura de que un día ese monstruo se cansará de jugar conmigo, señor Stone, y cuando lo haga, matará a Susana y después me matará a mí.

Z

Mientras Braulio le daba al pico con *caballero por aquí y caballero por allá*, yo fui echándole un vistazo a los recortes de prensa que me había dado Sofía. Ninguna de las muertes creó demasiada expectación, y las noticias eran apenas una descripción de lo sucedido a pie de página.

A Alfonso Pérez Domínguez lo hallaron muerto en su empresa los empleados del servicio de limpieza, un martes por la mañana. El fallecido se quedó hasta tarde trabajando en su despacho y le golpearon desde detrás con violencia, fracturándole el cráneo. La herida le supuso pérdida de masa encefálica y la muerte casi inmediata. Apuntaron al robo como causa probable del crimen, ya que a la víctima le faltaba la billetera y su despacho estaba todo revuelto. Lo que no dijeron es que el señor Pérez debió dejar pasar al asesino y que probablemente le conocía, o al menos, le inspiró tanta confianza como para dejarle entrar de noche a su despacho.

A Silvia Tortosa Calabuig la atropelló un vehículo que se dio a la fuga. Testigos presenciales declararon que Silvia cruzaba la calle por un paso de cebra cuando una furgoneta a gran velocidad la arrolló lanzándola a más de diez metros. El conductor

ni siquiera pisó el freno.

El caso de Daniel Abad Cortázar fue más serio. Apareció en un solar con heridas y fracturas por todo el cuerpo. Había sufrido una paliza considerable. Lo remataron con un tiro en la cabeza. Al parecer el señor Cortázar había cabreado mucho a alguien. La versión policial atribuía el asesinato a un ajuste de cuentas por deudas de juego. Creo que era una manera como otra cualquiera de dar un caso sin pistas por cerrado.

Me guardé los recortes en el bolsillo interior de la chaqueta e intenté poner las piezas de que disponía en orden para ver si tenía alguna coherencia desde la que pudiera trabajar. Fue un intento fútil, entre el *bourbon*, el cansancio y el parloteo de Braulio, no me podía concentrar. Resolví fumar un rato sin pensar en nada, si dejaba la mente a su aire probablemente se encendiera alguna bombilla.

—Bueno, pues ya estamos llegando, caballero —anunció Braulio deteniendo el vehículo ante el portal de mi finca.

—Gracias, Braulio —le pagué dejando una propina de las que dibujan sonrisas y me fui a casa.

Quería llamar a Mati, ver cómo estaba y luego descansar hasta el día siguiente. Estaba convencido de que vería las cosas de otra manera y también dejaría de obsesionarme con la idea de que, en esos momentos, a Sofía Piqueras probablemente la estuvieran llamando para darle una contraseña. Una contraseña que suponía la entrada a la vejación. No, no quería pensar en eso porque no podía hacer nada. Todavía no. Pero lo haría. Apreté los puños cuando entré en casa; de pronto tuve un acceso de rabia que me dolió y sorprendió a partes iguales. Quería cazar al hijo de puta que estaba detrás de tanto dolor, quería cazarlo y machacarlo bien.

Noches largas

| *Viernes* |

Lo peor de no poder dormir es que tienes tiempo para pensar y mucho. Demasiado en ocasiones. Sobre todo cuando casi toda tu vida murió contigo y partes de cero. La mayoría de las noches me suelo meter entre pecho y espalda suficiente alcohol como para emparar el cerebro y dejarlo flotando en un agradable baño de modorra. Pero ese viernes noche no era como la mayoría, ese viernes noche quería poner la sesera a trabajar porque comenzaba a tener la sensación de que se me escapaba algo y no sabía qué era. Había hablado con Mati nada más llegar a casa, quería saber cómo se encontraba y oír su voz. Estaba mejor.

—¿Qué tal, jefe?

—Soy yo el que debería preguntarte a ti.

—Aún me duele.

—Te dieron fuerte, nena, no es de extrañar que...

—Lo que me duele es que nos pillaran como a dos tontos del culo. La próxima vez que pille a ese Gran Louie de los cojones amenazándome, le meteré dos balas en las pelotas y me sentaré a ver cómo se desangra.

No pude reprimir una carcajada.

—¿Mañana en el despacho, entonces?

—Cuenta conmigo, jefe, y así me cuentas las tonterías que has hecho hoy.

—Duerme bien.

—Y tú descansa... ¡Ah! No me llames nena, me da por culo.

—Lo que tú digas, pero no sabía... —me callé cuando el auricular comenzó a zumbar, Mati había colgado. Se encontraba mucho mejor.

Estaba sentado en el sillón viejo y desgastado de cuero que tengo en el comedor. Tan viejo y desgastado que se acopla a mis posaderas de una manera casi obscena. Es mi sillón para pensar. Encima tenía a Gato que ronroneaba satisfecho. La calidez de su cuerpo felino, me relajaba y necesitaba eso precisamente, relajarme para poder pensar con claridad. Tenía que llamar a Garrido, aunque lo haría algo más tarde, después de reflexionar.

Encendí un Camel, me serví un vaso del viejo Jack y comencé a ordenar mis ideas.

Uno: cinco amigas con mucha pasta, entre ellas la esposa de unos de los capos del crimen organizado de la ciudad, salen a cenar para celebrar el divorcio de una de ellas. Después de cenar en Il Piacere, se van a Algodón Sureño a tomar unas copas.

Dos: tres de ellas se enrollan a unos tipos que no conocían de nada y se los tiran.

Tres: poco después una de ellas es víctima de un chantaje y acude a mí en busca de ayuda. La chantajeada es Eva Espinosa, el motivo es que no sólo le puso los cuernos a su marido, además lo hizo con un reanimado. Su marido, el capo mafioso que por cierto, odia a los reanimados, aparece en escena. Sospecho de él, pero los indicios apuntan en otra dirección.

Cuatro: secuestran a la hija de otra de las mujeres, Sofía, y la obligan a prostituirse con desconocidos.

Cinco: los tres hombres han muerto. La tercera amiga que se sumó a la fiesta, también.

Seis: uno de hombres era un reanimado al que probablemente metieron en una pelea ilegal de terminales. Otro fue golpeado en su despacho. Silvia, la tercera amiga, fue atropellada por alguien que se dio a la fuga. Y el otro tipo sufrió una paliza brutal que...

Jack se quedó a medio camino de mis labios mientras un punto de luz se abría paso en mi cabeza. Soy lento, pero minucioso, y al final suelo llegar a los sitios. La descripción de la muerte de Dani en el recorte de prensa se parecía y mucho al informe forense que Garrido me había leído en su despacho. El que se refería a la muerte de Roberto. Así que la conclusión era obvia: o mucho me equivocaba o al tal Dani lo habían metido en una pelea de terminales igual que a Roberto. Aposté doble contra sencillo que el tiro de gracia había sido con una Magnum 357. Tenía que contárselo a Garrido para que presionara al Gran Louie. Ese cabrón sabía quién era el monstruo que estaba detrás de todo esto y había que averiguarlo y pronto. La vida de una niña corría peligro y yo tenía la misma sensación que Sofía: el tiempo se nos estaba acabando. Cuanto antes llamara a Garrido, mejor.

Z

Supongo que acabé por quedarme amodorrado, en un estado en el que sucesos como que Gato me mire y comience a soltar timbrazos en lugar de maullar, son de lo más normal. Me incorporé sobresaltado y Gato, que se había adormilado en mi regazo, cayó al suelo con un bufido de indignación. A pesar de estar totalmente alerta, el timbre seguía resonando con estrépito. Gato me echó una mirada que parecía preguntarme si estaba tonto o qué. Era el teléfono. Fui a cogerlo con el consabido y totalmente inútil *ya voy, ya voy*. Por la ventana, tras la mesa donde tengo la radio y el propio teléfono, se colaba la luz grisácea, lechosa y deprimente de los amaneceres urbanos. En el reloj las saetas clavaban las seis y media.

—Stone.

—Soy Garrido.

—Sí que madrugas —me maldije interiormente, tendría que haberle llamado yo

en lugar de quedarme traspuesto.

—Sabes que dormir sólo me da miedo, hay mucho cabrón suelto —soltó una carcajada áspera.

—Ya. ¿Vas a invitarme a un café?

—¿Ahora? Estoy tan liado que tendría que ponérmelo en vena para no perder tiempo. Te llamaba porque hemos tenido que soltar al gordo hijo puta.

Sentí que algo se retorció en mis entrañas. Recé para que fuera la impresión por la noticia y no algo peor. Había oído historias sobre los reanimados y ciertos parásitos que se criaban en el interior de... No, no era el momento.

—¿El Gran Louie?

—¿Conoces a otro gordo hijo puta?

—Si me paro a pensarlo, seguro que a más de uno. Me conformaré con este por ahora. Tengo que ir a buscar a Mati, con ese tipo en la calle no está segura.

—Relájate, estamos vigilándole. Se ha ido derecho a su tugurio y se ha encerrado allí. Y a tu chica le hemos puesto una sombra. Uno discreto y muy bueno.

Respiré más tranquilo.

—Tenemos que hablar —le espeté recordando de pronto las conclusiones a las que había llegado la noche anterior.

—¿Uh?

—Tú me preguntas qué hice ayer y a lo mejor te cuento cosas interesantes, muy interesantes.

—¿Y por qué coño...?

—Tengo cosas que contarte, me las contó un pajarito, uno que me hizo prometerle que no te diría quién es.

—Joder, Stone, a veces pareces tonto, coño.

—Pues si sólo lo parezco debo de haber mejorado, antes la gente estaba convencido de que lo era. Y vigila esa lengua o acabarás diciendo más tacos que palabras. Te veo en media hora.

—Aquí estaré y más vale que sea bueno... ¡Coño!

—Lo será —prometí, y colgué.

Mi siguiente llamada fue a Mati. El teléfono sonó cuatro veces antes de que lo cogiera.

—¿Sí?

—Mati, soy yo, Tom.

—Buenos días, jefe. Ya estoy en marcha, me has pillado en la ducha.

—Tampoco hay prisa, ahora voy a ver a Garrido y luego iré al despacho. Sólo quería avisarte de que...

—¿De que hay un tipo con pinta de madero dando vueltas por mi calle? Han soltado al come mierda, ¿verdad?

Me reí y hubo también alivio en esa risa.

—Desde luego estás mucho mejor. Sí, el Gran Louie está en la calle. No hay que

preocuparse, al parecer se ha metido en su agujero. Lo tienen vigilado.

—¿Y por qué me han puesto una niñera?

—Nunca está de más ser precavidos.

—Ya, ¿vas a ver a Garrido ahora?

—Sí, tengo novedades para él. Ya te contaré. Iré...

—Bien —me cortó ella—, quiero que llame a su perro y se lo lleve.

—Pero, Mati, no seas...

—Ni Mati ni nada. Sé defenderme perfectamente y tengo una reputación que mantener. No quiero a ese tipo pisándome los talones. O me lo quitas de encima o me encargo yo de él.

—Vale —cedí—. Se lo diré a Garrido cuando vaya a verle.

—Bien, jefe, nos vemos más tarde.

Colgué el auricular. Mati estaba mejor, no había duda. Era la de siempre. Me pregunté si lo de ayer había sido sólo fruto de un momento de debilidad por su parte. Un momento del que quizás estuviera arrepentida.

—¡Mujeres! —exclamé dirigiéndome a Gato.

Decidí lavarme, vestirme y acudir a mi cita con Garrido. No era el momento de pensar en mi relación con Mati, había cuestiones que urgían más.

—No tenemos tiempo para esto, Stone. Déjate de idioteces. Apreté los labios dispuesto a no ceder.

—Te he dicho todo lo que sé, no hay más que contar. Metedle mano a Louie o a su gente, los de la cooperativa. Alguien tiene que conocer al hijo de puta que llevaba «carne» a Algodón para las peleas de terminales.

Garrido resopló por las fosas nasales al más puro estilo taurino. Yo me crucé de brazos; le había contado todo sobre Sofía y el calvario por el que estaba pasando, pero me había guardado el nombre de ella. Le había dado mi palabra.

—A ver si lo he entendido. Crees que el tipo que andas buscando ha secuestrado a una cría, probablemente haya asesinado a no sé cuántas personas y está involucrado en el peor escándalo de los últimos años, las peleas ilegales entre terminales. ¿Sabes cuánto necesitamos pillar a ese tipo? Es la clave de toda esta operación. Los empleados de Algodón Sureño no sueltan prenda, el fiscal me está atosigando y tú me vienes con soplapolleces éticas. —Garrido tuvo que detenerse a coger aire. No le costó demasiado—. ¿Qué cojones te puede importar una fulana como esa?

—Le prometí que no se lo contaría a nadie, lo menos que puedo hacer es callarme su identidad. Ni tú ni tus hombres le vais a sacar más detalles que yo. Además, ya sabéis dónde seguir con la investigación. Esos tipos que tenéis en las celdas saben a quién buscamos.

—Eres un capullo, Stone. Podría averiguar quién es la tipa en menos de lo que tardo en hacer esto —chasqueó los dedos en un gesto desafiante.

—Pero no lo harás —repliqué aguantándole el farol. Al menos esperaba que fuera un farol.

—Capullo —repitió.

Fumé mirando al techo. Era un farol.

—Vale, apretaremos a la gente de Algodón —concedió finalmente—. Pero te advierto que hasta el momento no han soltado ni prenda. Le tienen pánico al gordo.

—Hay modos, Garrido, no me jodas que tengo que decirte cómo hacerlo.

Se levantó lentamente, desperezándose.

—Voy a reunir a los hombres —anunció con la mirada perdida en el suelo. De golpe parecía muy cansado. Se rascó distraídamente el trasero—. Vamos a ponernos en marcha. Dame esos recortes y pondré a la gente a husmear en esos casos. Quizás saquemos algo por ese lado.

Eché mano al bolsillo y saqué la billetera.

—Toma —le dije sacando los recortes de prensa que me había dado Sofía—. Y dime cuando puedas de qué calibre es la bala que acabó con el tal Daniel.

Le echó un vistazo a los recortes, encontró el que se refería a Daniel Abada e hizo una llamada. Tardó dos minutos en confirmarme que la bala era una Magnum 357.

—Por si nos quedaba alguna duda —comenté recordando que a Roberto también lo habían rematado con una 357.

—Ve con tiento, Stone, o acabaré leyendo tu nombre en un recorte.

Me reí sin ganas.

—Ya que estamos, Mati no quiere a nadie encima de ella y no, no le he dicho nada sobre la vigilancia, os ha pillado ella.

—¡Um! —refunfuñó Garrido—. De acuerdo, esa tipa es capaz de pegarle un tiro a mi hombre. Supongo que sabe defenderse solita.

Me iba ya cuando recordé algo.

—¿Qué hay de mi coche? Me estoy gastando una pasta en taxis.

Garrido frunció el ceño, cogió el teléfono y preguntó por el depósito. Estuvo un rato hablando y cuando colgó, se encogió de hombros.

—Es sábado, nada que hacer hasta el lunes.

—No me jodas, Garrido —refunfuñé—. ¿Cómo podéis ser tan *burrócartas*? Apoyó las dos manos sobre su mesa y se inclinó hacia mí. Hubiese podido lamerle la punta de la nariz de haberme apetecido.

—Es posible que lo seamos, no te digo que no, pero no es a mí a quien tuvieron que salvarle el culo por meterse en la boca del lobo como un puto aficionado.

—Mmm, supongo que eso es una indirecta sutil —le concedí—. De acuerdo, tengo a un taxista que me da conversación y todo, así que podré aguantar hasta el lunes —sonreí—. Siempre es un placer hablar contigo, Garrido.

—A tu disposición, Stone, y ándate con tiento —añadió poniéndose repentinamente serio—. El malo esta vez es malo de verdad.

Le di las gracias por el consejo, él me dijo que de nada o me mandó a tomar viento fresco, que los gruñidos de Garrido se pueden interpretar de mil maneras, y me marché a mi despacho.

Z

Iba ensimismado en la parte trasera del taxi, oyendo, que no escuchando, las teorías de Braulio con respecto al FR (todo el mundo tenía un teoría desde la polémica que se había montado con el Sabio Edison ese).

—Mutaciones. Mutaciones de las bacterias del aire y del agua. Los experimentos con bombas atómicas que hacen los franceses en el mar. Esa agua se acaba convirtiendo en lluvia y acaba por caer por todo el mundo. ¿Y a dónde va a parar el agua de lluvia? —Él no esperaba respuesta y yo tampoco se la ofrecí—. ¡Exacto, bajo

tierra! ¿Y de dónde salieron los zet...? ¡¿Los reanimados, de dónde salieron los reanimados?! —Me miró por el retrovisor, alcé ambas cejas queriendo decir que me importaba una hueva y él lo interpretó como una expresión de admiración—. ¡Sí, señor, justo de donde estaban enterrados: bajo tierra! Ya le he escrito varias cartas al centro ese donde investigan todo eso, a ver si se enteran de una vez por todas. Aún no me han contestado, pero sé que tengo razón.

Se quedó callado aguardando algo. Quizás un aplauso. Lo vi tan emocionado que me mordí la lengua para no recordarle que la mayoría de reanimados salieron de hospitales y tanatorios y no de sus tumbas como en las pelis de terror.

—A saber —dije finalmente—. El caso es que aquí estamos. Se rio sin ganas, supongo que sí esperaba el aplauso. Me dejó frente a casa con un *hasta luego, caballero* más apagado que de costumbre. Antes me preguntó cuáles eran mis planes por si le necesitaba. Le dije que no tenía nada previsto, que probablemente trabajaría un rato y luego saldría a comer por ahí con Mati.

—Un día tranquilo, Braulio, que tampoco me vendrá mal. No tenía ni idea de que el día iba a ser de todo menos tranquilo.

Entré en el despacho con la curiosa sensación que algo se me escapaba, un detalle importante, crucial. Me mordí el labio inferior, había comentado los aspectos del caso con Garrido y eso después de haberlos analizado a fondo la noche anterior. Todo el material del que disponía estaba bien revisado y sin embargo, mi instinto... Bueno, tampoco era infalible y si en algo tenía razón Garrido, era que en ocasiones lo enrevesamos todo sin necesidad. Al final decidí que el caso tenía tantas aristas que era normal estar constantemente mirando por encima del hombro por temor a pasar algo por alto, pero no podía obsesionarme o perdería la perspectiva. Las cosas siempre son más sencillas de lo que parecen. Y realmente lo son una vez las has desentrañado, la cuestión es esa: desentrañarlas.

Cerraba la puerta tras de mí sumido en mis reflexiones, cuando de repente tuve una poderosa sensación de *déjà vu*. Me estaba encendiendo un cigarrillo y a la vez buscaba el interruptor de luz, Mati aún no había llegado, cuando alguien me cogió de la mano. Me quedé paralizado, y quien fuera aprovechó para empotrarme en la pared de un fuerte empujón. Tardé poco en recuperarme, ventajas de no saber lo que es quedarse sin resuello y, aunque me molestó tener que hacerlo, acababa de encenderlo, apagué el cigarrillo en la sombra que se erguía amenazante delante de mí. El aullido de dolor que rompió el silencio me hizo sonreír, había dado en el blanco. Con la mano ya libre, me agaché rápidamente y eché mano de mi arma para verme interrumpido por la irrupción desconcertante de la luz y el agujero de un cañón mirándome fijamente. Una Beretta, pensé, como el jueves. Y mira tú por dónde, detrás hay un tipo con cara de rata que es quien ha encendido la luz. Igual que el jueves. Y ahí, con cara de odio y un bonito rodal rojo en el mentón, está un pedazo de carne del tamaño de un armario ropero. Rata y Armario. ¡Joder, a ver si va a tener razón el Edison ese y se ha revuelto el tiempo!

—¿Te has comprado otra? —comenté dirigiéndome a Rata. Rata me gruñó algo ininteligible sobre mis padres y luego le hizo un gesto a Armario.

—¡Vamos, chicos! ¿A qué viene esto? Pensé que éramos amigos y... —De pronto tuve la sensación de que me caía encima un yunque, el mundo comenzó a girar y paulatinamente me zambullí en un mundo de oscuridad y silencio.

Historias del Día FR (5)

| 7 de agosto de 2012 |

Era una noche de tantas cuando Francisco Pérez García, conocido por muchos como Paco, y llamado el Piojoso a sus espaldas por casi todos, dueño de un bar y esclavo de vicios inconfesables, se halló preso de un torbellino que irrumpió desde el interior de un espejo que acaban de romper en mil pedazos. Justo en ese momento, Paco salía del váter y también acababa de morir alguien en el bar.

La fuerza invisible le arrastró de súbito sumergiéndole en una oscuridad caótica y líquida en cuyo interior sintió un terror indescriptible. Y si un segundo se hallaba rezando a un Dios al que siempre había despreciado, al siguiente estaba de vuelta en su bar, con el espejo intacto a sus espaldas y un par de clientes al otro lado de la barra observándole con curiosidad.

Paco, el Piojoso, tardó algo de tiempo en reconocerlo, pero tuvo que hacerlo: ese no era su bar, ni su ciudad, ni su mundo; lo sentía en sus huesos... Y en el televisor en blanco y negro y en los grandes coches brillantes que circulaban con gas, y en la ropa y en las noticias y, sobre todo, en la ausencia del cáncer de hígado que le había condenado a muerte no hacía ni una semana.

Paco, el Piojoso supo que tenía otra oportunidad en un mundo nuevo y, aunque todavía no había decidido cómo, pensaba aprovecharla a fondo.

Reunión familiar

| *Sábado* |

Lo primero que pensé cuando abrí los ojos fue que por fin había conseguido dormirme. Lo segundo, que no valía la pena volver a intentarlo porque te dejaba un dolor de cabeza brutal. Lo tercero fue que Armario era un tipo feo y desagradable al que deberían prohibir plantar su jeta delante de alguien que vuelve del mundo de Morfeo.

—Ya está consciente, jefa —anunció Armario echándose hacia atrás. Fue un alivio a pesar de que lo veía todo borroso.

Lo que sí tenía claro es que ya no estaba en el despacho. Olía a flores y a ambientador del caro. También entraba la luz por unos ventanales inmensos colocados justo frente a mí. No sé si se dieron cuenta de que me molestaba o probablemente alguien cayó en la cuenta de que podían verme desde fuera, el caso es que corrieron unas cortinas gruesas que dejó la estancia sumida en una penumbra que agradecí. Como nadie decía nada, decidí hacerlo yo.

—Oye, descerebrado, ¿por qué no me ofreces una copa de algo que me haga olvidarte? Ver tu jeta tan de cerca me ha dado náuseas.

—¿Le sacudo otra vez, jefa? —gruñó Armario cerrando los enormes puños. Tenía una bonita quemadura en el centro de la barbilla. A su lado, Rata fumaba sin mirarme. Parecía fastidiado por tener que estar ahí.

—No —respondió una voz vagamente familiar—. No le habéis trrrraído aquí para eso. Ya habéis hecho vuestra parrrrte, tú ve y cúrrrate esa herrrida antes de que se te infecte.

Armario no se hizo de rogar y tras echarme una mirada de desprecio, se marchó con Rata pisándole los talones.

Estudí mi situación; estaba sentado sobre una silla y tenía las manos atadas por detrás del respaldo y los pies a las patas delanteras. Era jodidamente incómodo, una especie de postura del *Kama Sutra* pero sin gustito al final, aunque supuse que eso a mis captores no les preocupaba demasiado. Sacudí la cabeza intentando distinguir a la persona que acababa de hablar. Al final lo conseguí, aunque quizás me habría podido ahorrar el esfuerzo, ya me la había imaginado y lo había hecho a la perfección: era una matrona cuadrada, con aspecto de alemana o austríaca, y lucía una pelusilla sobre el labio superior con la que podrían cepillarse unas buenas botas de montaña. Por su gesto, deduje que me había equivocado en lo de la babosa; antes me quedaba con la babosa que con el troll que tenía delante.

—¡Vaya! —dije intentando sonreír. Algo complicado cuando alguien está

aporreando un tambor dentro de tu cabeza—. Si es la señorrrita Trroll de las Montañas. La cabecilla de los gorilas. ¿Cómo está, preciosa? ¿Ha arrrrrncado muchas cabezas hoy?

El Troll se acercó a mí dando dos zancadas que hubieran echado a temblar a un orangután adulto y, cuando llegó a mi altura, desplazó la mano hacia atrás y a continuación hacia delante. Fue el segundo movimiento el que topó con mi cara, y a consecuencia del encontronazo, ella soltó un bramido victorioso y yo me estrellé con silla y todo en el suelo, donde pude apreciar las ventajas que supone tener una alfombra mullida debajo cuando caes como un saco de patatas.

—Fíjate, crrretino —exclamó el Troll haciendo un ruido estridente que deduje debía ser una carcajada—, acabo de arrancar la primerrra.

La miré desde el suelo y cerré los ojos. ¡Dios, me dolía la cabeza! Me pregunté si no sería de verdad un cretino provocando a alguien del tamaño y la agresividad de la señorita Troll. Entonces percibí, más que oí, unos pasos que se acercaban a mi cabeza por detrás, encogí el cuello preparándome para la patada. No llegó. Abrí los ojos de nuevo y vi unos lustrosos zapatos negros que se habían detenido ante mí.

—Señor Stone, señor Stone, ya le dije en una ocasión que lamentaba no apreciar su particular sentido del humor y por lo que veo, no soy el único. ¡Brígida, incorpóralo! —ladró la voz.

No tuve que hacer un esfuerzo para reconocer al dueño de esa voz, la recordaba perfectamente: era Gregorio Espinosa, el Sanguinario.

El Troll, Brígida, enderezó la silla sin esfuerzo aparente, y eso al menos mejoró en algo el dolor de cabeza, aún así, apenas distinguía las siluetas de la gente que tenía delante. Conté hasta tres bultos, pero nadie dijo nada.

—Si esto es una fiesta sorpresa, creo que paso —intenté reírme pero sólo conseguí vomitar.

No había mucho que echar, pero comencé a preocuparme; era como si algo se hubiera roto en mi interior. Sacudí la cabeza en un vano intento de despejarme, cada vez lo veía todo más emborronado, como si me estuviera apagando por dentro. El pensamiento me hizo gemir y enseguida sentí como la tensión en la habitación se disparaba.

—Señor Stone —dijo una voz con suavidad, también la reconocí, era Eva Espinosa—, señor Stone, ¿se encuentra bien?

—¡Este cabrrrón se está convirrrriendo en un puto zeta! —bramó Brígida. Parecía una burra en celo.

—¡Mierda! —exclamó el Sanguinario—, tenía que ocurrir justo ahora. Llama a los chicos, Brígida, y deshaceros de él, no lo quiero aquí cuando termine el proceso.

—Greg, cariño, quizás deberíamos llamara a los del centro RT. —Era Eva la que hablaba.

—¿Y cuándo su amiguito Garrido meta el hocico le explicarás tú lo que hacía aquí este cabrón? Al diablo con él, no hay cura para esto, ya lo detendrán en cuanto lo

vea alguien.

—Podría atacar a la gente y...

—Ya basta —cortó el Sanguinario—. Brígida, haz lo que te he dicho.

—Joder, señor Sanguinario, tiene una gentuza a su mando como para escribir una novela mala. ¿De qué cueva ha sacado al Troll? —Esa tontería fue la que me ayudó a centrarme: conservaba mi patético sentido del humor y que yo sepa, hasta para el peor de los chistes hay que tener algo de inteligencia... Supongo. El caso es que me jugué esa carta, tampoco tenía otra.

—No estoy convirtiéndome en un puto zeta, joder, cuando alguien me arrea en la cabeza tengo cierta tendencia a quejarme. Como cualquiera, sea un borrego o un zeta. ¿Por qué no hacemos la prueba? —Alcé la cabeza procurando que la coherencia brillara en mis ojos—. Vamos, dejadme un bate y que la Troll se ponga de rodillas...

La aludida se volvió furiosa desde la puerta y cargó en mi dirección.

—¡Basta! —ordenó el Sanguinario—. Brígida, déjanos solos.

—Perro, señor Espinosa, ¿va a aceptar la palabra de este zeta de que está bien?

—Por lo que tengo entendido, querida, el que sea capaz de pedir un bate para arrearte en lugar de intentar hacerse un festín con tus grasas, es motivo suficiente para pensar que sí, que está bien.

Aplaudí mentalmente a Eva; que me defendiera y de paso pusiera en su sitio al animal que tenía el Sanguinario por perro guardián, me acababa de reconciliar con el mundo. Lástima que aún me latiera la cabeza como si tuviera un enorme badajo aporreándome el cráneo. Procuré aguantarme los gemidos de dolor, no quería tentar a la suerte otra vez.

Brígida obedeció a su amo aunque dejó patente su disgusto con un portazo que hizo vibrar los cristales del ventanal.

—Eva, cariño, te he pedido muchas veces que no provoques a Brígida. Es una empleada muy valiosa.

—Es un animal, una bestia sádica —replicó Eva—. Me da escalofríos tenerla cerca.

—¿Alguien se acuerda de mí? —musité procurando controlar un nuevo acceso de nauseas—. No me importaría saber por qué estoy aquí atado como un cerdo.

—Yo me ocuparé —dijo el Sanguinario cuando vio que su mujer hacía intención de adelantarse.

Se acercó deteniéndose a mi lado, luego oí un clic y sentí algo metálico frotándose contra la cuerda y mi piel. A los pocos segundos, tenía manos y pies libres. Intenté ponerme de pie pero me fallaron las fuerzas. Me recosté en la silla.

—¿Está bien de verdad? —preguntó el Sanguinario dando un paso hacia atrás. Frente a él extendía la navaja con la que acababa de cortarme las ligaduras.

—Vamos, claro que está bien —afirmó con impaciencia Eva Espinosa. Se acercó a mí y posó una mano sobre mi hombro—. Los ze... terminales tienen una fuerza sobrehumana y son incapaces de hablar.

—De acuerdo, cariño, de acuerdo. ¿Está en condiciones de hablar, señor Stone? Quizás le apetezca beber algo, tengo un bar bien surtido...

Negué con la cabeza.

—No, deme agua, agua fría. —De pronto sentí que tenía que beberme un río; necesitaba el agua, la deseaba por encima de todo—. Y un pitillo o dos. Creo que llevo en mi chaqueta.

A los pocos minutos, estaba cómodamente sentado en un sofá al que me ayudó a llegar Eva (admito que me recosté contra ella más de lo debido), con una jarra de agua helada al alcance de la mano y un pitillo humeando en la otra. Acababa de beberme tres vasos de agua sin descanso, luego aspiré el humo del cigarrillo y me sentí mejor, mucho mejor. Llevado por una intuición, volví a inspirar con todas mis fuerzas y, como por ensalmo, el dolor de cabeza mejoró tanto que hasta comencé a verlo todo con nitidez.

—¿Está ya en condiciones de hablar, señor Stone? —El Sanguinario me observaba con frialdad. Yo no le caía bien y si estaba allí en lugar de hecho pedazos en el fondo del río, era porque el tipo me necesitaba. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, así que decidí que tocaría de oído.

—Sí —dije apagando un pitillo y encendiendo otro. ¡Me encontraba de maravilla! Tendría que consultar con alguien lo que acababa de pasar, tomé nota mental que lo haría en cuanto tuviera tiempo—. Pero la próxima vez que quiera hablar conmigo, bastará con que me llame por teléfono.

—Eva, cariño, pon al señor Stone en antecedentes —dijo el Sanguinario ignorando mi comentario.

Eva se acercó con una silla, la puso frente a mí, tomó asiento y se cruzó de piernas sin dejar de mirarme. Después de asegurarse de que tenía mi atención, comenzó a hablar.

—Alguien ha intentado matarme esta mañana. Salí en mi coche hacia el gimnasio y a un kilómetro de aquí, un coche me ha embestido por detrás sacándome de la calzada. Choqué contra un árbol que detuvo el vehículo e impidió que cayera por el terraplén. Pero vi por el espejo como el otro se detenía detrás de mí, por fortuna yo estaba consciente y comencé a apretar al claxon con todas mis fuerzas. Seguramente lo asusté porque giró en redondo y salió chirriando ruedas.

Me la quedé mirando sin decir nada.

—No vi al conductor y del coche sólo sé que era grande y de color oscuro, nada más. Fue todo tan rápido...

—No sé qué decir, señora Espinosa. —Y era cierto, con el Sanguinario delante no me atrevía a abordar el tema que tenía en mente: el chantajista, el asesino, había decidido acabar con todos los que quedaban vivos. Sentí una alarma sonar en mi interior al pensar en la hija de Sofía, tenía que salir de ahí y hablar con Garrido—. Cabe la posibilidad de que haya sido un simple accidente —añadí por decir algo—. El otro conductor se asustó y se dio a la fuga, no es algo inhabitual.

Gregorio Espinosa se puso en pie, y comenzó a recorrer la estancia a grandes zancadas.

—Usted sabe perfectamente que no es así. Y sabe que probablemente sea obra de la persona que está chantajeando a mi mujer. Sí, lo sé todo —matizó al observar mi expresión sorprendida—. Yo también recibí anónimos, unos en los que me contaban... cosas, mentiras absurdas —cerró la boca bruscamente y se sirvió una copa. Al verle, me apeteció beber a mí también, pero me obligué a servirme otro vaso de agua. Me lo iba a tomar con tranquilidad, lo que había sucedido antes me había atemorizado.

—Al parecer mi mujer se asustó cuando fue objeto del chantaje y por eso acudió a usted, si me lo hubiera contado desde el principio... —dejó la frase en suspenso—. El caso es que quiero saber todo lo que ha averiguado hasta ahora, señor Stone, y si ya sabe quién está detrás de todos esto, me dará el nombre. Y no se moleste en negar que haya seguido con el caso a pesar de que se le indicó lo contrario, nuestro amigo de los anónimos se ha chivado —me mostró una hoja que sacó del interior de su chaqueta. No alcancé a leerla, pero reconocí la letra perfectamente trazada—. Parece que le pisa los talones sin que usted se dé cuenta —añadió el Sanguinario con desprecio.

Levanté las manos en un gesto defensivo.

—Va muy deprisa, demasiado. Sí, he seguido con el caso y todavía no he conseguido ponerle nombre a ese hijo de puta, pero aunque lo hubiera hecho, no se lo diría.

—Es un estúpido, Stone —gruñó avanzando hacia mí—. Tenemos derecho a saber...

Me puse de pie, había recobrado todas las fuerzas y me sentía en inferioridad con él puesto en pie delante de mí.

—Mi cliente es la señora Espinosa, y si tengo algo que contarle, se lo contaré a ella.

—MALDITO...

Al Sanguinario comenzó a latirle una vena en la sien y ya se llevaba la mano al interior de la chaqueta cuando intervino Eva.

—Le ruego, señor Stone, que nos cuente todo lo que ha averiguado. Y si mi marido está aquí es por yo lo quiero así. Por favor, Greg, ya he tenido bastante violencia por hoy. Parece que el mundo se haya vuelto loco. Vamos, Greg, me lo prometiste.

El Sanguinario no dijo nada, pero tras echarme una mirada de pies a cabeza, se sentó y comenzó a fumar un cigarrillo como si nada hubiera pasado. No pude evitar sentir cierta admiración hacia él y su capacidad para controlarse o aparentar que lo hacía.

Reflexioné sobre lo que Eva me había pedido y me decidí con rapidez, si ella quería que su marido estuviera presente no era problema mío.

Se lo conté todo: mi visita a Il Piacere y la conversación que mantuve con uno de

los aparcacoches y lo que me comentó sobre el supuesto guardaespaldas que rondaba por el exterior del restaurante, tanto Eva como Gregorio negaron saber algo sobre ese tema. Seguí con la visita a Algodón Sureño y lo que ocurrió allí al preguntar por Roberto. También les dije que creía muy probable que el Gran Louie conociera a nuestro hombre, seguramente le «suministró» efectivos para sus peleas entre terminales, pero que no creía que fuéramos a sacar algo en limpio por ese lado. Nadie estaba dispuesto a hablar. Al Sanguinario se le encendió la mirada cuando nombré al *Gran Louie*.

—Ese gordo asqueroso... Un día le haré una visita que no olvidará.

—Sí, está gordo y da asco —convine con él—, pero salvo que sean amigotes usted y él, yo no me acercaría por su garito.

Acabé por contarles algunas de mis conclusiones y por último mi visita a Sofía y algunos de los hechos terribles que ella me había relatado, incluidas las muertes de los otros involucrados en la fiesta de esa noche aciaga. Sin embargo, me callé el secuestro de su hija y el chantaje al que la sometían. A ellos no les serviría de nada el saberlo y supongo que aún me ataba la promesa que le había hecho a Sofía.

Estaba tan enfrascado en mi narración que no me apercibí de la creciente palidez de Eva y el gesto cada vez más serio de su marido.

—Y eso es todo. Admito que ando algo perdido, pero daré con ese demente y lo pondré en manos de la policía. Lo que lamento es no tener más qué decir. —Y lo lamentaba de verdad, les había contado prácticamente todo lo que sabía, salvo que no dije nada sobre la incómoda sensación de que algo se me escapaba, algo que estaba ahí esperando a la vista de todos pero que yo era incapaz de determinar.

De repente y sin pronunciar palabra, Eva se cubrió el rostro con la mano y abandonó la estancia sollozando.

—Lo lamento —dije muy en serio—. Todo esto tiene que haberla afectado mucho.

—Cuando Eva volvió a casa, tras lo del accidente, la llamaron por teléfono —me explicó el Sanguinario con una mueca de desagrado. Yo no le gustaba y el sentimiento era mutuo—. Era un tal Alberto Palamós, creo que se llama así, el marido de Sofía. La policía le ha llamado de madrugada para que acudiera a casa de su mujer, que había ocurrido algo terrible. Ellos estaban separados, ¿no?

Asentí con la cabeza, sabía lo que vendría a continuación, lo sabía...

—Lo llamaron a él para que acudiera a reconocer el cadáver. Muerta, la tipa estaba muerta y al parecer se habían ensañado con ella. También encontraron el cuerpo de un hombre con un tiro en la cabeza; el mayordomo o algo así.

Fermín, pensé, pobre desgraciado.

El semblante del Sanguinario se tornó grave.

—¿Cree que fue el hijo puta de los anónimos el que lo hizo?

—Sí —musité oscilando entre la impotencia y la rabia—, estoy seguro.

Tengo que hablar con Garrido, pensé, ese monstruo tiene a la hija de Sofía en su

poder.

El Sanguinario negó con la cabeza.

—Bien, pues estaremos preparados para cuando venga a por Eva, es la última de su lista y le aseguro que cuando lo atrape... —dejó la frase sin concluir—. Ya veo que usted poco o nada puede hacer, señor Stone, sinceramente creo que mi esposa esperaba más. Afortunadamente ahora está bajo mi protección y yo tengo mis propios métodos. Le acompañaré a la puerta, señor Stone, encargará que llamen a un taxi y, como he dado mi palabra, podrá marcharse sin problemas. Pero procure no volver a cruzarse en mi camino, ¿me oye? He acabado más que harto de usted.

Un criado me acompañó hasta el exterior. Cuando salí, la tarde estaba llena de la luz de un sol ya mortecino que se me antojó adecuada para la pesadilla en la que estaba inmerso. El criado musitó algo por lo bajo que ni intenté descifrar, y cerró la puerta de golpe. Me encontraba frente a un jardín con un lago artificial en el centro. Había setos y parterres que alcanzaban el muro que rodeaba la propiedad del Sanguinario. Más allá unos bancos rodeaban una fuente con un Neptuno en el centro. Un paraíso a la medida. Y dicen que el crimen no compensa, pensé con ironía. Sacudí la cabeza con cautela y me alegró comprobar que el dolor había desaparecido del todo. Palpé los bolsillos de mi chaqueta, saqué el paquete de tabaco y me prendí un cigarrillo. Al mirar a mi alrededor, distinguí una verja metálica entornada a la izquierda, así que eché a andar hacia ella sin mirar atrás. Caminé inmerso en mis pensamientos mientras intentaba asimilar lo que me acababan de contar. La hija de Sofía... no me la podía quitar de la cabeza. Lo primero era hablar con Garrido, quizás hubiera averiguado algo y no fuera demasiado tarde para la criatura, quizás... Tan ensimismado estaba que me detuve y cuando llegó el taxi, estaba aún a mitad de camino de la entrada.

—Señor Stone, ¡Tom!

Al girarme, vi a Eva andando hacia mí. Aún en esas circunstancias no pude menos que admirar su espléndido porte.

—Lo lamento, Tom, lamento todo esto —se abrió de manos, indefensa. Tenía los ojos enrojecidos.

—No has hecho nada malo, Eva —le dije respondiendo a su tuteo.

—Lo sé, pero si esa noche...

—Escucha, sea quien sea el que está haciendo todo esto, es un puto psicópata, un cabrón redomado que sólo necesitaba un pretexto para desatar sus instintos. No eres culpable de nada.

—No puedo dejar de pensar en la pobre Sofía y en los demás. Ahora vendrá a por mí, ¿verdad?

No contesté a eso, no hacía falta, aunque casi le conté lo que le había ocurrido a la hija de Sofía, necesitaba compartirlo, pero me contuve.

—Quiero que tengas cuidado, Tom.

—Lo tendré —respondí súbitamente reconfortado por su interés.

Inclinó ligeramente el rostro hacia un lado, sonrió levemente, aunque sus ojos seguían tristes, y me dio un adiós que sonó a definitivo. Supe que, salvo casualidad, nuestros caminos no volverían a cruzarse. Cuando ya se daba la vuelta, me vino a la cabeza una pregunta.

—Eva, ¿cómo es que...? Quiero decir, el San... tu marido, Gregorio, que si...

—¿Si Gregorio sabe lo mío con Roberto?

—Sí, si prefieres no...

—Le dije lo que quería oír y lo aceptó. Sonrió al observar mi incredulidad.

—Me quiere, Tom. Hablo de amor, amor verdadero. Él será muchas cosas y pocas personas te dirán que hay algo de bondad en él, pero a mí me quiere y por si te lo estás preguntando, también yo a él. Quizás sea algo violento, agresivo y en ocasiones me aterroriza... sin embargo tiene sus sentimientos. Los dos sabemos que eso no se puede comprar con dinero. Greg me creyó porque necesitaba creerme y yo que lo hiciera. Somos razonablemente felices y nos pertenecemos el uno al otro —me lanzó una última mirada desafiante y se fue.

Me quedé unos segundos ahí plantado hasta que el taxista pegó un bocinazo impaciente. Le hice un gesto con la mano y eché a andar hacia el vehículo mientras meneaba inconscientemente la cabeza, *amor verdadero* o necesidad de creer que se tiene, que se pertenece a alguien... Y justo al subir al taxi, se abrió una ventana en mi mente, una por la que comenzó a entrar aire fresco y luz.

| *Sábado* |

La Crónica

Diario de Investigación y Denuncia Social

Presunción de Inocencia

Un reportaje de J. E. Poplar

Hoy quiero presentarles a Louis T. Niceman, alias el Gran Louie o el Gran L, nacido en Baton Rouge, Louisiana, EE. UU. en 1975. Este *hombre de negocios dedicado a la importación de piezas de recambio para automóviles y, sobre todo, persona de bien (sic)*. Establecido en nuestra ciudad desde 2001, es una de las figuras públicas más relevantes de esta urbe y no precisamente por motivos relacionados con sus importaciones de piezas mecánicas. Desde la fecha de su nacimiento hasta su aparición en nuestro país, la vida de Louis T. Niceman es un completo misterio. Sin embargo, desde el 2001 su vida no ha podido ser más pública y notoria. Y esta notoriedad tiene su origen en las supuestas implicaciones del señor Niceman con el crimen. Sin embargo, y contrariamente a lo que podría parecer, una vez consultadas las fuentes judiciales pertinentes, constatamos que el señor Niceman tan sólo ha sido procesado por insultos a la autoridad y orinar contra un árbol en un parque de juegos infantil en dos ocasiones diferentes. Al parecer, los insultos referidos en primer lugar, están íntimamente relacionados con las detenciones originadas a causa de sus micciones públicas. En ambos casos, se le condenó a pagar una multa de trescientos euros en el primer proceso y en el segundo, a otra multa de mayor cuantía (quinientos euros) y veinte días de servicios comunitarios.

El señor Niceman no ha hecho acto de presencia en una sala de los tribunales de esta ciudad en calidad de imputado en ninguna otra ocasión. Aunque no podemos dejar de mencionar que sí ha salido a relucir su nombre en multitud de casos criminales. Queremos dejar claro, no obstante, que el señor Niceman es inocente de cualquier crimen ya que ante la ley así está considerado. Lo cual no es óbice para que este diario, en un ejercicio informativo de interés público, incluya en el presente artículo una relación de algunos de esos casos en los que por un motivo u otro, se ha mencionado al señor Niceman. Todo ello, insistimos, con una carácter meramente

divulgativo y con un profundo respeto hacia la presunción de inocencia garantizada en la constitución de nuestro país.

La Matanza de San Martín El día 11 de noviembre, festividad de San Martín, ocho hombres pertenecientes al denominado Clan de los Rojos, cuyos miembros han sido encausados y condenados en distintas ocasiones por tráfico de estupefacientes, hallaron la muerte a manos de un número incierto de encapuchados que los tirotearon mientras tomaban una copa en el Bar Goyo; lugar habitual de reunión de los fallecidos y entre los que se hallaba el dueño del bar. Este fue el único que aún respiraba cuando llegaron las fuerzas del orden y, aunque mortalmente herido, consiguió pronunciar unas palabras ante dos testigos: un conductor de ambulancia y un agente de las fuerzas del orden. Lo que dijo entre estertores, fue: *Ese Gran L... ¡El dito negro de Algodón...! (sic)*. La frase quedó inconclusa por el fallecimiento de su autor.

Posteriormente el agente rectificó su testimonio aludiendo al ruido que había en la calle como motivo para dicha rectificación...

—Ahora estoy seguro de que dijo *ese granito negro cabrón...* Seguramente deliraba a causa de sus heridas.

Por su parte, el conductor de ambulancia no atendió al requerimiento que se le hizo para prestar declaración y permanece en paradero desconocido a día de hoy.

El ataque a la comisaría del Marítimo La noche del 10 de diciembre, una banda de encapuchados asaltó la comisaría del marítimo con cócteles molotov y armas automáticas. Los agentes del interior del recinto policial consiguieron rechazar el ataque, pero tres agentes murieron y cinco más resultaron heridos de distinta gravedad. Se ignora cuál fue la suerte de los encapuchados, porque a pesar de que los agentes agredidos aseguraron que sus disparos impactaron en varios de sus atacantes, cuando finalizó el ataque en el exterior no había ni rastro de ellos.

La mañana de ese mismo día dos agentes pertenecientes a la comisaría del Marítimo habían detenido al Louis T. Niceman por orinar en un parque público a la vista de todos los que se encontraban en el lugar. El detenido advirtió a los agentes que no olvidarían la estupidez que acababan de cometer.

El ahorcado del puerto La madrugada del 6 de febrero, una pareja que buscaba algo de intimidad en la zona portuaria condujo su coche hasta un rincón apartado en el que se alzan los restos oxidados de algunas grúas. Allí, para su horror, distinguieron la silueta de una figura humana que se balanceaba en el extremo de una soga amarrada a esos hierros abandonados que se yerguen al cielo oscuro. Cuando el hombre bajó de su vehículo para ver si podía hacer algo por el ahorcado, se le acercó una sombra que le instó a

marcharse de inmediato. Según la declaración del testigo —curiosamente desaparecido junto con su pareja a los dos días de los hechos— quien se le acercó se mantuvo en la penumbra por lo que no pudo describirlo, pero le dijo claramente que no se inmiscuyera en los asuntos de Algodón Sureño o el Gran... *usted ya sabe quién (sic)* le haría bailar a él también desde el extremo de una sogá.

La redada de Algodón Sureño El más reciente de todos los casos tuvo lugar hace dos días. Una redada de la brigada FR al mando del comisario Garrido, destapó una trama de apuestas ilegales alrededor de un espectáculo clandestino tan lamentable como horroroso e inhumano.

El espectáculo consistía en enfrentar reanimados terminales entre sí o contra perros adiestrados. Se ha llegado incluso a rumorear que en ocasiones estos enfrentamientos eran entre terminales y seres humanos o reanimados que no habían entrado todavía en su fase terminal.

Como imputados en este caso que ha conmocionado a la opinión pública de todo el mundo, se ha detenido a la inmensa mayoría de los empleados de Algodón Sureño en cuyos sótanos tenía lugar las citadas peleas y a varios empleados del Centro de Atención Médica al Reanimado y Terminal de esta ciudad. Y naturalmente, entre los detenidos estaba el señor Niceman. Multitud de voces se han alzado exigiendo justicia y que a los encausados se les aplique una pena dura y ejemplar. Sin embargo, para consternación de muchos, el señor Niceman fue puesto en libertad a las pocas horas de su detención ya que los empleados y a la vez propietarios de Algodón Sureño (¡el local consta en el registro como una cooperativa!) firmaron una declaración conjunta en la que afirmaban que Louis T. Niceman es sólo un cliente habitual del local nocturno y que nada sabía de lo que tenía lugar en el sótano, ya que jamás se había acercado por ahí.

Podríamos enumerar más casos sobre prostitución, tráfico de estupefacientes, chantajes, asesinatos, corrupción, etcétera en los que el señor Niceman (*hombre agradable* en español, y es que la vida es irónica) se ha visto envuelto, pero reiteramos que salvo los dos ya mencionados al principio de este artículo, jamás ha sido procesado ni consecuentemente, condenado por delito alguno. Y en señal de respeto a nuestra constitución y su presunción de inocencia, desde este diario no haremos juicios de valor limitándonos a nuestro cometido, que es informar con la mayor objetividad posible. Los lectores, sabios e inteligentes, ya formarán su propia opinión a partir de los datos que les facilitamos.

| Sábado |

—Vas a tener que confiar en mí, Garrido. Tengo la corazonada de que esto...

—¡Una corazonada! —el grito me taladró el oído—. ¡¿Otra vez tu instinto?!

—Sí, estoy convencido de que...

—¡NO ME JODAS, STONE! Acabamos de recoger el cadáver de una mujer a la que le han hecho tantas salvajadas que hasta el médico forense se puso blanco al verla. Y ahora vas y me dices que esa era la persona con la que tú habías hablado ayer mismo: Sofía Piqueras. ¿Y SABES QUE LA REMATARON CON UNA MÁGNUM 357? ¿TE SUENA? ¡¿CÓMO COÑO QUIERES QUE CONFÍE EN TI?! ¡PODRÍAMOS HABER PROTEGIDO A ESA MUJER! ¿Y QUÉ ME DICES DE SU HIJA?

—Sé que es complicado, Garrido, y ahora no te lo puedo explicar, pero escúchame unos momentos, sólo te pido eso.

—¡¡AH, JODERRRR!! HABER EMPEZADO POR AHÍ, SÓLO QUIERES QUE TE ESCUCHE...

Me vino a la mente una imagen de las paredes de su despacho vibrando con el eco de sus berridos y en el exterior toda su gente callada y encogida aguardando a que pasara la tormenta. Esperaba tener razón en la idea que había tenido o mis pelotas colgarían de la pared del despacho de Garrido al lado de su mapa.

Pero finalmente me estaba escuchando, lo hizo cuando vio que no podía echarme mano (había tomado la precaución de llamarle por teléfono desde el As de Picas). Guardó silencio hasta que acabé de exponerle mi plan.

—¿Realmente sabes lo que haces? —gruñó cuando terminé de hablar.

—Creo que sí —contesté.

—¡¿Crees?! —el bufido casi atravesó el auricular—. Stone, voy a jugar esta partida contigo, pero te advierto que como...

—Lo sé, lo sé. —Y con ese comentario, le colgué.

Miré a mi alrededor mientras me dirigía a la barra, los habituales del bar me ignoraban, cada uno a lo suyo: básicamente la última copa antes de meterse en casa hasta el día siguiente. No era una fauna especialmente alegre la que había en el Piojoso en esos momentos, curiosa sí, pero también deprimente. Sin embargo, en aquellos momentos simpatizaba con todos ellos; yo tampoco quería irme a casa a solas con la penumbra y mis demonios.

—Ponme otro —indicé señalando mi copa con sus restos llorosos de orujo blanco. Me senté en un taburete y procuré apoyarme lo menos posible en la barra; allí la porquería se acumulaba por estratos.

El Piojoso me ofreció una sonrisa plagada de ausencias y repleta de felicidad al

servirme mi cuarta copa de la noche. Intuyó, erróneamente, que me quedaba hasta tarde en su garito.

Al Piojoso le gusta tener gente en su local, no desconocidos a los que procura ahuyentar en cuanto puede, cosa que suele conseguir de inmediato en el momento en que el recién llegado repara en la capa mugrienta que cubre la totalidad del local. Lo que a él le gusta es la compañía de sus habituales, sus conversaciones breves y sobrias, que le mantengan ocupado y que no den problemas. Y no creo que sea por el dinero, o no sólo por eso, al menos.

Me pregunté si alguna vez cerraba el bar, había oído rumores de lo más absurdos sobre el dueño del As de Picas: que si nunca dormía, que si le tenía pánico a los espejos, que si afirmaba que provenía de una tierra en otra dimensión, que si el FR era justo lo que le había permitido trasladarse hasta «nuestra realidad», que si los desconocidos le daban pánico porque decía que en una ocasión un «enviado» había intentado cazarlo... Yo personalmente diría que es un tipo con un bar, un montón de neuras y nada más. Un tipo al que no le gusta estar solo, como a muchos, y cuyos demonios quizás sean particularmente aterradores y por eso procura no quedarse a solas más que lo justo. Igual que yo, porque por si no tenía ya suficiente, ahora no dejaba de ver el rostro de Sofía ante mí e intentaba no imaginar las atrocidades que le habría hecho el monstruo que la había hecho pasar por un calvario antes de darle muerte. Por no hablar de su hija, la víctima más inocente de todo el asunto y a la que yo todavía confiaba en salvar, aunque no habría sabido decir si era una esperanza fundada o una simple necesidad.

Una mano en el hombro me devolvió a la realidad.

—Jefe, estás en Babia.

—Hola Mati, ¿quieres tomar algo?

Me miró ladeando la cabeza; todavía tenía un aspecto penoso, pero al menos la inflamación había cedido y a ella se le veía más vivaracha.

—¿Tan mal están las cosas que me citas aquí? —paseó la mirada por el local, hasta detenerse en mí de nuevo.

Había tomado la precaución de llamar a Mati en cuanto llegué al As de Picas, incluso antes que a Garrido. Si yo estaba en lo cierto en mis conjeturas, no podía descartar que ella corriera peligro. Afortunadamente aún estaba en el despacho. Le conté todo lo ocurrido con respecto a mi «secuestro» y también lo que había averiguado en casa del Sanguinario. Por último, le pedí que se encontrara conmigo en el As de Picas y que no pensara en volver a casa esa noche.

—¿Me estás pidiendo otra de tus citas, jefe? —me había soltado son sorna.

—Estoy intentando salvarte la vida —le contesté con gravedad—. Tengo que hacer otra llamada, vente para acá enseguida y te contaré más sobre el caso.

—¿Más? ¿Ese tipo ha matado a más gente?

—No, no que yo sepa al menos. Pero no es eso de lo que quiero hablarte, creo que sé quién es y quiero que me ayudes a atraparlo.

—¡Guau, jefe! Tú sí sabes seducir a una chica. Cierro aquí y voy volando.

Eso había sido hacía diez minutos y ahora la tenía delante con un gesto entre preocupado y cínico.

El Piojoso se acercó algo receloso, no conocía a Mati, pero al verla conmigo supuso que no corría peligro si hablaba con ella.

—¿Qué le pongo?

—Pues tengo algo de apetito, un sándwich o algo así.

Casi solté una carcajada al ver la expresión del Piojoso. Cierto que tiene una plancha detrás de la barra, pero que yo sepa sólo le sirve para apoyar las botellas de licores. Nunca he visto a nadie comer ahí dentro ni creo que nadie lo intente jamás.

Al ver que el de la barra seguía intentando balbucear una respuesta, decidí echarle una mano.

—Me temo que la cocina está cerrada, pero no hay problema, vamos a una tienda de esas que están abiertas las veinticuatro horas y compramos algo para hacer en casa.

Mati enarcó las cejas.

—¿Casa?

—Sí, iremos a mi casa, allí podré protegerte. Yo dormiré en el sofá.

—Siempre un caballero, ¿eh, jefe?

Pagué al Piojoso, que me cobró enfurruñado al darse cuenta de que me marchaba, y salimos a la calle. La noche había refrescado algo el asfalto recalentado por el sol inmisericorde y hasta era agradable pasear, por lo que decidimos hacer eso precisamente: pasear hasta la tienda y de ahí a casa. Aprovecharía por el camino para contarle a Mati cuáles eran mis conclusiones y mi plan. Sabía que era arriesgado, que nos enfrentábamos a alguien perverso hasta la médula, pero con la vida de una niña inocente en juego estaba más que dispuesto a correr ese riesgo. Me animó sentir a Mati cogida de mi brazo, una presencia cálida y reconfortante que volvió a conseguir que me sintiera más ligero.

Z

Cuando llegamos a casa, Mati ya estaba al corriente de todo lo que yo sabía y también del plan que había urdido. Me escuchó con atención, interrumpiendo sólo para alguna que otra aclaración. Cuando terminé de contárselo todo, guardó silencio durante un buen rato. La dejé, sabía cómo funcionaba su cabecita y en esos instantes estaría dando vueltas a todos los detalles de mi historia y encontraría cualquier cabo suelto.

La invité a sentarse en el sillón de los invitados, uno prácticamente nuevo al que no dejó subir a Gato, mientras yo preparaba la cena. Musitó un gracias distraído, dejó que se le subiera Gato al regazo, dedicándome este una mirada triunfal, y se quedó

con la mirada perdida y un cigarrillo humeando entre los dedos.

Me metí en la cocina y preparé una tortilla de patata; eso, con una ensalada de tomate y queso feta remojado con una botella de Marina Alta blanco iba a ser nuestra cena. Y de postre, dátiles frescos. Conocía los gustos de Mati y, dejando de lado el fervor ocasional que yo sentía por la casquería, coincidíamos en casi todo.

Serví la cena y comimos con buen apetito en un silencio sólo interrumpido por los ocasionales maullidos pedigüños de Gato y alguna pregunta de Mati. Eran preguntas concisas, de comprobación. Al final, después de ayudarme a recoger los restos de la cena, a pesar de mis protestas y de aceptar una copa de Amaretto para acompañar a los dátiles, me sonrió.

—Me suena bien, jefe. Peligroso, muy peligroso, pero puede funcionar y hay que correr el riesgo por la cría.

—¿Crees que sigue viva? —le pregunté.

—Y tú también lo crees. Sabes que si la hubiera matado, ya habría aparecido el cuerpo. A este cerdo le gusta exhibirse.

Acabará por matarla, eso seguro, pero antes disfrutará planeándolo. Ojalá le metas un tiro en la cabeza, jefe. Lo haré yo, si quieres. No creo que nadie nos lo vaya a reprochar.

—No haremos eso, Mati, salvo que sea necesario, y haré todo lo posible para que no lo sea.

—Siempre un caballero —rio ella sin ganas.

—¿Qué tal si ponemos un poco de música? —sugerí para cambiar de tema—. Nos relajamos un poco y...

—No te ofendas, jefe, pero estoy cansada y no es un pretexto.

Y no lo era, tenía el aspecto de alguien a quien ha pisoteado una banda de abuelas en un buffet libre.

—Mañana por la noche actúan Los Beatles —me soltó de pronto sin venir a cuento.

La miré sin saber qué decir.

—Me gustan esos chicos, jefe, y sé que a ti también... ¿te hago un mapa? —añadió al ver que yo seguía sin decir nada.

—¿Te gustaría que fuéramos juntos a ver ese concierto? —lo dije con cautela, admito que a veces soy lento hasta la desesperación.

—¡Vaya, jefe! —exclamó fingiendo sorpresa—. ¡Claro que me gustaría! Acepto encantada. Tú sí que sabes complacer a una mujer. Gracias.

—¿Eh? ¡Ah!, de nada, supongo.

Me miró ladeando la cabeza, un gesto característico en ella, y levantándose vino a plantarme un sonoro beso en la mejilla.

—Me voy a dormir, jefe. Mañana tenemos un día duro.

Y me dejó allí sentado con una sonrisa bobalicona y la mirada perdida. No me duró demasiado. Ella tenía razón, mañana iba a ser duro y peligroso, muy peligroso.

Me levanté de la silla con un crujido de articulaciones que sobresaltó a Gato. Me echó su típica mirada de ya llegará mi hora y volvió a quedarse adormilado.

Cogí el teléfono e hice tres llamadas. Una de ellas fue a la compañía de taxis solicitándoles que Braulio acudiera a recogernos por la mañana. Necesitaba que estuviera a primera hora. Las otras dos fueron para preparar la trampa. Recé para estar en lo cierto y no despertar sospechas en mi presa. Si fallaba, una niña moriría y, probablemente, no sería la única.

Fui hasta la ventana desde la que se distingue la calle. Pasaba en esos momentos un coche que rompió las sombras y el silencio. La noche volvió a posarse al rato e intenté hacerme a la idea de que iba a pasar una noche larga, negra y solitaria, pero el pensamiento me deprimió. Tras una hora de intentar dejar la mente en blanco, decidí que daría una vuelta; la noche era fresca, lo bastante para que pasear fuera agradable y quizás, sólo quizás, acabara en algún bar donde hubiera gente. Solitarios, insomnes, gente con ganas de compañía. Sí, iría a dar un paseo.

Alegría para la vista

| *Domingo de madrugada* |

—Madre estaba obsesionada con la armonía. Y si digo obsesionada, lo digo en serio. La casa era un cromo con todo en su sitio y ¡ay del que dejara algo fuera de lugar! A nosotros no nos consentía que saliéramos a la calle mal vestidos o despeinados. Hasta cuando cocinaba era un placer ver cómo disponía los cazos, las sartenes, los cubiertos e incluso la comida en el plato. A veces me quedaba embobado viendo las tortillas de patata amarillas como el sol, con sus ensaladas de lechugas verdes y tomates coloraos bailando a su alrededor. Madre era una artista y el mundo que la rodeaba, su lienzo.

»Pero lo que realmente recuerdo de ella son sus coladas. Cuando tendía la ropa, se esmeraba en que las distintas prendas formaran una alegría para la vista, como lo llamaba ella. Madre era una mujer pequeña, pero con la fuerza de una montaña y unas ganas de vivir...

—Ponme otro, Paco. ¡Joder, qué noche más larga! —El borrego, de unos treinta y tantos, de barriga osada, mejillas surcadas de venas rotas y ojos abatidos, aunque con restos de risas en las comisuras, me miró en busca de conformidad.

Yo apreté los labios, elevando ligeramente los hombros. Cada uno tiene lo suyo, quise decirle. Aquí estoy yo, en un bar sin poder quitarme de la cabeza que en unas horas estaré frente a un tipo que mata con una saña que haría vomitar al destripador. A pesar de mi intento, el tipo de la barriga osada interpretó mi gesto de simpatía y, no habiendo nadie más en el bar excepto el Piojoso en persona, se aproximó a mí, sugirió que me tomara otra copa a su cuenta, copa que decidí aceptar, y siguió con su historia.

—Cuando le echábamos la ropa para lavar, la clasificaba por colores y hasta por tonalidades. Luego se tiraba un buen rato examinándola, componiendo su alegría para la vista mentalmente. ¡Veces hubo en que nos buscó apurada, preguntando si no tendríamos algo verde o azul o rojo para lavar! Miguel, venga esos pantalones que ya los tienes para lavar, me decía, y yo se los daba, claro está. —Miguel rio con áspera ternura el recuerdo. Sonreí yo también. Apuramos las copas como de común acuerdo y le indiqué al Piojoso que las rellenara, pagaba yo esa ronda. Incluso le ofrecí una al de la barra, pero este negó con el gesto y una breve sonrisa.

—No bebo —murmuró—. Lo dejé. Pero gracias.

Le dije que de nada y encendiendo un pitillo, volví a prestarle mi atención a Miguel.

—Componía auténticas obras de arte distribuyendo la colada por colores, tamaños

y formas. Teníamos un patio grande con las puertas siempre abiertas a la calle, ya se encargaba ella. Puerta cerrada, corazón oscuro, recitaba cuando padre le recriminaba que nos dejara expuestos al mundo. Y él callaba, era hombre de pocas palabras y en el fondo la quería con fuerza.

»Los tendederos del patio eran largos, larguísimos; desde un extremo a otro del patio llegaban las cuerdas y ella las llenaba de vida. Y casi podías saber de qué humor estaba según veías la ropa, pero rara vez no eran sentimientos grandiosos, como lo fue ella a pesar de que era una mujer menuda. Alegría, felicidad, éxtasis, esperanza, melancolía, añoranza... Cualquiera cosa que inundara de color el patio.

Los recuerdos de sonrisas se avivaron en el semblante de Miguel, no parecía estar con nosotros metido en un barucho a unas horas de la noche en las que sólo los disconformes y los endemoniados tientan a la oscuridad.

—Si sería hermoso lo que madre hacía, que de lejos venían a verla hacer la colada. Ella lavaba dos veces por semana, los miércoles y los viernes, y esos días llegaban forasteros de todas partes al pueblo. El único color que siempre se negó a usar fue el negro. Ese es color para mantener encerrado, no merece la luz ni ensombrecer la vista de las gentes, decía cuando le preguntaban. Madre tenía las cosas muy claras —calló, abatiendo los ojos de pronto. Lo que venía a continuación, barrunté que no era alegría. Debí irme entonces, pero no lo hice.

—Madre murió el tres de agosto de 2012. La enterramos vestida de negro, aunque le rogué a padre que no lo hiciera, pero no me hizo caso. No era... no es un mal hombre —aclaró—, ya digo que quería a madre, pero creo que nunca la comprendió —carraspeó con incomodidad—. Volvió. Madre volvió. Vestida de negro con los ojos desorbitados y la boca abierta, extraviada. Volvió y al llegar al patio se detuvo. Teníamos la colada tendida. Una tía soltera, hermana de mi padre, se encargaba de nosotros. Madre se detuvo y comenzó a gemir mientras retorció las manos arañando el aire. Nosotros la observábamos desde dentro de la casa, muertos de miedo y de dolor. A continuación se lanzó sobre la ropa y la destrozó a mordiscos, a arañazos. Pudimos oír sus gemidos cada vez más irritados —se interrumpió de nuevo, demandando otra copa. Yo no quise más. Me prendí un Camel, de pronto la boca me sabía a hiel.

—Sabíamos algo de lo que estaba ocurriendo, lo habíamos oído en la radio: madre era una zeta... Bueno —rectificó con timidez al fijarse bien en mí—, una reanimada, una terminal, ¿no?

Asentí con la cabeza sin darme por ofendido.

—Es curioso, oíamos como en otros lugares estaban atacando a la gente, incluso comiéndosela, pero madre sólo tuvo ojos para su ropa. Acabó por caer enredada en medio del revuelo de unas sábanas y ya no se levantó. Hacía cuatro días que había muerto y cuando volvió, debía de encontrarse ya en las últimas. La cogimos entre todos y la volvimos a enterrar. Me empeñé en quitarle el maldito vestido negro y arroparla en unas sábanas de un lino azul como el cielo que eran sus favoritas. Nunca

hablamos de esto con nadie —tomó su copa y la vació con un gesto seco—. Gracias, amigo —dijo dirigiéndose a mí—, creo que es hora de volver a casa.

Y se marchó.

Paco murmuró algo de cerrar e irse también él a casa. No me hice el remolón porque eran las tres de la mañana, y me despedí pensando que ya me había entretenido demasiado. Tenía ganas de tumbarme y dejar que Gato se acurrucara contra mí. Algo que deshiciera el frío hueco que sentía en mi interior...

La trampa

| Domingo |

Había amanecido hacía poco, el sol alumbraba calles prácticamente vacías y traía promesas de domingo caluroso. Oí a la pareja de ancianos que vivía arriba trajinando de un lado para otro. Es lo que tiene la edad, que acabas temiendo dormir demasiado. Yo ya estaba afeitado y duchado. Desayuné un café y un cigarrillo. Olía a limpio, me había puesto mi mejor traje y me estaba preparado para el gran día. Busqué un sobre en el que metí unos billetes y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. Después fui hasta el dormitorio y llamé con los nudillos en la puerta. No recibí respuesta, por lo que abrí y asomé la cabeza con cuidado. Distinguí el bulto que había en la cama.

—Mati... —susurré, no queriendo sobresaltarla.

—¡Mmmm! —se removió con lentitud.

—¿Te apetece un café?

—¿Mmmm?

—¿Que si te apetece un café?

Una Mati somnolienta que sólo llevaba puesta la ropa interior, se incorporó y me observó con los ojos medio cerrados. Algo entre la ternura y el deseo se despertó en mi interior, algo que mandé a dormir de inmediato. No era el momento.

—Digo que si quieres café.

Dijo que sí con la cabeza, se levantó con parsimonia, vino hacia mí, me apartó y fue directa al cuarto de baño. Al rato oí el grifo de la ducha y a Mati cantando con suavidad. Fui a preparar el café pensando que no me costaría acostumbrarme a una escena así todas las mañanas.

—Vamos, jefe, con un café no arranco yo como es debido. Unas tostadas y quizás algo de fruta estaría muy bien.

Estábamos en la cocina sentados a la mesa y ella sorbía un café. Su rostro presentaba mucho mejor aspecto y, aunque tenía el pelo mojado pegado a la cabeza, la encontré preciosa. Me levanté para preparar las tostadas.

—De fruta sólo tengo los dátiles que sobraron de anoche.

—Tráelos para acá.

Y se los comió; y cuatro tostadas y algo de chorizo que tenía por ahí y un vaso de zumo y un segundo y un tercer café y juraría que cuando acabó, aún le daba vueltas en la cabeza a si le metía mano a algo más o no. La miré con asombro.

—¿Dónde diablos te metes todo eso?

—Metabolismo acelerado —respondió encendiéndose un cigarrillo—. Como todo lo que me viene en gana y lo quemo enseguida. Suerte que tiene una. Por cierto,

recuerda que antes de ir al despacho tengo que pasar por casa a recoger lo que hablamos y también quiero cambiarme de ropa, no voy a ir todo el día con la que llevaba ayer. Seré rápida.

Le dije que de acuerdo y mientras esperábamos, estuvimos hablando un rato sobre el plan, repasando cada detalle. Todo parecía en orden; ahora sólo faltaba que todo saliera bien.

Me asomé a la ventana al oír un claxon.

—Vamos entonces, Braulio ya está aquí.

Mati no dijo nada, pero se había puesto seria. La trampa se iba a poner en marcha.

Z

—¿Cómo está, señora? —saludó Braulio con una amplia sonrisa mientras mantenía la puerta del taxi abierta—. Si me permite que se lo diga, tiene mucho mejor aspecto que la última vez que la vi.

—Dímelo si eso te va a hacer más feliz —le respondió Mati—. Pero no perdamos tiempo, necesito llegar a casa lo antes posible.

Braulio se quedó sin saber qué decir, yo le miré y elevé los ojos al cielo. Mujeres, pronuncié en silencio. El taxista meneó la cabeza como si comprendiera a qué me refería.

Fuimos en silencio hasta la Finca Roja, allí Mati se bajó y desapareció por el portal.

—¿Una mala noche, caballero? —preguntó Braulio en tono crispado.

—Bueno, algo así. Mejor olvídalo, ya sabes cómo son las mujeres. Además, quiero que hablemos Braulio, tengo que pedirte una cosa. Un favor.

El hombre me miro por el espejo, su mirada era de franca curiosidad.

—Dispare, caballero.

—Braulio, me parece que eres un tipo listo, así que no voy a andarme por las ramas con mentiras porque te darías cuenta y, como tampoco te puedo contar toda la verdad, tengo que pedirte que confíes en mí, ¿de acuerdo?

No dijo nada, así que lo tomé por un sí y continué hablando.

—Soy detective privado y llevo un caso entre manos algo delicado. El caso es que no tengo coche, el motivo sería largo de explicar, y os necesito a ti y a tu taxi. Haremos un trayecto dentro de la ciudad, no habrá peligro... Bueno, no demasiado.

No contestó de inmediato, tenía el ceño fruncido y una mueca suspicaz torcía sus labios.

—Vale, será algo arriesgado —acabé por admitir—. Si no lo fuera no estaría pidiéndote el favor, pero no será nada que no pueda controlar. Hay una bonificación para ti si te decides a entrar.

Movió la cabeza de un lado para otro y se rascó la nuca un par de veces. Temí que

se negara, pero acabó asintiendo.

—De acuerdo, caballero, no me vendrá mal algo de emoción... ¡Y la pasta, que no me sobra! —exclamó con una risita algo tensa.

—Toma —le dije entregándole el sobre que llevaba preparado en el bolsillo—. Ahí van doscientos pavos. Ahora, cuando baje Mati, iremos a mi despacho, allí he citado a una persona. Cuando llegue, hablaré con él unos minutos, después bajaremos y te pediré que nos lleves a una dirección. Pero de camino te pediré que te detengas. Hazlo sin rechistar, es muy importante.

—Suena peliagudo, caballero. Parece una trampa.

—Y lo es. Este tipo es un estafador que ha arruinado la vida de mucha gente. Tengo que conseguir que se delate —me humedecí los labios valorando la reacción del taxista. Este no dijo nada—. Cuando acabe este asunto habrá otro sobre como ese, Braulio.

Volvió a quedarse pensativo durante un buen rato y yo comencé a sentirme algo inquieto.

—¡Qué diablos! —exclamó al final—. Acepto. Supongo que habrá algún riesgo, pero con usted a mi lado no puede pasarme nada, ¿verdad, caballero?

—Desde luego —le contesté aliviado porque hubiera aceptado. Vi a Mati salir del portal, se había cambiado y llevaba un vestido de tirantes que dejaba poco a la imaginación—. Y ahora vamos a mi despacho, Braulio.

—Lo que usted diga, caballero. Esto va a ser emocionante —declaró con una amplia sonrisa y realmente parecía creerlo.

Historias del día FR (6)

7 de agosto de 2012

Testimonios Informe sobre el encuentro mantenido con Don Félix Moreno Arán, agricultor de profesión y vecino de San Miguel de la Frontera. Informe redactado por D. Santos

—Estaba dando un paseo por los olivares con Sultán, mi perro. Siempre doy uno por la mañana en cuanto sale el sol. Me relaja, es el momento ideal para escuchar la radio, pensar y disfrutar del campo, del frescor del amanecer...

—...

—¿Cómo? Claro, claro, disculpe. Sólo quiere los hechos. Bueno, pues iba oyendo la radio a través del auricular y así fue como me enteré de que los muertos volvían de sus tumbas. Al principio no le di importancia, recuerdo que pensé que sería el anuncio de una película o de un libro. Eso fue al principio, luego me tuve que sentar bajo un olivo de la impresión ¡Era cierto, los muertos volvían de sus tumbas!

»No sabía qué hacer, estaba ahí oyendo las atrocidades que contaban los que llamaban a la emisora y no me lo podía creer. Fue entonces cuando leyeron el comunicado ese en el que aconsejaban a la gente que se encerrara en sus casas con la familia, que bloqueara puertas y ventanas y que no dejara entrar a ningún desconocido. Que estuviera todo el mundo atento a la radio. Eso me hizo reaccionar, lo de la familia quiero decir, tenía que volver al pueblo y poner a mi mujer a salvo. A esas horas estaba durmiendo fijo, es muy dormilona, y no se habría enterado de nada.

—¿...?

—Los hijos viven en la ciudad, en esos momentos no podía hacer otra cosa más que rezar por ellos. Intenté hablar con ellos por teléfono más tarde, pero no hubo manera. Parecía el fin del mundo.

—¿...?

—¿La escopeta? Sí, la suelo llevar en mis paseos.

—¿...?

—Porque me gusta la caza y si veo alguna pieza, aprovecho la ocasión.

—¿...?

—Sí, señor, tengo el permiso de armas.

—...

—De acuerdo. Volví hacia el pueblo atento a lo que decían por la radio. Así me enteré de lo de los ataques a la gente, de que si te mordían te convertías en un infectado, de los gemidos... y de más cosas, aunque ahora no recuerdo muchas, supongo que uno prefiere no recordar.

—¡...!

—Sí, ya lo sé. Ahora dicen que, fuera lo que fuera, no era contagioso. Que si te mordían no te convertías en un zeta, pero tenías que ir corriendo a curarte por la infección... ¡Se dicen tantas cosas!

—Sí, eso es, llegué al pueblo. Al alcanzar las primeras casas, vi que no había nadie por la calle y que puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. Hasta pasé por el bar de Manolo en la plaza y me causó una impresión extraña verlo cerrado de buena mañana. La primera vez que lo veo así en mi vida y mira que llevo años viviendo en San Miguel y el bar siempre ha estado...

—Disculpe, me dejo llevar... Verlo todo tan vacío me metió el canguelo en el cuerpo y eché a correr todo lo que pude. Se me cayó la radio, pero no me entretuve, me agarré bien a la escopeta, que pensé que me haría más falta, y acerté.

»Al volverme hacia mi calle, que es una empinada que está justo detrás de la plaza, vi gente que subía hacia donde yo me encontraba. Iba a gritarles, pero Sultán comenzó a gemir y a lloriquear, metió el rabo entre las patas y cuando intenté cogerlo por el collar, echó a correr en dirección contraria y no volvió hasta dos días más tarde. Pobre animal, había que ver el estado lamentable en que... Sí, sí, a los hechos. Lo de Sultán me hizo sospechar y cuando el aire, que venía en mi dirección, me trajo el sonido de sus voces lloronas supe que eran de esos que hablaban en la radio: zombis... Y el olor, también me llegó el olor... A punto estuve de vomitar. Tardé unos segundos en reaccionar, pero en cuanto los comencé a distinguir con mayor claridad, no me entretuve; corrí a casa como alma que lleva el diablo, cerré la puerta atrancándola desde el interior y subí las escaleras en busca de Amparo, mi mujer... Yo...

—¿...?

—Sí, lo siento, creí que ya lo habría superado...

—¿...?

—No, no, prefiero seguir. El caso es que al acercarme a la puerta del dormitorio, oí unos sonidos extraños. Algo que me encogió los mismísimos... ya sabe. Me detuve procurando tranquilizarme, el corazón me latía a tal velocidad que parecía que me fuera a salir por la boca. Sin hacer ruido, me detuve justo ante la puerta y contuve hasta la respiración; lo oí bien clarito: alguien estaba gimiendo dentro del dormitorio y no era mi Amparo. Cargué la escopeta y abrí la puerta de una patada... ¡Ojalá pudiera borrar de mi mente lo que vi! Amparo estaba tirada en la cama y encima de ella se agitaba alguien que hacía ruidos que no eran de persona. Le grité. Le dije que dispararía.

Amparo gritó también. El ser que estaba encima de ella se giró. Casi se me cayó el arma, ¡era don Anselmo, el médico! Casi no lo reconocí, tenía el rostro desencajado, los ojos prácticamente se le salían de las órbitas y apenas llevaba ropa encima. Seguramente había resultado infectado por el ataque de uno de esos zombis, como dijeron en la radio. Sí, sí ya sé lo que dicen ahora, pero mire, yo vi lo que vi...

El pobre don Anselmo, siempre tan solícito... El caso es que no le di ocasión de que me atacara, le volé la cabeza de un tiro. Amparo se desmayó.

»Estuvimos dos días encerrados en casa, dos días en los que mi Amparo, siempre tan parlanchina, no dijo ni una sola palabra. La impresión, dijeron luego en el hospital. Pero ella físicamente estaba bien, me aseguré de que no hubiera sufrido ninguna herida. A la cosa, ya no quiero pensar en eso como don Anselmo, la dejé encerrada en nuestro dormitorio. No pensaba arriesgarme a que me infectara y me da igual lo que digan. A los dos días, aunque por la radio seguían llegando noticias terroríficas de todas partes del mundo, la guardia civil de San Miguel comenzó a recorrer el pueblo en su todo terreno tranquilizando a la gente y echando una mano a los que la necesitaban. Poco a poco fuimos saliendo a la calle y pudimos comprobar que en el pueblo ya no quedaban zombis. Los que yo había visto, unos chavales que se habían matado en el coche tres días antes del FR ese, los encontraron tirados en el patio del colegio. Se habían muerto otra vez ellos solitos. La guardia civil se había encargado de otro, el tío Cañas, un abuelo que había caído fulminado ese mismo día de infarto. Hubo rumores de que el tío Cañas comenzó a gritar que no le dispararan... No sé, si te has de creer todo lo que cuentan... Nos costó recuperar la normalidad en el pueblo, pero lo hemos conseguido.

—¿...?

—¿Don Anselmo? Nos pusimos los trajes de fumigar y lo llevamos con los otros zombis. Los quemamos todos con gasolina.

—También quemé todos los muebles y la ropa que había en la habitación y la fregamos con lejía y sulfumán. Quedó completamente limpio y desinfectado.

—¿...?

—¿Mi mujer? Nada, ¿qué iba a contar? Estaba dormida y de pronto despertó con don Anselmo encima de ella. Ahora está bien. Estamos bien. Los hijos están todos a salvo. No nos podemos quejar ninguno de los de San Miguel. Acaso los zombis, como el pobre don Anselmo, pero no creo que se enteraran de mucho.

—...

—De nada, hombre, a mandar.

La trampa

| Domingo (mañana) |

La ciudad se desperezaba sin prisas cuando llegamos al despacho. Se veía a algún fanático del deporte correteando por las calles y algún fanático de la copa esprintando hacia el bar. Por lo demás, calles casi vacías y un aire limpio, dominical, que ya se caldeaba augurando un día de temperaturas aptas para lagartos.

En el taxi nadie había abierto la boca durante el trayecto desde casa de Mati hasta nuestro destino. Yo fumaba, Braulio tarareaba una melodía sin sentido y Mati se limitaba a mirar por la ventana sin mostrar emoción alguna.

Cuando llegamos, Braulio aparcó y me hizo un gesto, mirándome a través del retrovisor, ¿y ahora qué?

—Mati y yo subiremos para esperar a la persona a la que hemos citado —le expliqué—, luego bajaremos y te pediré que vayamos a una calle del centro. Tomarás la calle San Vicente y seguirás recto hasta que yo te diga.

—Sí, caballero, ¿pero qué hago, doy antes una vuelta larga o...?

—No sé, Braulio, tú ve conduciendo y ya está.

—Hombre, eso no es tan sencillo, hay que tomar en...

—¿Este no la cagará, jefe? —soltó de pronto Mati. Braulio se volvió hacia ella con una expresión iracunda.

—Oye, bonita, ¿por qué no te callas y dejas que los mayores hablen? Llevo años conduciendo y sé cómo marear a un cliente sin que se dé cuenta. Sólo quiero saber cuánto tiempo tengo que hacerlo, joder.

Durante unos segundos se podría haber rallado el ambiente y envasarlo para usar en los días aburridos. La tensión se rompió cuando Mati se echó a reír.

—De acuerdo, a lo mejor no la cagas —admitió. Enarcó una ceja en dirección a Braulio—. Eso si consigues controlar tu mal carácter.

Entonces fue Braulio el que se echó a reír.

—Ahí me ha pillado, señorita, ahí me ha pillado. Siempre he tenido un temperamento fuerte. Sin embargo, no la cagaré, palabra de *boy scout*.

—Ya basta de tonterías —gruñí, un poco harto de tanta farsa—. Coge la calle San Vicente y ya está, Braulio. Y vamos, Mati, cuando llegue el pájaro, quiero estar arriba esperándolo.

Mati y yo ya nos dirigíamos hacia el portal cuando oí como se abría la puerta del taxi tras nosotros.

—Aguarden, subo con ustedes.

—¿Eh?

—Que subo con ustedes.

El rostro de Braulio estaba iluminado por una enorme sonrisa de entusiasmo.

—Vamos, esto será pan de cada día para ustedes, pero para mí es algo emocionante. Prometo estarme calladito. Venga, ¿qué mal puedo hacer?

Vacilé, era algo inesperado.

—Que suba —intervino Mati—. Que espere conmigo, así nos entretenemos los dos.

Braulio dio una palmada y un pequeño salto en el aire. —Gracias, señorita, al final nos llevaremos bien.

—Ni en mis peores pesadillas —murmuró Mati mientras se daba la vuelta, afortunadamente el taxista no la oyó.

Cuando entramos en la oficina y encendí la luz, casi me llevé una decepción al comprobar que no había nadie para cogerme de la mano.

A Braulio lo dejé con Mati en la sala de espera y yo entré en mi despacho donde me senté tras la mesa. Encendí un cigarrillo e intenté que no me temblaran demasiado las manos. Estuve tentado de darle un tiento a la petaca, aunque no lo hice. Necesitaba poner los cinco sentidos en este tema. Si cometía un error, si la presa sospechaba lo más mínimo, se nos escurriría de entre las manos. El sonido del teléfono me hizo pegar un respingo. Lo cogí al segundo timbrado. Era Pablo Jiménez, el dueño de los ultramarinos, y también la persona a quien había citado esa mañana. Confirmó que estaría allí en quince minutos.

Después de colgar, Mati abrió la puerta y me interrogó con la mirada. Le hice un gesto de asentimiento sin atreverme a hablar por si la voz me traicionaba. Por encima del hombro de Mati apareció el rostro de Braulio. Parecía un crío al que hubieran comprado un hormiguero y una lupa en un día de sol. Hasta le brillaban los ojos.

—¿Ya? ¿Es él?

—Es mejor que esperes con Mati, Braulio. Es más, como ya estará bastante mosca por citarle en domingo, quiero que te metas en el cuarto de baño cuando llegue y no te lo estoy pidiendo —dije tajante al ver su expresión de contrariedad—. O eso, o te vas.

Le costó unos segundos decidirse y llegué a temer que se marcharía, pero la tentación era demasiado grande.

—De acuerdo, me meteré en el puñetero váter.

Mati no hizo comentario alguno, simplemente tomó su bolso y haciéndole un gesto al taxista para que la siguiera, volvió a la entrada.

Me levanté, llevándome las manos a la espalda. Joder, me dolía, debía de ser eso que llaman estrés. Putos nervios, vamos. Claro que los zetas no deberíamos tener de eso, digo yo.

Encendí un cigarrillo y repasé lo que sabía y, sobre todo, lo que intuía, rezando por no estar equivocado. Si lo estaba, la vida de una niña llegaría a un final terrible. Admito que tuve mis dudas sobre Jiménez; si vendría o no al despacho; si entraría en

mi juego. Comencé a pasear de un lado para otro del despacho, incapaz de quedarme sentado. La clave me la había dado el pensamiento de que algo se me estaba escapando, como cuando ves algo de reojo y, sin embargo, al volverte no hay nada que destaque o se salga de lo habitual. Y eso era precisamente lo que no estaba bien: nada había sido habitual o cotidiano durante los cuatro últimos días, más bien al contrario. Y eso incluía la presencia de alguien a quien apenas había conocido hacía cuatro días, alguien que había aparecido casi como de casualidad y con quien había topado prácticamente a diario, alguien que se había incorporado a mi escenario con tanta habilidad que ni me fijaba en él cuando lo tenía delante...

Cuando llamé a Pablo Jiménez, pensé que se negaría a venir obligándome a cambiar de táctica. No lo hizo y la llamada al timbre de la puerta que acababa de romper mis meditaciones, me indicó que ya había llegado.

Me atusé el pelo, ajusté la corbata, encendí un cigarrillo y tras pensarlo bien, me revolví un poco el pelo, aflojé el nudo de la corbata y saqué unos papeles que me puse a leer sin ver una sola letra. Quería que todo pareciera auténtico, no un montaje. Por eso pedí a Braulio que se metiera en el váter. No quería ahuyentar a Jiménez. Comprobé de nuevo que todo estuviera bien... Sí, estaba algo nervioso.

No pasaron más de unos segundos antes de que Mati llamara a la puerta de mi despacho y, sin esperar a que le respondiera —jamás lo hacía—, abrió asomándose con una tensa sonrisa. Sin embargo, su voz era la de siempre.

—Su visita —anunció secamente y, apartándose a un lado, dejó pasar a Pablo Jiménez.

Vestía un traje marrón con una camisa amarilla que hacía daño a la vista y remataba el conjunto con una corbata oscura a la que no dejaba de pegarle tirones. El hombre entró con paso algo vacilante y mirando a todas partes. Seguramente aún se preguntaba qué diablos hacía allí. Finalmente me dirigió una sonrisa tímida y se quedó esperando, plantado a medio camino entre mi mesa y la puerta.

—Gracias, Mati —dije viendo a Braulio pasar de puntillas por detrás de ella y agitando un pulgar hacia arriba—. Cierra la puerta, por favor. Y usted siéntese, señor Jiménez.

Con la puerta cerrada y la imagen de un sonriente Braulio fuera de mi vista, presté atención al hombrecillo gris que tenía delante. Seguía teniendo la apariencia de un borrego insignificante, pero recordé que precisamente el confiar en las apariencias me había llevado a cometer errores de bulto en el caso. No volvería a sucederme.

—¿Qué es eso tan urgente, señor Stone? No puedo creer que me haya citado aquí un domingo, es algo tan fuera de lugar y...

—Ya se lo dije por teléfono, señor Jiménez —intervine interrumpiéndole—. Ha surgido un contratiempo que hay que tratar lo antes posible.

—Pero insisto en que es todo sumamente irregular. No ha querido contarme nada por teléfono y lo cierto es que no habría venido de no haberme dicho que...

—La persona a la que asigné su caso, señor Jiménez, ha conseguido una

información de tremenda importancia. El problema es que sus pesquisas han molestado a algunas personas y ahora esas personas me están molestando a mí. Tiene que acompañarme y asegurarle a esta gente que yo actuaba en su nombre, que me había contratado y con qué fin lo había hecho. Iremos al piso del contable y allí lo aclararemos todo.

—¿Cómo dice? ¿Al piso de quién?

—Al piso de la persona que hemos estado investigando, señor Jiménez. Se ha destapado algo que huele muy mal y, si queremos zanjar este asunto, será mejor que venga conmigo.

—¿Se ha vuelto loco, señor Stone? No pienso ir a ningún sitio —se había puesto de pie y agitaba los brazos igual que si le acosara un enjambre de abejas—. Creo que me marcharé ahora mismo a mi casa. Le advierto que pondré esto en conocimiento de mi abogado.

—¿De veras? —le dije, escupiendo sarcasmo—. ¿Y va a hacer todo eso usted solito? —compuse un gesto duro—. Tengo un arma, señor Jiménez, y licencia para utilizarla y créame que la usaré. ¡Usted me ha metido en esto, maldito borrego! —grité—. Ahora, o me acompaña, o tendrá que atenerse a las consecuencias.

Se puso pálido y le comenzaron a temblar las manos. Intentó decir algo, pero le falló la voz. Me sorprendió comprobar que estaba al borde las lágrimas.

—Vamos, vamos —dije, adoptando un tono menos amenazante—. Simplemente me acompaña y echa un vistazo. Aclaremos un par de cosas y luego cada uno a lo suyo. No tiene nada que temer. Nadie saldrá perjudicado, ¿de acuerdo?

Musitó un *sí* apenas audible. Me puse de pie, rodeé la mesa y, cogiendo con firmeza su brazo, fuimos hacia la puerta.

—Mati —llamé girando el picaporte—, ¿has llamado al taxi? Mati estaba sentada a su mesa pintándose las uñas de negro y a su lado se encontraba Braulio, muy erguido y con aspecto serio. Me pareció que me guiñaba un ojo, creo que era el único que encontraba divertido lo que estaba sucediendo.

—Aquí está —respondió Mati señalando con la cabeza al taxista. Guardó el barniz en un cajón de su mesa, agitó las manos para secar las uñas y se puso de pie mirándonos a los tres, que la contemplábamos cada uno con un sentimiento distinto, pero con una pizca de admiración en cualquier caso—. ¿Qué pasa, queréis que os pinte las uñas a vosotros?

—Vámonos —gruñí, aguantando una carcajada. Indiqué la puerta a Braulio y al hombrecillo que temblaba delante de mí—. Hasta luego, Mati.

—¿Hasta luego? ¿Me haces venir un domingo y ahora es hasta luego? Yo voy también, así cuando acabéis me lleváis a casa, que hoy es domingo y no hay casi autobuses.

—Tardaremos bastante, Mati y no vamos de paseo.

—Tampoco tengo ganas de pasear, por eso quiero ir.

Pablo Jiménez nos miraba como si nos hubiéramos vuelto locos. Braulio fruncía

el ceño.

—Mati, quizás tardemos y te aburrirás, que te conozco.

—Pues oír la radio, ¿tiene radio? —preguntó dirigiéndose a Braulio como si acabara de conocerlo.

—Sí —gruñó el aludido. No parecía hacerle gracia que viniera Mati.

—¿Ves? —dijo dirigiéndose a mí—. Voy. Elevé los ojos al cielo y me di por vencido.

—Vale, acabemos con esto de una vez. Después de usted.

Y dejé pasar a Pablo Jiménez. Braulio salió detrás del hombrecillo y después Mati, quien al pasar por mi lado, me dirigió una rápida sonrisa. La cosa iba bien por el momento, nadie hubiera sospechado que quería a Mati conmigo en ese taxi y que toda la discusión no había sido más que una farsa.

Historias del día FR (7)

| 7 de agosto de 2012 |

—¿Mamá? ¿Eres tú? ¿Mami?

La figura que se desplazaba sin rumbo y con pasos secos y vacilantes, igual que una muñeca mal compuesta, giró hacia la voz infantil. La niña se llevó una mano a la boca; sin querer se metió arena procedente del suelo sobre el que jugaba y la notó crujir entre los dientes.

El ser que tanto se parecía a mamá, pero que no podía ser mamá, la observó con ojos extraños y desorbitados mientras emitía un gemido que iba *in crescendo*. Las babas le corrían por el mentón hacia el pecho y no cesaba de hacer muecas como si los rasgos de su rostro le vinieran grandes y estuviera intentando ajustarlos. De pronto extendió los brazos con las manos abiertas hacia la niña. La pequeña estaba inmóvil y sólo el temblor que tartamudeaba en su mentón delataba el pánico que sentía.

Hacía unos momentos había estado jugando con su muñeca, Ariel, sentada en el suelo de arena del jardín que había a la entrada del edificio que tenía a sus espaldas. TA-NA-TO-RIO había pronunciado en voz bajita cuando vio las letras grandes y negras en el cartel de la fachada. Allí dentro estaba su mamá. Oyó a papá decírselo a alguien por teléfono antes de salir de casa. A mamá le había pasado una cosa mala, algo llamado cáncer. Le contaron que mamá estaba en el Cielo.

La familia en pleno había acudido al edificio y también los amigos de papá y mamá, así como un montón de desconocidos; mamá era muy importante. Casi todos se habían acercado a ella y a papá, que la tenía cogida de la mano, y, tras murmurar unas palabras de consuelo, le habían acariciado el cabello o la mejilla y la miraban con una sonrisa triste y los ojos húmedos. Luego se juntaban en grupos desde los que volaron comentarios, palabras que suponían que ella no oiría, como si fuera sorda o tonta.

—No debieron haberla traído.

—Pobre criatura.

—No es sitio para alguien de su edad.

—Con lo que ha pasado.

—Tan pequeña.

Pero fue otra frase la que provocó que se escabullera. Una que invitaba a la gente a ver a mamá.

—Pueden pasar a presentarle sus respetos a la señora. Por aquí, por favor.

La gente se había desplazado al unísono y a ella le habría gustado gritarles que

dejaran a mamá en paz, que ya estaba muerta y en el Cielo y no necesitaba a nadie mirándola. Pero había optado por callarse e irse fuera sin que nadie se diera cuenta.

De eso hacía sólo unos minutos.

No había querido ver a mamá y ahora mamá había salido a verla a ella. Sólo que eso no podía ser su mamá.

Gritó. Gritó con tanta fuerza que durante días padeció una afonía que la mantuvo prácticamente en silencio. Eso que parecía mamá se detuvo en seco al oírla gritar, frunció el ceño y se llevó las manos a los oídos. Fue el movimiento más coordinado que había hecho hasta el momento, ese y tres palabras que pronunció con alguna dificultad.

—Sarah, mi amor.

—¿Mami? —graznó la niña con su voz ya rota por el esfuerzo.

—Mi niña —respondió mamá y le tendió los brazos de nuevo. Ahora sonreía. Una mueca temblorosa que iba y venía, pero que era una sonrisa.

La niña se arrojó en los brazos de mamá ajena a la conmoción que se desataba en el interior del tanatorio ante la ausencia de cadáver.

—Creía que te habías ido al Cielo —le dijo llorando—. Y yo, mi amor, y yo.

Quince días más tarde, el día 22 de agosto en la sede de Naciones Unidas, Sarah leía unas líneas ante los medios del mundo entero acompañada por Lucille S. Diamond, secretaria general de la ONU y, también, su mamá.

La trampa (cont.)

Dentro del taxi la radio alivió el denso silencio que se instaló entre nosotros empujándonos a nuestros propios pensamientos. Mati, que iba sentada delante con Braulio, eligió una emisora musical y ahora tarareaba por lo bajo Michelle, una canción de amor de Los Beatles. Braulio, por su parte, conducía con cuidado echando constantes vistazos al retrovisor. Lo había ajustado de manera que podía vigilar a Jiménez y de paso a mí. Me mordí el interior de las mejillas procurando calmarme. Ya tenía bastante con los tics de Jiménez, que no cesaba de guiñar los ojos y retorcerse las manos mientras murmuraba por lo bajo. Afortunadamente, estábamos cerca de nuestro destino. Ahora llegaba el momento de crear ambiente, de crisar la situación.

—Mati, apaga la radio.

—Que esta canción es muy buena, jefe —se quejó—. No...

—Que quites la puta radio he dicho.

Casi sentí vibrar el aire. La tensión se enderezó hasta el extremo de la fractura. Mati hizo lo que le había pedido y el silencio volvió a instalarse entre nosotros, sólo que ahora nadie me quitaba el ojo de encima, Braulio incluido, con el peligro que eso suponía para nuestra integridad. Pero ya casi estábamos donde yo quería. Le indiqué al taxista que girara a la izquierda y nos dirigimos hacia el Mercado Central donde a diario cientos de compradores abarrotan la zona. Pero hoy era domingo.

—Detén el taxi.

—¿Aquí? Sería mejor seguir un poco más hacia adelante, caba...

—¿Alguien os ha dicho que admita opiniones, joder? —saqué el arma de mi funda y la mostré—. Para el taxi ahí mismo, al lado del mercado. Ya está bien de tonterías.

Cuando Braulio apagó el motor, fui consciente de lo solitario que era el Mercado Central los domingos a esas horas. No se veía un alma. A excepción de un par de furgonetas de reparto y algunos gatos que se daban un festín con la basura, el lugar estaba desierto. Justo lo que quería.

—Voy a contar una historia —anuncié bajando la pistola, pero sin guardarla en la funda—. Una que seguro le va a interesar, señor Jiménez.

—¿A mí? Yo, yo, yo... —El hombrecillo tartamudeaba tanto que le hice un gesto para que cerrara el pico.

—Hace sólo cuatro días una mujer entró en mi despacho para contratar mis servicios, quería que averiguara quién la estaba chantajeando. La mujer me contó que hacía algún tiempo había salido a cenar con sus amigas. Una de ellas celebraba el reciente divorcio de su marido, un cabrón de mucho cuidado —hice una pausa, observándoles con atención. Nadie movió una pestaña. Encendí un cigarrillo antes de

continuar.

—El caso es que la cena se desmadró y acabaron todas en Algodón Sureño, un club de una más que dudosa reputación, y una vez allí bebieron hasta hartarse y un poco más. En un momento dado, dos de ellas decidieron irse a casa y probablemente esa decisión salvó sus vidas —me detuve dándole una calada al Camel. Abrí la ventana para echar el humo y la dejé así, el calor comenzaba a apretar.

—Puedo poner el motor en marcha, caballero, y así tendríamos aire acondicionado.

—Estamos bien así.

—Es que se está cargando el ambiente —se quejó Braulio.

—He dicho que estamos bien así —gruñí moviendo mi arma de un lado hacia otro. No quería el coche en marcha ni listo para ponerse en marcha. Nadie replicó. Supongo que puedo parecer un jodido hijo de puta cuando me lo propongo. Observé que Mati se había encogido en el asiento con los brazos alrededor de las rodillas.

—Las tres que se quedaron decidieron que a la noche aún se le podía sacar provecho y entablaron una hermosa relación de amistad y sexo desenfrenado con tres tipos a los que acababan de conocer en Algodón Sureño. La noche se esfumó y mi cliente despertó al día siguiente en un dormitorio que no era el suyo y al lado de un hombre que no era su marido. Por si tener una aventura con un extraño no fuera suficiente, el hombre era un reanimado y el marido de mi cliente odia a los reanimados. Ella se marchó a casa de inmediato, con la firme intención de cortar cualquier tipo de relación con su amante de una noche y olvidar lo que había sucedido. Pero no pudo porque se desencadenaron una serie de sucesos que lo impidieron. A los pocos días se enteró de que a su amante lo habían asesinado, tras, eso sí, torturarlo a conciencia. Existe la sospecha de que alguien se lo vendió al Gran Louie, el dueño y señor de Algodón Sureño, para su espectáculo de lucha libre con desgastados.

—¡Eso es terrible, terrible! —exclamó Jiménez horrorizado.

—Guárdese sus lamentaciones —le atajé con dureza. El hombre se encogió como si lo hubiera golpeado. Braulio se apoyaba en el respaldo de su asiento absorto en lo que les iba contando. Mati por su parte, estaba cada vez más encogida en su asiento y sentí un ramalazo de inquietud con respecto a ella. Quizás la tensión fuera demasiado después de la experiencia por la que había pasado en Algodón Sureño. No había nada que pudiera hacer al respecto, así que proseguí con mi charla.

—La cuestión es que, como se trataba de un reanimado, pensé que su muerte tendría relación con ese aspecto precisamente. Me equivocaba, aunque tardé en llegar a esa conclusión. Y repentinamente todo se precipitó como cuando te subes borracho a una montaña rusa: me han amenazado varias veces, he estado a punto de diñarla, he hablado con gente a la que estaban sometiendo a una extorsión inhumana y digna de un enfermo mental, he averiguado que ha muerto bastante gente y algunos sufriendo lo que nadie debería sufrir; he sabido que alguien retiene a una niña y que su vida

corre peligro... Todo esos acontecimientos me cegaron de tal manera que no vi lo obvio, lo que tenía justo delante... —Me callé observando fijamente a Pablo Jiménez. Braulio, al que veía de reojo y que hasta ese momento se apoyaba en el respaldo de su asiento y seguía mi relato con el gesto concentrado, comenzó a echarse hacia atrás como si quisiera alejarse de mi compañero de asiento.

—Hay personas que son malas, señor Jiménez, malas hasta la médula. Personas que disfrutan haciendo sufrir a los demás. Se sienten superiores al resto de la humanidad, tanto que creen que los demás somos gilipollas. Y ese es el caso que me ocupa, el asesino al que persigo no podía limitarse a observarme de lejos, no. Necesitaba esta cerca, verme, tocarme y reírse de mis esfuerzos. ¿Y quién podía ser ese cabrón enfermo? —chasquéé los dedos con una gran sonrisa cínica—. ¿Quién había aparecido de pronto estos últimos días y se encontraba conmigo casualmente? ¿Quién me vigilaba para saber qué hacía y con quién hablaba? Dígame, señor Jiménez, ¿quién cree usted que puede ser esa persona?

—Es... es... está loco si cree que yo...

—Verá, señor Jiménez, finalmente sabía a quién buscar pero no qué apariencia tenía —me detuve observándole—. No, no creo que sea usted.

—¿Qué hago aquí entonces, qué...? Le interrumpió un clic.

—Es un hijo de puta muy listo. No es a ti a quien busca, capullo, es a mí. Toda esta farsa es por mí, ¿verdad, Stone? —Braulio escupió mi apellido como si fuera esputo.

Jiménez y yo nos volvimos hacia el taxista; en la mano sostenía un revolver que había sacado de debajo del asiento: un compacto S & W 60, observé satisfecho. Había pensado en un arma así.

—Ese hierro admite munición Magnum 357, ¿eh? Igual que la que acabó con Roberto y Sofía y todos los demás, ¿verdad?

Braulio curvó el labio superior con desprecio.

—Ya he dicho que eres muy listo, zeta de mierda, pero de poco te va a servir. Deja caer el arma.

Hice lo que me pedía.

—¿Y ahora qué?

—Es la hora de decir adiós.

—No puede hacer eso —gimoteó Jiménez—, alguien habrá visto el taxi, le acabarán cogiendo. Si nos deja, no diremos nada, ¿verdad que no? —me cogió de la manga tirando de ella con desesperación.

Braulio se rio sin responder. Lo hice yo.

—Si sigue así, lo único que conseguirá es poner cachondo a este cabrón, ¿eh, Braulio? Te pone cachondo que la gente te suplique, ¿verdad, Braulio? ¿O debería llamarte Alberto, Alberto Palamós?

Acusó el golpe, la sonrisa satisfecha del falso taxista desapareció como por ensalmo.

—Este es el tipo de quien le hablaba, señor Jiménez, conocía su identidad, pero sinceramente ignoraba si era él o usted. Es el exmarido de Sofía Piqueras, una de las mujeres que fue a la cena en la que estuvo mi cliente. La que celebraba su divorcio. Un cabrón tal y como lo definió ella. Debería haber sospechado de él desde el principio cuando me dijeron que era violento. Los tipos como él no permiten que sus mujeres les abandonen así como así. La seguía a todas partes obsesionado con ella, ya lo hacía antes del divorcio, y cuando presencié todo lo que ocurrió esa noche, urdió su venganza llevado por los celos. Pero no pensé en él porque me dejé llevar por la condición de reanimado de Roberto, el amante de mi cliente y la primera víctima de este desequilibrado. Y, sin embargo, estuvo presente desde el principio de la historia y yo no supe verlo. ¡Lo que se habrá divertido con todo esto!

Braulio (o Alberto) adelantó su arma poniéndola a dos centímetros de mi rostro. Seguí hablando como si tal cosa.

—El caso es que supongo que las piezas comenzaron a encajar en mi subconsciente sin que yo me diera cuenta, hasta el día en que me fijé en algo que hizo que todo cuadrara: un taxi que me estaba esperando pegó un bocinazo y eso hizo que me fijara en el taxista y de pronto se iluminó lo que hasta ese momento había estado en penumbra. Comencé a observar todo el caso desde un nuevo punto de vista y repasé tus hazañas de nuevo.

»Tu primera víctima había sido Roberto Martín, el amante de la mujer a quien seguramente odiabas por su apoyo a Sofía en el divorcio: Eva Espinosa. Pero, claro, el marido de Eva no es cualquiera, así que a ella sólo la sometiste a chantaje y luego pusiste sobre aviso al propio Gregorio con la esperanza de que él la castigara. Sólo que no lo hizo y eso debió de joderte profundamente, por eso intentaste matarla embistiendo su coche. —Lo observé sintiendo una profunda irritación que procuré controlar—. Lo que hiciste a Roberto Martín fue cruel, lo trataste como a un animal.

Alberto, me costaba no pensar en él como Braulio, sonrió satisfecho.

—Era un puto zeta, ¿a quién le importa? Apreté los puños y seguí hablando.

—Luego estuvo el tipo que se lo hizo con Sofía, ese también pasó por el cuadrilátero de Algodón Sureño, pero no era un zeta, era un borrego. Ese detalle y todo lo que me contó Sofía me abrió los ojos; ella era la presa principal, el motivo real que había desatado tu cólera. Tardé demasiado en verlo, pero ya no me resultó demasiado complicado pensar en ti, en el ex.

El cañón del arma se aproximó hasta clavarse en mi entrecejo.

—Que Susana se fuera contigo no resultó complicado: eres su padre. Que supieras tanto de Sofía, que pudieras entrar y salir de la casa sin dejar rastro... ¡Sólo tuviste que usar tus llaves!

»Recordé que habías sido actor y supongo que meterte en la piel de Braulio fue sencillo, sobre todo porque yo tampoco te prestaba demasiada atención y tú ya contabas con eso. Admito que pensé en el señor Jiménez... —negué con la cabeza mientras me encendía un cigarrillo y pegaba una profunda calada. Bajé la ventanilla

un poco más, el calor se intensificaba. Alberto mantenía su arma pegada a mi frente, pero parecía absorto en mi explicación.

»Pero evidentemente no daba el tipo, hubiera tenido que ser un actor cojonudo y sé que tú eras malo, malo de solemnidad Alberto contrajo el rostro en un gesto colérico.

—¡Tú...!

—Tranquilo, estoy acabando. Me dejaste sin coche en Algodón Sureño. Cuando viste que intervenía la brigada FR y que tu amigo el gordo cabrón no había acabado conmigo, urdiste un plan sobre la marcha —incliné la cabeza en un gesto que era mitad admiración y mitad desprecio—. Así tu aparición me vino como anillo al dedo —suspiré—. Eso es todo. Seguro que te has divertido, pero ahora se acabó la función. ¿Por qué no me dices dónde tienes a Susana y luego nos damos un paseo a ver a unos amigos míos?

—Eres un zeta estúpido, Stone, si crees que vas a entregarme —mascó una carcajada—. Voy a volarte los sesos ya.

—¿Qué has hecho con la niña? ¿Está muerta?

—Es mi hija, cerdo, nunca le haría daño.

—¿Seguro que es tu hija? —le dije en tono provocativo—. ¿Y qué vas a hacer con ella?

—¡Susana es mi hija, sé que lo es! —Estaba perdiendo la calma.

—De acuerdo, seguramente Sofía te tenía demasiado miedo para engañarte. Así que es tu hija y no quieres hacerle daño. ¿Dónde está?

—Será una mujer como es debido y no una zorra como su madre. Me encargaré de que reciba una educación adecuada en el sitio adecuado.

—¿Dónde está? —repetí—. ¿Recibiendo esa educación?

—Eres un mierda, Stone, y voy a volarte la cabeza.

—¿Antes o después de que yo te vuele la tuya, capullo?

Bajo el mentón de Alberto había aparecido un cañón diminuto, pero cañón al fin y al cabo. La Derringer de Mati entraba en acción de nuevo. Me había convencido para que le permitiera recogerla en su piso, a pesar de mis protestas de que llevara un arma más grande.

—No seas tonto, jefe —me espetó—. Si ese maníaco cabrón de mierda se da cuenta de que llevo un arma, la habremos cagado. Quiero convencerle de que no soy más que una amargada, agresiva y deslenguada, pero inofensiva. Me meteré esta pequeña en las bragas y no la notará hasta que yo lo decida.

—Eso si no está al tanto de lo que ocurrió en Algodón Sureño.

—No lo está, ¿crees que se va a arriesgar a hablar con el gordo cabrón sabiendo que lo tendrán vigilado? No te preocupes, jefe, saldrá bien.

Y había resultado. Alberto no había prestado la menor atención a Mati hasta ese momento.

—Putá —graznó—, aparta eso o le vuelo los sesos a tu jefe.

—Hazlo —respondió Mati con frialdad—. No creo que le quede mucho para convertirse en un desgastado, casi le harías un favor. Me importa más la niña, dime dónde está.

—Los cojones te lo voy a decir. Puta. Se quedará conmigo y aprenderá cuál es su sitio.

Mati me miró con gesto interrogante. Cuando trazamos el plan, pensamos que Braulio (o Alberto) acabaría por darnos una pista sobre el paradero de su hija, pero no lo había hecho y en esos instantes estábamos en tablas.

—Un internado —soltó de pronto Pablo Jiménez. Me había olvidado de él hasta tal punto que pegué un respingo cuando habló.

—¿Qué?

—Las Escolapias esas que lleva ahí —aclaró, señalando al calendario que había al lado del volante—, es una congregación religiosa y tienen un internado.

La mueca rabiosa de Alberto me dijo todo lo que tenía que saber. Apretó con fuerza el revólver contra mi frente.

—Enano de mierda —masculló dirigiéndose a Jiménez—, cuando acabe con estos dos, te despellejaré lentamente.

—Creo que te olvidas de mí —intervino Mati.

—Ya, pero no me creo que te importe una mierda lo que le ocurra a Stone. Os he estado observando y estáis coladitos el uno por el otro, así que o bajas el arma, o le pego un tiro a este cabrón. Me da igual lo que hagas después.

Levanté las manos lentamente hasta la altura de los hombros y comencé a rogar.

—No lo hagas, por favor, no quiero morir —mantuve las manos abiertas con los dedos bien extendidos.

Al ver mis brazos en alto, una figura vestida negro surgió sigilosamente de la parte trasera de una de las furgonetas aparcadas al lado del mercado. En las manos llevaba un rifle con mira telescópica. Se mantuvo fuera del ángulo de visión de Alberto, aunque tanto Jiménez como yo lo podíamos ver perfectamente. Recé para que la reacción del hombrecillo a mi lado no delatara su presencia. El hombre del rifle apuntó hacia el taxi y se inmovilizó, parecía una estatua casi invisible a la sombra que arrojaba la furgoneta tras él. Tenía el sol de espaldas y ahora comprendí por qué me habían pedido que nos detuviéramos justo en ese lugar. Alberto, concentrado en mí, no se había percatado de nada... todavía.

—Baja el arma, Alberto —le pedí—. Aún podemos arreglar esto, hazlo por tu hija. Ya ha corrido bastante sangre.

—No lo creo —siseó—, nunca es bastante. Vas a morir, Stone, pero ya sabes lo que es eso, ¿verdad? Y tú, puta, si disparas quizás me destroces algunos dientes, pero dudo que las balitas que dispara ese trasto acaben conmigo. Yo que tú saldría por piernas, a lo mejor consigues escapar —soltó una carcajada seca. Mati no respondió, aunque vi el pánico en su mirada y cómo se tensaba su dedo en el gatillo. El de Alberto también lo hizo y decidí que tenía que actuar; cerré las manos con rapidez.

Nada más hacerlo, la ventanilla del coche voló en pedazos y a continuación lo hizo la mano de Alberto. Su aullido de dolor se mezcló con los trozos de vidrio y la sangre. El interior del vehículo se convirtió en un caos. Jiménez comenzó a chillar y a dar empujones a la puerta intentado huir. Mati le dio un puñetazo a Alberto, que gritaba furioso y había intentado arrebatarse la Derringer a Mati con su mano sana. Yo reforcé el golpe de Mati y le arreé uno que le reventó la nariz. Juro que la satisfacción que sentí al notar cómo crujían los huesos nasales, me hizo aullar... Supongo que el dolor de los nudillos también tuvo que ver.

En el exterior, la quietud se rompió como un huevo demasiado cocido y un montón de tipos, vestidos de oscuro y fuertemente armados, surgió del interior de las furgonetas y corrió hacia nosotros. En cuestión de segundos estábamos todos fuera del coche, bocabajo en el suelo y con las manos a la espalda. Es lo que tienen los chicos de Garrido, son jodidamente eficientes, aunque era la segunda vez en pocos días que mordía el polvo por su culpa.

Conclusiones

| Domingo (tarde) |

—Creo que eres un capullo, Stone, uno muy gordo. No sé cómo acepté tu plan, todo el asunto podría haberse convertido en un baño de sangre.

Garrido me ofreció un cigarrillo, aunque las palabras eran pedruscos, el tono era suave y bordeaba la amabilidad.

Habían pasado varias horas desde los incidentes en el Mercado Central y todo había acabado saliendo a pedir de boca. Nadie había resultado herido, excepto Alberto (o Braulio), habían localizado a la niña, Susana, en el colegio y se encontraba perfectamente y todo el mundo estaba contento. Yo, por mi parte, también estaba satisfecho a pesar de que me encontraba cansado y con la sensación de haber envejecido veinte años de golpe.

—Es posible que fuera una locura —le respondí—, pero había que arriesgarse. Teníamos que averiguar dónde tenía a Susana. Creo que se lo debía a Sofía Piqueras. Por cierto, ¿qué ocurrirá con la cría?

—Se está intentando localizar a los familiares de la madre, los del padre no quieren saber nada. Creo que los de servicios sociales han hablado con una hermana de Sofía Piqueras que ha venido al entierro de la pobre desgraciada. Seguramente se hará cargo de la cría.

El comisario se reclinó en su silla, que rechinó en señal de protesta, y aspiró una profunda calada de su cigarrillo.

—Yo diría que ha salido bien del todo, hemos pillado a un tipo muy, muy peligroso. Violento e inteligente —silbó enarcando las cejas—, una combinación para acojonar a cualquiera. Pero sigo pensando que eres un capullo por arriesgarte así.

—Ya, pero no dejo de pensar que quizá Sofía Piqueras podría haber salvado la vida si te lo hubiera contado todo desde el principio.

Garrido se encogió de hombros.

—Mi vida está llena de quizás, Stone, tan llena que si me dedicara a bañarme en ellos, acabaría suicidándome. Me quedo con los *he conseguido* y que le den por el culo al resto. Además, tú no has matado a nadie, ha sido ese cabrón.

—¿Qué le espera? Hay pruebas suficientes para encerrarlo y tirar la llave, ¿no?

—Ajá, los de balística han revisado el arma que llevaba en el taxi y es la misma que disparó las Magnum 357. Su abogado pretende alegar trastornos mentales. La verdad es que el *joputa* no parece muy normal.

—No, no lo es. Es perverso, pero eso no significa que no supiera lo que hacía. Lo sabía muy bien. No le valdrá de nada lo de declarar que está como una cabra,

¿verdad?

—¿Quieres un café? —me ofreció de pronto Garrido y sin esperar respuesta, llamó a Lola. Cuando esta se asomó a la puerta, le preguntó si sería tan amable de traernos café para los dos. La metamorfosis de Garrido cada vez que se dirigía a su secretaria me hizo preguntarme, y no por primera vez, si Garrido estaría enamorado de Lola pero le faltaba valor para declararse.

Antes de marcharse, Lola me dirigió una sonrisa llena de afecto y me guiñó un ojo.

—¿Con algo de sustancia, señor Stone?

—Gracias, Lola, ya sabe que sí. Cuando se fue, Garrido siguió hablando.

—No, no le valdrá de nada porque los tiros no van por ahí.

—¿Eh? —No tenía ni idea de a qué se refería.

Garrido se levantó y dio la vuelta a la mesa. Se sentó en ella muy sonriente.

—Que el tipo este no va a alegar locura, ni trastornos, ni nada de nada.

Me crucé de brazos. Tuve la repentina sensación de que no me iba a gustar lo que venía a continuación.

—Hemos alcanzado un acuerdo con él; a cambio de declarar contra Louis Niceman, el Gran Louie, involucrándolo en la organización de peleas entre terminales, nosotros sólo lo acusaremos del atropello de Silvia Tortosa. También meterá en el ajo a Bernardo Barragán, ese cabrón sabía perfectamente lo que ocurría en el centro RT. Se estaba llenando los bolsillos facilitando material a Algodón Sureño. Palamós hacía de intermediario entre unos y otros y tiene anotadas fechas, nombres y cantidades. Los vamos a joder vivos. A cambio, Palamós responderá ante el jurado por homicidio imprudente y omisión del deber de socorro. Calculo que le caerán de seis meses a un año. Como ya tenía algún antecedente por agresión, creo que ya sabes cómo trataba a su esposa, y también conducción temeraria bajo los efectos de sustancias estupefacientes, le tocará entrar al trullo. Cumplirá el año o quizás menos por buena conducta. ¡Ni se lo ha pensado el muy cabrón! Ha firmado la declaración sin rechistar. ¡Ah! Y ya tenemos al Gran Louie en un furgón policial que viene de camino y a Barragán en otro. Como verás, nos movemos con rapidez.

Supongo que acabé cerrando la boca para evitar que la baba formara un charco a mis pies.

—¿Qué habéis hecho?

—Lo que has oído, así pillamos al Gran Louie que...

—¿Os habéis vuelto locos?

—¿Eh? ¡Muérdete la puta lengua, Stone! ¡Sabemos lo que hacemos!

—¿¿SABÉIS LO QUE HACÉIS?? ¿¿ESTÁIS GILIPOLLAS O QUÉ?? —salté de la silla totalmente descontrolado—. JODIDOS ESTÚPIDOS.

—¡QUE TE JODAN, STONE! —ladró Garrido dando un paso hacia mí—. ¡CIERRA LA PUTA BOCA!

En ese momento se abrió la puerta y se asomó Lola con una bandeja. Los dos nos

quedamos paralizados, mirándola. Ella dejó la bandeja sobre la mesa con una sonrisa y comenzó a servirnos.

—Café para el comisario y café con una copita de *brandy* para el detective. También os he traído algunas pastas. Las hace mi madre. Receta secreta —rio, guiñándonos un ojo—. Se niega a dármela. Dice que lo hará cuando sienta que le llega su hora, que antes ni hablar. Venga, ahora tomaros algo. Os sentará bien.

Ya se dirigía a la puerta cuando se detuvo como si acabara de recordar algo.

—Casi lo olvido, más valdría que dejarais de joderle el día a los demás, os recuerdo que hoy es domingo y que los que estamos aquí fuera preferiríamos estar en casa. Y si no podéis actuar como seres humanos, iros a hacer puñetas. Los dos. Vergüenza os debería dar. Tened cuidado con el café, quema.

Y se marchó. Durante unos instantes no nos atrevimos ni a suspirar.

—Es la primera vez que la oigo decir un taco —jadeó finalmente Garrido.

—Hombre, no sé yo...

—Lo más fuerte que ha dicho nunca fue mierda un día que le cayó un cajón del escritorio encima del pie y le rompió un dedo. Le dio tanta vergüenza, que estuvo pidiéndonos disculpas durante una semana entera.

—Visto así, nos acaba de meter una bronca de cojones.

—Visto así, tú eres un capullo y supongo que yo otro por no explicarme como es debido.

No respondí; me tomé el *brandy*, que caldeó mis entrañas. Le eché azúcar al café, moreno, que Lola está en todo, y comencé a removerlo mientras fumaba un cigarrillo que me acababa de ofrecer Garrido. El comisario le dio un trago a su café.

—¡Mmm! Sí que quema, pero está bueno. Prueba las pastas, están buenísimas.

—Gracias, creo que tomaré una porque no he comido nada en todo el día.

Dimos buena cuenta de las pastas en un visto y no visto.

—Buenas de verdad, ¿eh?

—Ya lo creo...

De pronto me callé, miré a Garrido y él me miró a mí. Rompimos a reír.

—El mundo al revés —comentó Garrido con lágrimas en los ojos—, Lola hablando como un carretero y tú y yo tomando el café como dos abuelas con modales.

Eso acabó con la tensión que se había creado antes, dejé la taza de café sobre la mesa y le pedí a Garrido que me lo explicara.

—Sé que tendrás tus motivos, dos motivos: el Gran Louie y Bernardo Barragán.

—Hubiera vendido mi alma por atrapar a esos cabronazos, Stone. Las actividades del Louie de los cojones no se limitan a Algodón Sureño, extiende sus tentáculos por todo el Barrio Chino y dirige la prostitución, el tráfico de drogas, las casas de usura, apuestas ilegales... Todo lo que se te ocurra y algo más. Controla la zona con sus bandas de yonquis y no tienes ni idea de las cosas que he visto. Si le cogemos por lo de las peleas con terminales, van a acusarle, entre otras muchas cosas, de varios

asesinatos. Eso es la perpetua. No volverá a ver la luz de la calle, te lo aseguro. Y Palamós es la clave. Ha estado metido en el negocio desde el principio. Era el intermediario entre Algodón Sureño y el Centro RT. Sacaba un montón de pasta con el asunto y estaba al tanto de todo. Si él declara, los empleados del RT también cantarán. Y quizás alguno de Algodón también lo haga si cree que su jefe va de cabeza al trullo para siempre. Hasta ahora se callaban como putas. Tenían miedo. El problema era que sin sus declaraciones, la mayoría de las pruebas eran circunstanciales y el fiscal nos estaba dando el coñazo para que consiguiéramos algo más. Ahora lo tenemos. —Garrido se detuvo para coger aire, desventajas de ser un borrego y tener que respirar.

Lo pensé durante un buen rato, aunque sabía que Garrido hacía lo mejor. Yo habría hecho lo mismo por mucho que se me revolvieran las tripas pensando en las atrocidades cometidas por Braulio (Alberto, me dije, se llama Alberto).

—De todas formas, me jode hacer un trato con gentuza como Palamós y... — Garrido vaciló hasta que pareció tomar una decisión—. ¿Puedo confiar en ti, Stone?

—Si necesitas que te conteste a esa pregunta, entonces es que no.

Se llevó una mano al mentón, rascándose la barba de dos días. Luego fue hacia la puerta y se aseguró de que estuviera bien cerrada. Tomó una silla, la acercó tanto a mí como pudo y me clavó la mirada.

—Garrido, si me vas a besar, más vale que lo hagas con ternura...

—Déjate de chorradas —susurró con urgencia— y atiende. A ese cabrón le caerá su condena de un año y seguro que consigue salir antes por buen comportamiento. Conozco a los de su clase, no se meten en líos ni hacen tonterías ahí dentro. Sólo quieren salir y cuando lo consiguen, no tardan en volver a las andadas. Pero tenemos un trato y no nos queda otra que respetarlo. Sin embargo, para lograr ese acuerdo este capullo se va a meter con alguien muy grande, enorme. Y ese alguien va a estar muy, muy cabreado. ¡Lo que daría por ponerle las manos encima al que le ha delatado! — Se golpeó la nariz suavemente con el índice mientras alzaba las cejas—. Imagínate que al amigo Palamós lo ingresan en la Modelo y al cabo de, digamos, un par de semanas, alguien comete un lamentable error burocrático y lo trasladan al centro en el que se encuentra ese tipo tan grande al que ya se le ha condenado a todo lo que se puede condenar... —me guiñó un ojo, llevándose un dedo a los labios—. Chitón sobre esto, Stone, y por cierto, ni se te ocurra volver a llamarnos gilipollas.

Volvió a su sitio tras la mesa, comenzó a leer unos papeles que tenía allí y cogió el teléfono. Yo no supe qué pensar, atrapado entre la alegría de que fuera a recibir su merecido y la sospecha de que eso era jugar con las mismas cartas que jugaban los que eran como Alberto y el Gran Louie.

—Que venga Ramírez —ladró de pronto Garrido. Luego se volvió hacia mí como si le sorprendiera verme aún ahí—. Lárgate, Stone. Deja de calentarte la cabeza. Yo no te he contado nada y no hay nada que puedas hacer al respecto. Tengo trabajo y seguro que tú tienes cosas que hacer. Creo que un tal Pablo Jiménez quiere arrearte

dos hostias por pegarle un susto de muerte.

Z

No era cierto, el tal Pablo Jiménez estaba ingresado en la Fe víctima de un ataque de ansiedad, pero no pensaba en darme una paliza. Lo sé porque fui a verle, aunque no llegué a hablar con él. Topé con la señora Jiménez en el pasillo del hospital.

—¡Mi hijo no quiere saber nada de usted, sinvergüenza! Dice que usted le engañó poniendo su vida en peligro. —La mujer, bajita, pelo encrespado como la cola de un gallo y casi del mismo color, prácticamente escupía las palabras—. Le va a poner una demanda que se va a enterar. El señor Pachas, nuestro abogado, dice que actuó usted irresponsablemente, que prácticamente secuestró a mi pobre hijito. Eso le va a costar caro, le retirarán la licencia y no sólo eso, vamos a pedir una indemnización. No se va a ir de rositas, de eso nada... Y encima es usted lo que es, tampoco se podía esperar mucho de un ze...

—Cierre el pico, borrega chillona o haré que se lo cierren. —Sé que debería avergonzarme de haberle hablado así, pero todo tiene un límite y la borrega renegona que tenía delante estaba pisoteando ese límite a conciencia.

La mujer abrió la boca con un *oh* mudo de tebeo.

—Tengo aquí dos cosas, señora Jiménez —dije, mostrándole una carpeta y un sobre—. Una es el informe que me solicitó su hijo y por el que no voy a cobrarle nada. Dos, en el sobre hay cinco mil pavos. Si su hijo firma la declaración que figura con el informe, exonerándome de cualquier responsabilidad en lo ocurrido, el dinero es suyo. Si no, tengo buenos abogados, señora Jiménez, y no me falta el dinero. Puede que su abogado tenga razón y a mí me retiren la licencia y ustedes saquen más dinero del que hay aquí en el sobre, pero le advierto que un caso así puede tardar años en resolverse. Yo no tengo prisa. Usted dirá.

La mujer, que había mantenido su *oh* perfecto durante toda la explicación, tomó la carpeta y se metió en una de las habitaciones. Tardó unos diez minutos en volver a salir. Aproveché el tiempo para abrir una ventana del pasillo y echar algo de humo. Fuera hacía un calor de muerte y yo seguía sin transporte, pero no pensaba pedir un taxi, iba a alquilar un coche, uno con el que se pudiera pasear a una reina. Lo necesitaría para esa noche.

La señora Jiménez se plantó delante de mí y me mostró el documento con la firma de su hijo. Examiné la rúbrica, le entregué el sobre y sin decirnos más, cada uno se fue a lo suyo. Yo tenía prisa, tenía que alquilar ese coche, conseguir unas entradas para un concierto y recoger a Mati.

A Mati sólo la entretuvieron un par de horas en comisaría, en parte gracias a mí y en parte gracias a que sacó la lengua a pasear y se dieron prisa en librarse de ella, que es justo lo que quería.

—Me debes un concierto —soltó a modo de despedida cuando le dije que yo iba a hablar con Garrido.

Y me puse manos a la obra tras haber alquilado un coche, un Jaguar Roadster negro del que me enamoré nada más verlo, pero había un problema: no quedaban entradas para el concierto. En la taquilla una chica rubia, joven y muy mona no dejaba de menear la cabeza de un lado para otro.

—Im-po-si-ble, las entradas se agotaron hace dos días. No hay sitio ni para un alfiler.

—¿Podría hablar con el encargado?

—¿Con Don Julián? ¡Uy! Está liadísimo con todos los detalles de última hora, no va a poder recibirle; además, ya le he dicho que no quedan entradas y...

—Llámelo.

—¿Eh?

—Que lo llames... —le pegué un vistazo a la placa que llevaba sobre su orgulloso pecho juvenil—, Sandra. Haz el favor de llamarle, Sandra. A-ho-ra.

Frunció el ceño y sospecho que no iba a decirme nada agradable, pero algo debió ver en mi expresión o quizás fueran mis ojos de zeta o que soy un encanto o el billete de cincuenta pavos que saqué a tomar el aire y que cayó sobre su mesa, porque tomó el auricular e hizo la llamada.

El tal Julián, dueño del local y promotor del concierto, estuvo a punto de mandarme a hacer puñetas hasta que le dije que pusiera precio a dos asientos en un lateral del escenario, justo al lado del telón. Me preguntó si iba en serio, le respondí si me veía pinta de cómico, me dijo que no y lo hizo, le puso precio a los dos asientos, el muy mamón. Pero valió la pena, estaríamos tan cerca de los dichosos Beatles que les veríamos el blanco de los ojos.

Z

Mati me cogía del brazo con tanta fuerza que me estaba clavando las uñas. No dije nada. Caí en la cuenta de que no llevaba la petaca y tampoco me importó demasiado.

Tenía todo lo que necesitaba. A pocos metros de donde estábamos sentados, el conjunto que arrasaba entre fans y críticos, el que llevaba camino de ser el mayor fenómeno social y musical que se hubiera dado nunca, acababa de hacer una revelación que había cargado el ambiente con una emoción que amenazaba con hacer estallar el local. Tras interpretar tres de sus canciones y provocar el delirio entre los asistentes, los cuatro Beatles se habían aproximado al micrófono que había justo en el centro del escenario y, en medio de una expectación impresionante, declararon que su siguiente canción era un homenaje a Lucille S. Diamond. Un homenaje a su legado y, por extensión, a todos los que suscribimos esas palabras que leyeron el día de su funeral. La ovación que surgió de manera totalmente espontánea del público, obligó a los Beatles a esperar varios minutos antes de que pudieran continuar.

Cuando comenzaron a tocar, el silencio era absoluto. Mati me cogió la mano y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Entonces uno de los cuatro comenzó a cantar. Juraría que era John Lennon.

Imagine...

FIN



JOSÉ ELÍAS ÁLAMO GÓMEZ (Inglaterra, 1960) escritor británico, hijo de emigrantes españoles. Es conocido principalmente por su obra literaria dedicada a la narrativa fantástica y de terror. Aparte de escribir es traductor y da clases de inglés.

Se declara adicto a la lectura, y entre sus escritores favoritos encontramos a Asimov, Tolkien, Andersen, Dickens, Poe, Philip K. Dick, Vargas Llosa, Alejandro Dumas y un largo etcétera. Ese afán lector le llevó a la certeza de que algún día debería intentar escribir, aunque hasta la edad de 43 años no se dispuso a hacerlo con seriedad.

Es miembro de NOCTE (Asociación Española de Escritores de Terror), y de ESMASER (Escritores Madrileños de Terror).

Ha recibido los premios Pandemia 2102 a la mejor novela Z y Tormo Negro 2012 a la mejor novela negra, ambos por su primera novela de la *Serie Tom Z Stone*. Su segundo libro de esta misma serie titulado *Let it be* ha sido ganador del Pandemia 2013 y finalista de Tormo Negro 2013.

Ha publicado relatos en varias revistas electrónicas *Alfa Eridaní*, *Aurora Bitzine* y en una antología publicada por Espiral CF.

Actualmente reside en Valencia con su esposa y su hija.